CLÉMENCE MICHALLON

AL OTRO LADO DEL PARAÍSO



¿Compartes habitación con un asesino?

RBA

CLÉMENCE MICHALLON

AL OTRO LADO DEL PARAÍSO

¿Compartes habitación con un asesino?

Traducción de Mireia Rué Gòrriz

RBA

Índice

1. ESCALANTE, UTAH
2. ESCALANTE, UTAH
3. EL ÚNICO PUEBLO QUE CONOCÍAMOS, VALLE DEL HUDSON
4. ESCALANTE, UTAH
5. ESCALANTE, UTAH
6. ESCALANTE, UTAH
7. EL ÚNICO PUEBLO QUE CONOCÍAMOS, VALLE DEL HUDSON
8. ESCALANTE, UTAH
9. EL ÚNICO PUEBLO QUE CONOCÍAMOS, VALLE DEL HUDSON
10. ESCALANTE, UTAH
11. EL ÚNICO PUEBLO QUE CONOCÍAMOS, VALLE DEL HUDSON
12. ESCALANTE, UTAH
13. EL ÚNICO PUEBLO QUE CONOCÍAMOS, VALLE DEL HUDSON
14. ESCALANTE, UTAH
15. ESCALANTE, UTAH
16. EL ÚNICO PUEBLO QUE CONOCÍAMOS, MÁS UN RADIO DE CINCO KILÓMETROS ALREDEDOR, VALLE DEL HUDSON
17. ESCALANTE, UTAH
18. EL ÚNICO PUEBLO QUE CONOCÍAMOS, VALLE DEL HUDSON, Y EL «AFUERA DEL TODO»
19. ESCALANTE, UTAH
20. EL ÚNICO PUEBLO QUE CONOCÍAMOS, VALLE DEL HUDSON, Y EL «AFUERA DEL TODO»
21. ESCALANTE, UTAH
22. EL ÚNICO PUEBLO QUE CONOCÍAMOS, VALLE DEL HUDSON

23. ESCALANTE, UTAH
24. ESCALANTE, UTAH
25. EL ÚNICO PUEBLO QUE CONOCÍAMOS, VALLE DEL HUDSON
26. ESCALANTE, UTAH
27. EL ÚNICO PUEBLO QUE CONOCÍAMOS, VALLE DEL HUDSON, Y EL «AFUERA DEL TODO»
28. ESCALANTE, UTAH
29. EL ÚNICO PUEBLO QUE CONOCÍAMOS, VALLE DEL HUDSON. Y ENTONCES, EL MUNDO
30. ESCALANTE, UTAH
31. NUEVA YORK
32. ESCALANTE, UTAH
33. BLOOMFIELD, NUEVA JERSEY Y SPRING LAKE, NUEVA JERSEY
34. ESCALANTE, UTAH
35. SPRING LAKE, NUEVA JERSEY
36. ESCALANTE, UTAH
37. ESCALANTE, UTAH EL PRIMERO, EL SEGUNDO, EL TERCERO, EL CUARTO
38. NUEVA YORK
39. ESCALANTE, UTAH
40. NUEVA YORK Y NUEVA JERSEY
41. ESCALANTE, UTAH
42. ESCALANTE, UTAH
43. ESCALANTE, UTAH
44. NUEVA YORK
Epílogo. NUEVA YORK
Agradecimientos

Título original: *Our last resort*.

© del texto: Clémence Michallon, 2025.
© de la traducción: Mireia Rué Gòrriz, 2026.
© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S. L. U., 2026.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

Primera edición: abril de 2026.

REF.: OBEO070
ISBN: 979-13-7031-184-1

Composición digital: www.acatia.es

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

PARA TYLER, DE NUEVO,
Y PARA LOS LECTORES

¿Acaso no era yo el mundo entero, y no se desmoronaría el universo cuando yo dejara de existir?

ÉMILE ZOLA
La muerte de Olivier Becaille

Uno puede sentarse en una duna
del desierto. No ve nada, no oye nada.
Y, sin embargo, algo resplandece
en el silencio...

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY
El principito

1

ESCALANTE, UTAH

LA CUARTA NOCHE

Hay momentos en los que la alegría se acomoda perfectamente en mi cuerpo. Lo noto.

Hace unos años, el mundo que me rodeaba cambió por completo. Mi cerebro se reprogramó para mantenerme a salvo. «Antes de acostarte, comprueba que no te hayas dejado la puerta abierta —me dice—. Una, dos, tres veces. Haz girar la llave a la derecha para asegurarte de que habías cerrado bien. Y luego vuelve a girarla hacia la izquierda».

«Mira por la mirilla. Asegúrate de que la estufa está apagada. ¿Y el perro? ¿Está bien? ¿Respira? No importa que ya lo hayas comprobado. Hazlo una vez más».

Mi mente, siempre alerta. Mi mundo es como una casa de muñecas. Sé dónde está cada cosa, cómo funciona todo. No hay sorpresas.

Por eso vivo las excepciones con tanta intensidad. La felicidad aparece en los lugares más insospechados: un brote de hiedra enredándose en un alambre de espino, una flor abriéndose en el manto verde de una tumba poco profunda.

Como ahora. Gabriel durmiendo en nuestra suite compartida, mientras yo estoy en nuestra terraza privada. Arriba, el cielo del desierto.

Dentro de apenas unas horas saldrá el sol. El hotel, nuestro increíble oasis de líneas rectas y arquitectura moderna, se inundará de luz natural. Los olores de la mañana impregnarán el aire: el aroma intenso del café, las oleadas frescas de perfume, la fragancia dulzona del protector solar. La piscina brillará, dorada y azul, como un espejismo. Los huéspedes bajarán a desayunar medio dormidos, arrastrando los pies.

Pero por ahora todo está en silencio. Todo es mío. El privilegio del insomne.

Me meto la mano en el bolsillo de la sudadera, saco un cigarrillo del paquete y trato de encender el mechero. Agotado. Dudo un segundo y uso el que el hotel deja junto a la chimenea de gas.

Primera calada. Una ráfaga de viento juguetea con el dobladillo de mis pantalones cortos, levantándolo justo hasta las tres rayas blancas.

«No estoy sola».

El pensamiento me atraviesa la mente como una cuchillada roja.

Dos voces rompen el silencio de la noche.

Las conozco. Las he oído varias veces en los últimos cuatro días: susurros cerca del spa, frases entrecortadas en la mesa del comedor.

La joven mujer y su marido viejo.

Los reconocí el primer día, al lado de la piscina: salieron en un reportaje que vi el año pasado, en *60 Minutes*. Casi todo lo que sé del mundo lo he aprendido en la televisión.

—Mira —le dije a Gabriel, clavándole el codo en las costillas—. Es William Brenner.

Como no respondió, aclaré:

—Es un tipo famoso que sale en las revistas. Rico. Creo que ella es su… ¿tercera mujer?

Menuda pareja. Sabrina Brenner: ni siquiera debe de haber cumplido los treinta y ya se ha estirado la piel con pinchazos. Pelo largo, rubio platino, brillante. En ella todo es delicado, etéreo: la envuelve una nube de perfume dulce, un aroma que recuerda a feria, a azúcar y a vainilla.

Detrás de ella, la figura rotunda de su marido. William Brenner irradia una confianza tosca, desde su calva reluciente hasta sus mocasines lustrados, impecables. También luce esa sonrisa: la mueca astuta de un hombre al que nunca le ha faltado la compañía femenina, que sabe que no es guapo, pero sí encantador, y que tiene claro que con encanto puede conseguir lo que quiera.

El reportaje de *60 Minutes* hablaba de la cultura de los tabloides a principios del 2000, de cómo arruinó la vida de muchas personas. «A la gente le gustan las buenas historias —decía William Brenner en su apartamento del Upper East Side, con ese corpachón suyo hundido en un sillón muy historiado—. Y nosotros estamos aquí para dárselas».

¿Qué estará diciendo ahora?

Mi cigarrillo chisporrotea cuando lo aplasto contra la suela de la sandalia. En el hotel Ara no existe el concepto del tabaco, ni tampoco el de los ceniceros. Dentro, en el baño, paso la colilla bajo un hilo de agua, la envuelvo en papel higiénico y la entierro en el cubo de basura.

Gabriel sigue durmiendo, encogido en posición fetal. Está exactamente como cuando éramos niños: con las extremidades recogidas delante del cuerpo, convertido en un nudo, como si quisiera protegerse del mundo.

Cojo la llave electrónica y salgo sin hacer ruido.

Las voces me conducen hasta el límite del complejo, hasta la última extensión de piedra arenisca. Después ya todo es desierto.

Ahí están. Los Brenner.

Sabrina se aleja de su marido, todavía con el vestido de satén blanco y los zapatos de tacón que llevaba en la cena. Bajo la luz de la luna parece casi fluorescente, como un pez luminoso deslizándose por el fondo de un acuario, agitando los pliegues del vestido a modo de aletas.

William la sigue, tambaleante. También él lleva la ropa de la cena: camisa blanca y un traje oscuro de una tela demasiado gruesa para el calor del desierto.

Estoy a unos seis metros de ellos. Me encojo de hombros, deseando volverme invisible.

—Lo siento —dice Sabrina, con la voz de una mujer que lleva mucho tiempo pidiendo perdón, y siempre en vano.

¿Alguien más se ha dado cuenta?

¿De que Sabrina evita el contacto físico con su marido? ¿De que alza la mirada cada vez que él se pone de pie? ¿De que está pendiente de todos sus movimientos, del mismo modo que controla sus cambios de humor?

—Ah —gruñe William—. ¿Ahora lo sientes, de verdad?

Trata de agarrarle el brazo, falla, y tropieza hacia delante.

—Deja de mentirme.

Sabrina levanta las palmas y repite:

—Lo siento. No te estoy mintiendo. Volvamos al…

William la sujeta por las muñecas. Un dolor fantasma me recorre el costado derecho: el tirón que sufrí en el hombro hace ya años, mi brazo colgando sin fuerza.

William masculla:

—Zorra estúpida.

Me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración.

«Apártate de ella. Déjala en paz, joder».

Sabrina se vuelve hacia su marido.

—No soy estúpida —dice.

Ya no hay rastro de disculpa en su voz. Esta versión de Sabrina es fuerte, decidida, y se muestra indignada por su propia situación.

William se queda inmóvil.

—¿Qué acabas de decir?

—He dicho que no soy…

Al acercarse a él, Sabrina eleva la mirada por encima del hombro de su marido.

Y me ve.

Juraría que se le tensan los hombros.

Debía de creer que estaban solos. Los otros huéspedes están durmiendo en sus suites, a salvo, detrás de gruesos muros de piedra y ventanas de triple cristal.

El Ara se ha preocupado de crear burbujas discretas, silenciosas, por todo el complejo, lugares para el disfrute de sus visitantes. Las suites son edificios independientes, situados al final de senderos privados. Las mesas del comedor están lo bastante separadas para que las conversaciones ajenas queden reducidas a un murmullo.

Esto es lo que pretende el hotel: convencernos de que no tenemos por qué preocuparnos por los demás, de que estamos a salvo unos de otros.

Durante medio segundo, Sabrina me observa. Luego niega sutilmente con la cabeza.

«No».

Entiendo. Cuando era niña, las madres se enfurecían si pedíamos ayuda. Sus voces se alzaban, indignadas: «¿Qué demonios crees que estás haciendo?». Y si ya iban a azotarte, lo hacían aún más fuerte. Se aseguraban de que lamentáramos haber buscado un salvavidas. Siempre.

William sigue la dirección de su mirada.

«Mierda».

Me agacho detrás de una jardinera grande. Hay docenas repartidas por el hotel: ovaladas, del tamaño de una bañera pequeña, cada una con un solo árbol. La tierra está cubierta por una capa de piedras decorativas. «En el desierto, muchos árboles crecen en las grietas abiertas en la roca», nos explicó Catalina, la gerente del hotel, cuando nos guio por las instalaciones en una visita el primer día. Su coleta oscura brillaba al sol. «Le sirvieron de inspiración a nuestro arquitecto».

Estas piedras, sin embargo, son especiales. En el Ara, todo lo es. «Trozos de mármol blanco, traídos de Italia —añadió Catalina—. No los encontraréis en ningún otro lugar de la región».

Me agacho todo lo que puedo detrás de la jardinera con sus piedras carísimas. El corazón me late con fuerza. Lo noto en los oídos.

—¿Qué estás mirando? —pregunta William con autoridad.

¿Oigo su voz más cerca o me lo estoy imaginando?

—Nada. No estoy mirando nada.

Aún agachada, me deslizo hasta una pared cercana.

«Como una cobarde».

No.

Sabrina no quiere que me meta.

—Déjame en paz —le dice ella a su marido.

—¿Y qué harías si te dejara en paz?

Sus palabras se apagan mientras retrocedo hacia la suite. No alcanzo a entenderlas todas, y luego oigo:

—Viviría.

Lo ha dicho con firmeza y orgullo: el tono de una mujer con infinitos mundos interiores, cansada ya de ocultarlos.

Mañana hablaré con ella.

No le diré nada sobre su marido. No soy idiota. Pero haré lo que llevo cuatro días evitando: me presentaré, le preguntaré cómo le va la estancia. Haré algún comentario sobre el tiempo.

Le diré que no está sola, que, si quiere, puede tener a una amiga.

Mañana. Dentro de unas horas.

Todo es más fácil a la luz del día. Todos somos más valientes por la mañana.

2

ESCALANTE, UTAH

LA CUARTA NOCHE

Hace una década, un promotor contempló esta zona llana del desierto de Escalante y pensó: «Voy a construir un hotel de siete estrellas». Así nació el Ara. Invisible desde la autopista, accesible por un único camino de tierra sin señalizar. Tiene gimnasio, spa, boutique. Y, por supuesto, piscina. Un vestíbulo al aire libre conduce a la recepción, que a su vez lleva al comedor. Las líneas pulidas del hotel se funden con el paisaje del desierto. No hay barreras a nuestro alrededor, ni vallas.

Agua fría en la cara. La luna entra de lleno en nuestro baño, iluminando el vientre lechoso de la bañera bajo la ventana arqueada. Cuando vuelvo a la habitación, todo está en silencio.

Demasiado silencioso.

Contemplo las dos camas tamaño queen. La mía, a la derecha, con las sábanas de algodón italiano de mil hilos dobladas. En el lado de Gabriel, un revoltijo de ropa donde debería estar su cuerpo. Las almohadas conservan la huella de su cabeza. La manta de lana de alpaca que había tomado del sofá yace abandonada en el suelo.

—¿Gabriel?

Enciendo la luz del techo.

No está.

Cojo el móvil de encima de la mesita de noche, busco nuestro último mensaje (de ayer por la tarde, cuando Gabriel me escribió desde el bar de la piscina para preguntarme si me apetecía un batido) y pulso el botón de llamada.

Un zumbido rompe el silencio. Mi mirada cae sobre su teléfono, que vibra sobre su propia mesita.

«Mierda».

¿Dónde está? A estas horas, lo único que puede hacerse en el Ara es dormir. Estamos a media hora en coche del pueblo más cercano. Y aunque Gabriel tuviera algún motivo para ir a visitarlo a medianoche, no tenemos vehículo propio. Un chófer vino a recogernos al aeropuerto en una de las flamantes furgonetas del hotel, una cápsula con aire acondicionado desde la que el desierto parecía otro planeta.

—¿Gabriel?

Miro en la terraza. Vacía. Debe de haber salido mientras yo estaba fuera.

«Tranquila. Ya no eres la misma persona que hace quince años». Aquella chica cuya vida era una página en blanco, que lo tenía todo por aprender. Arrojada a un mundo en el que solo se sentía a salvo con un hombre a su lado.

El pomo de la puerta se mueve.

Se oye un clic y el mecanismo se abre al leer la tarjeta.

Gabriel se sobresalta al verme.

—Ah, ahí estás —dice.

—Yo… ¿qué?

—¿Dónde te habías metido?

Sin esperar a que responda, cierra la puerta tras de sí y entorna los ojos para protegerse de la luz del techo.

—¿Te importa si la apago?

—Adelante.

Incluso en la penumbra distingo su silueta. Sus brazos desnudos, las palabras blancas estampadas en su camiseta: TIBERIO & DOMICIANO & NERÓN & CALÍGULA. (Cuatro emperadores romanos, cuatro formas de locura. Lo supe hace ya tres años, cuando elegí los nombres antes de enviarle la camiseta como regalo de Navidad. Los cuatro, en orden: tirano; paranoico; un apasionado de quemar a la gente viva; un petulante que exigía ser adorado como un dios).

—Te estaba buscando —digo—. Justo ahora.

Gabriel desaparece en el baño. Se oye correr el agua y el chapoteo del jabón contra la piel.

—No sé qué decirte —responde desde el otro lado de la puerta—. Me he despertado y no estabas.

Vuelve a salir, secándose las manos en los pantalones de chándal. Un rayo de luz de luna se cuela por un instante; luego la puerta del baño se cierra, y volvemos a quedar a oscuras.

—¿Adónde habías ido? —pregunta.

—Estaba… fuera. Fumando.

No distingo su cara, pero creo que niega con la cabeza.

—Si por tu culpa nos echan antes de que acabe la estancia, pagas tú la factura.

Habla con ligereza y un aire burlón. Intento fabricar una risa, pero solo consigo toser.

Un rumor de sábanas y mantas: Gabriel se está acomodando en la cama. No necesito verlo para saber que tiene las piernas ligeramente

dobladas. La maldición del hombre alto: siempre encogiendo el cuerpo, agachándose para pasar por las puertas o los vagones de tren.

—¿Vas a intentar dormir? —pregunta—. ¿O…?

—He visto algo.

Me sale en un susurro.

—¿Qué? —dice—. ¿Qué has visto?

Se me cierra la garganta. No quiero hablar de eso con Gabriel: de Sabrina y William Brenner, de los maridos y las cosas que les hacen a sus mujeres.

Eso es lo que lo apartó de mi vida hace casi nueve años.

Ahora tratamos de volver a encontrarnos. Aun así, en los cuatro días que llevamos en el Ara, se ha ausentado ya en varias ocasiones. Se retiró a la suite mientras pasábamos una tarde junto a la piscina y, durante la cena, lo he visto con la mirada perdida, desconectado de la conversación.

Ayer mismo, se saltó una caminata matinal arguyendo que tenía migraña. Le creí. Gabriel las sufre desde los quince años. Pero hace tiempo, cuando por fin encontró el tratamiento adecuado, me dijo: «Ahora solo tengo migrañas cuando mi cuerpo lo quiere».

Lo que significaba que sus migrañas ya no eran aleatorias. Las sufría cuando trabajaba demasiado o cuando estaba deprimido. Era el recurso que encontraba su cuerpo para obligarlo a descansar, para sacarlo de situaciones que no quería afrontar.

Como la caminata de ayer.

Vinimos aquí para hablar. Sin embargo, de momento no hemos intercambiado opiniones sobre el documental, que es lo que nos trajo a este hotel. He intentado sacar el tema un par de veces, pero

Gabriel ha escurrido el bulto en ambas ocasiones: que si tenía que hacer una llamada, que si debía preguntar algo en recepción.

Entre nosotros hay capas. Cosas que no se han dicho, abrazos que nunca se han dado.

Aun así, sigo intentándolo.

—Nuestros vecinos —digo—. Los Brenner. El viejo y su mujer.

—¿Qué pasa con ellos?

Hay calidez en su voz, paciencia.

—Estaban discutiendo —le cuento—. Se peleaban.

—Pasa en las mejores familias.

Niego con la cabeza, aun sabiendo que no puede verme.

—Esto era distinto. Malo. Me recordó a…

La voz se me apaga en la garganta.

Hay cosas que no puedo decir. Ni siquiera a mi hermano. Ni siquiera a oscuras.

—Ven aquí —dice él.

Me asalta una imagen mental de nuestra infancia: yo en la litera de arriba, Gabriel en la de abajo. Cuando la valiente era yo.

Me deslizo hasta el suelo y avanzo a tientas hacia él. Al sentarme a su lado, la madera del somier de su cama se me clava entre los hombros.

—Todo está bien —dice.

—Sabrina Brenner —susurro—. A su marido le ocurre algo.

—Como a la mayoría de los maridos.

Antes de que pueda preguntarle qué quiere decir con eso, antes de que pueda asegurarle «no, en serio, Gabriel, no estoy exagerando», mi hermano se mueve bajo la manta.

—Tranquila —dice, ahogando la última sílaba en un bostezo—. Todo va a ir bien.

Y así, sin más, vuelve a dormirse.

Me quedo sentada junto a su cama. En otras circunstancias, me habría dormido allí mismo, acunada por el ritmo regular de su respiración.

Pero esta noche no.

Sigo en el suelo, con los ojos abiertos. Escuchando. En guardia.

Como he hecho tantas otras veces.

3

EL ÚNICO PUEBLO QUE CONOCÍAMOS, VALLE DEL HUDSON

VEINTICINCO AÑOS ATRÁS

Al principio, nuestro único referente era Émile.

Émile lo sabía todo. Tenía la cabeza llena de ideas, de historias, de música. Había utilizado sus pensamientos para construirnos todo un mundo.

En el universo de Émile, los cumpleaños se recordaban, pero no se celebraban. No había ni tarta ni canción. Saludábamos el paso del tiempo, y luego seguíamos adelante.

El día que cumplí ocho años, Edwina, una niña alta de doce años que había empezado a dirigir nuestros talleres de carpintería, vino a buscarme.

Yo estaba fuera, dibujando un número ocho en la tierra con la ayuda de un palo. Ya era casi la hora del almuerzo, la hora de ir al comedor. Pero Edwina tenía otros planes.

—Ven —me dijo.

La seguí. Cruzamos el viejo patio del colegio y dejamos atrás las duchas, el comedor, los dormitorios, la antigua capilla…

Se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Adónde vamos…?

—Chist.

—Pero…

Edwina se volvió con brusquedad.

—Nada de preguntas.

Por difícil que me resultara de creer, me estaba llevando al edificio de Émile.

Aquel territorio prohibido, la única parte del recinto que seguía en perfecto estado. Nunca había entrado allí. Sabíamos que el despacho de Émile estaba en la planta baja y sus habitaciones, también prohibidas, arriba. Vivía allí solo y, por lo general, también trabajaba solo.

La falda de Edwina soltó un frufrú al rozar las paredes del estrecho vestíbulo. Me empujó para que me detuviera delante de una puerta de madera.

—Quédate aquí.

Llamó y, antes de que pudiera preguntarle qué pretendía, echó a correr.

Hice de tripas corazón. Portarse mal siempre tenía un precio. Habíamos aprendido a temer las manos que nos agarraban, los pies que nos golpeaban.

También corrían rumores. De que se pasaba hambre. Y sed. De un lugar oscuro y secreto donde se encerraba a los niños desobedientes.

Al otro lado de la puerta, la voz de Émile sonó clara.

—Adelante.

Parecía tranquilo, como si me esperara.

Abrí la puerta.

A los ojos de un niño, el despacho de Émile era enorme. Tenía un escritorio. Una estantería para sus escritos, alta como tres niños plantados uno encima del otro. Un globo terráqueo sobre una consola.

Y, en el centro, estaba Émile. Sus ojos, de un gris azulado, brillaban detrás de unas gafas de lectura. Me señaló una de las dos sillas que había frente al escritorio.

—Siéntate.

Obedecí.

—¿Sabes por qué estás aquí?

Negué con la cabeza.

—Voy a hacerte una pregunta —dijo—. Quiero que la respondas tratando de no faltar a la verdad, de ser sincera contigo misma.

La verdad era un concepto del que hablaba a menudo. Émile insistía mucho en que miráramos hacia dentro, en que no nos mintiéramos acerca de quiénes éramos.

—Esto es una prueba —dijo—. Aquí todo el mundo debe pasarla. Tu respuesta nos dirá mucho sobre tu persona.

Émile se levantó de detrás del escritorio. A mí me parecía un anciano. Años después, me llevé una sorpresa al leer su edad en los periódicos. Tenía treinta y muchos el día de aquella prueba, y poco más de cuarenta cuando su mundo se vino abajo.

La pregunta era tan simple que resultaba insultante. Mucho después comprendí que la había sacado del más trivial de los contextos.

Visto con perspectiva, era evidente que la había oído en un avión.

Entonces no lo sabíamos. No viajábamos. Émile sí. No con frecuencia, pero debía hacerlo. Era un hombre importante. Tenía que

reunirse con dignatarios, con la gente que le tomaba el pulso al mundo.

(Bueno, o eso decía él. Cuando todo salió a la luz, supimos que solía ir a visitar a su familia. No a su Francia natal —por varios motivos, Émile no podía cruzar fronteras internacionales—, sino a Florida, donde tenía un tío y algunos primos. Por increíble que parezca, una vez llegó a conocer al primer ministro de Canadá, en el extremo norte del estado de Nueva York. Sobre su escritorio, había una foto enmarcada de los dos, estrechándose la mano, que más tarde apareció en todos los periódicos).

—¿Pollo o pescado?

La pregunta no cobraba sentido para un niño del mundo de Émile. No comíamos animales. Eran veneno, decía él. El suyo era un mundo de plantas, legumbres, cereales. Las madres cocinaban juntas, en grandes ollas. Los guisos eran fáciles de repartir: una olla y un cucharón. Por las mañanas, avena cortada con cuchillo: tenía un tacto áspero contra el paladar.

Émile debió de notar mi desconcierto. Encendió el pequeño televisor que había junto a la pared del fondo y metió una cinta VHS negra.

—Pollo —anunció.

Las imágenes aparecieron en la pantalla: trozos mullidos de carne blanca bañados en salsa marrón; una fuente con pedazos más oscuros y una familia sentada a una mesa, tomándose de las manos. Porciones más pequeñas, rebozadas y sumergidas en aceite caliente hasta quedar tostadas y —Émile ajustó el volumen— crujientes.

Se oían diálogos fragmentados, una cacofonía de músicas y sonidos que empezaban y se interrumpían sin ningún orden. Debía

de haber extraído los vídeos de anuncios de televisión y escenas de series y películas. En aquel momento, sin embargo, no lo comprendía. Lo único que sabía era que tenía hambre.

Me quedé allí, con el estómago revuelto y la boca llena de saliva.

—¿O pescado?

Más delicias: pescado horneado bajo una costra dorada, asado sobre piedras calientes y acompañado de tomates jugosos. Filetes rosados que se abrían bajo la leve presión de un tenedor. Trozos de carne blanca envuelta en un rebozado finísimo, apretujados en un cucurucho de papel, junto a un montón de patatas fritas.

Había todo un mundo allá fuera, un mundo de tesoros y tentaciones.

¿Pollo o pescado?

Era la pregunta más importante de mi corta vida, y no tenía ni idea de cómo responderla.

Émile eliminaba a la gente mala. Los arrancaba de nuestras vidas y desaparecían para siempre. Nunca supimos qué les pasaba. En ese agujero negro de ignorancia vivían todas las pesadillas imaginables.

Émile empezó a golpetear el suelo con el pie.

Tenía que decir algo. Lo que fuera.

—¿Pollo?

Los ojos de Émile brillaron. Inhaló.

Luego exhaló con un suspiro.

Sacó la cinta del VHS y metió otra en el reproductor.

—Esto —dijo— son las consecuencias de tu elección.

Las nuevas imágenes tampoco tenían sentido. Polluelos en una cinta transportadora: una aberración que la naturaleza jamás permitiría. Manos enguantadas irrumpían en el plano, agarrando los

pollitos como si fueran tomates hervidos listos para aplastar. Escenas insoportables: polluelos devorados por una máquina metálica, atrapados entre sus mandíbulas. Vidas tiernas que terminaban con salpicaduras de sangre.

En nuestro recinto había gallinas. No nos las comíamos: solo consumíamos los huevos que recogíamos con el máximo respeto, envolviendo la cáscara con los dedos, con sumo cuidado, sin romperla, agradecidos por el regalo.

El corazón me latía con fuerza. Los pollitos masacrados eran una herejía para Émile. Todo el que pudiera asociarse con semejante maldad no tenía lugar en su mundo.

Apagó el televisor. Nos quedamos en silencio durante lo que fue un minuto entero.

—¿Qué crees que debería hacer? —dijo al fin.

Otra pregunta imposible. Solo Émile sabía lo que debía hacer cada uno.

—Lo siento.

Se recostó en la silla, cruzando las manos sobre el abdomen.

—Dices que lo sientes. ¿Sabes cómo puedes demostrarlo?

No hubo más palabras. Solo mi mirada esperanzada, alzándose hasta casi encontrarse con la suya. Solo mi corazón abierto, por si quería servirse de él.

—Recuerda esto —dijo—. Recuerda las consecuencias de tus actos. Recuerda que dentro llevas una fuerza, y que no sabes cómo manejarla.

Asentí.

Émile se inclinó sobre el escritorio.

—Por eso debes escuchar. Aprender. Recuerda que no sabes nada. Necesitas que te guíen. Si escuchas, tendrás una oportunidad.

Volví a asentir, retorciéndome los dedos, con las palmas hacia arriba, como si rezara. Pero no. Émile no quería que lo adoraran. No quería que nadie lo llamara gurú ni sabio.

Con un leve movimiento de muñeca, me despidió.

—Puedes irte ya.

La puerta de su despacho se cerró tras de mí, silenciosa.

Lo que no sabía, lo que no descubriría hasta mucho después es que también había otra cinta para el pescado. Esa mostraba escenas de pesca en alta mar: cientos de criaturas atrapadas en redes, agitándose, con los ojos hinchados y el estómago saliéndoles por la boca, incapaces de soportar el cambio de presión que sufrían al ser arrastradas demasiado deprisa a la superficie. Depredadores majestuosos reducidos a la nada por la insensatez de los hombres.

La pregunta era: «¿Pollo o pescado?». La única respuesta correcta era: «Ni una cosa ni la otra».

¿Por qué nadie me había advertido?

Todos hacíamos la prueba, según me dijo Émile, y, sin embargo, nadie hablaba de ella. Nunca oí una palabra de advertencia, ni un susurro, ni un rumor.

Por supuesto.

Todos hicimos la prueba y ninguno la pasó.

Y por eso guardamos silencio. Todos y cada uno de nosotros.

Émile no tuvo que pedírnoslo. No tuvo que fiarse de nuestra lealtad.

La vergüenza nos mantuvo la boca cerrada.

Yo, desde luego, no tenía ganas de contarle a nadie lo que había vivido.

Más tarde, cuando todo se vino abajo, la gente se hacía siempre la misma pregunta: «¿Cómo es posible que tantas personas confiaran en él durante tanto tiempo?».

No lo entendían. Para los niños, todo había empezado al cumplir los ocho años. Llevábamos la lección de aquella prueba sobre los hombros, como si fuera una armadura de malla: en nuestro interior había huracanes, y en nuestros cuerpos, devastación. Si Émile no hubiera estado allí para impartirnos sus enseñanzas, para salvarnos de nosotros mismos, lo habríamos destruido todo. Nuestros corazones negros habrían acabado con el mundo.

4

ESCALANTE, UTAH

EL QUINTO DÍA

Cuando Gabriel se mudó a Seattle —después de la desaparición, el cadáver y los interrogatorios de la policía— supimos mantenernos en contacto continuo. Nos escribíamos correos casi a diario; iba a visitarlo tres veces al año. A veces viajábamos juntos. Nos encontrábamos en Yosemite, en Portland, incluso en Vancouver. Pero el tiempo siempre deja mella. Nuestros correos se hicieron más cortos, menos detallados. Empezaron a reducirse a uno al mes. Las visitas en persona desaparecieron de nuestros calendarios. Nos veíamos dos veces al año, luego solo en Navidad, y después —¿cómo ocurrió?— prácticamente nunca.

Hasta que llegó el documental. Los productores decidieron preparar algo para el décimo aniversario de la muerte de Annie. Hace un mes le reenvié a Gabriel el mensaje que me mandaron.

De: fridanilsen126@gmail.com
Para: millerg61290@gmail.com

¿Has recibido este?

De: millerg61290@gmail.com

Para: fridanilsen126@gmail.com

Sí.

Esperaba que me hiciera un comentario sarcástico, o que admitiera que había mandado el correo a la papelera. Pero entonces:

De: millerg61290@gmail.com
Para: fridanilsen126@gmail.com

Creo que voy a hacerlo.

De: fridanilsen126@gmail.com
Para: millerg61290@gmail.com

¿¿En serio??

Nunca habíamos participado en los documentales. Pero, al parecer, Gabriel estaba listo para un cambio.

De: millerg61290@gmail.com
Para: fridanilsen126@gmail.com

Han pasado casi nueve años. Todos han dicho lo que han querido menos yo.

De: millerg61290@gmail.com
Para: fridanilsen126@gmail.com

Estoy listo. Creo.

De: millerg61290@gmail.com

Para: fridanilsen126@gmail.com

Hay cosas que necesito decir.

De: fridanilsen126@gmail.com
Para: millerg61290@gmail.com

Si tú participas, yo también.

Siempre había sido así entre nosotros. «Si tú saltas, yo salto».

Para entonces, hacía ya cinco años que no nos veíamos.

De: fridanilsen126@gmail.com
Para: millerg61290@gmail.com

Me gustaría verte. Antes de la grabación. Creo que sería bueno hablar sin cámaras alrededor.

Me costó escribir eso: «Me gustaría verte». Fue Gabriel quien se marchó. Fue él quien dejó de escribirme. Pero tenía que intentarlo.

Me sorprendió que quisiera hacer el documental. Gabriel se había mudado a más de tres mil kilómetros de casa buscando el anonimato. Y, aun así, nunca consiguió escapar del todo de la mirada ajena. ¿Y ahora quería mostrarse al mundo otra vez?

No solo eso: ¿había «cosas que necesito decir»?

¿Qué cosas?

Tenía que hablar con él. En persona, y con toda libertad. No por teléfono ni por correo electrónico. De algún modo que no pudiera rastrearse.

Gabriel fue a verme. Tomó un vuelo desde Seattle. Yo salí de Nueva York para encontrarme con él en el aeropuerto municipal. Se materializó con suma facilidad. Casi demasiada. Hacía cinco años que no lo había visto y, de repente, ahí estaba: alto, con sus ojos dispares —uno marrón, el otro azul—, agarrándome las manos con firmeza.

Algunas cosas, por supuesto, habían cambiado. Cinco años no pasan en balde. El rubio de sus cabellos era ahora algo más oscuro. Nuevas arrugas en la frente. Incluso se había hecho un tatuaje: su año de nacimiento —el mismo que el mío— grabado en números romanos en la parte interior de la muñeca izquierda.

Eso es lo que hace el tiempo: deforma a las personas, las convierte casi en extraños.

Los primeros rayos del amanecer perfilan nuestras cortinas opacas. Afuera, las montañas se teñirán de un ámbar luminoso. Los animales del desierto volverán a sus madrigueras. Catalina nos lo advirtió el primer día: «Por la noche quizá vean algún coyote». Así es el desierto: un mundo en la oscuridad de la noche, y otro muy distinto a la luz del día.

Por un instante, consigo creer en el día de hoy.

Hoy hablaré con Sabrina Brenner.

Hoy, pequeños actos de bondad darán frutos impensables.

Lo siento incluso antes de oírlo.

Está por todas partes: una vibración en el suelo. En pocos segundos sacudirá a los pájaros de las ramas, arrancará a los

huéspedes de sus camas, acelerará sus latidos, agudizará sus sentidos.

Esta cosa.

Este sonido.

Este grito febril, agudo, como un martillo que golpea la sagrada cúpula de silencio del desierto.

5

ESCALANTE, UTAH

EL QUINTO DÍA

Gabriel se incorpora con una aspiración, presa del pánico.

—¿Qué ha sido eso? —susurra, con la voz quebrada por el sueño.

Antes de que pueda responderle, ya ha saltado de la cama. Hago un esfuerzo por ponerme en pie: tengo las piernas entumecidas después de pasarme la noche en el suelo.

Gabriel ha agarrado la lámpara de la mesilla. La levanta, con los dedos cerrados alrededor de su base de hierro, preparado para golpear... ¿a qué? ¿A quién?

—Deja eso —le digo.

Fuera de la suite, oigo acercarse unos pasos apresurados. Luego se alejan.

Extiendo la mano hacia el pomo de la puerta.

—¡Espera!

Gabriel me sujeta por el brazo.

—No tenemos ni idea de lo que está pasando ahí fuera —dice.

Yo sí.

Las imágenes ya están en mi cabeza.

—Vamos —digo.

Descorro el pestillo sin darle tiempo a protestar de nuevo.

«Mierda, mierda, mierda, mierda, mierda».

Sé adónde ir.

Tres empleados del hotel ya se han reunido allí. Dos de ellos están de pie; el tercero, arrodillado en el suelo.

Nos encontramos en la frontera entre dos mundos: justo donde el hotel se funde con el desierto. A pocos metros de donde los Brenner discutieron anoche.

Los tres empleados tienen la cabeza gacha.

Gabriel se acerca a ellos. Yo lo sigo. No quiero mirar, pero tengo que hacerlo. No puedo saltarme esta parte.

Sabrina Brenner yace en el suelo.

Su cuerpo tiene la forma de un relámpago, y su cabeza parece la caja de Pandora: el cráneo sería la tapa abierta. Hay sangre —mucha sangre— sobre la preciosa piedra arenisca del Ara.

Me fallan las rodillas.

Gabriel me sujeta del brazo y me sostiene.

Más huéspedes llegan corriendo, en pijama, envueltos en albornoces, en jerséis anchos. Se agrupan en semicírculo, con las caras hinchadas de sueño y los párpados entornados por el sol de la mañana. Las bocas se abren. Algunos apartan la mirada.

Uno de los empleados que están en pie —ahora reconozco a Catalina— se inclina sobre su compañera arrodillada, la que evidentemente encontró el cuerpo, la que nos arrancó del sueño con su grito. Catalina la abraza con fuerza.

—¡Apártense, por favor!

Dos paramédicos se abren paso entre la multitud: sus botas resuenan sobre el suelo de piedra. Los huéspedes se retiran para

dejarles vía libre. Uno de los paramédicos se arrodilla junto a Sabrina. El otro se acerca la radio a los labios:

—Unidad uno-tres-cuatro a base. Necesitamos personal médico y policía.

—Déjenme pasar.

«Esa voz».

William Brenner aparece a empujones entre los paramédicos. El albornoz, mal anudado, deja a la vista parte de su vientre pálido. El hombre que siempre habíamos visto impecable —con traje en la cena, con polo incluso junto a la piscina— ahora está expuesto: el vello blanco que le cubre el pecho, la piel moteada de manchas, el torso reluciente por el calor matinal. Sus piernas huesudas asoman de unos calzoncillos de un azul desteñido.

William mira a Sabrina y se dobla sobre sí mismo.

—Mi mujer —dice, con el jadeo desconcertado previo al sollozo—. Mi mujer —repite, ahora con lágrimas en los ojos—. Dios mío —implora—. Mi amor. Cariño mío.

Se lleva las manos a la cabeza. Le tiemblan los hombros cada vez que respira con agitación.

—Amor mío.

Cae de rodillas y extiende las manos para abrazarla.

—Señor, por favor, aléjese —dice la paramédica que está arrodillada en el suelo. Es joven y se mueve con competencia cuando acerca dos dedos al cuello de Sabrina para tomarle el pulso.

—No me diga lo que tengo que hacer —le grita, agarrando la mano de su mujer.

La paramédica mira a su compañero. Él se aproxima despacio a William y le pone una mano en el hombro.

—Señor, por favor —dice—. Tiene que dejarnos trabajar. Es mejor que…

—He dicho que no me diga lo que tengo que hacer —le ataja con un rugido.

Extiende el brazo y hace retroceder al joven de un empujón. Durante unos segundos, nadie se mueve, nadie dice nada.

William vuelve a llorar, con el pecho agitado.

La reducida multitud se desplaza a mi izquierda.

Gabriel.

Avanza, con la mirada fija en el cuerpo de Sabrina y los brazos colgándole a los lados.

—Eh —susurro.

Gabriel se agacha hasta el suelo con los movimientos descoordinados de un sonámbulo.

William alza la cabeza. Al ver a Gabriel, su rostro se contrae de rabia.

—¿Qué coño quieres?

Gabriel no se mueve.

—A ver —dice William, incorporándose—, ¿qué pasa? ¿Por qué la miras así?

Se acerca a él con paso firme.

—Levántate —digo, esta vez elevando la voz. Y tiro de Gabriel para que se ponga en pie.

Algo parece reactivarse en su mente. Parpadea, mira a William como si lo viera por primera vez y retrocede un paso.

—Lo siento —dice—. No pretendía…

William no lo escucha. Se adelanta un paso y, con la cara casi a tocar de la suya, lo agarra de la camiseta con ambas manos.

—Esa es mi mujer —dice.

Gabriel cierra los ojos levantando las manos, inútiles contra la furia de William. Parece una imagen sacada de nuestra infancia: mi hermano en apuros, preparándose para el golpe, y la mano de una de las madres sujetándole la muñeca.

—Esa es mi mujer muerta —prosigue William. Lo ha dicho gritando, con el rostro enrojecido—. ¿Te gusta mirarla así? —Con cada palabra, William zarandea a mi hermano—. ¿Te excita, pervertido de mierda?

«Estaba en shock —dirán luego—. No sabía lo que decía».

Me interpongo entre ellos.

—Déjalo en paz.

Intento apartar las manos de William de la camiseta de Gabriel. William me da un empujón. Es fuerte y su golpe, preciso y doloroso, me sacude la clavícula. Lo agarro del albornoz, que amenaza con abrirse.

—Basta —susurra alguien.

William lo busca con la mirada y luego se vuelve hacia mí.

—No te metas en esto, zorra.

Abro la boca para gritar… ¿el qué? Antes de que tenga tiempo de decidirme, Gabriel interviene:

—Está bien.

Con un movimiento rápido, se libera del agarre de William y retrocede unos pasos, con la mano extendida para crear distancia.

—Lo siento —dice, jadeando—. No quería ofenderle. Lo siento.

Se alisa la camiseta. William lo observa, desconcertado, como si para él fuera impensable retirarse de una pelea.

—No te disculpes —digo—. Te ha atacado…

—Está bien —me ataja Gabriel—. Ha sido culpa mía. Lo siento. Lo siento mucho.

Mi hermano mira a la multitud.

—Perdonadme todos. No quería provocar nada.

Niego con la cabeza.

Gabriel me pasa un brazo por los hombros y me aleja de allí.

—Está bien —murmura, pero sé que está hundido. Noto el temblor de su mano sobre mi brazo, el latido de su corazón contra mis costillas.

Gabriel sigue andando. Al cabo de poco ya no me guía: se aferra a mí para sostenerse.

Le paso un brazo por la espalda.

Compartimos algo. Recuerdos cargados de ansiedad, el oscuro vacío que casi devoró la vida de Gabriel hace una década. Lo que les ocurre a los maridos cuando sus mujeres aparecen muertas.

6

ESCALANTE, UTAH

EL QUINTO DÍA

La mayoría de las personas viven una sola historia criminal en su vida, a lo sumo. A Gabriel le han tocado dos.

Primero fue Émile. Luego, Annie.

Gabriel tenía veintiún años cuando se conocieron. Su amor se desplegó con rapidez, como el montaje de una película de Hollywood: citas, copas, cenas. A los seis meses de salir juntos, un anillo. Una casa en Nueva Jersey.

Fue rápido, pero su amor tenía prisa. Tal vez intuían que no les quedaba demasiado tiempo.

Una tarde, dos años después de casarse, Gabriel regresó a una casa vacía. Esperó. Intentó contactar con Annie. Nada. Marcó el 911 y denunció la desaparición de su mujer. Luego me llamó. Cuando llegué a su casa, la policía ya había tomado el control de la vivienda y le había pedido a Gabriel que esperara fuera mientras hacían el registro. Se lo llevaron a la comisaría para interrogarlo.

Al cabo de dos semanas, encontraron el cuerpo de Annie en el agua, a unos kilómetros de una cascada, cerca de uno de los senderos en los que más le gustaba ir a correr.

Aquel mes, la policía volvió a citar a Gabriel dos veces más. Y lo dejaron ir. Nunca lo acusaron de nada.

Pero la gente no supo pasar página. Los titulares estuvieron anunciándolo a gritos durante meses. No ayudó que la policía se negara a dar el nombre de un nuevo sospechoso o a presentar cargos contra alguien más. Toda la atención seguía centrada en Gabriel. Todas las televisiones y los periódicos se hicieron eco del caso. Según la versión publicitada, el asesinato de Annie era una tragedia doméstica que pertenecía a toda la nación. «Fuentes anónimas» estaban más que encantadas de hablar del día en que oyeron una discusión en casa de los Miller. Tal vez un llanto. Tal vez a Annie quejándose del dinero.

Yo hice lo que pude. Cuando la gente murmuraba, yo alzaba la voz. Cuando lo miraban con desprecio, yo hacía lo mismo con ellos.

Pero no bastó. Una mañana, Gabriel se encontró los espejos retrovisores del coche rotos. Aquella misma tarde, al llegar al garaje, lo recibió una escandalosa pintada en la puerta principal: «ASESINO», escrito con un espray rojo que goteaba como si fuera sangre.

¿Quién podría vivir así? Gabriel no. Se mudó a la Costa Oeste y empezó de nuevo en Seattle.

Entendí su necesidad de marcharse. Pero ¿Seattle? ¿En serio? Nunca habíamos estado allí.

—Exacto —me dijo cuando cuestioné su decisión.

—¿Y Florida? —pregunté—. ¿Y Texas? ¿Illinois?

«¿No podrías elegir algún lugar alejado de Nueva York pero al que me resultara más fácil acceder?».

Pero no cedió. Estaba decidido a poner toda la distancia posible entre él y el estado de Nueva Jersey.

¿Y para qué?

El caso se le pegó como una segunda piel. Un grupo de internet se ha pasado estos nueve años alimentándose de él, inventando teorías, pidiendo documentos oficiales.

Intenté aferrarme a Gabriel. Sin embargo, al final lo perdí en todos los sentidos posibles.

No pienso dejar que vuelva a ocurrir.

Gabriel abre una botella de agua del minibar. Después de unos tragos, me la pasa.

Podría coger una para mí. El minibar es gratuito, se repone como por arte de magia cada vez que salimos. A pesar de ello, hay costumbres que no se pueden cambiar. Nos pasamos demasiados años sin tener suficiente para comer. Y seguimos viviendo así. Nos acabamos todo lo que hay en el plato. Guardamos las barritas medio mordisqueadas. Volcamos las bolsas de patatas para aprovechar hasta la última miga. En casa, cuando Charlie deja el desayuno sin tocar, vuelvo a meter su pienso en la bolsa.

Bebo de la misma botella que mi hermano y la devuelvo al minibar.

Gabriel se sienta en el borde de su cama. Yo hago lo mismo en la mía, delante de él, y me cubro la cara con las manos.

—Tengo que hablar con la policía —digo entre las palmas.

—¿Qué? —pregunta, mirándome fijamente.

—Sobre lo que vi anoche —respondo—. Sabrina y William. La policía debería saberlo.

—Ah. Sí.

Se me ocurre algo. Levanto la cabeza.

—Oye, ¿tú no los viste? ¿A los Brenner?

Gabriel frunce el ceño.

—Anoche —aclaro—. Cuando volví y tú no estabas. Habías salido, ¿no? ¿Los oíste?

Algo se apaga en su mirada. Ya sé lo que va a decir.

—Sí —responde—. Oí... algo. Fragmentos. Se notaba que discutían.

¿Pero?

—Me fui en la dirección contraria. Hacia el vestíbulo.

Gabriel baja la mirada. Un rubor rosado le sube por las mejillas.

—No quería involucrarme —dice—. No podía. Intento evitar la confrontación.

Se pasa la mano por las arrugas de la camiseta, justo donde se han cerrado los puños de William Brenner.

—Bueno, cuando puedo.

Me imagino a mi hermano: somnoliento, en pantalones de chándal bajo el cielo nocturno. Las voces elevándose en la oscuridad. Su determinación flaqueando. Ese es el Gabriel que conozco: siempre un poco asustado para enfrentarse solo al mundo. Es capaz de hacer grandes cosas, osadas, pero solamente si tiene a alguien al lado.

Levanta la vista y se muerde el interior de la mejilla.

—Ojalá hubiera prestado más atención —dice—. Tal vez podría haber…, no sé.

Se le quiebra la voz.

—Nosotros dos... —empieza—. Sabrina, nosotros dos…

Le brillan los ojos. Mira hacia la ventana, dándome la espalda.

«Sabrina, nosotros dos…», ¿qué?

¿«Sabrina, nosotros dos podríamos haber hecho algo»?

¿«Sabrina, nosotros dos podríamos haberla salvado»?

¿O cuando dice «nosotros dos» se refiere a «Sabrina y yo»?

Recuerdo que solo los vi interactuar una vez. Fue el día en que llegamos al hotel. Gabriel y yo volvíamos de la piscina y nos dirigíamos a la suite. Mi hermano chocó con Sabrina, o quizá ella con él. Se detuvieron. Ambos se disculparon. Nadie se enfadó, ni hubo tensión. De hecho, parecían amables. Todavía puedo verla llevándose la mano al lado de la cabeza, tocándose el prendedor con forma de mariposa que le sujetaba el pelo. Acarició con los dedos el contorno de la figura mientras sonreía a Gabriel, diciéndole que no tenía por qué disculparse. «No, no, ha sido culpa mía. Andaba distraída».

Gabriel se pellizca el puente de la nariz.

—¿Qué crees que le ha pasado? —pregunta.

Me encojo de hombros.

—Discutieron. Él la empujó. O la atacó con algo.

Guardamos silencio.

Hasta yo estuve a punto de tragarme el postureo de los Brenner la primera vez que los vi juntos. Antes de reconocer a William. Antes de saber quiénes eran. Todo lo que vi entonces fue la imagen que querían proyectar, como la secuencia inicial de una película: el rugido del coche cuando William aparcó delante del hotel, la energía cinética que circuló entre la gente, todo el mundo con la mirada fija en el vehículo. Un modelo elegante, un cupé de líneas deportivas.

Brillaba bajo el sol, rojo, con un aire atrevido que recordaba a una guitarra eléctrica.

William, con un traje de lino blanco, entregándole la llave al aparcacoches. Sabrina, abandonando el asiento del copiloto con los ojos ocultos tras unas gafas de montura verde esmeralda y cristales opacos, como una pantalla de cine apagada.

Después de unas pocas horas observándolos, todo mi optimismo se desvaneció. Pero ¿una muerte violenta? ¿En serio?

Claro que también hay otra posibilidad. Podría haber sido un accidente. Técnicamente, es posible.

Pero sé lo que vi: Sabrina Brenner boca abajo, sin vida, con la parte posterior del cráneo abierta.

Gabriel se masajea las sienes. Tal vez también esté repasando la lista de posibilidades, tachándolas una por una.

Si lo de Sabrina hubiera sido un accidente —si se hubiera caído—, la herida estaría en la frente, o en el lado sobre el que hubiera impactado contra el suelo. Y habría seguido apoyada sobre ese lado cuando alguien la encontrara.

A menos que... hubiera intentado moverse. ¿Podría haber reptado unos metros, en busca de ayuda, antes de perder el conocimiento?

«No».

¿Por qué no?

En la escena hay algo extraño, un elemento que todavía no he procesado de forma consciente.

«La sangre».

Si Sabrina se hubiera movido después del golpe, habría sangre por todas partes. Se habría llevado las manos a la herida. Habría habido huellas, un rastro, algo.

Pero no era así.

De eso estoy segura. Cuando una mujer aparece muerta horas después de que la hayas visto viva, prestas atención.

Así que solo hay una posibilidad. Alguien la atacó. La golpeó con algo pesado o la empujó contra una superficie dura.

Un escalofrío me recorre la espalda. La policía ya debe de haber llegado. Detectives, agentes, lo que sea.

Me levanto.

—¿Vas a ir ahora? —pregunta Gabriel.

—No puedo esperar más.

Es verdad. No puedo.

Cuando ocurrió lo de Gabriel y Annie, aprendí una cosa: en cuanto la gente escucha una versión de la historia, aunque resulte ser falsa, es casi imposible reescribirla. La gente sabía que Annie había cenado y desayunado. Sabía que, cuando la policía encontró su cuerpo, el hioides —un huesecillo del cuello, situado en la base de la lengua— estaba roto, algo que puede ocurrir por estrangulamiento. He aquí la historia que se contó: Gabriel se despertó una mañana, estranguló a su mujer y arrojó el cuerpo al agua, en un parque nacional situado a unos trece kilómetros de donde vivían. Para cuando la policía lo dejó libre —porque no tenía nada contra él— ya era tarde. La narrativa había echado raíces.

—Antes debería cambiarme —digo.

Gabriel lanza una mirada a mis pantalones cortos de poliéster. Se burló de ellos la primera noche que pasamos aquí.

—¿Vas a Satriale's? —preguntó.

Era una referencia a una serie sobre la mafia que me encanta.

Nos reímos. Por un momento, todo fue ligero, fácil.

De eso hace cuatro días. En otra vida.

La suela de las sandalias se agarra al sendero del Ara. Me tuerzo el tobillo.

—Mierda.

Consigo enderezarme justo antes de apoyarme en el suelo con la palma de la mano. Me giro.

Ahí está, el punto donde he tropezado: una grieta fina, casi invisible, pero suficiente para hacerme perder el equilibrio. Como esos recuerdos que regresan cuando menos te lo esperas; esa frase vergonzosa que dijiste hace seis meses y que vuelve para agarrarte del cuello en la cola del supermercado. Gabriel, hace casi nueve años, sentado a la mesa de la cocina, en su casa vacía.

Annie no había vuelto. Después de su desaparición —y, más adelante, después del hallazgo de su cuerpo—, yo iba a visitar a Gabriel todos los días. En mis recuerdos, solo hay luz en la habitación donde nos encontramos mi hermano y yo. El resto del mundo permanece en sombras.

—Siento mucho que te estén haciendo esto —le dije.

Él suspiró.

Para entonces, la responsable de todo aquello ya no era solo la policía. Los vecinos habían empezado a cruzar la calle para no compartir acera con él. Cuando fuimos a sacar dinero del cajero, dos mujeres intercambiaron una mirada cómplice a sus espaldas.

Gabriel no se rebeló contra los interrogatorios hasta después de la tercera entrevista. Antes de eso, fue abierto, cooperativo.

—No pasa nada —repuso—. Es razonable que actúen así.

Bebió un sorbo tímido de la infusión de manzanilla que le había preparado; fue la única vez que se llevó la taza a los labios.

—Es normal que me miren a mí —dijo, y dejó la taza—. Siempre miran al marido.

Movió la mano en el aire, como buscando las palabras adecuadas.

—Solo espero…

Aguardé a que pronunciara el resto.

¿Espero qué?

Sin embargo, no hubo más. La mujer de mi hermano había desaparecido, y él solo podía esperar.

Parecía demasiado pasivo, como si ya se hubiera acostumbrado a la tragedia. Como si lo de Annie encajara en esa categoría de cosas con las que uno aprende a convivir.

Se me hacía insoportable que habláramos con tanta soltura el idioma de la violencia, del crimen. Pero era el único que nos habían enseñado desde pequeños.

7

EL ÚNICO PUEBLO QUE CONOCÍAMOS, VALLE DEL HUDSON

VEINTITRÉS AÑOS ATRÁS

Gabriel irrumpió en mi vida con las palabras equivocadas. Habían pasado casi dos años desde la prueba.

Émile era un hombre ocupado. Tenía libros que escribir, seminarios que impartir. Pero cada mañana encontraba tiempo para dirigirnos unas palabras.

Aquello se llamaba Asamblea. Todos debíamos asistir, salvo las madres encargadas de los bebés. La Asamblea se celebraba después del desayuno, en una sala imponente, como un aula magna de estilo gótico de una gran universidad, que, sin embargo, mi mirada adulta identificó como lo que era: una vieja capilla católica.

El mundo de Émile —ese mundo que, según él decía, había creado para nosotros— en realidad había sido un internado en su día. Una pequeña institución que albergaba un máximo de doscientos alumnos. Tras la caída bursátil de 1987, cuando las matrículas y las donaciones de antiguos alumnos se desplomaron sin remedio, el banco se quedó con los edificios y el terreno. Émile, que llevaba cinco años en Estados Unidos, vivía cerca de las instalaciones, en Poughkeepsie. Dirigía algo que él llamaba una *start-up*, pero que el

gobierno definía como una empresa piramidal dedicada a vender material informático. Se hizo con el contrato de arrendamiento de la escuela y…, bueno, supongo que una cosa llevó a la otra.

En 1990, el año en que yo nací, Émile ya había renunciado a la idea de los ordenadores y la modernidad, pero todavía conservaba los edificios. También había dejado de pagar el alquiler, después de haberse tomado la molestia de registrar su organización como una iglesia. Y, después de lo de Waco, desalojarnos habría resultado problemático tanto por la imagen como por la logística.

Así que allí estaba. El paraíso en el que nací. Un cielo en el que cada mañana empezaba con un sermón.

Un día, antes de que Émile comenzara a hablar, un chico se sentó a mi derecha, dejando una silla de por medio. Apenas habíamos cruzado una palabra: solo las necesarias para sobrevivir en aquella comunidad. No lo conocía. No éramos amigos. Solo me había fijado en él por sus ojos: uno era marrón y el otro, azul.

Aquel día el marrón quedaba a mi derecha. Por lo demás, solo veía su silueta: un borrón de cabello rubio y uno de aquellos jerséis remendados que todos llevábamos.

Entre nosotros estaba Edwina. Edwina: catorce años, fuerte, devota. En su interior ardía la llama de la fe, la determinación inquebrantable de la auténtica creyente. Una muralla de seriedad entre aquel chico y yo.

Émile hablaba desde el atril, disertando sobre la importancia de la autorreflexión. No llevaba túnica ni sotana; prefería los pantalones caqui y los jerséis de pico. El único signo de su «superioridad espiritual» era la pulsera trenzada de su muñeca izquierda. Cuanto más progresaba nuestra mente, más ancho era el brazalete y más

vivo su color. La suya, del amarillo del girasol, era la más brillante y tenía el ancho de una correa de reloj. La mía, como la de los demás niños, era fina y de un blanco sucio.

—Debéis enfrentaros a la verdad que lleváis dentro y actuar en consecuencia. Puede que no sea cómodo —dijo Émile, mirándonos por encima de sus gafas—, pero es necesario. De lo contrario, seréis como…

Me enderecé. ¿Como qué?

—Como... —repitió Émile, carraspeando.

Se miró las manos, quizá deseando tener alguna anotación delante.

Aquello era nuevo. Émile nunca se quedaba sin palabras. Siempre sabía qué decir y cómo decirlo.

Algo se movió a mi derecha. El chico se removía.

Detrás del atril, Émile seguía dudando. Resultaba incómodo verlo así, perdido a mitad de una frase. Bajé la cabeza y la giré a un lado, muy despacio.

El chico tenía la vista clavada en el suelo y los labios fruncidos.

Cuando comprendí que estaba conteniendo la risa, Émile habló por fin:

—Si no miráis en vuestro interior, seréis como pollos —dijo— ¡corriendo sin cabeza!

¡Pollos! ¡Corriendo sin cabeza!

Algo se encendió en nuestras mentes infantiles.

El chico se tapó la boca. Soltó una carcajada breve, pero escandalosa, que resonó por toda la sala.

Émile, que acababa de iniciar una nueva frase —«Así que sed intencionados. Mirad a una persona y preguntad si…»—, se detuvo

en seco. Levantó la cabeza de golpe, como si lo hubieran abofeteado.

Reírse de Émile… ¡Qué idea tan obscena!

Pero el chico no pudo contenerse. Apoyó las manos en el respaldo de la silla de delante, con hombros temblorosos.

Su risa me contagió. Empezó en mi vientre, me subió por la garganta. Mi cerebro envió señales de alarma: «No te rías, no te rías. Hagas lo que hagas, por favor, no te…».

Empecé con una risita discreta, apretando los labios. Luego, la gran carcajada. El dique se había roto. Mi risa se liberó y resonó en el aire.

A mi derecha, el chico abandonó toda pretensión de mantener la compostura. Durante unos instantes absurdos, nos alentamos mutuamente.

Fue soberbia. Fue dicha.

Fue autodestrucción.

Él conocía los riesgos tan bien como yo. Mis recuerdos de esa época están acompañados de moretones, cortes y heridas en distintos grados de curación. Las lesiones eran tan habituales que dejé de notarlas.

Una mano me agarró del brazo y me sacó de la silla. Noté un chasquido. Un dolor vivo me atravesó el hombro derecho. A mi derecha, el chico también fue arrancado de su asiento.

Émile seguía en el atril. El sol se enredaba en sus rizos dorados. Juro que vi un halo alrededor de su cabeza.

Nos arrastraron por el patio, más allá de los dormitorios y las duchas comunitarias, hasta la cafetería. Nos empujaron hasta el

fondo del área de servicio. Una puerta se abrió. Caímos en la oscuridad.

Más tarde, ya de adulta, vi lo que era realmente el Lugar Secreto: un puto armario de la limpieza. Ahora bien, para una niña, era una cueva. Nos empujaron dentro y quedamos ahí encerrados, como en un ataúd.

Estábamos de pie, con la espalda contra la pared.

No había luz. Ni aire.

Solo estábamos nosotros.

Tanteamos a ciegas. Una mano me rozó la nariz. El chico era todo brazos y piernas.

—Perdón —dijo.

—No pasa nada.

En la oscuridad, una mano tomó la mía. El lado equivocado. Solté un chillido.

—Perdóname otra vez —me dijo—. ¿Te he hecho daño?

—No eres tú. Es mi brazo. Me he hecho algo.

Probó con mi otra mano.

—Esta está bien.

Buscamos una postura cómoda. Era imposible sentarse en el Lugar Secreto. No había espacio. Solo podías agacharte y sentir que los músculos tiraban de los huesos, que las articulaciones se endurecían.

El hombro me palpitaba. El dolor era tan fuerte que no podía dejar de temblar. Intenté mover el brazo, pero no respondía.

—Soy Frida —conseguí articular. Me castañeteaban los dientes.

—Gabriel —dijo él.

Asentí, y luego recordé que no podía verme.

—¿Lo eligió él?

No hacía falta especificar a quién me refería.

—Sí —murmuró.

No me sorprendió. Aquello significaba que, como yo —como todos los niños que conocía—, había nacido allí. Solo los adultos sin hijos se unían a la comunidad. Al parecer, para los demás ya era demasiado: en cuanto uno se había construido una vida con una casa, con un trabajo, ya no quedaba sitio para Émile en su corazón.

—¿Primera vez? —preguntó el chico.

Se refería a si era mi primera vez en el Lugar Secreto.

—Sí —respondí—. ¿Y tú?

—También.

La puerta se abrió.

—Por favor —dije—. El brazo me…

—No quiero oírlo —dijo una madre.

Metió la mano dentro del Lugar Secreto. Algo húmedo me golpeó, y el dolor me recorrió el costado. Me agarré el hombro y me arrepentí al instante.

—Pero ¿qué…?

La linterna iluminó la escena: dos vasos y un charco de agua en el suelo.

—¡Mira lo que has hecho! —gritó la madre.

Suspiró y negó con la cabeza: la luz recortaba sombras en su cara.

—Me parece que necesitáis más tiempo para reflexionar —dijo, con un tono más suave, casi dulce—. Os dejaré un rato a solas.

La luz de la linterna me dio en los ojos.

—Y tú —añadió—. ¿Te duele? Mira hacia tu interior. Te lo has hecho tú misma. Tú has sido la causante.

Antes de que pudiéramos disculparnos y pedir más agua, la puerta se cerró.

Esperamos a que los pasos de la madre se alejaran. Entonces, con mi brazo bueno, empujé la puerta. Gabriel me ayudó, seguramente con ambas manos. Cuando no funcionó, palpamos las cuatro paredes, buscando... ¿qué?

Una ventana. Un agujero que ensanchar. Una cuchara para cavar un túnel. Cualquier cosa.

Las ganas de gritar me subieron por la garganta y lo mismo debió de ocurrirle a él.

Pero no gritamos.

Sabíamos que nadie acudiría en nuestra ayuda.

Gabriel y yo nos inclinamos el uno hacia el otro.

—Lo siento —susurré.

—No es culpa tuya.

Esperamos. Y esperamos. Y esperamos.

Perdí la noción del tiempo.

Al final, se me entumeció el brazo.

Me zumbaban los oídos. Tenía la piel pegajosa y el interior de la boca, áspero como la lana.

Y aun así.

Con el paso de las horas, dejé de odiar aquel lugar.

Estar allí, con aquel chico.

La oscuridad era nuestra. A su manera, tenía algo de acogedor. Por primera vez en diez años —una vida entera de demasiadas palabras, discursos y normas, de Émile explicándolo todo una y otra vez, de bocas abiertas para reprender, de labios vibrando con sermones—, el silencio bastaba.

El pecho de Gabriel temblaba contra el mío. ¿Lloraba?

No.

Reía otra vez.

—Perdón —dijo, sin sentirlo—. Es que…

—¿Lo del pollo?

No respondió, pero sentí el cosquilleo de su pelo contra mi hombro cuando asintió.

Increíble. Yo también me eché a reír. No por lo del pollo. Eso ya había pasado. Sino por él. Por ese chico que, en la oscuridad del Lugar Secreto, en ese templo del miedo, había encontrado una razón para reír.

Flotaba algo desconocido en el aire: ligereza, desafío. Una parte de sí mismo que no había entregado a nadie. Algo que yo necesitaba en mi vida.

Esperamos un poco más.

Recité conjuros mentalmente. Canté canciones mudas.

Las repetí una y otra y otra vez, hasta que las palabras dejaron de tener sentido.

Oí un quejido. Tardé un momento en comprender que la puerta se había abierto al fin, que nuestro tiempo en el Lugar Secreto había terminado.

La madre estaba allí de pie. Esperaba que saliéramos corriendo.

No nos movimos.

—Vamos, niños estúpidos.

Nada.

Tuvo que separarnos para poder sacarnos. Fue una ruptura. La luz blanca y brutal del parto: los dos arrancados de un mismo vientre.

Por fin enderezamos la espalda, y los nudos de los músculos se aflojaron. Mi brazo derecho colgaba inerte, a un lado.

La mirada del chico se cruzó con la mía. Por primera vez en aquel día, lo vi con claridad: era más alto que yo —unos ocho centímetros —, tenía los brazos y las piernas largos, pecas en la nariz, un ojo como el cielo, y el otro como un charco de lluvia.

Volvimos juntos a las aulas, pero estaban vacías, así que nos dirigimos a la cafetería. Intenté coger una bandeja, pero era imposible con un solo brazo.

—Yo me encargo —dijo Gabriel, y llevó la mía.

Nos sentamos. Él devoró el guiso del día (raíces y tubérculos) con cucharadas rápidas y ansiosas. Yo estaba hambrienta; él se moría de hambre. Alargué la mano por encima de la mesa y dejé mi trozo de pan al lado de su cuenco.

Años después, en el mundo exterior, yo le llamaría «hermano», y él me llamaría «hermana». Pero no nos habían enseñado a pensar así. No habíamos crecido con palabras como «familia», «enamoramiento», «matrimonio», «reproducción».

En el mundo de Émile, éramos simplemente nosotros. Algo que importaba más que todos esos conceptos que sostenían nuestro universo. Algo más brillante que todo lo demás.

8

ESCALANTE, UTAH

EL QUINTO DÍA

No quiero volver a ver el cadáver de Sabrina Brenner, pero le debo al menos eso.

Cuando regreso al límite del recinto del hotel, los huéspedes ya se han ido. Han aparecido tres personas nuevas, todas vestidas con el mismo uniforme: pantalones caqui, camisa de manga larga con corbata, una placa reluciente sujeta en el bolsillo izquierdo y un arma colgada a la cintura.

Una de ellas está agachada junto al cuerpo de Sabrina y, cada diez segundos, levanta la vista hacia su compañero, que toma nota de todo. El tercero sujeta un rollo de cinta amarilla, de esa que se utiliza para delimitar la escena del crimen.

Cuando se encontró el cuerpo de Annie, la policía también habló conmigo. Solo una vez. Querían saber cosas de Gabriel, de su matrimonio. Fue una conversación breve teñida de cierta condescendencia, como si en el fondo pensaran: «¿Y qué vas a saber tú?». Al fin y al cabo, yo era una mujer soltera y sin hijos. ¿Qué podía comprender yo del matrimonio, de la vida doméstica, de la familia?

Aun así, aquella entrevista me enseñó lo básico: con la policía, di solo lo justo y necesario. Si te preguntan si tienes hora, la respuesta debe ser «sí» o «no», nunca «las diez y media».

El agente de la cinta amarilla —un chico joven, de pelo castaño, con el ceño fruncido de quien lamenta haberse olvidado las gafas de sol— ata un extremo a un árbol cercano y tira del rollo hasta alcanzar una de las luces que bordean los senderos del Ara.

—Disculpe, ¿agente?

El joven se da la vuelta.

—Ayudante del sheriff —puntualiza—. Aquí solo hay ayudantes.

Claro.

Una vez vi un documental: una mujer y sus dos hijos, todos desaparecidos, y el marido que quizá los había matado. Ocurrió en un pequeño pueblo de Arizona, no muy lejos de aquí. «Podrían haberlo atrapado», decía la hermana de la mujer desaparecida, fuera de cámara. Pero la policía local hizo muy poco, y lo poco que hizo, lo hizo demasiado tarde. El marido se esfumó. «Por lo que sabemos, estará viviendo como un rey en Brasil o algún lugar así», dijo la hermana con una mueca.

Ese mundo del delito en pueblos pequeños, de oficinas del sheriff saturadas, de agentes pluriempleados que también se dedican a hacer guardias en la cárcel, era nuevo para mí. Los casos que me había tocado vivir habían sido lo bastante importantes como para estar en manos de los federales o de un departamento de policía sólido. Lo cual no significa que todo saliera bien. Evidentemente. El asesinato de Annie nunca se resolvió. Y lo de Émile…, bueno. Fue complicado, y aún lo sigue siendo.

—¿Podría hablar con usted? —le pregunto al joven ayudante del sheriff.

Enarca una ceja.

—Aún estamos trabajando en la escena del crimen —dice—. Espere un momento, ya la atenderemos.

—Es importante.

El ayudante vuelve la cabeza hacia sus compañeros, que siguen examinando el cuerpo de Sabrina. ¿Se siente excluido? Esos dos haciendo el auténtico trabajo policial y él aquí, con la cinta. ¿Qué le dirá luego a su pareja, a sus amigos, a su madre, cuando vuelva a casa esta noche? «Ha habido un asesinato y yo me he encargado de la cinta».

—Adelante —dice al fin.

Algo se mueve detrás de él: uno de sus compañeros se inclina sobre el cuerpo de Sabrina.

Tengo náuseas.

—¿Podemos hablar en otro sitio? —pregunto.

El policía abre la boca.

—Por favor —insisto—. Ayudante…

—Harris —responde—. Está bien.

Levanta la cinta para colocarse a mi lado. Con un gesto, me invita a avanzar hasta el salón abierto que hay delante de la entrada, una superficie de piedra arenisca salpicada de bancos color crema, con cojines bordados en tonos tierra. Unas cortinas de lino separan el espacio del vestíbulo principal y, sobre nuestras cabezas, varios toldos tensados nos protegen del sol.

—Bien —dice Harris, secándose la frente—. ¿Qué quería contarme?

—Anoche, Sabrina Brenner y su marido discutieron.

Le explico lo básico, el dónde y el cuándo. «A eso de las tres de la madrugada», «en el límite del recinto del hotel».

—Los vi —digo—. Él la agarró, y…

—¿Los estaba siguiendo? —pregunta Harris.

—No. Bueno…, supongo que sí. No podía dormir, y oí voces. Quise saber qué pasaba.

—Continúe.

—No fue solo una discusión —digo—. Se volvió física. William la agarró por las muñecas. Y la insultó. La llamó «zorra».

Harris se queda quieto, con una mano en el bolsillo y la otra rascándose la nuca.

—Así que los oyó discutir —dice.

—Los vi. Vi cómo pasaba.

Esta vez, se saca una libreta del bolsillo y anota unas palabras.

—Presenció una discusión —dice—. ¿Vio algo más? ¿El señor Brenner golpeó a su mujer? ¿Hubo algo más físico, aparte de que la cogiera del brazo?

—De las muñecas —corrijo.

Harris asiente.

—Volví a mi habitación. Pero hay algo más.

—¿Presenció otra cosa?

Niego con la cabeza.

—Solo... detalles. Siempre parecían tensos. Se notaba que ella estaba en guardia cuando lo tenía cerca.

—¿Cómo lo sabe?

—Era una…

«¿Sensación?».

—Una suma de cosas —digo, y por dentro me estremezco. «Una suma de cosas». Quedará precioso en el informe policial.

Harris anota algo más.

—De acuerdo —dice—. Avisaré a mis compañeros.

No es suficiente, pero es todo lo que tengo.

Le doy las gracias por su tiempo y vuelvo a nuestra suite. Justo cuando acerco la tarjeta al lector, me suena el móvil.

Es un mensaje de Gabriel:

«Han servido comida en el comedor. ¿Dónde estás?».

No tengo hambre, pero Gabriel necesita comer. Es por lo de las migrañas: debe hacerlo con regularidad, y también debe dormir lo suficiente, no forzarse demasiado. Lo cual resulta casi cómico, porque durante la mayor parte de nuestra vida esas tres cosas fueron imposibles.

Ya que tengo el móvil en la mano, miro cómo está mi perro: se encuentra en una de esas guarderías caninas de lujo, las que te mandan actualizaciones diarias y te permiten verlo por cámara. La aplicación me informa de que Charlie «está muy bien» y «se ha acabado casi toda su comida».

Respondo a Gabriel. «Voy enseguida».

El vestíbulo del Ara se diseñó para ser un lugar de relax. Se nota que alguien se dijo: «Aquí es donde la gente vendrá a desconectar». Está amueblado con bancos hechos a medida y pufs mullidos. En el centro, hay un enorme jarrón con flores secas («amarantos globosos», según dijo Catalina), unas borlas blancas y esponjosas que se elevan hasta el techo. La chimenea de gas que hay en el

fondo de la sala ha estado encendida durante toda nuestra estancia, ajena al desierto y a su calor.

Hoy, la paz se ha roto. Los huéspedes deambulan por todas partes. Está la pareja joven con sus dos hijos; a su lado, la divorciada que el otro día discutía por teléfono con su abogado; a unos pasos de ellos, un actor que reconozco de la última temporada de *Ley y orden*.

La divorciada garabatea algo en una hoja con el membrete del hotel. El actor pasa el dedo por la pantalla de su móvil. La pareja habla en voz baja. Capto fragmentos de su conversación: «vuelos», «reserva», «nos estamos preocupando por nada».

Hay cosas que nadie dice en voz alta, pero que todos piensan:

«Este viaje no fue barato».

«No podremos pedir reembolso, a menos que el hotel nos eche».

«Ni siquiera sabemos qué ha pasado».

«¿Tan terrible sería quedarnos?».

Gabriel me hace señas desde una mesa del comedor. Se ha cambiado: lleva pantalones cortos y una camiseta limpia. En una mesa cercana están las tres chicas que se han pasado toda la estancia posando para la cámara, tres imágenes de Instagram en carne y hueso: una pierna delante, otra detrás, o agachadas junto a la piscina, con la lengua fuera. Una interminable procesión de modelitos: pantalones cortos de color neón, conjuntos elásticos, tops de ganchillo.

Ahora las tres influencers vuelven a ser humanas, enfundadas en unas sudaderas de algodón de tonos neutros. Flamencos pintados

de gris.

Gabriel desliza un plato por encima de la mesa.

—Te he cogido algo —dice. Un huevo duro, un plátano—. Pero ve a ver qué queda.

Alguien ha desplegado una mesa en la parte delantera de la sala y la ha cubierto con un mantel que no acaba de ajustarse bien. Hay dispensadores de café, agua caliente, bolsitas de té, rebanadas de pan, y yogures en un cuenco lleno de hielo.

No es así como el Ara sirve los desayunos. Normalmente no hay bufé. Hasta hoy, cada mañana nos hemos sentado a leer el mismo menú. Envueltos en la luz suave y tamizada del comedor, probamos el desayuno americano, el continental, el *wellness*: huevos revueltos sedosos, cruasanes delicados, muesli de calidad y rodajas de melón dispuestas en abanico.

Todo eso encajaba conmigo. El lujo, siempre innecesario, siempre inmerecido.

En el bufé, la gente hace fila, estirando los brazos por encima de los demás para alcanzar el azúcar o la mermelada. Hablan en voz baja y se mueven con nerviosismo. Se trata de la visión del mundo que Gabriel y yo dejamos atrás: niños alineados en una cafetería, una mísera pila de pan y un profeta autoproclamado bebiendo café en el fondo de la sala.

Regreso a nuestra mesa.

—¿Nada? —pregunta Gabriel.

Niego con la cabeza.

—No tengo hambre.

Él toma la pasta que tenía en el plato —un pequeño pastel danés con un charco rojo de mermelada en el centro— y me la coloca

delante, sobre una servilleta, junto a un yogur sin abrir.

—Por si te entra hambre luego —dice—. No sé cuándo volveremos a tener ocasión de comer.

—Está bien. De verdad que no creo que…

Me interrumpe un grito. En algún lugar del fondo del comedor, un mueble cae estrepitosamente al suelo.

—¡Suéltame!

Los huéspedes levantan la vista de sus mesas y rastrean el sonido hasta el vestíbulo.

Nuevas exclamaciones, cada vez más airadas, se expanden por la sala como nubes de tormenta:

—¡Tengo derechos!

Y luego:

—¡Quiero hablar con mi abogado!

Cada palabra más tensa que la anterior.

Me pongo de pie de un salto. Gabriel también. No somos los únicos. Las influencers corren hacia el vestíbulo. A nuestro alrededor, una constelación de semidesconocidos: el actor de *Ley y orden*, la divorciada y, detrás de ellos, Lazlo y Fabio, que ocupan una suite a tres puertas de la nuestra y volaron hasta aquí desde Miami.

Todos nos detenemos al mismo tiempo.

—Tiene derecho a guardar silencio. Cualquier cosa que diga podrá ser usada en su contra…

En el centro del vestíbulo, un William Brenner con las muñecas inmovilizadas a la espalda forcejea con Harris, el ayudante del sheriff. El joven policía saca un par de esposas del cinturón. Se oye el clic del cierre.

—¡Esto es absurdo!

—Tiene derecho a un abogado —continúa. Sus compañeros están a su lado. La dinámica se ha invertido: ahora Harris es el protagonista, y ellos, los figurantes—. Si no puede permitirse uno…

La frase es obligatoria por ley, pero resulta ridícula. ¡Claro que puede permitirse un abogado! Probablemente lo tenga en marcación rápida.

¿Cuántas denuncias por violencia doméstica habrá hecho desaparecer?

¿Cuántos pagos, cuánto dinero para tapar bocas, cuántas mujeres compradas?

Ese hombre rico. Ese marido violento.

William chilla, protesta, se retuerce contra las esposas. Harris, imperturbable, lo conduce hacia la puerta del vestíbulo.

En el umbral, William se vuelve y me mira directamente a los ojos. Lo juro.

O quizá ocurra solo en mi cabeza. Quizá no pueda creer que William Brenner vaya a caer así, sin asestar un último golpe.

9

EL ÚNICO PUEBLO QUE CONOCÍAMOS, VALLE DEL HUDSON

DIECIOCHO AÑOS ATRÁS

Gabriel y yo tanteábamos a ciegas lo que significaba la posibilidad de estar juntos.

Al principio solo sabíamos una cosa: que nos sentíamos bien. Era agradable tener a alguien.

Era agradable tomar decisiones entre los dos: «Tú te quedas con la litera de arriba; yo, con la de abajo». Era agradable intercambiar susurros en la oscuridad. Y también lo fue descubrir que teníamos la misma edad. Él cumplía años el 12 de junio y yo, el 6 de diciembre. Nos encantaba la simetría de nuestros números, su 12/6 frente a mi 6/12. Lo interpretábamos como una señal. ¿De qué?

Nos moríamos de ganas de averiguarlo.

Así funcionaba la vida en el mundo de Émile: nacías; como a todos los niños, te cuidaba un grupo de mujeres; nunca pertenecías a tu madre, ni a tu padre. Émile exigía un desapego absoluto. Uno de sus lemas era: «La unidad familiar es una fuente de corrupción. Rechazarla es lo mejor que puedes hacer, no solo por ti, sino por los niños». Los niños. No tus hijos.

En el mejor de los casos, tus padres hacían tan bien su papel (a los ojos de Émile) que nunca llegabas a saber quiénes eran. Algunos (los míos y, como supe más tarde, los de Gabriel) lo hicieron de perlas. Es increíble la crueldad que puedes arrancar de la gente si logras convencerla de que está haciendo lo correcto.

Otros padres, en cambio, siempre revoloteaban alrededor de un niño en particular, o de un grupo de niños. Así que circulaban rumores. También había parecidos físicos. En los primeros tiempos de aquella comunidad, antes de que yo naciera, hubo algunos padres que no supieron obedecer las reglas, y Émile los expulsó.

Con eso bastó. Tu madre, por muy añorada, asustada o resentida que estuviera, quedaba relegada a un rincón de tu mente. Y tu padre… Los padres no importaban. Solo importaba un hombre: Émile.

De los tres a los dieciocho aprendías las filosofías de Émile, algo de historia, gramática, matemáticas y un poco de ciencia. Y habilidades de supervivencia: cómo plantar verduras, cómo encender y apagar un fuego, cómo hacer un torniquete. De los seis a los dieciocho, además de las clases se te asignaban tareas: limpiar, cultivar, preparar la comida, hacer trabajo administrativo.

El objetivo era la autosuficiencia. No depender nunca del mundo exterior.

Y, sin darte cuenta, te plantabas en los dieciocho.

Se esperaba que siguieras trabajando para Émile: cuidando de las instalaciones si eras hombre, ocupándote de los niños si eras mujer. Reclutando y evaluando a los nuevos adeptos. Vendiendo los libros de Émile y, cuando los tuvo listos, también sus seminarios en línea. De adulto, seguías obligado a asistir a clase. Si eras espabilado,

empezabas a impartirlas tú, primero a los niños, luego a otros adultos.

Nunca salíamos. Esa era la regla más importante. Émile nos había regalado un mundo perfecto que nos proporcionaría todo lo que necesitáramos, siempre que nos dejáramos moldear por él.

Émile tenía coche —cuando era niña, un viejo todoterreno cubierto de barro y, más tarde, un sedán flamante, que, según decía, funcionaba con electricidad—. Sin embargo, nunca se llevaba a nadie consigo en sus viajes. Él podía salir al mundo exterior, nosotros, no.

Y eso era todo. Esa era nuestra vida.

La queríamos.

Peor aún: como con todo lo que se valora, temíamos perderla.

Gabriel y yo nos sentábamos juntos en las comidas y también en clase. (Nunca en la Asamblea. Nadie tenía que decírnoslo: lo sabíamos). Inventábamos pequeños juegos, con reglas demasiado infantiles, demasiado ridículas para explicárselas a los demás, pero entre nosotros no había vergüenza. Nos ayudábamos con las tareas. Creamos canciones para cada una. En cuestión de semanas tuvimos una canción para limpiar ventanas, otra para fregar el comedor, otra para ordenar papeles.

Pasó un año, luego dos, luego cinco. Gabriel me sacaba una cabeza. Durante un tiempo estuvo horriblemente delgado, y después volvió a engordar un poco. Yo me quedé en metro sesenta y cinco. Era menuda, pero fuerte: mi cuerpo convertía en músculo los escasos alimentos que nos daban.

El día que cumplí quince años, Gabriel me regaló una pequeña F tallada en madera.

—Del taller de carpintería —me dijo.

La hice girar entre mis dedos. Era una figura tosca —la barra inferior estaba torcida—, pero también era el primer regalo de cumpleaños que recibía en mi vida.

—Gracias.

Lo que en realidad quería decir: «Esto significa mucho para mí».

Una tarde, Gabriel y yo estábamos en un aula vacía, organizando folletos en distintos montones.

—Ayer Simon habló durante un buen rato —me dijo.

Quería decir en el dormitorio de los chicos. De los catorce a los veinte, chicos y chicas dormíamos en edificios separados. Era la única parte del mundo de Émile no compartida.

No parecía propia de él, esa preocupación por la decencia. Pero no lo cuestionábamos. Émile tenía sus razones.

—¿Qué dijo Simon? —pregunté.

Gabriel golpeó un montón de folletos contra la mesa para alisar los bordes.

—Que él y un par de chicos más salieron afuera.

—¿Afuera? ¿Se escaparon del dormitorio?

Eso también lo hacían las chicas. Esperaban a que todo el mundo se durmiera. Se oía el contacto de sus pies descalzos contra el suelo polvoriento y el susurro de las sábanas con que se envolvían los hombros. Si te asomabas por la ventana, podías verlas: fantasmas clandestinos, brillando bajo el cielo nocturno.

Yo nunca me uní a ellas. En cuanto me metía en la cama, me gustaba quedarme allí.

—No —respondió Gabriel—. Afuera de todo.

La goma elástica con que estaba atando uno de los montones se rompió contra mis dedos. Ignoré el dolor y la volví a tensarla.

—¿Qué quieres decir con «afuera del todo»? —pregunté.

Gabriel dejó los folletos. Puso una mano sobre mi montón y la mantuvo allí hasta que lo miré.

—Quiero decir fuera de aquí —susurró.

«Ya estamos», pensé.

Gabriel y yo siempre habíamos deseado lo mismo.

Bueno, hasta entonces.

Pero esta vez tendría que decirle que no. Tendría que separarme de él.

No podía imaginarme separándome de él.

—Qué bien —dije.

Cogí una caja vacía. Gabriel me la quitó de las manos.

—¡Eh!

—Escúchame.

A Gabriel le gustaba flirtear con la idea de la rebeldía, pero nunca pasaba de ahí. «Imagina coger dos trozos de pan en lugar de uno. Imagina levantarte en mitad de la Asamblea y marcharte. Imagina que una madre te dice que limpies todas las ventanas y simplemente te niegas. Imagina, imagina, imagina».

Parecía que esa chispa de rebelión atrapada en su cuerpo obediente lo espoleaba. El recuerdo del día en que se rio durante la Asamblea era un destello de algo que superaba nuestra realidad, una mirada fugaz a un mundo nuevo que no se atrevía a explorar.

Intenté razonar con él.

—No deberíamos…

—Déjame hablar —me atajó.

Una madre apareció en la puerta.

—¿Qué son esos cuchicheos?

Dejé la caja sobre la mesa con la reverencia debida.

—Perdón —dije.

La madre —sin nombre, vestida de beige, con el pelo recogido en un moño— nos fulminó con la mirada unos segundos.

—Será mejor que no oiga nada más —advirtió.

Asentí con ímpetu.

Cuando el sonido de sus pasos se perdió en la distancia, Gabriel me llevó a un rincón del aula.

—Ven.

Nos esperaban más folletos, listos para ser revisados y corregidos uno a uno (Émile lo exigía), y luego apilados de veinte en veinte.

Nos arrodillamos y fingimos trabajar.

—No tendríamos que quedarnos fuera mucho rato —susurró.

Lo observé. Los ojos brillantes, la piel enrojecida… ¿Tenía fiebre?

—Gabriel —dije, con la voz tensa como un cordel que sujetara un globo al suelo—. No podemos.

Se frotó los ojos.

—¿Nunca te preguntas cómo es allá afuera? —quiso saber.

Me encogí de hombros.

—Yo sí —dijo. Dirigió la mirada hacia la puerta y se volvió hacia mí —. No quiero irme para siempre ni nada de eso. Jamás lo haría.

Le creí.

—Es solo que… A veces me lo pregunto —añadió en un susurro quebrado—. Y me da miedo que, si no lo hago…

Se detuvo.

Mi hermano tenía algo en su interior.

Algo de lo que no era capaz de salvarlo.

—No podemos —le dije—. Yo no puedo.

Llevábamos cinco años en la vida del otro. Vi su dolor, su inquietud.

Lo vi todo, y aun así me elegí a mí antes que a él.

Por un tiempo.

10

ESCALANTE, UTAH

EL QUINTO DÍA

Los huéspedes regresan al comedor a paso lento.

—¿Qué coño hacéis? —murmura una de las influencers.

Gabriel y yo nos hemos quedado allí plantados.

Él también debe de estar recordándolo: la lectura de derechos, las esposas, los cargos. Es exactamente lo que estuvo a punto de ocurrirle hace nueve años.

—Eh —le digo.

Gabriel sale de su trance. Me da un empujoncito. Lo sigo de regreso a nuestra mesa. El aire está cargado de adrenalina, una mezcla incómoda de excitación y alivio.

Catalina cruza el comedor y se detiene en medio de la sala. Carraspea.

—Buenos días —empieza, vacilante—. En nombre de todo el equipo del Ara, quería agradecerles su cooperación. Por supuesto, entendemos que estas son… circunstancias excepcionales.

Ofrece a la multitud una sonrisa afectada.

—Quería informarles de que seguimos… abiertos. Como siempre. Eso incluye el spa y la piscina. Los servicios para huéspedes están funcionando, así que, por favor, avísennos si desean reservar una

caminata guiada o si necesitan ayuda para orientarse en los senderos.

Hace una ligera mueca.

—Y… eso es todo —concluye, juntando las manos—. Si tienen alguna pregunta…

Espera un segundo y luego huye de nuevo hacia el vestíbulo.

«Bueno. Ha sido rápido».

He oído hablar de casos así: sospechosos de asesinato detenidos a las pocas horas del crimen. Escenas cargadas de pruebas incriminatorias, auténticos bufés de evidencias sólidas. O policías que actúan por instinto, confiando en que el arresto provoque algo: una confesión, una orden de registro firmada por un juez, o quizá ambas cosas. Es un riesgo, claro. Pero a veces funciona.

Puede que otros también hayan hablado. Huéspedes que notaron lo mismo que yo: la crispación entre los Brenner; el estado de ánimo de él, tenso como las cuerdas de un piano. Tal vez alguien más oyera la pelea de anoche. Esta mañana he ido a buscar a Harris tan pronto como he podido, pero algún huésped se me podría haber adelantado, mientras yo hablaba con Gabriel en nuestra suite.

Y luego está el comportamiento agresivo que William ha tenido con Gabriel esta mañana —los insultos, sus puños aferrados a la camiseta de mi hermano—. Ninguno de estos hechos demuestra nada de forma aislada, pero tampoco pinta bien.

Y podría haber más. ¿Quién sabe lo que encontró el personal de limpieza en su habitación? Puede que los empleados del hotel sepan cosas que nosotros ignoramos.

Gabriel y yo nos miramos.

«¿Es esto lo que se supone que debemos hacer? ¿Ir a la piscina justo después de que un hombre… haya matado a su mujer?».

—No digo que vaya a ser genial, pero si me dejaras hablar…

Vuelvo la cabeza hacia la familia que he visto antes en el vestíbulo: la pareja y sus dos hijos pequeños. La madre se dirige al padre, que intenta controlar al niño que se retuerce en su regazo. A su lado, la niña se cubre la cara con las manos, apoyando los codos en la mesa.

—¿Y qué quieres que hagamos con ellos? —le susurra la mujer al hombre, en un tono apenas audible—. Me refiero a…

Levanta la barbilla hacia el vestíbulo.

«Lo han arrestado —parece decir—. Ya podemos seguir con lo nuestro».

El padre se encoge de hombros, como diciendo: «Supongo. De todos modos, estas vacaciones están siendo un desastre».

Se levanta con el niño en brazos y sale del comedor detrás de su mujer, que sujeta a su niña de la mano.

Otros huéspedes los siguen: Fabio y Lazlo. Las influencers. Nadie parece entusiasmado, pero se oyen palabras sueltas sobre trajes de baño y protectores solares.

—¿Vamos… a la piscina también? —pregunta Gabriel.

Me muerdo el labio.

¿Cuál es la alternativa? ¿Las rutas de senderismo? Ya las hicimos ayer y no tengo ganas de morir deshidratada otra vez. ¿Un tratamiento en el spa? Hay que estar tarado para hacerse una limpieza de cutis el día después de un asesinato.

—Vamos —decido.

Gabriel asiente.

—Me llevaré un libro.

Desde hace doce años, Gabriel trabaja como asistente para Howard Auster, el mayor especialista estadounidense en el Imperio romano. Si Gabriel se lleva un libro, no irá realmente a la piscina: se pondrá a trabajar.

Y estará con los romanos. Sus adorados romanos, una fascinación que nació en su primera juventud.

Cuando consiguió el trabajo, le pregunté qué le atraía tanto de aquella cultura.

Se encogió de hombros. Al principio pensé que no sabía cómo explicarlo, que no podía concebir que alguien oyera hablar de los romanos y no quisiera dedicarles toda su vida intelectual.

—Son las historias —respondió al fin.

—¿Te refieres al drama?

Negó con la cabeza.

—Los dioses. Los emperadores. Todos tenían familia.

No lo entendí.

—Nosotros nunca la hemos tenido —añadió Gabriel—. Carecíamos de todo eso.

Pero los romanos no eran los únicos. Los zares rusos también habrían sido buenos candidatos. Por no hablar de los monarcas británicos. Francia también tenía lo suyo. No obstante, los romanos fueron los primeros en apoderarse del alma de Gabriel, y una vez que lo hubieron hecho, ya no volvieron a soltarla.

No le señalé que en las familias que tanto le fascinaban había hijos que mataban a sus padres y padres que devoraban a sus hijos.

Gabriel no veía el horror. O, si lo veía, no le detenía.

La historia que más le fascinaba era la de Rómulo y Remo: dos hermanos huérfanos amamantados por una loba y acogidos luego por un pastor, que acabaron fundando la ciudad que sería Roma. Aunque, claro, la historia verdadera es otra: Rómulo y Remo no se pusieron de acuerdo sobre el lugar donde construirla. Intentaron resolverlo con un concurso de aves, pero no funcionó. Las cosas se salieron de madre. Al final, Rómulo mató a Remo arrojándole una lanza a la cabeza.

A Gabriel no le molestaba lo del fratricidio. Era como si no existiera. Solo veía lo demás: dos niños abandonados, criados por una loba, que levantaron un imperio.

11

EL ÚNICO PUEBLO QUE CONOCÍAMOS, VALLE DEL HUDSON

DIECIOCHO AÑOS ATRÁS

Dos semanas después de nuestra primera conversación sobre «el afuera del todo», Gabriel se marchitó. Ocurrió por la mañana, durante una clase. Estábamos sentados uno al lado del otro, escuchando a una madre que parloteaba sobre el cosmos. El libro fundamental de Émile (*El libro del universo*) yacía abierto sobre el pupitre que tenía delante.

—Ay —murmuró Gabriel.

Se frotaba la frente.

—¿Estás bien?

Antes de que tuviera tiempo de responder, la madre nos fulminó con la mirada. Bajamos la cabeza.

Gabriel se quedó rezagado cuando caminábamos hacia el comedor.

—¿Qué te pasa?

—La cabeza —dijo, llevándose la mano al lado derecho de la cara.

—¿Te duele?

Se estremeció.

—Es… como si alguien me golpeara el cráneo con un martillo. Un martillo ardiendo.

A veces nos dolían partes del cuerpo. Los niños se caían. Los pequeños siempre se cortaban con algo o se torcían el tobillo. La única cura para la mayoría de los males era el tiempo. Las heridas cicatrizaban; las articulaciones se curaban; los dientes picados se caían.

En la fila del almuerzo, Gabriel tenía dificultades para mantenerse de pie. Cada vez que la cola avanzaba, cambiaba de postura para apoyarse en algo nuevo: los raíles oxidados por los que nuestras bandejas se deslizaban con pereza, la vitrina que alguna vez debía de haber exhibido algún postre, pero que ahora solo se usaba para mantener el pan fuera del alcance de nuestras manos hambrientas. Su rostro estaba más pálido de lo que nunca lo había visto. Hasta los labios se le habían vuelto blancos.

Recorrí el comedor con la mirada. Simon estaba sentado a la mesa que nos gustaba, junto a la ventana. No confiaba en que Gabriel pudiera llegar hasta allí sin dejar caer la bandeja y el cuenco de estofado de lentejas.

La hora de la comida debía ser un momento de tranquilidad, autorreflexión y gratitud. Tenía un ritmo pautado: esperábamos en la fila, nos sentábamos, comíamos, limpiábamos. Si hacía falta hablar, se hacía en voz baja, y solo si estábamos seguros de que valía la pena romper el silencio.

—Sentémonos aquí —le susurré, tirando de una silla en la mesa más cercana. No había nadie sentado allí, salvo un niño pequeño en el extremo opuesto.

Gabriel se acomodó y apartó las lentejas a un lado. Se sujetaba la cabeza con ambas manos, como si le pesara demasiado para sostenerla.

Émile ocupaba su mesa habitual en el fondo del comedor, rodeado del grupito de madres que gozaban de su favor en aquel momento. Contaba una historia entre cucharada y cucharada de estofado. (Émile tenía permitido hablar libremente durante las comidas).

—Tal vez deberíamos decírselo a alguien —susurré—. Quizá alguna de ellas podría avisarle —dije levantando la barbilla hacia las madres, que miraban a Émile con adoración.

Gabriel gruñó. Sabía lo que quería decir. «¿Y luego qué?».

Cuando alguno de los niños enfermaba —se ponía realmente enfermo— o cuando una madre daba a luz, se hacían meditaciones especiales, y quizá el propio Émile preparaba alguna infusión de hierbas. Pero él insistía en que no era un sanador. Solo el poder del pensamiento positivo podía curarnos.

Gabriel gimió. La piel de su rostro se había vuelto verdosa. Apenas podía mantener los ojos abiertos.

De pronto levantó la vista.

—No me encuentro…

Se levantó de un salto y la silla cayó al suelo estrepitosamente. Gabriel ni siquiera se dio cuenta. Estaba demasiado ocupado corriendo hacia la puerta.

—¿Qué demonios crees que haces?

Una madre fue tras él, lo agarró del brazo y lo detuvo. A sus quince años, Gabriel era más alto que la mayoría de las mujeres del recinto, pero ese día estaba débil. Su cuerpo se dobló, como una sábana cayendo del tendedero.

—Por favor —dijo—. Yo no…

Un sonido gutural, y luego el olor agrio del vómito. La madre le soltó el brazo y Gabriel cayó al suelo. Le temblaba el pecho. Vomitaba bilis amarilla entre arcadas secas.

Dos madres lo cogieron, una por cada brazo, y se lo llevaron hacia la salida. Para entonces estaba medio inconsciente. Sus ojos se movían desorbitados y la cabeza le colgaba, como la de un recién nacido.

Me levanté y corrí hacia ellos.

—¡Silencio!

Un golpe seco resonó en la sala. Las madres que arrastraban a Gabriel se detuvieron. El comedor quedó completamente en silencio. Ni una silla chirrió contra el suelo, ni una cuchara tintineó contra un cuenco.

Émile se había puesto en pie. Su mano derecha descansaba cerrada en un puño, justo en el punto de la mesa donde acababa de descargarlo, comprendí entonces.

—Siéntate ahora mismo. —Su mirada recorrió la sala, de Gabriel hasta mí—. Ya.

Era humillante que me hablara directamente, delante de todos.

Me escabullí hasta mi mesa.

Émile observó a las madres, que seguían sujetando a Gabriel.

—Lleváoslo —dijo.

Las madres no respondieron que era justo lo que estaban haciendo. Simplemente salieron del comedor con Gabriel.

Émile se inclinó hacia delante, aferrándose a la mesa.

—Y ahora… —dijo. Algo hervía en su voz. Rabia, pensé. Rabia apenas contenida—. Volved a la comida. Pensad cosas buenas. Y

con eso no me refiero a cosas amables. Pensad en lo que debe ocurrir para que esta comunidad se mantenga sana. Es lo único que podéis hacer. No tratéis de controlar nada más.

Quise gritarle: «¿De qué estás hablando? ¿Qué significa todo eso?». Habría gritado hasta quedarme sin voz, si hubiera sido más valiente. «Acabas de verle, sabes lo enfermo que está. Haz algo, por favor».

«Eres Émile. Tienes un coche. Ve a buscar ayuda».

«Dices que nos quieres, que nos quieres mucho».

Pero en el mundo de Émile no había médicos. Ni medicinas. Nos había explicado cómo funcionaba todo allá fuera: las grandes farmacéuticas envenenaban a la gente, las compañías mentían por dinero. Sonaba tan miserable.

Me comí las lentejas.

Esa noche, cuando las chicas de mi dormitorio salieron a escondidas, las seguí.

Gabriel no había aparecido en clase por la tarde. Tampoco en la cena. Fui a preparar unos pedidos de libros de Émile —una tarea que Gabriel y yo habíamos aceptado hacer aquella noche—, y los terminé sola.

Quizá su cerebro se había roto para siempre. Quizá había muerto. Nadie sabía nada. Todo era posible.

Fuera había un mundo nuevo: el aire nocturno acariciándome los hombros, la luna brillando sobre nuestros rostros.

Dejé a las chicas bajo un abedul y seguí adelante. No fue fácil obligarme a caminar hasta el dormitorio de los chicos. Después de

cinco años de nuestro encierro en el Lugar Secreto, mi hombro todavía no se había recuperado. Siempre sentía una tensión, una punzada que bajaba por el brazo para recordarme las consecuencias de la desobediencia.

Aun así, necesitaba verlo.

Abrí una puerta, luego otra. El dormitorio de los chicos, como el de las chicas, era un lugar oscuro y húmedo, con literas pegadas a las paredes y filas de camas gemelas en el centro.

Crucé aquel mar de cabezas dormidas. Había algo tierno en aquello, una sensación que volvería a tener años más tarde, al ver una película de terror sobre muñecas poseídas. La protagonista, inocente, entraba en un almacén lleno de juguetes, sin saber nada de los poderes oscuros que albergaban. Que las muñecas iban a despertar era un hecho. Pero ¿qué harían después? ¿De qué serían capaces?

Gabriel me había dicho que su litera estaba en el fondo del dormitorio, bajo una ventana, y que dormía en la cama de abajo. Fui descartando un rostro dormido tras otro hasta dar con el suyo.

Estaba despierto.

Apenas.

Al verme, levantó un poco la cabeza de la almohada, ni siquiera un palmo. Sobre su cama, una cortina fina dejaba pasar la luz de la luna. La piel de su cara tenía un tono grisáceo, velado, y sus labios estaban tan secos que habían empezado a agrietarse.

Tal vez había muerto, y había vuelto torpemente a la vida.

—¿Qué… haces aquí? —murmuró, con la voz amortiguada por una de esas mantas ásperas que todos teníamos.

—¿Estás bien?

Negó con la cabeza. Sobre el colchón, asomando por debajo de la manta, estaba su mano. Temblaba.

Gabriel sufría. Llevaba horas sufriendo.

Y no había nada que yo pudiera hacer.

Me senté en el suelo, a su lado.

—Lo siento —dije—. Lo siento mucho.

Si alguno de los otros chicos me vio o me oyó, no dijo nada. Me quedé allí lo que pareció una eternidad. Y luego, cuando logré convencerme de que Gabriel se había dormido, volví a mi dormitorio.

A la mañana siguiente, Gabriel reapareció en la fila del desayuno. Tenía los párpados hinchados y se movía con rigidez.

—Pero mira —dijo, girando el cuello.

Podía tenerse en pie. Podía moverse.

Esa tarde, mientras metíamos los libros de Émile en cajas, se lo dije.

—Creo que deberíamos irnos.

Gabriel levantó la mirada de un rollo de cinta adhesiva que se negaba a cooperar.

—¿Irnos adónde?

—Afuera.

Abrió los ojos de par en par. Antes de que pudiera responder, un estrépito nos sobresaltó. Miramos alrededor, como si fuéramos dos conejos salvajes en busca de algún perro.

Una ventana se había cerrado de golpe.

—¿En serio? —preguntó.

—En serio.

—Pero si dijiste que…

—Olvídalo.

Veía bajo una luz nueva las advertencias de Émile sobre la industria farmacéutica: allá afuera había pastillas, y gente que las dispensaba.

—Necesitas… medicación o algo así —dije—. Para cuando vuelva a pasarte.

—¿Crees que volverá a pasarme?

El horror le cruzó la cara. Mi dulce Gabriel.

Una tarde, hacía ya tres años, mi cuerpo había invocado un dolor desconocido justo antes de la cena. Había empezado a sangrar. Una madre me explicó dos cosas con brusquedad: que era normal y que se repetiría cada mes.

La lección: cuando el cuerpo aprendía a hacer algo desagradable, no se detenía. Lo repetía una y otra vez.

—Mierda —dije—. El dinero.

Nunca habíamos manejado dinero. Émile nos había hablado del capitalismo, de las crueldades de «el afuera del todo». Solo él tenía cartera. La veíamos en las fotos de sus viajes: Émile en aeropuertos, Émile entregando efectivo a un desconocido, en la calle.

Gabriel frunció los labios.

—Sabes que no podemos —dijo.

«Claro que podemos».

—Ya me las arreglaré —lo tranquilicé—. No te preocupes.

Algo se había despertado dentro de mí, algo sin límites. No tenía miedo, estaba ebria de determinación.

Cuando fuimos adultos, la gente le dio demasiadas vueltas a aquello. Periodistas, documentalistas, usuarios de internet intentando leer nuestro pasado como en las hojas de té. «Incluso cuando tenían quince años —escribió alguien en un foro—, su

hermano ya hacía lo que le daba la real gana. Era su temperamento. Hay algo en él que no entiende de límites».

Tonterías. Pura basura.

Mi hermano sufría. Y yo tenía que poner fin a ese sufrimiento.

Así de simple.

12

ESCALANTE, UTAH

EL QUINTO DÍA

Gabriel y yo encontramos dos tumbonas juntas. Hasta ahora, esta piscina nos había parecido un oasis. El gran rectángulo de agua turquesa en pleno desierto, el enorme magnolio que, a pesar del clima asesino, sigue misteriosamente vivo: nada sutil, pero hermoso. Esta mañana, sin embargo, solo los niños se atreven a nadar. Los adultos se quedan alrededor, visiblemente incómodos. La mayoría no paran de deslizar el dedo por la pantalla de sus móviles, y algunos recurren a los periódicos o a los libros.

Sigo con la camiseta puesta, aunque ya son más de las doce y el sol cae a plomo. Cualquier otro día, algún empleado ya habría instalado una sombrilla, pero —pese a las garantías de Catalina— el hotel aún no ha vuelto a la normalidad.

Gabriel se tumba y se cubre la cara con el sombrero, abandonando el libro a su lado. Viste un bañador verde oscuro, el mismo que ha enjuagado y puesto a secar en el alféizar noche tras noche desde que llegamos. Debajo de la ropa yo llevo un bañador azul marino, uno de los dos que traje para esta estancia de nueve días. (Nueve días, pensé cuando hacía la reserva: uno por cada año transcurrido desde que se marchó).

Nuestra estancia en el hotel se ha visto salpicada por pequeñas incomodidades. Cada detalle —como el hecho de que yo pueda permitirme tener un bañador de repuesto y Gabriel no— es un incómodo recordatorio de nuestras diferencias: él vive con lo justo y yo, con holgura.

Una vez tuve un empleo. Durante un año. Fue lo más parecido a un milagro que me ha ocurrido nunca: que un banco me ofreciera un puesto, a mí. Tener la posibilidad de convertirme en analista financiera, bueno, en ayudante; acababa de salir de la universidad.

El trabajo era frenético, intenso. Me encantaba. Me chiflaba levantarme a las cinco de la madrugada y revisar las noticias para ver qué desastres harían tambalear los mercados. (Ya tenía una mente ansiosa, y nada me complacía más que encontrar un motivo real para preocuparme). Me gustaba tener un despacho, un escritorio, una silla. ¿Reuniones matutinas? Después de una infancia de asambleas con Émile, aquellas reuniones me parecían fascinantes.

Y cuando todo se desmoronaba y nos atrapaba el torbellino de números e informes…, entonces me sentía realmente en paz. Y aunque tuviera que trabajar hasta medianoche, cosa que ocurría casi todos los días, no tenía la sensación de estar perdiéndome nada en la vida. Acababa de llegar al mundo. Carecía de auténticas aficiones. Mi familia eran Gabriel y Annie. Apenas me alcanzaba el tiempo para una familia de dos personas.

Y, por supuesto, no me molestaba el dinero.

Tras la muerte de Annie, no creí que tuviera que cambiar nada. Seguí yendo al trabajo. Una tarde, cuando aún no se había descubierto su cuerpo, cometí el error de hablar con una reportera

de una televisión local. No dije mucho: solo que estábamos desesperados por encontrar a mi cuñada.

Al día siguiente, al volver a la oficina, comenzaron los susurros. Las cosas fueron empeorando. La gente desviaba la mirada cuando me veía. En las reuniones, nunca había tiempo para que pudiera intervenir.

Tras seis meses de tensión, mi jefe me pidió que nos sentáramos a charlar.

—Tengo la sensación —me informó en una gélida sala de conferencias— de que últimamente estás distraída. Problemas personales, quizá.

No era una pregunta. Ya había tomado su decisión.

Al cabo de un par de horas, al pasar junto a su mesa, lo pillé cerrando una ventana del navegador a toda prisa. No fue lo bastante rápido. Alcancé a ver una foto borrosa: Gabriel, en el punto de mira de un paparazi, con el titular HAMBRIENTO DE JUSTICIA… Y DE UN SÁNDWICH: MARIDO SOSPECHOSO SALE A ALMORZAR MIENTRAS LA ACUSACIÓN GANA PESO.

Ni siquiera era un artículo nuevo. Gabriel había hecho aquel fatídico viaje hasta una tienda de bocadillos pocos días después de que encontraran el cuerpo de Annie. No había salido a hacer la compra y, en su estado de *shock*, no pensó en lo que aquello podría parecer.

Seguí caminando. Me temblaban las piernas.

Mi jefe. Mi jefe, leyendo sobre el caso, buscando artículos miserables desde el ordenador del trabajo.

Dimití.

Ni siquiera aquel empleo que tanto me gustaba merecía otra de esas miradas despectivas, otra reunión con aquel imbécil.

De hecho, estaba harta de los jefes en general. Después de pasarme toda la infancia aguantando las humillaciones y las acusaciones de las madres, no necesitaba que nadie se pegara a mi espalda en busca de errores.

Empecé a trabajar por cuenta propia.

El *day trading* es un trabajo extraño. No ofrezco ningún servicio. Sigo levantándome al amanecer para leer las noticias y hago algunas operaciones en los mercados. A las nueve y media, cuando todos los demás abren, yo ya estoy lista.

¿Qué hace falta para ser *day trader*? Observar. Entender qué valora la gente y qué no. No tengo por qué estar de acuerdo; solo tengo que saberlo.

Cada mañana busco oportunidades y voy a por ellas. Por la tarde, otra ronda. El baile termina a las cuatro, cuando cierran los mercados. Hago una última operación en los mercados nocturnos, actualizo mi diario de operaciones (sí, llevar un registro ayuda) y leo más noticias.

Podría ser *day trader* y pasar solo dos horas diarias frente al ordenador. Yo prefiero ser del tipo que invierte quince, porque el trabajo me hace sentir bien. Es la única actividad en la que disfruto corriendo riesgos.

No todo el mundo puede ganarse la vida así, pero yo lo he conseguido. Y gano una buena cantidad de dinero, más que suficiente.

He intentado compartirlo con Gabriel. Es lo natural. Pero siempre se resiste, tanto en cosas grandes como en pequeñas. Cuando hice la reserva del hotel, pensaba darle su propia suite, pero eso ya le pareció demasiado.

Así que acepté compartir una. Temía que resultara incómodo, después de tantos años sin convivir juntos, pero no lo es. Sigue siendo lo más natural del mundo.

Abro mi libro, la traducción de una novela italiana.

Mis ojos se pasean fugaces por las páginas. Las frases atraviesan mi cabeza con la fugacidad del agua al pasar por un colador.

Podría ser más rica, por cierto. Pero elijo no serlo. Lo que hago me gusta, sí, pero no me enorgullece. No aporta valor a nada, salvo a mis cuentas de inversión.

Por eso me contengo. Procuro no darme todo lo que deseo. Vivo en uno de esos horribles edificios nuevos de Nueva York, con paredes de un blanco cegador, suelos grises en todas las habitaciones y detalles cromados que relucen con arrogancia en la cocina y el baño. Preferiría mil veces uno de esos edificios antiguos con vistas a Central Park o al Hudson. Pero temo acostumbrarme a estar demasiado cómoda, demasiado satisfecha.

Los huéspedes empiezan a relajarse a nuestro alrededor. Se quitan las camisetas, se tumban al sol con una actitud parecida al abandono. Algunos adultos se zambullen en el agua. Un empleado se acerca a los diferentes grupos, y pronto regresa con vasos de agua y algún cóctel o algo para picar.

Solo pensar en comer me revuelve el estómago. Me cuesta respirar.

Quizá si cambio de postura... Me siento en ángulo recto y bajo la cabeza.

¿Funciona?

No.

Noto un pinchazo agudo entre las costillas. Intento hacer una inspiración profunda que nunca llega.

Cuando cierro los ojos, una pesadilla me espera detrás de los párpados: Gabriel con las manos a la espalda, la cabeza gacha, y las luces rojas y azules de un coche patrulla reflejadas en su rostro. Gabriel en un tribunal. Gabriel con un mono naranja. Gabriel entre rejas.

El dolor atraviesa mi caja torácica hasta el fondo de mi garganta. Siento un peso en los hombros, en el pecho.

«Piensa en algo que te calme».

«Piensa en…».

Charlie. Mi perro, mi buen amigo. El olor de sus patas, de su vientre después de un largo paseo bajo el calor. Esa criatura torpe, ochenta por ciento pastor alemán, veinte por ciento lo que sea. Se instaló en mi vida con una facilidad desconcertante, acurrucándose en mi sofá en cuanto me lo llevé a casa hace tres años. «Pues claro —parecía decir—. Te estaba esperando».

No puedo respirar.

Tampoco tragar. La garganta se me ha cerrado.

Gabriel sigue ajeno a todo, con la cara enterrada bajo el sombrero.

«Contrólate».

Llevo años tratando de domesticar a la bestia salvaje que es mi ansiedad. Mi vida social solía reducirse a Gabriel (y, en otro tiempo, a Gabriel y Annie). Cuando ambos se fueron, busqué maneras de dar forma a mis días fuera del horario del mercado. La mayoría de las actividades, descubrí, chocan con los bordes afilados de mi

mente. Así que, cada día, tengo dos opciones: hacer cosas que me asustan o morirme de aburrimiento.

Probé con la escalada. Un par de mujeres del gimnasio —Cara y Jessie— se convirtieron en mis compañeras de cuerda. Cara va conmigo los martes y Jessie, los viernes. Cada sesión es una lucha contra mis pensamientos intrusivos: «¿Y si la suelto? ¿Y si me suelta ella? ¿Y si no he hecho bien el nudo?». Es más un entrenamiento para la mente que para el cuerpo.

Oigo el sonido distante de los niños chapoteando en la piscina. Cierro los ojos con fuerza. Cuando los abro, veo el mundo a través de un túnel oscuro y profundo.

Quizá esté sufriendo un infarto.

«No. Sigue intentándolo».

Voy a cerámica dos veces por semana. Me siento, le doy forma al barro, lo meto en el horno. La cerámica es lo opuesto a la escalada: me adormece la mente. Ahí no hay pensamientos, solo el giro del torno y la multitud de cosas hermosas y frágiles que he creado. Cuando termina la clase, me lavo las manos y voy al bar irlandés de la esquina a tomarme una cerveza con dos o tres compañeros ceramistas.

Me pongo de pie. Ahí está el suelo, bajo mis pies, el tacto áspero de las baldosas. Algo real, por fin. Espero que el pecho se me afloje. Nada.

Quizá me esté muriendo.

¿Es esto lo que se siente al morir?

No puedo morir. Tengo cosas que me esperan.

Charlie, Cara, Jessie, los del taller de cerámica. Y mi coche.

Me lo compré —un viejo Fiat 500 descapotable— cuando por fin asumí que ya no volaría a Seattle. Los fines de semana, sobre todo en primavera y en otoño, conduzco por carreteras rurales, con la capota bajada. Salvo por una zona maldita que evito con disciplina, el estado de Nueva York es todo un mundo de posibilidades para mí. Hay tanto que mirar... Hago fotos de la vegetación. Escucho a los pájaros. Me detengo en algún restaurante de carretera. Todavía me quedan muchas por explorar, pájaros que escuchar, restaurantes a los que ir.

Gabriel debe de haber notado movimiento a su lado.

Se aparta el sombrero de la cara y se incorpora.

—¿Qué pasa?

—No puedo respirar —quiero decirle, pero no lo consigo, porque no es posible hablar cuando no puedes respirar.

—Siéntate —me dice.

Gabriel vuelve a acomodarme en la tumbona.

—Coloca la cabeza entre las rodillas.

«¿De verdad sirve eso de algo?».

—¿Se encuentra bien?

Creo reconocer la voz de Lazlo. Tengo los brazos entumecidos. En realidad, no me siento el cuerpo. Sigo con los ojos cerrados. Cuando abro la boca para hablar, solo salen jadeos cada vez más desesperados.

La mano de Gabriel se aferra a mi hombro.

—Oye —dice. Su voz, hace un segundo tranquilizadora, ahora parece tensa—. ¿Estás bien? ¿Has comido algo?

Niego con la cabeza.

—Disculpe —dice Lazlo. Levanto la cabeza, pero no alcanzo a ver con quién habla—. ¿Hay un médico por aquí? Alguien no se encuentra bien.

—No... Médico no —logro balbucear.

El sonido de mi propia voz me da esperanza. ¿Puedo respirar? Tal vez. La cabeza me da vueltas.

—Estás bien —dice Gabriel.

Me doy cuenta de que sus manos me sujetan la cabeza, manteniéndome firme.

Abro los ojos. Debería consolarme ver su rostro. Lo conozco muy bien. La cicatriz que tiene en la barbilla, por culpa de un suelo resbaladizo y una mesa mal colocada; una herida de hace veintidós años. El lunar en la sien, que no se revisó hasta que cumplimos los veintiuno, la edad que por fin nos permitió acceder a un médico. Ese rostro que siempre he definido en oposición al mío: mis dos ojos del mismo marrón, mi cabello más oscuro, mi nariz más respingona. Su mandíbula perfecta frente a la mía, con un leve prognatismo. No somos copias exactas, pero nos parecemos lo suficiente: el mismo color de pelo, el mismo tono de piel y, lo que es aún más convincente, todos los gestos que comparten quienes han crecido juntos (la forma de hablar, de estar de pie, de caminar).

El rostro de Gabriel me ancló al mundo, a mí misma, durante muchos años. Pero miro sus ojos —uno marrón, otro azul— y caigo.

Así es como se siente. Como si la tumbona hubiera desaparecido, como si ya no hubiera suelo bajo mis pies. Ni hotel, ni desierto, ni mundo. Solo un vacío enorme, y yo cayendo en él, con mi cuerpo y mi mente.

—Túmbate —dice Gabriel.

Me ayuda, me levanta las piernas sobre la tumbona. Alzo ambos brazos junto a la cara para abrir el pecho, pero alguien me los baja. Algo sobre la circulación de la sangre.

La gente se ha apiñado a nuestro alrededor. En algún rincón de mi mente, siento vergüenza.

Tumbarme me ayuda. El zumbido en los oídos se disipa. El pecho sube y baja, un poco rápido, pero funciona. Me aliso la camiseta sobre el estómago. Está empapada de sudor y los dedos me tiemblan, pero al menos puedo moverme.

—Gracias —digo.

Levanto una mano para tranquilizar a los que nos miran, preocupados.

—Solo es el calor —miento.

Con el rabillo del ojo veo que Lazlo asiente y se aleja. El grupo se dispersa.

Me incorporo.

—¿Estás bien? —pregunta Gabriel, aún de rodillas a mi lado.

—Lo estaré.

Respiro con más calma. Gabriel espera unos segundos antes de ponerse de pie para volver a su tumbona.

Trago saliva. El corazón empieza a latirme más despacio.

Algo tira de la esquina de mi conciencia, pero no logro identificarlo. Ahí está Gabriel, a mi lado, los niños en la piscina, los adultos retomando sus cosas. Nada que señalar.

A no ser que…

Alzo el cuello.

Ahí está. El ayudante Harris, de pie en el borde de la piscina, con el arma colgando del cinturón. Evidentemente, no se ha perdido ni

un segundo de mi pequeño espectáculo.

Cuando se da cuenta de que lo he visto, aparta la mirada.

13

EL ÚNICO PUEBLO QUE CONOCÍAMOS, VALLE DEL HUDSON

DIECIOCHO AÑOS ATRÁS

Émile tenía un viaje planeado para el fin de semana siguiente. Esa era mi oportunidad.

En el dormitorio, esperé a que llegara el momento adecuado. Me quedé un buen rato en la cama. Todo estaba en silencio; aquella noche nadie se escabullía. No había tiempo para dudar. Me deslicé bajo la manta y salí de la cama. Una vez fuera, me dirigí al edificio principal, donde vivía y trabajaba Émile.

Me había pasado el día repasando el itinerario en mi cabeza: dormitorio, exterior, despacho. Me parecía un trayecto imposible, lleno de peligros, condenado al fracaso. Sin embargo, al final todo ocurrió con una rapidez desconcertante. Allí estaba yo, frente a la puerta de Émile.

Creía que me la encontraría cerrada con llave, que tendría que buscar una, o forzar la cerradura de algún modo. Pero hice girar el pomo, y la puerta se abrió. Simplemente, se abrió.

Émile no la había cerrado.

Una sensación de vergüenza eclipsó mi sorpresa inicial.

Émile confiaba en nosotros. Contaba con que respetaríamos sus normas, su espacio.

Noté la atracción de su despacho desde el mismo vestíbulo, como en un campo magnético.

Me quedé allí, aguzando el oído en busca de posibles pasos, del roce de alguna tela.

Nada.

Así que entré.

Era una sensación rarísima estar sola en su despacho. Lo observé todo con una extraña sensación de ternura en el pecho. Émile, qué ingenuo.

Era el hombre más brillante del mundo, pero también era un idiota. Convencido de estar a salvo entre sus mujeres, entre las madres que él mismo había entrenado para vigilar.

Pasé la mano por su escritorio mientras pensaba: «Si yo tuviera dinero, ¿dónde lo guardaría?».

Ni idea. No tenía dinero. No tenía cosas.

Revolví el bote de los lápices, acaricié la tapa de una libreta.

«¿La abro?».

No.

Levanté la tapa de una caja de madera rectangular.

Dentro había objetos pequeños, arrojados ahí adentro de cualquier manera: botones de sus polos —alguna madre los volvería a coser—, caramelos de colores (extraño, no comíamos dulces), una llave robusta que más tarde descubriría que era de su todoterreno embarrado, gomas elásticas, sujetapapeles y ¡sí, sí!...

Monedas. Plateadas y cobrizas.

Debajo, arrugados, como si no valieran nada, billetes.

Tiré de una esquina de aquel papel fino y frágil. Saqué uno, dos, tres billetes. En uno de ellos, un dos y un cero. En los otros dos, un uno y un cero. Dos de diez y uno de veinte. Cuarenta dólares.

Más al fondo de la caja, un montón de billetes de uno. ¿Cuántos debía coger?

¿Cuánto costaban las medicinas?

«Piensa».

Esos billetes abandonados en la caja de madera, mezclados con botones y caramelos, no parecían importarle. Cuarenta dólares y un puñado de unos no constituían una fortuna.

«Hazlo. Ya has llegado hasta aquí».

Uno de los billetes que había en el fondo de la caja tenía una marca.

Lo saqué y lo mantuve en alto: la huella de un pintalabios. Como en las imágenes que Émile nos mostraba del mundo exterior, mujeres posando en los anuncios, con sus rostros perfectos y sus cuerpos exquisitos contorsionados en posturas absurdas para vender cosas inútiles.

Algo que repugnaba a Émile. O eso decía. Y, aun así, había guardado aquel billete en su cajita.

Lo examiné más de cerca. La escena se materializó en mi cabeza como una silueta en la niebla: una mujer —tenía que ser una mujer — pintándose los labios y luego presionándolos contra el papel. Mua. Y, después, entregándole el billete a Émile, y Émile aceptándolo. Un hombre recibiendo un regalo. Era una ilusión, una fantasía en un lugar sin determinar. Un rincón oscuro, con una atmósfera húmeda que se pegaba a la piel, y Émile irradiando luz. El Émile bueno, el

Émile puro. El billete acariciándole la piel como un dardo envenenado.

Tuvo que haberle gustado, aunque solo fuera un poco.

Una punzada en el pecho. Fascinante, esa versión de Émile. El hombre perfecto, desgarrado por la tentación.

Me metí el billete en el bolsillo. No para gastarlo. Más bien como un pájaro que quería encerrar en una jaula para poder observarlo con detenimiento.

Una vez cogí el primero, los demás billetes vinieron solos: dos, tres de uno, y uno de diez.

Tuve una sensación embriagadora: le estaba robando a Émile.

Casi deseé protegerlo. Salvarlo de mí misma.

En cuanto el dinero estuvo en mi bolsillo, cerré la caja de madera. La adrenalina me subía por la espalda, deliciosa.

Me quedé otro momento.

Respiré aquel aire prohibido, cerré los ojos unos segundos. En mi mente, me convertí en Émile, el amo de aquel reino. Jugué con la idea de ser él: «mi escritorio, mi silla, mi mundo».

Y llegó la hora de marcharme.

Pasé revista: el escritorio parecía intacto. No había movido nada, salvo la tapa de la caja, que volvía a estar en su sitio.

Oí algo. Pasos.

«Mierda».

Se acercaban.

No tenía dónde esconderme. Ni bajo el escritorio, ni tras una cortina. Ninguna salida.

«Mierda, mierda, mierda».

¿Y si escapaba por la ventana?

Habría sido posible, pero ya era tarde. Los pasos estaban justo al otro lado de la puerta, el pomo giraba, alguien iba a entrar: una madre que me castigaría, me enviaría de vuelta al Lugar Secreto, me arrancaría otro trozo de cuerpo.

El pomo siguió girando. Lentamente, la puerta se abrió y…

No era una madre.

Sino un hombre.

El mismo cuya imagen acababa de tener en mi cabeza, como una mariposa atrapada bajo un vaso.

Émile.

Había vuelto antes de lo previsto.

Émile, en carne y hueso: con sus rizos rubios, su polo, y una bolsa de viaje en la mano izquierda. De pie, en la puerta de su despacho.

—¿Qué haces aquí?

«Piensa».

—Estaba buscando...

«¿El qué?».

«¿A ti?».

«No».

Émile nos había enseñado a observar el mundo. En él podíamos buscar conocimiento. Bondad. Iluminación. Nos animaba a hacerlo. A ser curiosos. A cuestionar siempre nuestra mente. A mirar más allá. A buscar la verdad. A buscar…

—Respuestas.

Émile se sobresaltó. Fue apenas un instante fugaz en que abrió más los ojos. Luego, recuperó la compostura.

—¿A las dos de la madrugada?

La parte más difícil de una mentira, comprendí entonces, es contarla por primera vez. Me aclaré la garganta. Enderecé la espalda. Y, con todo el aplomo del que fui capaz, solté:

—No podía dormir. Tengo tantas preguntas...

Mi vocecilla hacía todo lo posible por transmitir seguridad.

—¿Qué clase de respuestas? —preguntó.

Los billetes de Émile crujieron en el interior de mi bolsillo. Me entró el pánico: ¿y si miraba dentro de la caja y descubría que faltaba dinero?

—No lo sé muy bien —dije.

Émile ladeó la cabeza.

«No respires».

«Míralo».

No era el hombre más alto que vería en mi vida —Gabriel acabaría pasándole varios centímetros—, pero sí el más fuerte, o al menos eso me parecía. Para empezar, era el único ser humano bien alimentado que yo había visto jamás. Hacía ejercicio. Viajaba. En el mundo en el que vivíamos, su inteligencia no tenía rival. Y yo era una chica de quince años mal nutrida, y una ladrona.

No obstante, sabía amar.

Sabía adorar.

Y él necesitaba ambas cosas.

—Siempre respondes preguntas que ni siquiera sabía que podía hacerme —dije.

Émile dejó caer la bolsa al suelo y se dirigió a su escritorio.

—Por ejemplo… —empecé.

No se me ocurría nada. Las palabras de Émile tenían sentido cuando él las pronunciaba, pero en cuanto intentabas repetirlas, se

desvanecían como el humo.

Solo recordaba un sermón: aquel que me había mandado al Lugar Secreto hacía años. El que había traído a Gabriel a mi vida.

—Una vez dijiste: «Debéis enfrentaros a la verdad que lleváis dentro y actuar en consecuencia».

Émile me observó. Insondable.

Más tarde comprendería que él también olvidaba sus sermones en cuanto los había dado. Eran ensaladas de palabras, completamente vacías de contenido, pero en ese momento, creí que oír sus propias palabras invocadas desde el pasado lo había impresionado.

—¿Qué querías decir con eso? —pregunté—. ¿Cómo se enfrenta uno a la verdad que lleva dentro?

Émile se sentó tras su escritorio. Contuve la respiración. Después de lo que me pareció una eternidad —pero que no debieron de ser más que unos segundos—, alargó la mano hacia la silla vacía que tenía enfrente.

Me senté, apenas en el borde del asiento.

—Es una buena pregunta —dijo.

«¿Lo es?».

—Porque, verás…

Émile empezó a hablar. Habló y habló y habló. Sobre la vida y cómo debía vivirse. Sobre el mundo y cómo debía buscarse. Palabras y palabras y palabras.

Me recosté un poco más en la silla, sin apartar los ojos de él. Si lo hacía, el hechizo se rompería.

Había algo más. En sus dedos finos y alargados, que danzaban en el aire marcando el ritmo de su discurso. En su mirada, como si me estuviera nombrando caballero.

—Veo que quieres aprender más —dijo, apoyando los codos en el escritorio mientras entrelazaba las manos—. Puedo enseñarte.

«¿A mí?».

Émile siempre tenía a un círculo de madres alrededor, pero nunca había elegido a una niña.

Tragué saliva.

Parecía muy alto, incluso sentado. Quizá no un dios, pero sí una estrella, un hombre con un cerebro de galaxias.

Y, aun así, de lo más tonto. Había dejado la puerta sin cerrar, el dinero en una caja. Émile ansiaba un mundo en el que no tuviera que andarse con cuidado. En el que pudiera inclinarse sobre su escritorio y mirar a una chica de quince años directamente a los ojos y sentir que, por un instante, lo era todo.

—Eso sería... —dije— increíble.

Émile enarcó una ceja. Divertido. Complacido. Aquello le gustaba, comprendí: tener un proyecto. Una mente joven que moldear.

—Sí —repetí—. Sí.

Émile sonrió.

—Nos veremos por las mañanas —dijo—, antes de la Asamblea. Te enseñaré…

Dejé de escuchar.

¿Qué más me daba lo que quisiera enseñarme?

Estaba a salvo. Tenía dinero.

No me importaba nada más.

14

ESCALANTE, UTAH

EL QUINTO DÍA

Abro un ojo.

—¿Gabriel?

Me encuentro en nuestra suite. Las cortinas están cerradas; el aire acondicionado sopla suavemente.

¿Qué hora es?

Miro el móvil: las siete de la tarde.

—¿Gabriel?

No está.

«Otra vez no».

Lo llamo por teléfono. Contesta al segundo tono.

—¿Dónde estás? —pregunto.

Hay ruido de fondo, gente hablando y música de jazz relajante.

—Te he dejado una nota —dice.

Ahí está, en mi mesilla, escrita en mayúsculas, con su caligrafía desigual: «He ido a cenar. Llama si necesitas algo».

—Ahora la veo —le digo—. ¿De verdad he dormido tanto rato?

Después de ver a Harris en la piscina, le he dicho a Gabriel que estaba cansada y que me iba a echar una siesta. Ha sido una

mentira a medias. Estaba cansada, sí. Siempre lo estoy. Pero, en realidad, lo que quería era alejarme de Harris y de su mirada.

—Eso parece.

«Supongo que por fin estoy compensando el sueño perdido».

—¿Te traigo algo de comer? —propone Gabriel.

—No. Ya voy yo.

Cuelgo y aparto las sábanas de una patada, como para demostrar algo. Me zumban los oídos y me pesan los párpados. Pero ya estoy en pie. Me quito la ropa de piscina, el bañador, me pongo un mono de lino y me recojo el pelo en un moño.

Todo va bien. Estoy bien.

Una mujer vino al desierto y ha muerto, y su marido ha sido detenido.

Así es como se supone que deben ir estas cosas. El sistema judicial se encargará de todo. William Brenner recibirá su castigo.

Busco la llave magnética y me calzo las sandalias.

«Todo el mundo ya está pasando página».

«Yo también puedo. Será fácil».

Tengo que hacer una cosilla antes de reunirme con Gabriel en el comedor.

Catalina no mentía. Hay coyotes por aquí. Los he visto desde nuestra terraza, mientras fumaba a escondidas cuando todos los demás dormían. Sorprendentemente, uno se me acercó la primera noche.

Y vi que estaba herido. Tenía un corte en una de las patas delanteras, y la piel roja e irritada. Cojeaba. Parecía que llevaba

tiempo sufriendo: estaba flaco, exhausto.

Al día siguiente, hice unas llamadas. Uno de los trabajadores de un servicio para el cuidado de la fauna me dijo que ya estaban al corriente; había una guarida junto al sendero principal, el que pasa más cerca del hotel. Mandarían a alguien a buscarlo, pero quizá tardarían un par de días.

No me apetecía quedarme esperando sin hacer nada.

Una vez, en el recinto donde crecimos, apareció un coyote. Empezó a merodear por el comedor y a hurgar en la basura.

Nos fascinó. ¡Un animal nuevo! ¡Uno que nunca habíamos visto! Se convirtió en nuestro tema de conversación. Los que limpiábamos la cafetería dejábamos caer mondas de patata de camino a los cubos de basura. Nos poníamos al día entre susurros: Delphine decía que lo había visto; Simon juraba que había logrado tocarlo.

Una mañana desaparecieron tres gallinas y descubrimos un rastro de plumas ensangrentadas. Émile organizó a un grupo de padres y les ordenó asegurar el gallinero. Después de las comidas, las madres peinaban la cafetería en busca de restos.

El coyote se fue.

Nos dio pena por las gallinas…, pero lo echamos más de menos a él. Estuvimos semanas hablando de aquel coyote. Hasta que Émile, en una de las Asambleas, prohibió el tema. No era bueno anclarse en la nostalgia, dijo.

A pesar de ello, yo nunca me olvidé de él. Había sido lo más parecido a una mascota que habíamos tenido nunca. Y aquella noche, en el Ara, me resultó imposible mirar a aquel coyote herido sin ver en él un atisbo de mi Charlie.

Así que, en nuestro segundo día en el hotel, cuando Gabriel se marchó por el calor y me dejó sola en la piscina, corrí al bar, pedí una botella de agua, un vaso de papel y una bolsa de galletas, y luego me dirigí al sendero principal. Encontré la guarida a unos pasos del camino.

«Mi» coyote no estaba. Llené el vaso con agua y lo dejé en el suelo, con unas cuantas galletas al lado.

Cuando regresé al sendero y me volví un momento, ahí estaba. Bebió, comió.

Sabía que no debía alimentarlo. Pero parecía tan débil… No podía quedarme mirando cómo sufría.

Aquella noche, volví a verlo, a lo lejos, cojeando. O los rescatadores aún no habían llegado, o no lo habían encontrado. Así que, al tercer día, cuando Gabriel se saltó la caminata, me desvié unos minutos del camino y repuse la comida de mi amigo peludo.

¡Lo sé, lo sé! Fauna salvaje, Parque Natural. Pero no pude evitarlo.

Ayer no tuve ocasión de ir a hacerle una visita. Gabriel no se saltó ninguna de las actividades y no quería explicárselo. Se habría preocupado: «¿Adónde has ido? ¿Qué has hecho? Allí hay animales salvajes, Frida».

En la suite, cojo otra botella de agua, uno de los vasos que hay junto a la cafetera y una de las bolsas de galletas del surtido dispuesto al lado del minibar. Salgo del hotel, abandono el sendero principal y regreso a la guarida.

Lleno el vaso de agua y dejo algunas galletas en el suelo.

Al volver al sendero, oigo al coyote comiendo.

«Sí».

Me gusta esta bondad silenciosa. Es imperfecta, lo sé. Algunos me regañarían. Pero ahora mismo, me parece lo correcto.

Me acerco al edificio principal con paso ligero.

—Gracias —dice una voz—. Sí, te aviso.

«No me lo puedo creer».

No puede ser.

Ahí está. Terminando una llamada, deslizando el dedo por la pantalla. No se ha percatado de mi presencia, pero yo lo veo perfectamente: con sus ojeras pronunciadas y el polo por fuera del pantalón. Ha pasado por lo suyo, pero está aquí, aquí mismo, en el puto vestíbulo. Sin esposas. Es simplemente un cliente más del hotel, terminando una llamada, haciendo crujir los nudillos.

William Brenner ha vuelto.

Retrocedo unos pasos. ¿Por qué se oyen tanto mis sandalias? Pero William no me ve. Está concentrado en su teléfono, tecleando con el dedo índice.

¿A quién escribirá? ¿A un amigo? ¿A un abogado?

Probablemente a ambos.

Camino de puntillas a sus espaldas y me escabullo hasta el comedor.

¿Dónde está Gabriel?

Una mano se agita sobre una mesa del fondo. Como esta misma mañana, poco antes de que detuvieran a William.

¿Cuánto tiempo habrá estado en comisaría? ¿Siete horas? ¿Ocho?

—Hola.

Gabriel se pone en pie y aparta la silla que tiene enfrente.

—¿Quieres pedir algo? Seguro que pueden traernos una carta si…

—Ha vuelto.

Gabriel, que trataba de llamar la atención de un camarero, se queda paralizado.

—¿Quién?

—William Brenner.

Deja caer el brazo.

—¿Qué?

—Lo acabo de ver. Fuera.

—Pero si lo…

Le pido que nos sentemos con un gesto. Gabriel baja la mirada hacia su plato. *Risotto* de azafrán, parece. A su lado, un combinado… sin alcohol, imagino. Gabriel no bebe. Lleva ocho años sobrio, si no me equivoco.

—¿Estás segura de que era él? —pregunta.

—Le he visto la cara.

—Pero…

Levanta el tenedor. Justo cuando va a meterse un bocado en la boca, un silencio repentino se impone en la sala.

Vuelvo la cabeza. Ahí está.

William Brenner cruza el comedor sin despegar los labios.

Seguro de sí mismo, imperturbable ante nuestras miradas, se sienta a su mesa habitual. Levanta una mano, y un camarero se le acerca. Todos seguimos mirando cuando el sumiller regresa con una botella de vino tinto.

El estallido del corcho nos saca de nuestro estupor colectivo. La gente regresa a sus platos. Yo me vuelvo hacia Gabriel, que se retuerce en la silla, intentando mirar por encima de mí.

—No mires —murmuro entre dientes.

—¿Qué está haciendo?

Echo un vistazo a regañadientes. William tiene el móvil en la mano izquierda, y lo levanta un poco para teclear con la derecha.

Los ojos entornados, la naturalidad forzada del que finge una selfi: sé muy bien lo que está haciendo. Todos hemos pasado por ahí. La foto furtiva del famoso que se sienta tres mesas por detrás, del bolso ajeno cuya marca y modelo queremos identificar.

Me imagino todo el comedor pasando por su pantalla. Da otro par de toques antes de decidirse por su objetivo.

Nosotros.

William Brenner nos está enfocando con la cámara. Ya debe de habernos hecho un par de fotos y ahora se permite unas cuantas más.

Me giro de repente. Gabriel mira hacia abajo, con una mano en la frente, ocultándose detrás del brazo.

—Vámonos —susurro, echando la silla hacia atrás.

—No —dice sin levantar la vista—. Si nos levantamos, la foto saldrá mejor.

Tiene razón.

Pero quedarme aquí sentada es una tortura.

Gabriel me estrecha los dedos. «Aguanta —parece decirme—. Esto es lo que toca. Sentarse y soportarlo. No queda otra».

Nunca lo había vivido con él. La intrusión. El escrutinio.

Lo aguantamos juntos.

Al cabo de unos segundos, la mano de Gabriel se afloja.

—¿Ya ha terminado? —pregunto.

Asiente.

—¿Ahora sí podemos irnos?

No responde. Ya se está levantando de la silla. Tengo que correr para seguirle el paso. Gabriel y sus piernas eternas, su casi metro noventa: un paso suyo equivale a dos de los míos. Le echo un vistazo a William, que deja el móvil junto al plato. Satisfecho. Seguro de sí mismo. Ya ha conseguido lo que quería.

Gabriel y yo ya hemos salido del comedor; seguimos andando por el hotel, de vuelta a la suite.

No me hace falta decir nada. No necesito barajar todas las hipótesis. Sé perfectamente que los dos pensamos lo mismo: que lo hayan soltado tan rápido es señal de que algo ha fallado. La policía se ha precipitado. Ha jugado mal sus cartas. La verdad es que William no parecía preocupado. En todo caso, indignado. Tenía la confianza triunfante de quien se considera inocente… y espera ser compensado.

Saco mi portátil.

La ecuación es simple. Incluso Gabriel, que nunca ha destacado en matemáticas, la ha resuelto ya.

Brenner es el dueño de un tabloide + Acaba de salir airoso de una acusación de asesinato + Nos ha sacado fotos a escondidas = Nos largamos.

—¿A las once va bien?

Gabriel no necesita que le explique que estoy mirando vuelos. Levanta el pulgar y arroja su mochila vacía en la cama.

Espero que la confirmación del vuelo aparezca en mi bandeja de entrada y empiezo a hacer la maleta. Trabajamos rápido, en silencio. «Adiós, Ara. Adiós, vacaciones soñadas. Adiós, planes».

No hemos mencionado el documental. No le he preguntado qué pretende decir, ni tampoco por qué ha aceptado ponerse delante de las cámaras de repente.

Ni siquiera sé qué le espera cuando vuelva a casa. Su vida en Seattle es un misterio que nunca he conseguido descifrar. Por lo que intuyo, ha dado forma a sus días como yo a los míos. La prioridad ha sido siempre su trabajo con Howard. Cuando aún lo visitaba, me enseñó las rutas de senderismo. Aunque los correos que me escribía eran cada vez más cortos, siempre me hablaba de los libros que leía, de las películas que veía…, hasta de Titus, el gato callejero que adoptó. Ese detalle me arrancó una sonrisa: estábamos separados, éramos casi extraños, pero nuestras vidas seguían encontrando la forma de mimetizarse.

Aun así, cuanto más callado se mostraba Gabriel, más difícil me resultaba imaginármelo haciendo cosas: sentado en un parque, visitando la torre Space Needle, comprándose por fin una mesa para el café que sustituyera el eterno cesto de la ropa sucia que colocaba del revés cada vez que iba a visitarle.

Claro que quizá nunca nos hizo falta hablar.

Siempre hemos compartido un sexto sentido. Crecimos juntos y luego vivimos juntos. Nuestros cuerpos siempre estuvieron apretujados en mundos diminutos, en espacios estrechos.

A veces la gente pregunta. Ahora mismo ya son pocos los que tienen la oportunidad, pero cuando salía con alguien, siempre surgía el tema. Annie llegó a rozarlo un par de veces, sin saber cómo plantearlo. En internet, la gente lo suelta sin pudor.

Es una pregunta predecible —aunque incómoda— cuando se sabe que me pasé años acurrucada al lado de un chico con quien no

comparto la sangre.

No habría sido ilegal, ni siquiera habría estado «mal», supongo.

Pero nunca iba a pasar.

En la comunidad eran pocos los niños que tenían hermanos, pero quienes los tenían, lo sabían. Me pasé años sin entender por qué Émile daba esa información, cuando se esforzaba siempre tanto en borrar cualquier otro vínculo familiar. Con el tiempo, leí un librito titulado *Flores en el ático* y lo comprendí: lo mejor para todos era que se supiera.

Años más tarde, al hacer por fin los trámites, al pedir certificados de nacimiento, números de la Seguridad Social, toda esa burocracia, Gabriel y yo recibimos la confirmación oficial: sus padres biológicos y los míos eran personas distintas.

Fue extraño ver sus nombres impresos —los míos: Susan y Joseph; los suyos: Patrick y Moira—. Padres. Qué concepto más raro. No parecían del todo reales, como aquellas ranas de un verde tan intenso que resulta difícil creer que es natural. No obstante, al menos confirmaban lo esencial: Gabriel y yo no compartimos ADN.

Después de recibir la noticia, estuve unos tres días sin saber cómo comportarme cerca de él; y Gabriel no sabía cómo mirarme.

Técnicamente, todo estaba permitido.

Pero…

Aquello que teníamos nunca había sido un amor incipiente. Ni un flechazo. En mi adolescencia, cuando pensaba en esas cosas, no me las imaginaba con Gabriel, sino con Simon, el de los hombros anchos y las manos fuertes. O con su amigo Isaiah, que tenía una cabellera espléndida y unos ojos castaños llenos de alma. O con Louisa, una chica de mi clase de cocina, cuyas manos delicadas se aferraban con

decisión a un batidor o a un rodillo, y que era capaz de cortar un montón de manzanas en láminas idénticamente finas.

Lo único que yo deseaba cuando conocí a Gabriel era tener un hermano. Eso fue lo que proyecté en él. Cuando todas las posibilidades se desplegaron, aquella imagen se mantuvo intacta, como la silueta que queda grabada detrás de los párpados después de mirar fijamente el sol.

No es que no me fijara en su físico. Su cuerpo significaba algo para mí. A menudo era como una extensión del mío. Su respiración significaba seguridad; sus manos, un mundo nuevo. Nuestro vínculo era elegido, instintivo. Estaba vivo.

Y luego murió.

Ahora ha vuelto a revivir.

Me acuesto en la cama. Diez minutos después, Gabriel se mete en la suya.

El día en que llegamos, al ver las dos camas enormes separadas por un metro, no pudimos evitar pensar en los dormitorios colectivos. En las literas que habíamos ocupado entre los diez y los catorce años: él abajo, yo arriba.

Oigo que Gabriel se mueve. La suite está levemente iluminada con los leds: un ojito rojo en la tele apagada, botones verdes en el panel del aire acondicionado. En la oscuridad, entornando los ojos, distingo la forma blanca de su brazo liberándose de las sábanas, alargándose para salvar la distancia que nos separa.

Ese era nuestro gesto.

En las literas.

Si yo estiraba el brazo hacia abajo y él, hacia arriba, las yemas de nuestros dedos se encontraban durante unos segundos. Los nudillos

se entrelazaban. Conteníamos la respiración; esperábamos.

El tiempo justo para pensar, sin siquiera decirlo: «Buenas noches».

Nunca hablábamos de ello. Aquel pequeño gesto no existía a la luz del día. Era infantil y puro y sincero, un reconocimiento silencioso de todas las formas en que nos necesitábamos.

Durante cinco días, he recordado ese detalle. Durante cinco días, me he preguntado si Gabriel lo recordaba también.

Alargo el brazo.

El tiempo se comprime. Volvemos a tener diez años. El hombro me duele: hace poco que me arrancaron el hueso de su sitio. Aprendo sobre el dolor al mismo tiempo que sobre el amor. Tenemos once, doce, trece. Pronto descubriremos cómo salirnos con la nuestra. Pero por ahora nos comportamos. Cumplimos con las tareas. Obedecemos. Lo compartimos todo con todos. Lo único que nos pertenece, nuestro único secreto, es entrelazar los dedos por la noche. Años después pensaré: «Tal vez ese fuera el primer paso. Tal vez fue así cómo entendimos que algunas cosas podían existir, siempre y cuando fuéramos los únicos que las supiéramos».

Pero, por ahora, tengo trece años. Tengo treinta y dos. La mano de Gabriel es sorprendentemente suave… Hidratada, cuidada. Antes, en el mundo de Émile, la tenía llena de callos por culpa del trabajo manual. Sin embargo, hemos cambiado. Gabriel ha cambiado. Puede que en su cuerpo no quede ya ni una sola célula del chico que fue.

En el espacio entre nuestras dos camas, mi hermano enreda su dedo índice con el mío.

15

ESCALANTE, UTAH

EL SEXTO DÍA

Suena la alarma del móvil de Gabriel. A él nunca se le pegan las sábanas. Ninguno de los dos adquirió ese hábito: en el mundo de Émile, cuando tocaba levantarse, nos levantábamos. Y lo mismo ocurría en nuestra primera etapa adulta. Hubo esos seis meses en los que Gabriel no salía de la cama, pero aquello no tenía que ver con la pereza, sino con la depresión.

Cuando salgo del baño, me lo encuentro mirando por la ventana mientras se bebe un zumo de naranja del minibar. Alinea las pastillas para la migraña sobre el escritorio, echa la cabeza hacia atrás y se las traga.

—¿Lista? —pregunta.

Lo estoy.

Se echa la mochila al hombro; yo tiro de mi maleta hacia la puerta.

«Mierda, lo voy a echar de menos».

En estos últimos cinco años no me he permitido sentir su ausencia. Ese fue el pacto que hicimos: a veces en la vida tienes que desprenderte de la gente a la que amas, del mundo que conoces.

Nos detenemos en recepción. Catalina frunce el ceño cuando ve nuestras maletas.

—¿Se marchan?

—Sí —responde Gabriel—. Ha sido una estancia estupenda. Es solo que… ha surgido una emergencia. En casa.

Catalina asiente. Es evidente que no se lo cree, pero teclea con diligencia.

—Veo que la reserva se pagó por adelantado —dice—. Eso significa que, por desgracia, no podremos reembolsarles la parte de la estancia que no han utilizado.

—No pasa nada —digo.

«Olvídate del dinero, Catalina. Ya ganaré más. Solo déjanos salir de aquí».

—¿Quieren una copia impresa del recibo?

«Joder».

—No, gracias —digo—. Pero vamos a necesitar un coche que nos lleve al aeropuerto.

—Por supuesto. Deje que avise a uno de nuestros conductores.

—Antes de que lo haga…

Volvemos la cabeza a la vez.

El ayudante Harris está allí plantado, en el vestíbulo, al lado del enorme jarrón de flores secas.

—Tenemos algo que anunciar —dice—. A todos los huéspedes.

—No podemos perder el vuelo —respondo—. Lo siento.

Pero él prosigue, como si no me hubiera oído.

—Les pedimos que se reúnan todos en el comedor. No serán más de diez minutos. Todo el mundo ha sido muy cooperativo. —Hace

una pausa y, a continuación, añade—: Es realmente conmovedor ver a toda una comunidad apoyando una investigación.

«Muy sutil».

Me trago un suspiro.

Ya veo que no hay elección. Quiero irme, pero prefiero hacerlo sin que la palabra «imbécil» acabe anotada junto a mi nombre en la libreta de Harris.

Lo seguimos hasta el comedor. La mayoría ya está allí: Fabio y Lazlo, la divorciada, el matrimonio con los dos niños. Harris se coloca junto a sus dos compañeros. Intercambia un par de frases con ellos y consulta su reloj. Pasea la mirada por la sala, en busca de alguien que aún no ha llegado.

Las influencers entran por la puerta. El actor de *Ley y orden*. Casi todas las mesas están ocupadas, pero la policía sigue esperando.

William entra en la sala. La cara de Harris se ilumina. Le hace un gesto para que ocupe un asiento en primera fila.

¿Le estaba… guardando sitio? Joder.

William se sienta, con una taza de café y unas gafas de sol en la mano. Relajado. Seguro de sí mismo.

«¿No se te acaba de morir la mujer?».

Harris carraspea.

Los policías emplean un lenguaje especial cuando se ven envueltos en un misterio. Una persona es un «individuo». Una mujer es un «individuo del género femenino». Uno no está muerto, sino que «ha fallecido». El tiempo se convierte en una serie de fechas. Actividades aleatorias pasan a llamarse coartadas. Y el tedio de la burocracia apacigua la adrenalina del miedo.

—Buenos días —dice Harris.

Baja la mirada hacia sus notas. Si esto fuera una rueda de prensa estarían mecanografiadas, pero para nosotros —este corrillo de turistas inquietos— se ha limitado a garabatear unas pocas líneas: su caligrafía ilegible se adivina a través del papel cuadriculado.

—Como todos ustedes saben, la mañana del catorce de julio nos personamos en este hotel tras recibir el aviso de que alguien estaba inconsciente. Se trataba de un individuo del género femenino y había fallecido. Pudimos identificarla rápidamente como la señora Sabrina Brenner, de veinticuatro años.

Dios mío, qué joven era.

Al oír el nombre de su mujer, William se lleva una mano a la cara, como si acabara de recordar el papel que debe interpretar: el marido afligido, un hombre cuya vida ha sido sacudida por la tragedia.

Harris levanta la mirada de sus notas. Evita el contacto visual con William y prosigue:

—Ahora mismo la muerte de la señora Brenner es objeto de una investigación por asesinato. Necesitamos toda la información que podamos recabar. Estamos decididos a llegar al fondo del asunto.

Vuelve a leer.

—Con este fin, hablaremos con todos ustedes. No podemos obligarlos a quedarse, pero agradeceríamos muchísimo que nadie se marchara en esta fase de la investigación.

Harris pasea la mirada por todos los presentes y —os aseguro que no me lo estoy imaginando— la detiene en Gabriel y en mí. Baja las notas.

—Permítanme que les hable con franqueza. Nuestro trabajo será mucho más sencillo si todos los testigos se quedan en el mismo lugar. La mayoría de ustedes tiene reservas al menos hasta mañana;

haremos todo lo posible por terminar cuanto antes, pero no veremos con buenos ojos que alguien decida marcharse ahora. El Ara está colaborando para alojarlos hasta que la investigación haya avanzado lo suficiente.

La gente intercambia miradas.

«¿Nos está… amenazando?».

—Sin embargo —añade—, si aun así deciden irse, trabajaremos con eso. El hotel ya nos ha facilitado sus nombres y direcciones. Podemos contactar con ustedes incluso si están en su casa. Preferiríamos no tener que hacerlo; esto supone más trabajo. Pero, si hace falta, lo haremos.

Sonríe. Una de las influencers levanta la mano.

—No se admiten preguntas —ataja Harris—. Eso es todo por mi parte.

Gabriel y yo regresamos a nuestra suite.

Otra decisión que no ha habido que debatir. Esta vez, sin embargo, no ha sido porque estuviéramos de acuerdo, sino porque no hemos tenido alternativa.

Lo que sí tengo es dolor de cabeza.

Deshacemos las maletas.

«¿Qué demonios acaba de pasar?».

William Brenner, en primera fila.

La policía lo arrestó. Se la jugaron deteniéndolo tan deprisa. Y, desde luego, no les ha salido bien. William no habló. El juez no firmó la orden. Las pruebas no eran tan concluyentes como parecían.

Sea lo que sea, William ha vuelto.

La policía debió de creer que este arresto era un riesgo calculado. Una cosa que aprendí en la tele: no se puede juzgar a alguien dos veces por el mismo delito, pero sí pueden arrestarte las veces que quieran. Les quedan más balas en la recámara.

De haberse tratado de un hombre del montón, habría funcionado. Pero William no es un hombre del montón. Es rico y poderoso, y está furioso. Es decir: es un problema.

Probablemente los ha amenazado con demandarlos. ¿Por qué? ¡Quién sabe! Es un hombre rico. Y los ricos tienen la capacidad de idear un mínimo de tres demandas posibles en cualquier momento dado.

Y Harris. Este joven ayudante de sheriff está aprendiendo el oficio en un departamento diminuto.

Debe de ser fácil intimidarlo, si eres un hombre adinerado y vengativo.

Gabriel se deja caer sobre la cama, junto a su mochila medio vacía. Suspira.

Me siento a su lado y le rodeo los hombros con el brazo.

«Vamos —quiero decirle—. Lo resolveremos».

Pero no lo hago. No me gusta hacer promesas que quizá no pueda cumplir.

Me saco el móvil del bolsillo y busco a William Brenner en Google. Algunos de los detalles biográficos me suenan de algo: neoyorquino, joven promesa del béisbol cuya carrera quedó truncada por una lesión en el hombro incluso antes de que hubiera empezado.

Así que periodismo. William se hizo un nombre en un tabloide de la ciudad, cubriendo las noticias de los juzgados. Cuando murió su padre, usó la herencia para comprar un periódico local en valle del

Hudson. Ahora posee un puñado de tabloides en el área metropolitana de Nueva Yo r k .

Repaso la lista de sus publicaciones en Wikipedia. Al leer una de ellas, siento como si me clavaran una puñalada: después de que se encontrara el cuerpo de Annie, su periodicucho tildó a Gabriel de asesino de todas las formas posibles sin exponerse a una demanda.

Fue el periódico responsable del apodo con que toda la prensa sensacionalista acabó nombrando a Gabriel: «Marido sospechoso». Siempre en forma de pregunta, con un subtítulo que dejaba implícita la respuesta. ¿TIRÓ A SU MUJER DEL PUENTE EL MARIDO SOSPECHOSO? LOS VECINOS DECLARAN HABER OÍDO «GRITOS» LA NOCHE ANTERIOR A SU DESAPARICIÓN; ¿MATÓ EL MARIDO SOSPECHOSO A SU MUJER PARA COBRAR EL SEGURO DE VIDA? LA PAREJA «DEBÍA UN MONTÓN DE DINERO», DICE UN AMIGO.

Unos años antes, ese mismo tabloide había creado un apodo para Émile: «Morboso Manipulador». El hombre al que habíamos adorado casi toda nuestra vida, reducido a una aliteración grotesca.

William es propietario, no redactor jefe. Aun así, cabe suponer que lee sus propios periódicos. Este periodista de la vieja escuela, con sus chaquetas, sus polos y su ira: cuesta imaginarlo haciendo otra cosa.

¿Nos reconoció? Lo más probable es que reconociera a Gabriel y sospechara quién soy yo.

Esa foto que nos ha sacado durante la cena… ¿La habrá enviado ya a un equipo de reporteros? ¿Les habrá pedido que investiguen, que intenten confirmar mi identidad?

—Justo cuando pensé que estaba fuera —dice Gabriel—, me vuelven a meter.

Levanto la vista del móvil, enarcando una ceja.

Es una referencia a la serie sobre la mafia. Aunque no se trata de una frase original de la serie, sino de una cita de la tercera película de *El Padrino* que hace uno de los gánsteres de la serie, en la primera temporada.

En otras circunstancias, me reiría, pero ahora mismo no comparto su humor negro.

Me levanto y me dirijo hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —pregunta Gabriel.

—Necesito aire.

—Pues sal a la terraza.

—Necesito andar.

Abre la boca para decir algo, pero lo ignoro. Hago girar el pomo, abro la puerta y…

Me encuentro de bruces con Harris.

—Vaya —digo, como un acto reflejo—. Ayudante Harris.

Tiene la mano en alto, con el puño cerrado. Es evidente que estaba a punto de llamar. Así que acabo de ahorrarle el esfuerzo.

—Buenas —dice.

Su voz es firme y su postura, decidida. Este policía detuvo al hombre equivocado en el momento equivocado, y no piensa dejar que eso le afecte.

Gabriel también se ha puesto en pie y ahora está a mi lado. Harris le tiende la mano.

—Soy Harris, ayudante del sheriff.

Gabriel asiente y se la estrecha.

—Su hermana habló conmigo ayer —aclara Harris.

Esta vez, su tono es algo áspero y su cordialidad, forzada.

Le di un buen motivo para que se fijase en William. Poco después, estaba esposándolo. Y, unas horas más tarde, tuvo que soltarlo y regresar al Ara con el rabo entre las piernas.

No pude haber sido el único testimonio. Debió de haber hablado con alguien más antes de arrestar a William: al fin y al cabo, «siempre es el marido». Pero si Harris necesita a un chivo expiatorio, alguien a quien culpar por su reputación maltrecha, yo soy la candidata perfecta.

Y, por supuesto, Harris ha hecho los deberes: acaba de llamarme «su hermana».

Sin embargo, no existe un solo documento en el mundo que diga que Gabriel y yo somos parientes. No compartimos apellido. Y cuando hablé con Harris, no mencioné nada sobre nuestro vínculo.

Eso significa que nos ha buscado. Y habrá encontrado… ¿qué? Probablemente alguno de los artículos que se publicaron después de la muerte de Annie. Los que hablaban de Émile, de Gabriel y de mí. Los que hilaban toda clase de teorías.

—¿Puedo pasar?

Se lo ha preguntado a Gabriel, no a mí. Abro la boca, pero Harris se adelanta:

—Como he dicho, queremos hablar con todo el mundo. Muchos huéspedes ya se han ofrecido voluntariamente.

Intento atrapar la mirada de Gabriel. «No lo hagas —le grito por dentro—. Así no. No sin abogado. Y quizá ni siquiera con uno».

—Está bien —accede Gabriel.

Me pone una mano en el hombro. No me tranquiliza lo más mínimo. No me fío de esta parte de nosotros: infantil, adiestrada para creer en la obediencia.

—Te aviso cuando terminemos —me dice.

Después de la muerte de Annie, me llevó años comprender lo temerario que había sido Gabriel al decidir hablar con la policía —él solo— hasta tres veces. Fue imprudente. Entonces no lo sabíamos, pero lo fue. Hizo todo lo que no había que hacer, y tuvo suerte.

Quizá extrajo de ello las lecciones equivocadas. Quizá salió de allí con una confianza arriesgada, inmerecida.

A través de la puerta cerrada, le oigo arrastrar la silla del escritorio (o quizá haya sido Harris). Me los imagino allí sentados: uno en la silla, el otro en el borde de la cama; y Harris estudiando el rostro de mi hermano, como si fuera un enigma. En sus ojos, un millón de posibilidades.

16

EL ÚNICO PUEBLO QUE CONOCÍAMOS, MÁS UN RADIO DE CINCO KILÓMETROS ALREDEDOR, VALLE DEL HUDSON

DIECIOCHO AÑOS ATRÁS

Veinte minutos: Gabriel dijo que la primera vez no podíamos estar fuera más que eso.

—Pero… ¿cómo lo hacemos? —pregunté—. ¿Cómo salimos?

Gabriel ocultó la boca tras un folleto. Volvíamos a estar en la sala de embalaje, el lugar donde me había mencionado por primera vez la posibilidad del «afuera del todo».

—Simplemente… nos vamos —respondió.

No lo entendía. Su expresión era sosegada, como si ya hubiera vivido el mismo desconcierto que sentía yo y estuviera preparado para guiarme.

—No hay vallas —explicó—. Ni candados ni nada. Podemos… irnos.

El único quid era cuándo. Había que esperar al fin de semana, después de la comida. A aquella hora las madres lavaban la ropa. Émile se retiraba a su despacho o tenía reuniones con las tres o cuatro mujeres que formaban su séquito. Había un vacío, una oportunidad.

La posibilidad estaba ahí. Siempre lo había estado.

Al día siguiente, nos reunimos detrás de las duchas comunitarias. Nadie se acercaba allí a mitad del día.

Gabriel enarcó las cejas. «¿Lista?».

Asentí. Mientras las demás chicas estaban ocupadas con sus tareas, yo había aprovechado para coger el dinero de Émile. Lo tenía escondido en un agujero que había hecho en mi colchón.

—Vámonos —dijo Gabriel.

Echamos a andar. Marcharse era eso: caminar, y caminar un poco más. Nada de correr. Tenía que parecer natural. Fácil. Teníamos que parecer inocentes.

Primero cruzamos el límite del mundo de Émile. Luego, un pequeño tramo de carretera sin acera, solo dos carriles de asfalto, maleza y árboles a cada lado.

No tardamos en llegar a una bifurcación.

—Simon dijo a la izquierda y, luego, a la derecha —recordó Gabriel.

Y eso hicimos.

La sombra de Émile acechaba en cada rincón. Cada vez que levantaba la mirada, esperaba encontrármelo allí, observándonos, con una expresión de traición imperdonable en el rostro. Cada ráfaga de viento era su mano intentando devolvernos al centro; cada brizna de hierba, los dedos castigadores de una madre aferrándose a nuestros tobillos.

¿Cuánto tiempo había transcurrido?

Creíamos que sabríamos cuánto tardaban en pasar veinte minutos. Nuestros días estaban de lo más reglamentados. A cada tarea se le asignaba una duración: treinta minutos para empaquetar

folletos, cuarenta para limpiar todo el comedor. Pero en el «afuera del todo» el tiempo avanzaba de otro modo.

Mi respiración se aceleró. ¿Cómo lo controlaríamos? ¿Y si nos demorábamos demasiado? Joder, ¿y si nos perdíamos?

—Eh —dije, intentando parecer tranquila—. ¿Cuánto tiempo crees que ha pasado?

Gabriel no parecía nervioso. Se detuvo y se sacó algo del bolsillo.

Un cronómetro.

—¿De dónde lo has sacado?

Se encogió de hombros.

—De gimnasia.

Émile usaba cronómetros en las clases de educación física. Y en los simulacros. Nos entrenaba. Podía llegar el día en que hombres uniformados se nos echaran encima, nos había explicado. Entonces todos tendríamos que desempeñar un papel. Las madres debían destruir documentos. Los padres, esconder suministros. Y los niños…, bueno, principalmente teníamos que asegurarnos de que nuestras habitaciones y nuestros cuerpos estuvieran limpios. Debíamos parecer sanos, bien alimentados. Mantenernos cerca de las madres. Que parecieran una parte normal de nuestras vidas. Como si hubiéramos crecido junto a ellas, queridos por ellas.

Por supuesto, los niños no debíamos quedarnos los cronómetros. Eran caros, y teníamos que devolverlos después de usarlos, guardarlos a buen recaudo en una caja de cartón.

—¿Lo has robado?

Gabriel hizo chasquear la lengua. Había reanudado la marcha, ahora apretando más el paso, y yo tuve que correr para seguirlo.

—¿Se te ocurre otra idea? —preguntó.

Toda la razón. Se había arriesgado por los dos, y yo encima lo hacía sentir culpable.

—Hemos llegado —dijo—. Creo.

Y allí, delante de nosotros, teníamos algo que no habíamos visto nunca. Un pequeño centro urbano. Edificios para los que no teníamos palabras: una cafetería, un colmado, una panadería, una biblioteca.

Nos detuvimos: éramos dos críos plantados en la acera, con nuestras camisetas viejas —antaño color crema, ahora ya grisáceas —, y las pulseras de Émile colgando deshilachadas de nuestras muñecas.

La cafetería era tan pequeña que se podía ver el interior desde la calle: dulces en el mostrador, baldosas en blanco y negro en el suelo, y una única mesa con dos sillas. Dentro, una mujer alta, con una larga cabellera negra y un bolso verde colgado al hombro, levantó un vaso de papel que había en el mostrador. Cuando salió a la calle, un aroma nos golpeó: granos de café, un olor dulzón como cuando las madres horneaban, y luego una mezcla de sabores y olores completamente nuevos para nosotros.

El «afuera del todo» latía a nuestro alrededor.

No sabíamos por dónde empezar a explorar aquel mundo. No conocíamos esos árboles. Ni esas calles. Ni esas hojas. Esa gente no sabía quién era Émile, o había elegido no vivir en su órbita.

En cualquier caso, no podíamos comprenderlos.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

Gabriel sacó el cronómetro de nuevo.

—Ahora volvemos —dijo.

El mundo estaba allí mismo y, sin embargo, parecía muy remoto. Era un despliegue momentáneo de posibilidades, hojas verdes y un cielo nuevo: azul, abierto. Inspiré varias veces, mareada, de pie en aquella acera, junto a mi hermano. Aquella era la situación más anodina que había vivido y, a la vez, el mayor de los tabúes.

—Vamos —resolvió Gabriel.

Se metió el cronómetro en el bolsillo.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —pregunté.

—Vámonos ya.

Me cogió del brazo y tiró de mí.

—¡Dímelo!

Gabriel echó a correr.

—¡Espérame!

Corrí tras él. Era evidente que la habíamos liado: habíamos tardado demasiado en llegar al pueblo y nos habíamos entretenido unos minutos de más en la acera.

Corría tan rápido que dejé de sentirme las piernas. El pecho me ardía. Seguí impulsándome hacia delante. Los pies me pesaban como piedras y los gemelos me quemaban.

Cuando el mundo de Émile volvió a aparecer ante nosotros, Gabriel aflojó el paso.

—¿Cómo vamos de tiempo? —jadeé.

Miró el cronómetro y relajó los hombros.

—Un minuto —respondió, y dejó escapar un largo suspiro.

Estábamos de vuelta: dos animales furtivos que habían escapado de una manada de lobos salvajes, dos niños con el miedo mordiéndoles los talones.

Todos los días, al amanecer, me reunía con Émile en su despacho. Nos sentábamos juntos ante su escritorio. Apenas cabíamos allí, hombro con hombro.

El recuerdo de esos momentos: dorado, cálido, luminoso. Sagrado.

Siempre me tenía algún trabajo preparado.

Nunca era algo difícil, pero sí exigía toda mi atención. Había documentos que imprimir, folletos que clasificar. Émile sacaba libros de una estantería y me pedía que leyera fragmentos en voz alta. Tras un par de semanas, quiso que revisara sus propios escritos.

—¿Quieres que yo… te corrija a ti? —pregunté.

—Sí. Quiero saber lo que piensas.

Nadie había querido saber nunca lo que yo pensaba. La primera vez que encontré una errata, noté un tirón en el cuello.

No era plato de mi gusto tener que decirle a Émile que se había equivocado.

Quizá se tratara de otra prueba. Quizá debía fingir que no había visto el error.

O quizá lo había cometido adrede. Tal vez quería comprobar si estaba preparada para ser sincera con él.

—Aquí —dije, señalando con el dedo la ene de más en la palabra «conectar»—. Creo que esto no está bien, ¿no?

Émile se inclinó por encima de mi hombro y frunció el ceño.

«Oh, no».

—Bien visto —dijo—. Gracias.

La dulzura de aquel hombre tan poderoso me conmovió hasta el tuétano.

Al día siguiente, dejó caer una carpeta en el escritorio, justo a mi lado.

—Ábrela —dijo.

La carpeta estaba llena de números. Tablas y hojas de cálculo.

—Contabilidad —explicó Émile—. ¿Puedes revisar los números por mí?

Le dije que sí, aunque no sabía muy bien qué significaba exactamente «revisar los números».

No tardé mucho en descubrirlo. Los números hablaban por sí solos. No era física cuántica: en cada línea, en cada columna, tenía que seguir un patrón (casi siempre suma o resta) y asegurarme de que los números cuadraran. De no ser así, debía colocar una pequeña pegatina junto al problema (era una bandera, dijo Émile) y sugerir una solución.

Aquello se convirtió en mi tarea favorita. Los números no exigen códigos morales enrevesados. No te piden reflexionar, ni practicar la honestidad radical. Son correctos o no lo son. Así de simple. Era un nivel de claridad que jamás había experimentado.

Mientras trabajábamos —qué vértigo, ese plural— Émile hablaba. Me contaba sus viajes, la gente que había conocido. Todo lo que entendía de la mente humana.

No pedía gran cosa de su público de una sola persona. Solo que lo escuchara. Solo que asintiera. Él era el sol y yo, el girasol.

—Mira esto —decía, mientras sacaba un libro y lo hojeaba hasta localizar un fragmento concreto.

A veces, cuando estaba especialmente entusiasmado, no le bastaba con que yo leyera. Carraspeaba y él mismo pronunciaba las frases. Alargaba el brazo por detrás de mi espalda, para coger algo. Me ponía una mano en el hombro.

No era un místico. Ni un sanador. Nunca fingió que sus manos tuvieran poderes.

Pero yo lo sentía: una descarga de energía. Una fuerza que no pertenecía a nuestro mundo.

Cada mañana, Émile y yo trabajábamos hasta la hora del desayuno.

—Acompáñame —me dijo un día. Y eso se volvió una costumbre: caminar juntos hacia el comedor.

La gente se dio cuenta.

De pronto, yo era especial. En clase, siempre tenía un sitio donde sentarme. Los demás se apartaban para dejarme pasar. Incluso las madres empezaron a tratarme con más indulgencia. Dejaron de ordenarme que trabajara más deprisa, que irguiera la espalda, que llevara el paso.

Sus manos dejaron de darme miedo.

También hubo celos. Susurros en la oscuridad del dormitorio: «Se cree muy especial». Una noche, mi manta raída desapareció, y una hilera de chicas me juraron no saber qué había pasado. Cuando los adultos no miraban —y a veces cuando sí lo hacían—, algún que otro pie asomaba para hacerme tropezar. O un chorro de tinta azul aparecía en la parte trasera de mi jersey.

Edwina era la líder, con aquella fe ardiente en la mirada. Ella se había entregado más que cualquiera de nosotras. Lo había intentado con todas sus fuerzas, pero Émile me había elegido a mí. No a ella.

A mí.

La envolvía una oscuridad. Avanzaba con paso pesado y los hombros hundidos. Tenía diecinueve años. Demasiado mayor ya.

Demasiado tarde para ascender a mi rango. Al cabo de unos años, sería una entre un mar de madres.

Yo le había tenido envidia, una vez. Había envidiado su fe. Esa convicción que le erguía la postura, que iluminaba su mirada, que mantenía su cabeza siempre en alto.

Ahora, en cambio, me daba lástima.

No me importaban demasiado esas mezquindades. Venían con el territorio. Por primera vez en mi vida, tenía algo digno de envidiar.

Llevaba los celos de las demás como una pesada corona, una carga propia de todo soldado de Émile.

Durante un tiempo, Émile no dijo nada del dinero que había desaparecido. Ni a mí, ni a nadie —que yo supiera.

Una noche, semanas después de que comenzaran nuestras reuniones matutinas, me dirigí a los baños de nuestro dormitorio, detrás de Edwina y sus amigas. De repente, un alboroto rasgó el silencio. Todas nos sobresaltamos, como un rebaño de ciervos.

Émile agarraba a una de las madres del brazo. Tenía el cuello del vestido bajado, con el hombro al descubierto.

—No he sido yo —decía ella.

—No mientas.

Le estrechó el brazo con más fuerza.

—¿Robar? —insistió él—. ¿De verdad?

Ella soltó un sollozo y Émile acercó la cara a la suya.

—¿Qué ibas a hacer con ese dinero? —le espetó—. ¿Qué creías que iba a pasar?

—No he sido yo —repitió entre lágrimas—. Te lo juro. Te he dicho que no sé dónde está. No tengo ni idea.

Émile negó con la cabeza. El peso de la decepción le hundía los hombros. Y, con un susurro, soltó las tres palabras, cada una una puñalada:

—Me das asco.

Fueron como un escupitajo en la cara de la madre.

Un castigo que debería haber estado destinado a mí.

La madre se volvió, y nuestras miradas se encontraron.

Yo me quedé allí de pie, con las piernas desnudas en la brisa de la noche. Noté un escalofrío en el pecho, y un glaciar derritiéndose en mi cerebro. Así me sentía: una catástrofe natural.

Émile siguió la dirección de su mirada y llegó a mí, a nosotras. Niñas en camisón, con el pelo suelto y las mejillas aún brillantes por el agua del lavabo.

Me ardió la cara cuando sus ojos se clavaron en mis pupilas.

Los entornó un instante y luego se irguió. No había nada de qué disculparme. La situación era compleja, y nosotras no éramos más que niñas.

A la mañana siguiente, la madre se presentó a la hora del desayuno. Tenía la cabeza inclinada sobre la bandeja y acercaba cucharadas de gachas a sus labios secos. Cuando se levantó para recoger los cuencos de las demás, los vi: los moretones que tenía en el brazo, allí donde Émile la había agarrado con fuerza.

A la tenue luz del amanecer, su piel parecía fina y arrugada, como una bola hecha de papel de seda. Su ojo derecho, medio oculto por un párpado hinchado. Y una mancha rojiza, estridente, bajo la ceja.

Émile no nos pedía silencio. No le hacía falta.

Lo que hubiéramos visto, no queríamos contarlo. Ni siquiera pensarlo.

17

ESCALANTE, UTAH

EL SEXTO DÍA

No pienso permitir que Gabriel hable con Harris sin mi supervisión.

Rodeo la suite hasta llegar al extremo de la terraza privada.

Si la puerta corredera estuviera entreabierta, podría oír la conversación desde aquí, pero lo está. Por supuesto. Yo misma la cerré anoche. La comprobé una y otra vez.

Incluso corrí las gruesas cortinas opacas y las dejé bien ajustadas.

Lo cual significa que, si no las tocan, ni ellos podrán verme a mí ni yo a ellos. Pero sí podré oírlos…, si me acerco lo suficiente.

Les doy un minuto.

Las cortinas no se mueven.

Entro en la terraza de puntillas. Me acerco a la puerta corredera y apoyo las palmas en el cristal. Me inclino poco a poco, ladeo la cabeza y pego la oreja a la puerta.

Eso es: la voz de Gabriel, amortiguada, pero inconfundible.

—¿En qué puedo ayudarle?

—¿Puede decirme dónde estaba hace dos noches?

A juzgar por lo que consigo distinguir desde el otro lado del cristal, el ayudante del sheriff emplea un tono relajado, casi despreocupado.

—Aquí —responde Gabriel—. En este hotel.

Harris le pregunta con quién estaba. Gabriel le responde que conmigo. No dice «con mi hermana», ni «con una amiga». Solo mi nombre: Frida Nilsen.

Bien hecho. Se limita a responder lo que le preguntan. Quizá después de todo sepa manejar la situación.

—¿Y qué hicieron esa noche?

—Pues… cenamos y luego nos fuimos a dormir.

—¿Vio a la señora Brenner durante la cena?

—Estaba en el comedor —responde Gabriel.

«Sí». Sabrina: viva, hermosa, mojando pan de pita en el hummus y pasándose el pulgar por la comisura de los labios, con sus uñas rosas brillando incluso bajo aquella la luz tenue.

—¿Notó algo extraño? —prosigue Harris.

Silencio. Gabriel debe de estar pensando, mirando al techo, mordiéndose el labio como hace cuando intenta concentrarse.

—De hecho, sí —dice al fin—. Ella y su marido cenaron muy rápido. Solo pidieron entrantes. Cuando se fueron, todos los demás aún seguíamos comiendo.

—¿Sabe por qué?

—Ni idea.

—¿En algún momento de la noche perdió de vista a Frida?

Y entonces Gabriel responde, claro y rápido:

—No.

Casi me resbala la mano por el cristal. Contraigo los músculos del brazo y trato de no moverme.

Las imágenes de aquella noche regresan a mi mente. Irrefutables.

Durante la cena, entre los entrantes y el segundo plato, Gabriel se levantó de la silla.

«Voy a buscar un jersey».

Dijo eso, y entonces lo perdí de vista durante unos minutos. Me quedé allí esperándolo, mientras me tomaba mi infusión de camomila.

Gabriel reapareció al poco rato con un suéter en la mano, uno que no le había visto en todas las vacaciones. Era un elegante jersey de punto color crema, demasiado perfecto para doblarlo.

«¿Me he perdido algo?», dijo.

La situación era de lo más inocente, absolutamente inofensiva. El hotel seguía lleno de gente que deambulaba de un lado a otro. Aquella pequeña interrupción no tuvo consecuencias, salvo retrasar unos quince minutos la llegada de nuestro segundo plato.

Gabriel dijo que iba a por un suéter, y volvió con un suéter.

¿Por qué no lo dice?

¿No se acuerda?

¿O le está entrando el pánico? Fue así como empezó todo con Annie: el cadáver de una mujer, la policía haciendo preguntas. Suficiente presión para desestabilizar incluso a la persona más entera. Los recuerdos más dolorosos de Gabriel comenzaron a desatarse, y las puntadas de su trauma se fueron soltando una por una.

—¿A qué hora se acostaron? —insiste Harris.

—Un poco antes de medianoche.

—¿Oyó algo fuera de lo normal?

—No hasta la mañana, cuando oímos un grito.

Eso tampoco es del todo cierto. Gabriel oyó discutir a los Brenner durante la noche; me lo dijo. Pero si desvela eso, tendrá que

contarle a Harris que había salido a buscarme. Y, evidentemente, no está dispuesto a hacerlo.

—Gracias por su colaboración —dice el ayudante del sheriff.

La intensidad de sus voces cambia. Harris debe de dirigirse hacia la puerta, guardándose la libreta. Gabriel estará acompañándolo, agarrando el pomo, preparándose para dejarlo salir.

—Una cosa más —añade Harris. Su voz parece más distante que hace un momento—. ¿Llegó a interactuar con la señora Brenner? ¿Durante su estancia en el hotel?

Gabriel guarda silencio durante unos segundos. Y entonces:

—No. Creo que no llegué a hablar con ella.

—¿Nada? ¿No intercambiaron siquiera unas pocas palabras?

—No.

«¿No?».

No es lo que yo recuerdo.

Primer día en el Ara. La única interacción entre Gabriel y Sabrina de la que tengo memoria. Se trata de un recuerdo vago; no presté mucha atención en ese momento. Sin embargo, bajo la lupa de la omisión de Gabriel, la imagen cobra más fuerza.

Estábamos en la piscina. Acabábamos de registrarnos en el Ara y todavía teníamos que organizar nuestra rutina vacacional. Yo me había olvidado mi libro y Gabriel, su gorra. Le ofrecí llevársela, pero se negó. Dijo que me acompañaría a la habitación para cogerla.

De camino hacia allí, me sonó el móvil. Comprobé quién era y me retrasé unos pasos.

Cuando levanté la vista, Gabriel estaba hablando con Sabrina.

Había chocado con ella o ella con él. En cualquier caso, Sabrina se estaba riendo. Y no era una risa que dijera «tranquilo, no pasa

nada», ni tampoco «disculpe». A continuación, depositó la mano en el brazo de Gabriel.

Él le devolvió la sonrisa, entornando los ojos, con una luz en el rostro que pude reconocer incluso a cierta distancia.

Hacía años que no lo veía sonreír así. Desde antes de la muerte de su mujer.

Sabrina le dio una palmadita en el brazo.

—Lo siento —dijo.

Y él colocó la mano sobre la suya.

—No, ha sido culpa mía.

Y entonces —quizá me lo imaginé, pero vuelvo a reproducir la escena en mi cabeza, y la veo con la misma claridad— Gabriel estrechó ligeramente los dedos de Sabrina.

Y ella no se sobresaltó. No retiró el brazo de un tirón.

Alzó la mirada para encontrarse con la de él. La mano de Sabrina seguía en el brazo de Gabriel. Era solo el brazo, pero… Era una muestra de intimidad.

Sabrina esperó hasta que Gabriel aflojó los dedos, y entonces bajó la mano poco a poco.

No fue nada. Dos adultos chocando sin querer y una disculpa discreta.

No obstante, ahora me parece memorable. Desde luego, lo llamaría «interactuar con Sabrina Brenner» y también «intercambiar unas pocas palabras».

—Bien —dice Harris.

Oigo que se abre la puerta. Cuando Harris vuelve a hablar, su voz ya no llega a mis oídos a través del cristal, sino desde el otro lado de la suite.

—Veintinueve, ¿verdad? —pregunta. Puedo imaginármelo señalando el número grabado en la puerta.

Gabriel lo confirma.

—Perfecto —dice Harris—. Nos veremos por aquí. Y si surge algo más…, ya sé dónde encontrarlos.

18

EL ÚNICO PUEBLO QUE CONOCÍAMOS, VALLE DEL HUDSON, Y EL «AFUERA DEL TODO»

DIECIOCHO AÑOS ATRÁS

Aprendimos a optimizar nuestras escapadas. En cuanto dejábamos de ver el mundo de Émile, echábamos a correr. Le enseñé a Gabriel a observar con atención la sinuosidad de la carretera y encontrar su tangente, esa línea invisible en lo alto de la curva que indicaba el recorrido más eficiente.

Antes de cada salida, yo cogía el dinero de Émile que guardaba en el colchón y volvía a ponerlo en su sitio al regresar. Excepto el billete del beso. Ese permanecía siempre escondido.

Nuestros veinte minutos iniciales se alargaron hasta treinta. La primera vez que estuvimos tanto tiempo, encontramos una farmacia, a un par de calles de la carretera principal.

La tienda era una explosión de colores y letras, un tesoro de objetos desconocidos. Por primera vez sentimos el aliento artificial del aire acondicionado, un frío antinatural que se nos colaba por las mangas y el cuello de la camiseta.

Mis ojos se detuvieron en un cartel que decía CALMANTES. Gabriel y yo nos pasamos diez minutos intentando descifrar nombres de marcas y dosis.

—¿Puedo ayudaros?

Un empleado, «Max», según rezaba su placa, apareció a nuestro lado. Probablemente —lo entendí años después— intentaba averiguar por qué dos críos querían robar un montón de ibuprofenos, y cómo era posible que se nos diera tan mal.

—No, gracias… —empezó Gabriel.

Lo interrumpí.

—Le duele la cabeza —le dije a Max.

—Vaaale —repuso, muy despacio—. ¿Qué… tipo de dolor de cabeza?

Gabriel se encogió de hombros.

Respondí por él:

—Del… del malo, supongo.

Le conté que Gabriel se había desplomado, que había vomitado, y repetí lo que me había dicho: había sentido como si un martillo le golpeara el cráneo.

—Para las migrañas, necesitáis medicación con receta —dijo Max. No tenía ni idea de a qué se refería con eso—. Pero, mientras tanto, podéis probar con esto. Tomadlo en cuanto empiecen los síntomas.

Max cogió un frasco de pastillas de color rojo. Estuvo a punto de dármelo, pero retiró la mano un segundo antes.

—No seréis de esa… secta, ¿verdad?

Émile nos había advertido sobre la gente que decía esas cosas. Había que evitarla. Pero, según él, no nos la encontraríamos mientras permaneciéramos donde debíamos.

Max era uno de ellos.

Y tenía las pastillas.

—No, no —me apresuré a responder, con las mejillas ardiendo.

Max nos examinó un par de segundos más y luego se encogió de hombros.

—Guay —dijo—. He oído que el tipo que la dirige es un friqui de cuidado.

Gabriel abrió la boca. Yo me adelanté.

—Un friqui total —repetí, echando la palabra de mi cabeza mientras la pronunciaba.

Max me entregó las pastillas.

Me obligué a no correr hasta la caja. La mujer que estaba detrás del mostrador me dijo que le debía doce dólares con noventa y seis. Me metí la mano en el bolsillo y le di el billete de diez y los tres de uno.

La mujer cogió el dinero como si nada. Contó el cambio y esperó a que extendiera la mano para soltar las monedas.

—Adiós —dijo.

—Adiós.

Gabriel me siguió hasta fuera de la tienda, pero yo no quise mirarle a la cara.

Me puso una mano en el hombro y se la aparté.

—¡Eh! —soltó.

Le estampé la bolsa de papel contra el pecho.

—Coge esto.

Pero no quiso. Se quedó con los brazos a ambos lados del cuerpo; dejó que fuera yo quien cargara con nuestro contrabando.

Caminamos en silencio.

—Ese tío no sabía lo que decía —murmuró Gabriel al cabo de un rato.

Se refería a Max.

—Era idiota —prosiguió—. No se puede hablar con gente tan tonta.

Sabía lo que intentaba: reescribir la historia, fingir que yo no había dicho lo que había dicho. Regalarme un mundo en el que yo no había llamado «friqui total» a Émile.

—Era el tío más estúpido del planeta —dije.

Gabriel soltó una risita. Y yo hice lo que siempre hacía al oírle reír: unirme a él.

Casi me asustó lo mucho que lo necesitaba en ese momento.

Saqué las pastillas de la bolsa y me guardé el frasco en el bolsillo. Tintineó todo el camino de vuelta. En cuanto entramos de nuevo en el mundo de Émile, cubrí el frasco con la mano. Las pastillas enmudecieron.

19

ESCALANTE, UTAH

EL SEXTO DÍA

Me vibra el móvil en el bolsillo.

«Listo».

Gabriel, que me escribe para avisarme de que la entrevista ha terminado, tal como había prometido.

Abandono la terraza procurando no hacer ruido.

Cuando vuelvo a la suite, Gabriel está de pie junto al escritorio, hojeando un libro; no lo está leyendo realmente, solo va pasando las páginas. No somos de los que están todo el día pendientes del móvil. Otro hábito que nunca llegamos a adquirir. Gabriel utiliza este otro recurso para calmar la mente.

Levanta la mirada cuando entro.

—¿Qué tal ha ido? —pregunto.

Durante un segundo, espero que haga una mueca. «Iba todo bien —podría decirme—hasta que la he cagado y…».

Con eso su mentira me parecería aceptable. Si lo admitiera. Buscaríamos una solución los dos juntos. Como siempre.

—Bien —responde.

«Vamos, hombre».

Podría insistir.

«He estado escuchando la conversación —debería decirle—. ¿Por qué no le has dicho que chocaste con Sabrina? ¿O que fuiste a por el jersey?».

Así éramos en el mundo de Émile: nuestras mentes estaban superpuestas hasta el punto de ser transparentes; nos lo contábamos todo.

¿Verdad?

Bueno.

Casi.

Un rincón recóndito de Gabriel quedó siempre fuera de mi alcance. Cuando una madre lo apartaba de alguna tarea, él volvía callado, con la mirada baja y los hombros hundidos. Lo mismo pasaba a veces cuando regresaba de clase.

Años después, le pregunté por ello.

—Cuando éramos niños —le dije—, a veces te ponías muy… raro.

—¿Raro? —repuso.

—Sí. De repente ya no podía hablar contigo. ¿Qué te ocurría?

Gabriel frunció el ceño. Estábamos en un McDonald's, comiéndonos una hamburguesa con queso y patatas fritas. Después de salir del mundo de Émile, y antes de la época de Annie, estuvimos unos meses invirtiendo el poco dinero y el escaso tiempo libre que teníamos en probar todo lo que nos habían prohibido durante nuestra infancia. Comida basura. Carne. Chucherías. Cine, cuando nos alcanzaba para pagar las entradas. Música, si sonaba gratis.

—Me castigaban —contestó Gabriel.

—¿Qué quieres decir?

Hizo chasquear la lengua.

—¿Qué crees? Siempre nos metíamos en líos. Todo el tiempo. Era lo único que nos pasaba.

Le di un mordisco a una patata. Esa parte la entendía. Émile necesitaba que fuéramos malos para poder convertirnos en buenos.

La mayoría lo habíamos aceptado. Pero aquella noche de la hamburguesa con queso y patatas fritas comprendí que Gabriel se había pasado toda nuestra infancia despertándose con el deseo ser perfecto. Y todas las mañanas se hacía la misma promesa: ese sería el día en que llegaría a la hora de acostarse sin haber cometido ni un solo error.

Lo único que Gabriel había querido siempre era ser inocente. Puro.

Cuando fallaba, se encerraba en sí mismo.

Al principio, traté de arrancarlo de ese aislamiento. Le hacía bromas, sacaba temas a la fuerza. Nada funcionaba. Con el tiempo aprendí: lo único que podía hacer era esperar a que regresara.

La mente de Gabriel era como un truco de Houdini: si luchas con demasiada fuerza contra las ataduras, no consigues nada. Deja que sean nudos. Y verás cómo se deshacen.

—Hay una excursión en grupo.

—¿Eh?

Gabriel ha dejado el libro y está mirando un folleto del hotel. En la portada hay una foto del Ara. Lo inclina hacia mí para que lea una página: «Las excursiones guiadas salen todos los sábados a las diez y media».

Miro la hora en el móvil. Faltan veinte minutos.

«¿Una excursión? ¿En serio?».

Aunque, pensándolo bien, ¿cuál es la alternativa?

No puedo irme de aquí.

No quiero quedarme en el hotel con William Brenner.

Y, desde hace diez minutos, tampoco me apetece quedarme encerrada en la suite con Gabriel.

—Me pondré unos pantalones cortos —digo.

20

EL ÚNICO PUEBLO QUE CONOCÍAMOS, VALLE DEL HUDSON, Y EL «AFUERA DEL TODO»

DIECIOCHO AÑOS ATRÁS

Gabriel y yo ampliamos nuestro perímetro. Nos dedicábamos a explorar el «afuera del todo».

Una abrasadora tarde de agosto, nos paseábamos arriba y abajo en busca de agua, secos como el desierto. La comida nos había deshidratado: una de las madres había tirado un salero entero en el guiso, por accidente.

—Tengo muchísima sed —se quejó Gabriel por tercera vez desde que habíamos puesto los pies en Main Street.

Doblamos una esquina y nos detuvimos delante de un lugar para el que todavía no teníamos nombre: uno de esos bares consagrados al deporte. A nuestros ojos, era un sitio increíble, con el resplandor de las pantallas al otro lado de los ventanales, las misteriosas coreografías de deportes que desconocíamos.

—Preguntemos aquí —le dije, tirando de su muñeca antes de que pudiera protestar.

En el interior del bar se estaba fresco. El local era oscuro, con mesas de madera altas y taburetes y, salvo por la mujer de detrás de la barra, estaba vacío.

—¿Hola…? —nos dijo.

Lo que había empezado como un saludo terminó en pregunta. ¿Qué debió de ver en nosotros? A dos críos enclenques vestidos con unas prendas raras tejidas a mano. Con las rodillas sucias, eternidad en la mirada y la arrogancia de la fe enderezándonos la espalda.

—Ho… hola —respondí.

Intenté tragar saliva, pero ya no me quedaba.

—¿Sería posible…? —Me aclaré la garganta—. ¿Tomar un poco de agua?

La mujer ladeó la cabeza. Esperé a que nos interrogara como lo había hecho Max. «No seréis de esa… secta, ¿verdad?».

Se encogió de hombros.

—Claro.

Me acerqué a la barra. Gabriel me siguió. Ella llenó dos vasos.

—Tomad.

Los vasos esperaban sobre la madera barnizada, donde las gotas de condensación se acumulaban como sudor. Algo nos retenía.

El intercambio que habíamos mantenido con Max en la farmacia había sido solo eso: un intercambio. Aquello era amabilidad. Era pedir ayuda y recibirla. De alguien que no era Émile.

La mujer enarcó las cejas.

—Vamos, bebed.

Tomé uno de los vasos. Gabriel me imitó. Bebimos sin respirar, y dejamos los vasos vacíos encima de la barra.

—Joan —dijo la mujer.

Le dijimos nuestros nombres.

—Podéis volver cuando queráis —añadió—. Abrimos todos los días. Yo suelo estar aquí, pero si tengo que salir, le diré a mi amigo

Scott que os atienda.

Años después comprendí que Joan supo de dónde veníamos desde el primer momento. La gente del pueblo estaba al corriente de nuestra existencia: los de la secta. Sabían de las madres con sus vestidos, de los niños de ropa sucia, de las pulseras tejidas que llevábamos en la muñecas. Algunos habían tenido roces con Émile y su séquito.

Todo el que se interponía en el camino de Émile se exponía a años de acoso. Él y los suyos difundían rumores, enviaban requerimientos legales, interponían demandas absurdas. Hundían a sus enemigos bajo montañas de papeleo. Varios de los lugareños ya se habían arruinado pagando honorarios de abogados.

Pero Joan no se enfrentó a nosotros. Nunca nos pidió explicaciones de nada.

Y jamás tuvo miedo de ayudarnos.

Volvimos. El fin de semana siguiente, y todos los demás.

Joan nos dio a probar nuestro primer refresco (Sprite con una rodaja de limón). Una tarde, nos plantó un plato delante: triángulos amarillos cubiertos de aguacate machacado, queso y tomate picado.

—¿Alguna vez habíais probado los nachos?

Negué con la cabeza. Gabriel se apartó de la comida, echándose hacia atrás en el taburete.

—No podemos pagar esto —repuso.

Joan sonrió. Nos parecía una mujer bastante mayor, pero ahora me doy cuenta de que no debía de tener más de veintitrés años.

—Invita la casa —dijo.

Con cada bocado, con cada sorbo de refresco, tocábamos el cielo y el infierno. Sentíamos un placer fugaz seguido de una oleada de culpa, como una manta pesada.

Una tarde, Joan nos señaló el televisor del bar y nos habló del béisbol. Éramos fans de los Yankees, nos informó. Nos explicó las reglas del juego varias veces, todas en vano.

—Quizá ocurra como con las lenguas extranjeras —sugirió—. Resulta más difícil de aprender cuando ya no eres tan pequeño.

Siempre trataba de darnos cosas: prendas mejores, comida para llevar.

—Lo sé —decía—. Sé que no podéis llevaros nada allí, pero no puedo evitar ofrecéroslo.

Años después, leería el nombre de Joan en un artículo de un tabloide digital. Con treinta y pocos años, se había mudado a otro pueblo del valle del Hudson. Trabajaba en una tienda durante el día y por la noche tocaba en una banda que hacía versiones de los Rolling Stones. Según el artículo, Joan había sido una de las víctimas de un asesino en serie local que habían arrestado recientemente.

Un obituario mencionaba su amor por la música, su ética de trabajo, su generosidad. Me hubiera encantado haber podido añadir algo, decirle al mundo que, en su juventud, permitió que dos niños experimentaran por primera vez lo que era la bondad.

Poco a poco, con un refresco tras otro, Joan nos fue enseñando que el mundo exterior no tenía por qué asustarnos. Que ahí fuera nos esperaba un montón de cosas maravillosas.

21

ESCALANTE, UTAH

EL SEXTO DÍA

Nos encontramos con el resto del grupo en el vestíbulo.

—Será mejor que salgamos cuanto antes —nos dice amablemente el chico de piernas larguísimas y sombrero de paja que nos hará de guía—. No queremos darle al sol más ventaja de la que ya tiene.

Tanto Gabriel como yo hemos cogido una botella de agua del minibar, una pequeña medida preventiva contra el calor del desierto. Nuestro guía, que se presenta como «soy Ethan, por cierto», nos conduce a la salida del hotel. Lo seguimos hacia la planicie que rodea el complejo: tierra, arbustos y, a lo lejos, las montañas.

Fabio y Lazlo se han apuntado a la excursión. También las influencers y el actor de *Ley y orden*. El padre está aquí, pero su mujer y sus hijos deben de haberse quedado en la piscina.

—Algún día, esto se habrá automatizado —le dice el padre a Ethan mientras caminamos hacia las montañas.

—¿El qué? ¿La excursión?

—Bueno, lo de caminar no. Me refiero al trabajo del guía. Con solo pensar adónde queremos ir, el algoritmo nos mostrará el mejor itinerario. Si nos pasa algo, nuestro teléfono llamará al 911 de inmediato. Será muchísimo más eficiente.

«Por favor, que se calle ya».

Hace tanto calor que mis pensamientos se derriten antes de acabar de formarse. Me concentro en el ritmo hipnótico de nuestros pasos colectivos —izquierda, derecha, izquierda, derecha—, mientras el sudor me resbala por la espalda. Noto la tensión de mis gemelos cuando empezamos el ascenso a la primera colina.

—Y no serán solo las excursiones —continúa el padre cuando llegamos al sendero principal—. Casi todos los procesos se beneficiarán de la automatización. Incluso… —mira hacia el hotel— las investigaciones de asesinatos. Imagina lo que podría hacer la IA si metes todas las pruebas en un ordenador. Podría plantear toda una lista de teorías, ordenarlas por probabilidades. ¡El sistema judicial sería mucho más eficiente!

Necesito alejarme de este tipo. De todo el grupo.

¿Cómo se supone que voy a pensar con tanta gente alrededor?

Mi coyote. Podría ir a ver cómo está. No tengo comida, pero quizá podríamos compartir mi agua.

Al menos así no tendría que seguir escuchando a este tío mientras le cuenta a Ethan lo fantástico que es que los robots vayan a quitarle el trabajo dentro de unos pocos años.

—¿Qué haces?

Gabriel me mira. Estoy allí plantada, a un metro del grupo, con artemisa hasta los tobillos.

—Nada. Es solo…

Veo moverse algo detrás de Gabriel.

Mi coyote. Me ha encontrado antes de que yo saliera a buscarlo. Asoma desde su escondite y nos observa.

—Es solo que necesito un descanso —le digo a Gabriel.

—Me quedo contigo.

El coyote se queda inmóvil de repente, con las orejas en alto. Gabriel no lo ha visto y no quiero que lo vea.

—Ve con ellos —le digo—. Ahora os alcanzo.

Suspira.

—No te pierdas.

—No me perderé.

—Lo digo en serio.

—Ya lo sé.

Y es cierto, lo sé. La gente se muere haciendo senderismo. Pasa constantemente.

Gabriel se aleja por fin.

El coyote abandona el sendero, hacia la madriguera. Lo sigo. Cuando vuelvo la cabeza, ya no veo al grupo.

«Bien».

El coyote se detiene bajo la pequeña colina donde tiene la madriguera. Me quedo a unos tres metros de distancia. Olisquea la base de un arbusto seco, resopla y suelta un ladrido.

Un segundo de tensión. Comunicación sin palabras, pero clara: el coyote quiere algo de mí.

«Oh».

Mi amiguito sabe que tengo acceso a agua y comida. Me ha visto en el sendero, pero en lugar de esperar a que le llevara las provisiones, me ha guiado hasta aquí, hasta su guarida.

De repente, tengo la corazonada de que es una madre y que tiene a sus cachorros ahí dentro. Bebés a los que no puede alimentar bien por culpa de su herida; y por eso me ha traído hasta aquí.

—Oh. Esto…

Me palpo los laterales de los pantalones cortos, como si fuera a aparecer comida por arte de magia.

—Volveré —le digo, porque es algo que sé hacer: sé hablar con los animales—. Ya… ya se me ocurrirá algo.

Antes de darme la vuelta, me inclino un poco hacia delante con la intención de ver la madriguera y confirmar mi teoría de los cachorros.

Veo brillar algo bajo el arbusto reseco. Entorno los ojos.

Es… ¿negro y brillante?

No encaja en el entorno del desierto. Es algo inorgánico, fabricado por el hombre.

Es un teléfono.

Su teléfono.

Lo habría reconocido en cualquier sitio: el metal negro, lustroso, y la funda de plástico, ahora sucia y maltrecha, pero aún inconfundible, con sus orejas blancas y sus bigotes, el vestidito rojo… Y entonces lo recuerdo: en cuanto lo vi por primera vez, pensé que Sabrina Brenner era la única adulta del mundo capaz de llevar una funda de Hello Kitty.

Es su puto móvil.

La policía debe de haberlo buscado.

¿Lo sabe William? ¿Se ha dado cuenta de que el teléfono de su mujer ha desaparecido?

Quizá él mismo lo cogió y se deshizo de él en el desierto. Quizá contaba con que desapareciera para siempre en las fauces de algún cañón, una aguja en el pajar de más de siete mil kilómetros cuadrados que es este desierto.

El móvil de Sabrina.

Podría haber tantas cosas ahí dentro... Cosas que su marido no quiere que la policía vea.

Me mareo con solo pensarlo. Notas sobre la violencia de William Brenner, verbal y física. Grabaciones de audio. Vídeos. Llamadas a un abogado de divorcios. Tal vez iba a dejarlo, y él se enteró.

Necesito saberlo.

Lo primero es lo primero. En cuanto tenga el teléfono a mi alcance, no lo tocaré con la mano desnuda. Puede que aún haya huellas. No pienso estropearlas, y desde luego no voy a dejar las mías.

Me agacho poco a poco, me desato la zapatilla izquierda y me quito el calcetín. Luego vuelvo a meter el pie descalzo en la deportiva, con los dedos doblados contra la plantilla.

Introduzco la mano derecha en el calcetín. No es ideal, pero es lo mejor que tengo a mano.

Me aproximo un par de pasos más a la madriguera. La coyote me enseña los dientes, eriza el lomo. No quiere que me acerque a sus crías. Ningún animal salvaje querría.

«¿De verdad voy a arriesgarme a pillar la rabia por este móvil?».

«Pues sí».

Levanto las manos con la esperanza de calmarla, pero solo consigo crisparla más. La coyote me dedica una serie de ladridos tensos y furiosos.

Me lanzo hacia delante. No hay otra forma. Estoy a cinco pasos del móvil cuando la coyote pega un salto; a cuatro cuando me alcanza; a tres cuando su hocico entra en contacto con mi tobillo.

El teléfono aparece en mi campo de visión. Apoyo la rodilla en el suelo y mis dedos se cierran alrededor del metal: está ardiendo

después de pasarse tantas horas al sol, casi demasiado caliente para sostenerlo. De pronto, pienso en los daños que puede haber sufrido, en el metal derritiéndose, en los secretos de una mujer atrapados para siempre en un dispositivo estropeado, y me impulso hacia arriba de un salto.

Sigo corriendo. O, mejor dicho, lo intento. Mi pie izquierdo no responde, porque —por supuesto— tengo una coyote agarrado a él.

Hunde sus dientes en mi zapatilla. Sacudo la pierna. La coyote aprieta con más fuerza. Cierro los ojos a la espera del mordisco —la herida punzante, el dolor lacerante de la piel desgarrada—, pero no ocurre. Solo siento presión, fuerza bruta: sus mandíbulas son como una prensa.

Chillo. A pesar de mis esfuerzos, caigo hacia delante.

«Mierda».

Me escuecen los codos, pero trato de no hacer caso.

Con el golpe, la coyote afloja la mordida. Libero el pie, me impulso contra el suelo y me levanto de un tirón. Echo a correr, con el teléfono en la mano derecha, bien agarrado.

Cuando estoy en lo alto del sendero, veo al grupo. Me meto el teléfono en el bolsillo lateral de los pantalones, me vuelvo a poner el calcetín y alcanzo a los demás.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta Gabriel.

Miro hacia abajo: estoy cubierta de polvo y me sangra el codo derecho.

—Me he caído —le digo—. Parece peor de lo que es.

Señalo hacia delante con la barbilla.

—¿Qué sucede?

La gente ha formado un círculo. Ethan está en el centro, con la mochila a sus pies y una expresión de pánico en la cara. Dos de las tres influencers tienen las manos en la cintura; la tercera le grita algo al actor de *Ley y orden*.

—¿Por qué no nos dices dónde estabas, cerdo?

Fabio se queda sin aliento.

—No estoy seguro de cómo ha empezado —me susurra Gabriel al oído—, pero ese tío —dice señalando con la barbilla al actor— se ha puesto a discutir con esas tres —las influencers—. Sobre coartadas y eso.

—Ah.

—Ella… —Inclina la cabeza hacia la influencer que grita y prosigue — ha dicho que escuchó a Harris hablando sobre la investigación. Se ve que comentó que Sabrina murió después de las tres de la madrugada.

—Vale.

—Y de ahí han ido tirando —continúa Gabriel—. Creo que el de *Ley y orden* ha empezado a hablar de pruebas directas y pruebas circunstanciales. Y entonces ella —dice refiriéndose de nuevo a nuestra influencer jefa— le ha preguntado si todo eso lo sabía por la serie. A él no le ha hecho ninguna gracia.

—Claro.

El tipo de *Ley y orden* señala el cielo con dramatismo.

—¡Estaba hablando con mi agente!

—¿En mitad de la noche? —se burla la influencer.

—Madison —interviene una de sus amigas, pero al parecer Madison no la oye.

—¡Es un agente de Hollywood! —chilla el actor, agitando las manos—. ¡No tenéis ni idea de cómo funciona esto!

El tipo levanta un dedo, pidiéndole a Madison que espere, y se mete la mano en el bolsillo en busca de su móvil.

—Mira mi registro de llamadas —le pide.

No veo la pantalla, pero Madison se inclina, entorna los ojos… y luego se echa hacia atrás con una sonrisita resignada.

—Espero que eso te haya hecho sentir muy bien —dice—. Espero que te hayas sentido como un hombrecito de verdad.

El actor deja caer la cabeza, exasperado.

—¿Por qué yo? —pregunta—. ¿Por qué no preguntáis a los demás?

Madison contempla el resto del grupo, a la espera de que presentemos nuestras coartadas.

«Mierda».

No pienso decirle a Madison que salí de mi habitación esa noche. Que fui de las últimas personas en ver a Sabrina Brenner con vida.

Que Gabriel también salió de la habitación.

—Ethan —intervengo mientras Madison y el actor siguen discutiendo—. ¿No deberíamos volver al hotel?

Ethan me mira y asiente, resignado.

—Amigos —dice, extendiendo los brazos para que formemos una fila de nuevo—, volvamos. Ya hemos perdido bastante tiempo, y cada vez va a hacer más calor.

Nos guía de regreso por el sendero, con aire derrotado. Madison y sus amigas van pegadas a él y el actor camina unos pasos por detrás, enfurruñado.

Gabriel y yo guardamos silencio.

Se lo contaré cuando regresemos.

Quizá.

O tal vez no haga falta.

Así es como funcionamos.

«Tú corres, yo te sigo. Sin hacer preguntas».

A lo largo de nuestras vidas, este acuerdo tácito ha sido vital en numerosas ocasiones. Nos cubrimos las espaldas. Siempre. Incluso cuando hay cosas que no sabemos. Y especialmente cuando hay cosas que no entendemos.

22

EL ÚNICO PUEBLO QUE CONOCÍAMOS, VALLE DEL HUDSON

DIECIOCHO AÑOS ATRÁS / Y LUEGO DIECISIETE

Y LUEGO DIECISÉIS

El rumor de nuestras expediciones se extendió. No entre los adultos, sino entre los demás chicos.

Nadie se habría atrevido a delatarnos. Émile me había elegido a mí. Todos lo sabían. Estaban resentidos, sí, pero no eran tan tontos como para intentar ponerlo en mi contra.

Gabriel y yo disfrutábamos de nuestro prestigio recién adquirido. Cumplimos dieciséis. Cumplimos diecisiete. La gente quería estar cerca de nosotros. Y pagaban con la única moneda que tenían.

Nos contaban secretos.

Empezaron con pequeñeces. Había docenas de infracciones nimias, cientos de microescándalos que esperaban ser susurrados en nuestros oídos.

El cajón secreto en el que se guardaba el pan duro. Las madres no contaban las piezas. Si cogías una o dos, nadie se daría cuenta.

El escondite donde las madres ocultaban los libros prohibidos. Bueno, dimos por sentado que eran las madres. Los hombres que aparecían en las portadas parecían alienígenas: con el cabello largo,

las camisas desabrochadas, el torso musculoso y pantalones que les caían hasta las caderas. Material prohibido, camuflado entre los montones de ropa sucia. No imaginábamos que los padres fueran capaces de tanta astucia o inventiva. La biblioteca clandestina era cosa de mujeres.

Y luego estaba el secreto que yo me negaba a escuchar.

Gabriel y yo habíamos adquirido la costumbre de reunirnos con los demás por la noche. Todo el mundo se escapaba, constantemente. Edwina se escabullía con sus amigas. Incluso después de cumplir veinte años y mudarse al dormitorio mixto de los adultos. Seguía viniendo a la habitación de las chicas, reuniéndose con los miembros más jóvenes de su séquito, tanto allí mismo como fuera del dormitorio, algunas veces solo con una, otras con un pequeño grupo.

Aquel había sido un día turbulento. Dos personas habían acabado en el Lugar Secreto por haber roto unos platos —adrede, según la versión de la mayoría—. Habían visto a Émile muy nervioso, susurrándole unas palabras airadas a una de las madres, frente a su despacho. Y los chicos y las chicas no prestaban atención en clase.

Estábamos creciendo. Era casi verano, y todos sentíamos el impulso de volar.

—Me iré —anunció Simon—. Cuando tenga dieciocho o algo así. Me voy y listo.

Unos cuantos de nosotros —yo, Gabriel, Louisa, Simon y su amigo Isaiah— estábamos hablando entre susurros bajo un árbol, un viejo olmo cuyo tronco había quedado invadido recientemente por una planta de espinas negras.

Todos nos quedamos callados.

—¿Qué? —dijo Simon—. La gente lo hace.

Louisa negó con la cabeza.

—No eligen marcharse de aquí —respondió—. Es Émile quien los empuja a hacerlo.

Simon puso los ojos en blanco.

—Émile —dijo. Y, con voz aflautada, repitió—: Émile, Émile, Émile, Émile. —Se volvió hacia Louisa—. ¿Qué va a hacer Émile cuando yo me vaya? ¿Venir a buscarme?

Louisa se encogió de hombros, pero Simon no estaba dispuesto a dejarlo ahí. Él era el rey del cotilleo, el guardián original del «afuera del todo». Y, durante los últimos años (lo comprendí cuando lo vi dándole a Louisa con el codo), había visto su estatus amenazado. Por Gabriel, por mí, y por nuestros reiterados viajes fuera de los límites de nuestro universo compartido.

—Debería importarte más que a nadie —añadió Simon—. A ti y a todas las chicas.

Louisa frunció el ceño. Fingí no hacer caso de lo que Simon acababa de decir, pero seguí escuchando.

Por suerte, Louisa mordió el anzuelo.

—¿De qué estás hablando?

Simon la miró, como si no diera crédito, pero en realidad estaba encantado de saber algo que ella ignoraba.

—No tienes ni idea, ¿verdad? —preguntó.

Louisa chasqueó la lengua.

—Cállate.

Simon negó con la cabeza.

No sé lo que me imaginé entonces. No podría haberlo verbalizado. Había algo oscuro e incisivo en el centro del mundo de Émile, algo

de lo que yo solo tenía una vaga noción. El conocimiento se encontraba en la tierra que teníamos bajo los pies, en las verduras que cultivábamos y comíamos.

Algo a lo que yo no quería hacer frente.

—En serio, Simon —dije—. Cállate.

Simon me miró.

«Vamos —parecía decir—. De entre todas, tú eres la que mejor debería saberlo».

23

ESCALANTE, UTAH

EL SEXTO DÍA

Al llegar al vestíbulo, nuestro grupo se dispersa. El actor se aleja a paso rápido de las influencers.

El teléfono de Gabriel suena.

—Hola —dice, y luego me mira y articula: «Howard»—. No, está bien. Puedo hablar.

Se aleja, presumiblemente camino de nuestra suite.

¿Dónde está Harris?

Localizo a su compañera, la joven que examinó el cuerpo de Sabrina hace dos días. Está hablando con Catalina en un rincón del vestíbulo.

—Disculpe… —digo—. Agente…

La ayudante del sheriff se da la vuelta.

—Calhoun —dice.

Lleva el pelo recogido en un moño bajo, aunque algunos mechones sueltos le enmarcan el rostro. Se los aparta con un gesto.

—Soy Frida —digo—. Ayer hablé con su compañero. He estado…

—Sé quién es usted.

«Fantástico».

Catalina se escabulle. La ayudante del sheriff Calhoun me mira de arriba abajo. De pronto, caigo en la cuenta: llevo los pantalones sucios de tierra y la coleta medio deshecha.

—Estaba en el desierto —aclaro—. Caminando.

Se cruza de brazos.

—Había un coyote —le suelto—. Lo he seguido porque… Da igual. El caso es que he encontrado esto.

Me cubro la mano derecha con la camiseta y saco el teléfono de Sabrina del bolsillo.

La ayudante del sheriff abre unos ojos como platos.

—Era de Sabrina Brenner —digo.

—¿Y cómo lo sabe?

—Lo he reconocido.

Calhoun me estudia unos instantes.

—Por la funda —añado—. Es bastante…, no sé…, llamativa.

—Desde luego.

Levanta una mano.

—Un segundo.

Calhoun desaparece por una puerta lateral en la que se lee solo personal. Al cabo de minuto, regresa con la mano derecha metida en un guante de látex.

—Aquí lo tiene —digo, dejando caer el teléfono en la palma de su mano.

—¿Dónde dice que lo ha encontrado?

—En el desierto. Cerca del sendero por donde se hace la excursión. Un poco apartado del camino. Bueno, en la entrada de la guarida de un coyote.

Me mira fijamente.

—Hemos registrado esa zona varias veces —dice, inexpresiva.

El resto de la frase queda flotando entre nosotras, sin pronunciar: «Y no hemos encontrado ningún teléfono».

Bueno, yo qué sé. «Quizá se les pasó, agente Calhoun. Quizá los coyotes lo movieron. Yo solo soy la mensajera».

—Se lo preguntaré otra vez —dice—. ¿Dónde lo ha encontrado?

«Vale. Se acabó la cordialidad».

A pesar de ello, fuerzo una sonrisa.

—Puedo enseñarle el sitio, si le sirve de ayuda. Estaba medio oculto detrás de un arbusto.

Calhoun enarca una ceja.

—Pero si por ahora no me necesita, voy a volver a mi suite —añado.

A la hora de tratar con la policía, es clave entender cuándo hay que parar y tener presente en todo momento que eres libre de irte.

Solo una última cosa.

—Hay un coyote herido en el desierto —digo—. Justo al lado del sendero principal. Ya informé de ello, pero no parece que haya acudido nadie. ¿Podrían llamar a la protectora de animales?

Me marcho antes de que pueda decir que no.

Por lo visto, Gabriel ya ha terminado con su llamada. Está sentado en la cama, con las piernas cruzadas, tecleando en su portátil.

—Tenemos que hablar —digo.

Él levanta la cabeza.

—Ah, ¿sí?

Habría preferido ahorrarme esta conversación, pero no hay forma de evitarla. La ayudante del sheriff Calhoun no me ha tratado como a una parte inocente. Me ha hablado como a una sospechosa.

Y necesito saber por qué Gabriel ha mentido.

—Escucha.

¿Todavía sabré cómo hablarle?

Hace tanto que no tenemos una conversación de verdad…

—Sé que Harris te ha preguntado por la noche en que murió Sabrina.

—¿Eh?

Me siento a su lado.

—Antes, cuando ha hablado contigo. Sé que has dicho que no me perdiste de vista. Pero eso no es verdad, ¿no? Te levantaste de la mesa.

—¿Qué?

—Y también sé que te ha preguntado si habías interactuado alguna vez con Sabrina.

Gabriel cambia de actitud. Deja el portátil en la mesilla y se vuelve, dándome la espalda y plantando los pies en el suelo.

—Y… no sé…, no sé por qué has dicho eso. Es complicado. Pero…

No puedo decirlo. No del todo. No puedo mirarle y formular las palabras: «¿Por qué demonios harías algo tan estúpido? ¿Tan chapucero?».

—¿Podrías ayudarme a entenderlo? —pregunto, en cambio.

Gabriel murmura algo ininteligible.

—¿Qué?

—¿Cómo sabes eso? —pregunta, marcando cada sílaba.

—He oído la conversación.

Suelta una risa amarga.

—¿La has oído?

—Vale. Estaba escuchando.

—No me lo puedo creer.

Apoya las palmas en la colcha para levantarse, pero yo le agarro la muñeca izquierda y lo detengo.

—Lo siento —digo—. Me he asustado.

Se zafa de mí.

—Gabriel —insisto—. Por favor. Tenemos que hablar de…

—No quiero hablar.

No grita. De hecho, está demasiado calmado, recolocándose, pasándose la mano por la cara.

Gabriel. Siempre guardándoselo todo dentro. Tragándose la rabia, el orgullo herido, la vergüenza. Con el anhelo permanente de ser no solo mejor que los demás, sino mejor que sí mismo.

—Vamos, Gabriel. ¿Mentirle a un policía?

En cierto modo, es un alivio poder decirlo en voz alta, ponerle delante de las narices sus malas decisiones.

—¡Es muy probable que alguien te viera! Recordarán que saliste del comedor, y también que hablaste con Sabrina. Se lo dirán a Harris, si es que no lo han hecho ya. ¿Y entonces qué?

Gabriel me mira por encima del hombro.

—No tienes ni idea —me dice.

—Pues explícamelo.

—¿El qué?

—Explícame qué está pasando. Gabriel, llevamos aquí seis días y a veces tengo la sensación de que…

«A veces tengo la sensación de que me ocultas un montón de cosas».

—Adivina —dice.

—¿Qué?

Se pone en pie.

—No lo sé —respondo, también levantándome—. Quizá entraste en pánico. Quizá no querías…

Abre la boca.

—Quizá no querías entrar en detalles con Harris —digo intentándolo de nuevo—. Quizá has pensado que sería más fácil así, después de todo lo… que ha pasado.

Gabriel se acerca a la puerta corredera.

—No es que crea que tengas algo que…

Cuando se vuelve, tiene todos los músculos del rostro en tensión.

Está indignado.

Nunca había tenido que verbalizarlo. Nunca había tenido que decir algo como «No creo que tuvieses nada que ver con lo que ocurrió; nunca creí ni por un segundo que hubieras matado a tu mujer».

La inocencia de Gabriel siempre se había dado por sentada. Fue así cuando denunció la desaparición de Annie, cuando la policía registró su casa, y las tres veces que tuvo que declarar ante ellos. Siguió siendo así cuando los vecinos le dieron la espalda y también cuando hizo las maletas y se subió a un avión con destino Seattle para no volver.

Y ahora, con mis palabras, he dado a entender que dudaba de su inocencia.

—Lo siento. No pretendía…

—Ese es el problema. —Percibo una rabia contenida en su voz. Hubiera preferido que me gritara—. Contigo nunca se sabe. Nunca estoy seguro de lo que crees en realidad.

Quiero acercarme a él, ponerle una mano en el hombro, que los dos nos calmemos, pero sus palabras me han inmovilizado.

«¿Qué quieres decir con que nunca estás seguro de lo que creo?».

«¿Has estado dudando de mí todos estos años? ¿Es por eso por lo que dejaste de visitarme? ¿De escribirme?».

«¿Porque te has convencido a ti mismo de que yo creía que…?».

—Eso no es justo —digo.

Él se encoge de hombros.

—¿No es por eso por lo que dejaste de hablarme?

—¿Qué?

Gabriel sacude la cabeza, como diciendo: «Esa no es la cuestión». Pero continúa:

—Ya no vienes a visitarme. No me llamas. No me escribes. ¿Qué otra cosa debería pensar?

«Eres tú el que se ha alejado de mí».

«¿No?».

«Yo lo intenté. Te esperé».

«Estoy segura de que lo hice».

—Lo siento —digo.

—Ahora mismo no puedo seguir con esto.

Se aleja hacia el baño.

—Tienes que hablar conmigo.

No acostumbro a expresarme así, dando órdenes, pero ahora mismo me hace sentir bien —muy bien— decirle lo que debe hacer.

—Yo no tengo que explicarte nada.

—No te estoy pidiendo eso. Aunque, Gabriel…

Intento recomponerme, pero me tiemblan los brazos y las piernas, y no es por el aire acondicionado.

—Tenemos que enfrentarnos a esto juntos. Haga lo que haga a partir de ahora, nos afecta a los dos. Si confirmo tu versión, estaré mintiendo. Pero si digo la verdad… Harris no va a preocuparse por quién miente y quién no. Solo verá dos versiones que no encajan. Y pareceremos mentirosos los dos.

Cuando Gabriel se vuelve hacia mí, pone los ojos en blanco.

—Sabes que tengo razón —insisto.

—Pues lo siento. —Esta vez levanta la voz hasta el punto de decir el «lo siento» a gritos. De pronto caigo en la cuenta de que Gabriel y yo nunca habíamos tenido una discusión, en los veintitrés años que hace que nos conocemos. Ni siquiera en nuestros peores momentos —. Disculpa si no lo he hecho todo a la perfección. Disculpa por haberte causado todavía más problemas —sigue—. De verdad, Frida, a veces desearía…

Se calla.

—¿Qué? ¿Qué desearías?

—Olvídalo.

Alarga la mano para cerrar la puerta del baño. Debería dejarlo tranquilo. Confiar en que se calme y volver a intentarlo más tarde.

Pero no puedo. Mi brazo se dispara y se interpone entre la puerta y el marco.

—Por favor —le ruego—. Habla conmigo.

Una sonrisa amarga se despliega en su cara.

—Noto que me observas con detenimiento. Todo el día. Como si estuvieras esperando… algo. No sé qué. Como si esperases que se

me escapase algo.

«Sí, quizá te observo. Hay cosas de ti que aún no comprendo. No sé cómo hablar contigo. Cómo mencionar el pasado. Cómo hablar de aquel maldito documental».

«Nos conocemos desde casi toda la vida, y aun así siempre debo estar alerta».

No tiene sentido explicarle nada de esto. No me creería.

Hace años, pensé que todo esto había terminado. Cuando la policía cerró el caso. Cuando Gabriel quedó libre. Incluso cuando decidió empezar de cero en el otro extremo del país. Lo dejé en el aeropuerto, lo vi incorporarse a la fila del control de seguridad y pensé: «Ahora sí lo dejaremos todo atrás».

Pero no. Está en nuestras células, en nuestros folículos, bajo nuestras uñas.

Este caso.

Nunca se acaba.

—Siempre hablas de ello como si hubiera sido un milagro —dice Gabriel con amargura—. El hecho de que no me arrestaran. De que no me acusaran ni me condenaran.

—La policía se equivoca. Acusan a inocentes todos los días.

—¿Crees que no lo sé? Pero, al fin y al cabo, yo no cometí ningún delito. Y no me condenaron. Eso no es un milagro. Es lo justo.

Cierro los ojos.

Sí me pareció un milagro que Gabriel saliera libre. No porque creyera que era culpable, sino porque, por lo que sé de este mundo, la inocencia no te salva; solo ayuda a que te atrapen.

—Nunca he pensado que la mataras —digo en voz baja—. Te lo juro. Solo… tengo menos fe en el sistema que tú, supongo.

Él bufó.

—Dime, ¿a qué te dedicabas?

—¿Y eso qué tiene que ver?

Vuelve a sacudir la cabeza.

—Solo digo que el sistema a ti sí te ha funcionado. En ciertos aspectos.

Touché.

Gabriel nunca lo había dicho en voz alta, pero yo siempre lo había intuido: estaba resentido por el hecho de que yo me hubiera adaptado al mundo real más deprisa que él. De que yo hubiera conseguido funcionar, mientras él se estrellaba una y otra vez.

Y ahí está. Escondida en lo más hondo: la idea venenosa de que habría sido mejor quedarse con Émile.

Gabriel se habría ahorrado muchas cosas si se hubiera quedado.

Ha renunciado a cerrar la puerta. Ahora está delante de uno de los lavabos —«su» lavabo, el de la izquierda— mientras deja correr el agua.

—Podemos arreglarlo —insisto—. Si Harris me pregunta, diré lo mismo que tú. Que no nos perdimos de vista. Diré que nunca te vi con Sabrina…

—¡Por el amor de Dios, Frida! —Gabriel tiembla de furia—. No necesito que le mientas a la policía. No lo hagas. Y aún menos por mí.

Alarga la mano para coger algo. No sé qué. Sus dedos rozan su cepillo de dientes, eléctrico, como el mío. A pesar del caos de los últimos nueve años, hay algo que no ha cambiado: los dos somos obsesivos de la higiene dental. No fuimos al dentista hasta los veintiún años. Para entonces ya teníamos la boca hecha un desastre

y costó meses repararla (y cientos de dólares que no teníamos). Así que ahora no nos la jugamos.

Pero Gabriel se olvidó el cargador al hacer la maleta. Hemos estado compartiendo el mío. Se cae al suelo junto con el cepillo: una avalancha de plástico.

—¡Mierda!

Gabriel se arrodilla para recoger las piezas. Intento ayudarlo, pero me frena con un brazo extendido.

—Ya lo hago yo.

—No me cuesta nada.

—He dicho que ya lo hago yo.

—Gabriel, solo es un…

Aun así, lo hace él. Recoge todas las piezas. Intenta encajarlas. Se resisten a sus manos torpes, se le escapan y vuelven a caer al suelo.

—¡A la mierda!

Antes de que pueda acercarme, Gabriel coge la base del cargador y la arroja contra la pared que tengo detrás.

No me muevo.

Nunca lo había visto perdiendo los estribos. No conmigo. Incluso de niños, sabíamos discutir sin pelearnos.

Bueno. Está claro que las cosas han cambiado.

O quizá nunca fueron como yo creía.

—Voy a tomar el aire —dice entre dientes—. No me sigas.

«Ni se me ocurriría».

No, en serio.

Dejo que se vaya.

Por primera vez en veintitrés años, lo suelto de verdad.

24

ESCALANTE, UTAH

EL SEXTO DÍA

Cierro el grifo del baño y voy a sentarme en mi cama.

El lado de la suite que ocupaba Gabriel vibra con su ausencia.

Ahora mismo resulta muy fácil creer que esto es el final. Que no va a volver nunca. Que nunca lo arreglaremos.

Es muy fácil creer que a partir de ahora las cosas irán a peor. Que este es el tipo de vivencias que siempre me reserva la vida. Que estoy hecha para la soledad, para la pérdida.

Hay cosas que recuerdo en mis peores momentos. Cada vez que tengo un mal día o que me siento avergonzada o humillada, mi mente proyecta una película.

Una película hecha de recuerdos. De esos que me gusta pensar que metí en un baúl mental, lo cerré bien y luego arrojé la llave metafórica.

Esa imagen me parece sana. Un mecanismo de defensa.

Pero…

Mis recuerdos no están bien ordenados. Mi mente no es un baúl.

Es algo más peligroso. Con recovecos y pasadizos ocultos; mi mente es una colmena.

Una colmena como cualquier otra: acércate si quieres, pero bajo tu propia responsabilidad. Mete la mano dentro y sentirás el escozor de mil aguijones.

25

EL ÚNICO PUEBLO QUE CONOCÍAMOS, VALLE DEL HUDSON

QUINCE AÑOS ATRÁS

Hasta al cabo de unos años no comprendí que la historia siempre terminaba así.

Al menos para la gente que, como yo, había crecido en un mundo como ese. Un mundo que giraba alrededor de un hombre, un universo moldeado por su presencia, sus ideas, sus deseos.

He aquí otro detalle que tampoco entendí al principio: por qué Émile esperaba a que cumpliéramos dieciocho años.

Había tantas cosas que no sabía entonces...

Estábamos en diciembre. Había terminado la escuela el verano anterior. Mis días pertenecían a Émile, entonces más que nunca. Por la mañana, trabajábamos juntos y, por las tardes, yo daba clase. Preparaba la comida. Una vez al mes, organizábamos sesiones introductorias para personas interesadas en unirse a la comunidad. Los niños no estaban nunca presentes en esas actividades: Émile siempre los mantenía apartados de los desconocidos. (Tal como comprendí más tarde, no quería que hablaran demasiado). Como ya casi era adulta, conocí el ritual: recibíamos a los visitantes en la capilla y les servíamos café y galletas caseras en la cafetería.

Las otras chicas —yo aún pensaba en nosotras como «chicas»— se encargaban de cuidar de los niños, pero yo estaba exenta de aquella tarea. No hacía falta que le dijera a Émile que no quería hacerla; él lo intuía. Además, yo era la elegida. No hacía lo que no quería hacer.

Todavía me avergüenza haber dado sus clases. Haber difundido su palabra. Haber dejado a las demás las tareas que menos me gustaban.

No es esa la persona que intento ser.

He aquí lo que pasó: cumplí dieciocho y, durante unas horas, no cambió nada. Me reuní con Émile en su despacho. Corregí una entrada para su blog —que para entonces ya estaba en funcionamiento—. Almorcé. Di clase. Asamos chirivías para cenar. Me fui a acostar.

Alguien me sacudió del hombro para despertarme.

Edwina.

—Sígueme —me dijo.

Igual que diez años atrás.

Me condujo al edificio de Émile.

Conocía su reino; tenía todas sus llaves metafóricas. En su despacho, sabía qué ventana se abría sin esfuerzo y cuál se atascaba siempre. Podía recitar los títulos de sus libros exactamente en el orden con que estaban colocados en las estanterías.

Una vez dentro del edificio, me dirigí hacia su despacho.

Tal vez debía pasar la prueba. Tal vez todos debíamos repetirla al cumplir los dieciocho. Una segunda oportunidad.

Al cabo de unos cuantos pasos me di cuenta de que Edwina ya no estaba delante de mí.

—¿Adónde vas? —me susurró.

Se había quedado plantada a los pies de la escalera que conducía a las dependencias privadas de Émile.

—Vuelve aquí —me dijo.

La seguí escaleras arriba hasta un pasillo estrecho. Nunca había estado allí. Se detuvo frente a una puerta.

Edwina no llamó. La abrió, y allí estaba.

Allí estaba él.

Por un lado, hay lo que sé y, por el otro, lo que recuerdo.

Lo que recuerdo: curiosamente, la cama estaba en el centro de la habitación. Hasta entonces nunca había visto un dormitorio individual, solo dormitorios colectivos, pero, aun así, había algo en aquella distribución que no me parecía adecuado.

La luz estaba apagada.

Émile no habló demasiado. Describió lo que iba a suceder como una especie de sacramento, aunque no usó exactamente esa palabra.

¿Qué dijo?

Si cierro los ojos, si libero todos mis sentidos, todavía puedo oírlo.

Su explicación, el leve temblor de su voz, casi como si estuviera conteniendo la emoción.

«Una culminación». Así lo llamó.

El resultado de años de devoción.

Las sábanas eran ásperas. Su tacto me hizo pensar en las madres, inclinadas sobre las cubas de agua enjabonada de la lavandería, arañando las tablas de lavar, con las mejillas encendidas por el vapor.

Sus manos eran… Bueno, no recuerdo sus manos. Recuerdo el roce de su piel contra la tela. Recuerdo la fuerza que me empujaba hacia delante, despacio pero con empeño.

Recuerdo que no entendía nada y, sin embargo, lo sabía todo.

Émile era una masa que me aplastaba, un peso que me clavaba al colchón. Era un caos de movimientos, de gruñidos, de dedos.

Al principio, su respiración era lenta, y entonces algo me dolió y todo se aceleró.

Cuando intenté escapar, la palabra «retuércete» apareció en mi cabeza. La deletreé mentalmente, r-e-t-u-é-r-c-e-t-e, como si eso pudiera salvarme. Como si concentrándome en esa curiosa palabra y en cómo se escribía, fuera a encontrar el camino de vuelta hacia mí misma.

«Retuércete —pensé— como un gusano».

Tenía frío cuando salté de la cama.

No recuerdo qué dijo Émile, si es que dijo algo. Quizá intentó retenerme; quizá sabía que no hacía falta. Lo tenía todo previsto.

Edwina se interpuso en mi camino. Debió de haber estado en un rincón de la habitación todo ese tiempo. No me había dado cuenta. No la vi hasta que su cuerpo se convirtió en la barrera que me impedía llegar a la única salida.

Me devolvió al lugar de donde venía. Eso no lo he olvidado. Cuando todo empezó de nuevo, ella estaba allí. En primera fila.

Lo volví a intentar, traté de retorcerme otra vez, pero sus manos no titubearon: se aferraron a mis tobillos.

Lo que sí recuerdo —lo que jamás olvidaré— es que me mantuvo allí hasta que todo terminó.

Y esto es lo que sé: que aquella noche dejé atrás una parte de mí. Que una versión de mí misma se quedó atrapada en aquel momento. Que, en cierto modo, nunca me he recuperado, nunca me he liberado de la sujeción de Edwina.

Terminó. Técnicamente, terminó.

Me asaltan imágenes furtivas: la silueta blanca de la espalda de Émile sentado al borde de la cama; la puerta cerrándose detrás de mí. Creo que no me miró a los ojos ni una sola vez. Cuando salí, el suelo estaba helado; me había olvidado los zapatos en el segundo piso. No volví a por ellos. Regresé a mi dormitorio en calcetines.

Cuando me metí en mi propia cama, no me sentía los pies.

No sentía nada.

Lo peor de todo: la vida seguía como si tal cosa.

Seguía justo al otro lado de mi ventana. Los búhos ululaban. Los arbustos se agitaban con los pasos furtivos de ciervos y mapaches.

Amaneció.

Me presenté a trabajar como siempre. A la luz del día, Émile volvía a ser el de siempre. Me saludó, me apartó la silla, me entregó la tarea del día.

Corregí sus putos panfletos. Organicé sus putos libros.

Su cuerpo se movía a mi alrededor, y sus movimientos resultaban tan familiares como una vieja canción.

Aquel día, sin embargo, mis gestos eran imprecisos, torpes. Los objetos se me escurrían de las manos. Me dolía todo el cuerpo. Los hombros. Las piernas. Multitud de pequeños dolores, mil alarmas que sonaban a la vez en mi interior.

En la cena, busqué a Simon.

Me resultaba extraño acudir a él en lugar de a Gabriel. Pero necesitaba saber.

—Tengo que preguntarte una cosa —dije.

Simon alzó la vista de su sopa.

—¿Qué pasa?

—Aquí no.

Quizá lo entendió todo.

—Debajo del olmo —dijo—. En cuanto puedas.

Asentí.

Aquella noche, me deslicé fuera de la cama. Mis pies me llevaron hasta el viejo olmo espinoso como si funcionaran en piloto automático. Hacía demasiado frío para que nadie estuviera fuera. Simon y yo teníamos el árbol solo para nosotros dos.

—Eso… —dije—. Eso que querías contarnos sobre Émile.

Simon frunció los labios.

—¿Qué era? —pregunté.

Suspiró y miró al infinito.

—¿De verdad quieres saberlo?

«En realidad, creo que ya lo sé», quise decir, pero las palabras no salieron.

Simon inspiró profundamente.

—Émile —dijo—. Émile… se acuesta con las chicas.

«Sí».

De algún modo, no me sorprendió que Émile ya hubiera hecho con otras lo que me había hecho a mí. Tenía un proceso. Un sistema. Él y Edwina se movían con tanta seguridad…

—¿Desde cuándo? —pregunté.

Simon se encogió de hombros.

—Desde siempre.

«Por supuesto».

Lo que había pasado en las dependencias de Émile no era una anomalía, algo que sucedía en paralelo a un mundo por lo demás saludable. Era el objetivo. Era la razón por la que había creado todo aquel mundo.

Pensé en ellas. En las otras chicas. Estaban en una cadena de montaje, como los pollitos sacrificados del vídeo de la prueba.

Émile nos enseñó que nosotras éramos la amenaza, una amenaza de la que había que proteger el mundo. Pero durante todo ese tiempo, lo pollitos habíamos sido nosotras. Seres frágiles, criados y preparados con un propósito. Hasta que unas manos nos arrancaban de nuestro pequeño mundo ciego y nos entregaban a nuestro destino.

Tenía más preguntas, y Simon tenía las respuestas.

¿Quién lo sabía? Todo el mundo. Todos los adultos. Todas las madres. Nadie hacía nada. Pero eso era horrible, ¿no? Lo era, sí. De ahí que Émile esperara a que las chicas cumplieran los dieciocho; aparentemente, eso lo hacía menos horrible, al menos por lo que Simon podía entender. ¿Con qué frecuencia ocurría? Eso no estaba claro, aunque Émile iba alternando las chicas disponibles. Una vez empezaba, sucedía con cierta regularidad.

Había una pregunta que no sabía cómo formular:

¿Significaba eso que Émile era… un padre? ¿El padre de todos? ¿El padre de algunos?

Simon sacudió la cabeza. Los padres eran los padres. Émile era otra cosa.

(Al cabo de varios años y muchas vicisitudes, una revista publicó un reportaje muy detallado sobre Émile en el que se mencionaba que se había hecho la vasectomía. Casualmente fue también aquel artículo el que me desveló que la prueba era una farsa).

—¿Cómo sabes todo esto? —le pregunté.

Simon se encogió de hombros. Me imaginé lo que quería decir: «Algunas de las chicas han hablado. Obvio. Pero no puedo decirte cuáles».

Pensé en Edwina, entrando a hurtadillas en el dormitorio femenino, sacando de la cama a un chica tras otra. Algunas veces a un grupo entero, otras a una sola. Tal vez sí se trataba de una salida de amigas cuando se marchaba con varias. Sin embargo, cuando se iba con solo una…, esas noches tenía una misión. Se dirigía a la casa de Émile. Cumpliendo órdenes.

Simon y yo volvimos a nuestros dormitorios. El mundo se había sacudido bajo mis pies. Me senté en la cama, con las rodillas al pecho y los brazos alrededor de las piernas.

Yo no conocía a ese Émile. Al hombre que se acostaba con las chicas. Un hombre con un sistema: esperaba a que fuéramos mayores de edad para estar a salvo. Un hombre que se aprovechaba de las chicas, que nos marcaba como con un hierro candente. El deseo como una cadena de producción, una tarea que cumplir.

Yo había creído en él.

El hombre poderoso, pero dulce; la confianza implícita de su despacho siempre abierto.

Era mentira. Aquella versión de Émile en la que había confiado toda mi vida era una mentira. El Émile puro. El Émile hermoso. El

mejor de los hombres aceptando un billete con pintalabios, un ángel descarriado que había caído en la tentación, solo una vez.

Ese hombre no existía.

Todo lo que era, todo lo que siempre había sido, era un cuento que yo misma me había contado.

A la mañana siguiente, al amanecer, volví a su despacho.

Mientras siguiera viviendo en su mundo, no tenía opción. Sus normas. Sus deseos.

A eso de las siete, hizo algo.

Ah, sí.

Eso lo recuerdo.

Su puta mano en mi puto hombro.

Tranquila. Incuestionable. Propietaria.

Repugnante.

—Oh —dijo—. Casi lo olvido.

Me agarró la muñeca. Con unas tijeras largas, cortó mi pulsera blanca. Cayó al suelo, sucia y desgastada.

—Toma.

Se metió la mano en el bolsillo y me entregó una nueva pulsera. Aquella era azul, más ancha que la anterior. No significaba nada especial. Todos recibíamos una al cumplir los dieciocho. Gabriel tenía la suya desde hacía seis meses.

—Estate quieta —dijo Émile, y me la ató a la muñeca con un triple nudo.

Más adelante —mucho, muchísimo más adelante—, mientras nadaba en el Atlántico, sentí el roce viscoso de las algas en los

tobillos y recordé aquel instante: el despacho de Émile y su puta pulsera ciñéndose a mi piel.

Émile me levantó el brazo, admirando su obra.

Se suponía que aquella pulsera debía inspirarnos un sentimiento de grandeza. Era un privilegio. Un logro.

Me soltó la muñeca y me miró. Tenía una expresión exaltada, expectante. Esperaba que dijese algo.

—Gracias —farfullé.

Y entonces lo supe.

Aquella noche, Gabriel y yo teníamos turno de limpieza en la cafetería. Al salir, le susurré:

—¿Puedes quedar después?

—Claro —dijo.

Gabriel se sentó a mi lado, debajo de un roble desnudo de hojas. Nuestros hombros se tocaban. Hacía un frío que pelaba. Llevaba mi jersey raído y mi abrigo fino sobre el camisón, pantalones debajo, y una manta envolviéndome los hombros. Pero al viento nocturno no le importaba: llegaba a mi piel como si estuviera desnuda.

Gabriel y yo nos acurrucamos. Nuestros alientos dibujaban formas en la oscuridad. Sentía el calor de su respiración, el leve movimiento de su caja torácica.

Le conté lo que había pasado. No sabía cuáles eran las palabras correctas, ni siquiera sabía si las había. Lo describí lo mejor que pude y, cuando terminé, Gabriel me miró con una mueca de dolor.

—No puedo quedarme —dije.

Al decirlo en voz alta pareció claramente deliberado. Como si tuviera elección.

Gabriel se apartó. El frío mordió el costado de mi cuerpo contra el que había estado apoyado.

—No —dijo—. No puedes.

Dijo más cosas: «Lo siento mucho» y «¿Estás bien?» y «Edwina».

Yo aparté su indignación con un gesto. No había tiempo.

—No puedo irme sola —dije.

Quedé suspendida en el silencio que siguió aquellas palabras. Me convertí en gotitas de condensación. En una brisa fina que apenas se percibe.

Gabriel tragó saliva. Se pasó una mano por el pelo. Levantó la mirada hacia el cielo.

—No puedes —repitió.

Entonces me miró a los ojos. Habíamos regresado al Lugar Secreto, los dos inmersos en una oscuridad indescifrable.

—No quieres irte —dije.

Negó con la cabeza.

—Es complicado.

Un abismo se abrió dentro de mí.

Iba a perderle también a él.

Después de todo ese tiempo. Después de todo ese amor.

—En realidad, no —dijo Gabriel, levantando un poco más la voz, quizá demasiado—. Olvida lo que acabo de decir. No es nada complicado.

El alivio.

Y la certeza: lo que había hecho Émile también era inaceptable para Gabriel.

—Pero no podemos limitarnos a irnos —añadió—. Sería demasiado fácil para él. Si nos vamos así, sin más. Él se queda con todo. Puede seguir haciéndolo. Puede seguir con… todo.

«Oh».

—¿Quieres decir que deberíamos hacer algo? —pregunté.

Él asintió.

—Pero ¿qué?

—Todavía no lo sé —respondió.

En el «afuera del todo» siempre era Gabriel el que me seguía a mí, siempre era yo la que lo impulsaba a lo desconocido. De pronto nuestra dinámica había cambiado: ahora yo preguntaba y Gabriel fijaba el rumbo.

Y no me gustaba. Era otra cosa que me habían robado.

—Lo pensaré —dije—. Quiero decir, lo pensaremos.

No tardamos mucho.

26

ESCALANTE, UTAH

EL SEXTO DÍA

No pienso rendirme.

Gabriel se ha ido.

¿A hacer qué?

No es asunto mío. Al menos ahora.

Gabriel está en apuros. Le ha mentido a la policía y no quiere decirme por qué. O sea, ha metido la pata en algo y ahora no me deja ayudarle.

«¿No te das cuenta de lo frágil que es tu vida?».

«No puedo arreglarla si no me dices lo que ocurre».

Así que voy a averiguarlo.

Tengo la suite a mi disposición, por ahora.

Debo moverme deprisa.

«Gabriel, ¿en quién te has convertido durante los años que has estado lejos de mí?».

Abro el armario en el que hemos colgado la ropa que llevábamos en las maletas, dos veces ya: mis prendas están a la derecha, las suyas a la izquierda. Mis montones, ordenados; los suyos, siempre derrumbándose. Gabriel es de esos que dejan un rastro de caos por donde pasan: una toalla húmeda en nuestro impecable suelo beis,

una camiseta vieja colgada en el borde de la bañera donde debería haber una alfombrilla mullida, papeles arrugados desperdigados por la mesita de noche de madera de sándalo. En estos seis días, Gabriel se ha recorrido el hotel como un pequeño tornado que yo he tratado de contener cuanto he podido. He recogido la toalla, he doblado la camiseta, he tirado los papeles.

Pero ni siquiera yo puedo arreglarlo todo, y el servicio de limpieza no ha venido a echarme una mano como los demás días. Los pantalones cortos que se puso ayer están tirados junto a su cama. Una novela sobre el emperador Adriano yace boca abajo en el escritorio. Mi lado, en cambio, parece ordenado hasta la obsesión: los dos bolígrafos perfectamente paralelos en mi mesita, las alpargatas y las zapatillas bien alineadas contra la pared.

Vuelvo al armario. Rebusco entre la ropa de Gabriel: sus camisetas sencillas, sus pantalones de Old Navy. Un vestuario modesto, ropa de alguien que no quiere ser reconocido, ni siquiera visto. Junto a su cama, una sola chancla. En el cajón de su mesita: tapones para los oídos, colirio, una lata metálica de crema hidratante multiusos. En el fondo del cajón, un bolígrafo y…

«Eh».

Una libreta. Pequeña, con la tapa de tela azul.

¿Gabriel escribe un diario?

¿Desde cuándo?

No debería leerlo. Obviamente.

Y no lo haría… si no hubiera muerto una mujer. Si Gabriel no le hubiera mentido a un policía, y luego me hubiera mentido a mí sobre el hecho de haberle mentido al policía.

Abro la libreta.

Su nombre aparece en la primera página junto a la fecha de hace un año y…

Nada. El resto está en blanco.

Paso al final y hojeo hacia delante. Aquí, una entrada de hace un mes: «Me han escrito productores de documentales. Quieren hablar de todo. De A. Creo que necesitan».

Otro espacio en blanco.

Retrocedo un par de páginas: «Hoy he salido a caminar. Para despejarme la cabeza. No ha funcionado. Nada parece funcionar. Estoy… ¿qué? ¿Triste? ¿Furioso? Sí. A veces me pregunto si debiera intentar».

Más páginas en blanco y luego, en Navidad: «He ido al comedor. El pastel de carne de Samantha. Es amable. Tener que depender de la bondad de otros me hace sentir… no sé. Como avergonzado. Como si estuviera roto y ella solo sintiera lástima. Como si, si supiera la verdad, entonces no».

Hojeo el resto de la libreta. Todo son frases a medias, interrumpidas por pensamientos que ha sido incapaz de expresar en palabras.

¿Qué es lo que no te estás diciendo, Gabriel?

¿Y qué no me estás diciendo a mí?

Dejo la libreta en el cajón.

Nada en su armario, nada en su mesita, nada escondido en las mangas de sus camisas.

¿Dónde más puedo buscar?

¿Dónde está, Gabriel? ¿Ese detalle que me permita descifrar el misterio que es tu vida?

Podría ser cualquier cosa. Un objeto en el fondo de un bolsillo. Una palabra garabateada en un recibo. La vida está llena de esos detalles, esos pedacitos que se nos escapan.

Entro en el baño. Su neceser está junto a su lavabo, cerrado. Desodorante, pasta dentífrica con flúor, un peine. Condones: ¿una férrea apuesta por el sexo seguro o un acto de optimismo poco propio de él? No lo sé. En frascos naranjas: sus medicinas para la migraña, las preventivas y las que toma cuando empiezan los síntomas. Y un tercer frasco.

Aguzo el oído por si se oyen pasos o el clic de la puerta. Nada. Entorno los ojos y leo la etiqueta. Busco rápido en mi móvil.

Internet dice que sirven para la depresión estacional, para la depresión en adultos o para dejar de fumar.

Que yo sepa, Gabriel nunca ha fumado. Eso es más propio de mí. Y estamos en pleno verano. Solo queda la segunda opción. La más obvia.

No me sorprende demasiado. Después de abandonar el mundo de Émile, Gabriel pasó seis meses en los que prácticamente no salió de la cama. Bueno, en realidad no teníamos cama, así que estuvo seis meses sin apenas salir de su saco de dormir. No podía trabajar. Apenas hablaba. Entonces no supe qué nombre ponerle, pero si aquello no era depresión, ¿qué lo es?

Vuelvo a meter el frasco en el neceser y regreso a la habitación. Su portátil está en la mesita, cerrado. Podría intentar adivinar la contraseña, pero es demasiado listo. Cuando aún manteníamos el contacto con regularidad, me habló de aplicaciones que cifran contraseñas. Me insistió en que las actualizara cada pocos meses.

«Nunca se sabe —me escribió—. Es más fácil prevenir un incidente que arreglarlo después».

Así que me olvido del portátil.

¿Qué queda?

Nada.

He registrado su ropa, sus cosas, sus medicamentos. Y no he encontrado nada.

Quizá me equivoque. Quizá no esconda nada. Quizá mintió a Harris por razones inocentes.

Ordeno la suite. Es una costumbre. Gabriel tiene depresión y yo tengo esto: una necesidad incontrolable de orden, esa angustia que solo consigo calmar cuando las superficies están limpias y cada cosa se encuentra en su sitio. Recojo sus pantalones cortos, los doblo y los apilo en su lado del armario. Dejo su libro en la mesilla, con una hoja del hotel como punto.

No tendría por qué hacerme sentir bien, pero así es. El mundo bajo control.

¿Qué más puedo arreglar?

Esta mañana he devuelto mi maleta a su rincón. La empujo un poco para que quede paralela a la pared. A su lado está la mochila de viaje de Gabriel, un modelo con múltiples compartimentos y una correa para sujetarla a la cintura. Es ese tipo de bolsa que nunca tiene un aspecto ordenado, la coloques como la coloques. Intento doblarla por la mitad, apoyarla contra mi maleta, pero resbala al suelo una y otra vez.

«Mierda».

La agarro con ambas manos. Es muy ligera. Está hecha con un material fino y resistente, diseñada para facilitar los movimientos,

excepto por…

Lo noto a través del tejido de nailon: un objeto pequeño, ligero pero un poco afilado, duro, que Gabriel se ha olvidado de sacar cuando hemos vuelto a instalarnos esta mañana. Abro la mochila. Sea lo que sea, no lo encuentro: está perdido en un laberinto de bolsillos interiores, oculto tras un bosque de cremalleras. Tengo que empezar de cero, plantar una mano por fuera y, con la otra, buscar por dentro, hasta que mis dedos se encuentran con la tela de por medio. Entre ellos está el objeto. Lo saco y lo coloco bajo la lámpara para examinarlo mejor y…

Lo suelto. Como si quemara. O como si me hubiera pinchado los dedos.

Cae al suelo con un ruido seco.

Me agacho para examinarlo mejor. Aunque no lo necesito. Sé perfectamente lo que es. Lo reconocería incluso con un ojo cerrado, incluso con una pistola apuntándome a la cabeza.

Hay cosas que no se olvidan.

Como a Gabriel chocando contra Sabrina Brenner nuestro primer día en el hotel. Como el leve coqueteo que hubo entre ellos mientras se disculpaban. Como el prendedor en forma de mariposa que Sabrina acarició mientras hablaba con Gabriel. La punta de sus dedos recorrió el perfil de un ala del mismo modo que podría haber recorrido la línea de la mandíbula de Gabriel, o el dibujo caprichoso de una vena en el interior de su brazo.

El prendedor en forma de mariposa que llevaba tres días antes de morir. El mismo prendedor que, de algún modo, ha acabado en la mochila de Gabriel.

27

EL ÚNICO PUEBLO QUE CONOCÍAMOS, VALLE DEL HUDSON, Y EL «AFUERA DEL TODO»

QUINCE AÑOS ATRÁS

Émile quería una hoguera.

A aquel hombre le encantaban las hogueras. En primavera, en cuanto las temperaturas empezaban a subir, nos hacía levantar enormes fogatas. Nos sentábamos alrededor mientras él contaba historias —pontificaba— durante horas, hasta que los más pequeños se dormían en el regazo de sus madres y los mayores ya no podían reprimir los bostezos. Él hablaba; nosotros escuchábamos; le encantaba.

Aquel año, la quiso antes de lo habitual. ¡Qué más daba que fuese diciembre! ¿A quién le importaban las estaciones? Si Émile estaba listo para la primavera, entonces era primavera.

Un par de noches después de haber tenido la conversación con Gabriel, Émile nos reunió a todos alrededor del fuego. Estaba de buen humor, muy sonriente, sentado cerca de las llamas envuelto en un grueso anorak de plumas. Debíamos de ser unos ciento cincuenta en total. Gabriel y yo conseguimos sitio delante, pero había unas cinco filas. No quería pensar en el frío que debían de estar pasando los que se encontraban detrás.

Aquellos días, me costaba pensar en los demás. Las chicas mayores que yo no habían sabido advertirme. Y, por supuesto, yo estaba fallando del mismo modo a las más pequeñas. Todas esas chicas a las que no podía salvar.

Émile se frotó las manos junto al fuego y empezó a contar una historia.

—Érase una vez —dijo— una niña enferma. Su padre era un campesino. Envió a sus hijos a recoger agua de un manantial para el bautizo de su hermana.

Todos dábamos por sentado que la historia era suya, pero, años después, la reconocí al leerla en la biblioteca pública, en un grueso volumen de los cuentos de los hermanos Grimm. Se titulaba *Los siete cuervos*. Los hermanos pierden la jarra; su padre, furioso, los maldice y los convierte en cuervos. Años más tarde, la hermana, ya mayor y sana, parte en su busca. Pregunta y pregunta —al sol, a la luna y al lucero del alba— hasta que los encuentra. Finalmente, los devuelve a su forma humana.

—Es la niña quien salva a los chicos —concluyó Émile—. No al revés.

Al decir eso, nos miró a todas, a todas las chicas de entre quince y dieciocho años que nos acurrucábamos a un lado.

—Ella sabe que sus hermanos necesitan su ayuda —continuó—, y hace todo lo que puede para rescatarlos.

Estaba animado, moviendo los brazos, con el resplandor del fuego reflejado en sus ojos.

Desprendía poder. Encanto. Algo que trascendía el tiempo y el espacio, que te hacía pensar en la gran tradición de contar historias. En aquel momento, era un portavoz de las generaciones pasadas.

Alguien que veía el funcionamiento del mundo con más claridad que cualquiera de nosotros.

Casi consiguió hacerme olvidar. Bueno, no exactamente olvidar —eso era imposible—, pero sí estuve a punto de colocarlo en el lugar de mi mente que había ocupado antes.

Y entonces.

Fue como si las llamas lo supieran.

Émile gesticuló y, de pronto, prendió. Su brazo izquierdo estaba ardiendo.

El fuego trepó por su abrigo hacia el cuello y las llamas no tardaron en lamerle el rostro.

Émile gritaba. Tres de las madres que lo rodeaban reaccionaron de inmediato. Era un obseso de la seguridad e insistía en que debíamos ser capaces de salvarnos sin ayuda exterior.

Sabíamos que en esa situación uno debía pararse, tirarse al suelo y revolcarse. De hecho, creíamos que aquel procedimiento era invención suya, pero estaba tan asustado que necesitó que las madres lo ayudaran a detenerse y echarse al suelo. Sus manos lo guiaron para que dejara de moverse y se agachara. Lo de rodar por el suelo, sin embargo, tenía que hacerlo solo. Ya no podían tocarlo. Las llamas estaban por todas partes.

Émile se revolcó con torpeza.

Al cabo de unos segundos angustiosos, volvió a levantarse.

—Estoy bien —dijo, dándose palmaditas para asegurarse.

Tenía el abrigo chamuscado, pero las madres habían actuado rápido y el fuego no le había alcanzado el cuerpo. Émile había ardido y había salido ileso.

Me preparé para la furia. Para que culpara a quien hubiera preparado la hoguera —demasiado grande, demasiado cerca de la gente, demasiado imprudente.

Pero estaba de buen humor. Y avergonzado. Así que fingió tranquilidad. Se rio, como si hubiese sido una broma pesada. Como si el aire no estuviera impregnado del olor a tela quemada.

—De verdad —insistió, alejando su silla del fuego—, estoy bien.

Se pasó una mano por el pelo.

—Bueno, ¿qué estaba diciendo? ¿Antes de empezar a chamuscarme?

Y así, sin más, volvió a los cuentos de hadas y a las niñas que rescataban a niños. Nada podía hacerlo callar. Ni siquiera las llamas. Su verborrea desafiaba los elementos.

Gabriel me rozó el pie con el suyo. Buscó mi mirada. Asentí.

Por un instante, la habíamos visto.

La posibilidad de un mundo en el que Émile ardiera.

Gabriel y yo hablábamos sobre el fuego sentados debajo de nuestro árbol. Hablábamos del fuego mientras hacíamos nuestras tareas. Hablábamos de ello siempre que podíamos.

Hablábamos del fuego, y hablábamos de irnos.

No teníamos idea de lo que implicaba marcharse. La idea resultaba demasiado prohibida como para compartirla siquiera con Joan.

No obstante, había maneras de empezar a trazar un plan. Un día, Joan nos habló de un viaje que había hecho fuera del pueblo. Le preguntamos cómo había llegado allí.

—Cogí el tren —respondió, y luego se detuvo—. ¿Sabéis lo que es un tren?

—No somos tontos —dijo Gabriel.

—Claro que no. Claro. —Se apretó el puente de la nariz—. Nunca sé… Bueno. Sí, fui en tren. Hay una estación en el pueblo.

—¿Podríamos verla?

Nos miró fijamente.

Quizá lo sospechó.

Pero esa era una de las cualidades de Joan: nunca nos presionaba. Nos seguía el juego.

—Es que sería el primero que vemos —dije yo—. El primer tren.

Tal vez pensaba que apenas podía hacer nada por nosotros, salvo mostrarnos una estación de ferrocarril.

Así que nos llevó. De repente, sabíamos dónde estaban los trenes.

Desconocíamos adónde iban y cómo subirnos a uno. Eso lo averiguaríamos cuando llegara el momento.

Seguí fingiendo hasta el final que era su soldadito, el soldadito de Émile.

Llegó nuestra última mañana juntos: la única forma de sobrellevarlo era no pensar. Conseguir que mis planes de fuga vivieran en otra parte de mi mente.

Habían pasado dos semanas desde el incidente con Émile. (Así era como me refería a lo que había ocurrido: el incidente). Cada noche, esperaba que Edwina apareciera junto a mi cama.

No lo hizo. Cada mañana era un aplazamiento. Una condena suspendida.

Gabriel y yo limpiamos la cafetería por última vez.

—¿Nos vemos esta noche? —susurró al salir.

—Sí.

El plan era irnos en plena noche.

Primero se acostaban los niños más pequeños. Luego, los mayores. Finalmente, los adultos.

Con cada minuto que pasaba, mi inquietud aumentaba.

La maleta enseguida estuvo hecha. Gabriel y yo apenas teníamos nada que valiera la pena llevarnos. Todo lo necesario cabía en los bolsillos de nuestros abrigos livianos.

Yo: un billete de un dólar que había rescatado del agujero de mi colchón, y la pequeña F de madera que Gabriel había tallado para mí. Gabriel: un cronómetro robado, esta vez de verdad. No es que fuéramos a necesitarlo, pero aquellos cronómetros habían hecho posible nuestra conquista del mundo exterior. Tenía sentido llevarnos uno como amuleto.

Cuando llegué al roble, Gabriel ya estaba allí. Sereno. Decidido, como si ya se hubiera despedido.

Yo, en cambio, estaba desquiciada. Veía a Émile detrás de cada árbol, en cada sombra. Me temblaban las piernas. Tenía la mente nublada. El miedo me paralizaba.

—Vámonos —dijo Gabriel.

No se dirigió hacia el «afuera del todo», sino hacia el edificio principal. Hacia el despacho de Émile y sus habitaciones.

Gabriel se acercó a una de las ventanas de la planta baja y alzó el codo, preparado para romper el cristal. Eso no lo habíamos hablado.

—Espera —susurré.

Hice girar el pomo de la puerta principal.

—No cierra nunca con llave —murmuré.

Gabriel puso cara de desconcierto.

«¿En serio?».

«En serio».

Avanzamos de puntillas hasta el despacho de Émile. Gabriel sabía adónde iba. Había estado allí, como todos, el día de su propia prueba, cuando tenía ocho años. Era como si no me necesitara para nada.

—Vale —dijo, cerrando la puerta tras de sí. Miró alrededor—. Supongo que deberíamos…

Agarró un montón de papeles de encima del escritorio de Émile y empezó a arrugarlos, metiéndolos a los pies de la estantería, detrás del escritorio. Actuaba sin titubeos, con total determinación.

Recordé lo que debía hacer yo. Me saqué del bolsillo la cajita de cerillas que había robado del bar de Joan.

La cerilla se encendió con un chasquido.

—Espera —dijo Gabriel.

Agité la cerilla. La llama se apagó. Gabriel tenía la mirada fija en el escritorio de Émile.

«Claro».

Abrí la caja de madera, saqué todo el dinero —sin contarlo siquiera— y me lo guardé en el bolsillo del abrigo.

Gabriel metió la mano bajo el suyo y sacó un pequeño bidón.

Nosotros, la buena gente del mundo de Émile, quemábamos la basura. (Como si pudiéramos contar con la recogida municipal). Todos habíamos visto el humo y también olido el hedor. Pero había algo que Gabriel había aprendido trabajando allí: no bastaba con acercar una llama al montón. Tenías que empaparlo con algo

primero. Un líquido inflamable. Había varios tipos, pero la gasolina —como la que usábamos para los generadores que calentaban el despacho de Émile y cargaban su coche eléctrico— era el mejor.

—Hazlo tú —me dijo.

Me lo pensé y luego negué con la cabeza.

—No puedo.

—Claro que puedes.

Gabriel me envolvió la mano con sus dedos, con firmeza, asegurándose de que sujetara bien el bote.

—Tienes que ser tú —dijo.

No hacía falta que explicara por qué.

Gabriel lo había intuido antes que yo: la única justicia que recibiría en la vida sería la que propiciara yo misma.

Empecé a rociar la gasolina. Y entonces un pensamiento se adueñó de mí. Oscuro. Tóxico.

Émile dormía arriba. Eso lo sabía.

Pero quizá no estaba solo.

Quizá Edwina también se encontraba allí. En la habitación de Émile, haciéndole a otra chica lo que me había hecho a mí. De pie en una esquina. Sujetando los miembros de otra con las manos.

Abrí la boca.

No podía saberlo, claro. Aun así, era una posibilidad.

Los tenía a todos en mente: a Émile, a Edwina. Y a la otra chica. La que tenían sujeta.

Ella escaparía, quienquiera que fuera. Estaba segura de ello. Para nosotras, las chicas a las que nos había pasado aquello, cada día era un edificio en llamas. Aquella chica reconocería el fuego por lo que

era: una oportunidad para escapar de Émile, para acabar con aquel momento terrible.

Pero ¿Edwina?

Edwina era otra historia.

Querría protegerlo. Ese era su propósito. Intentaría sacarlo de allí, alejarlo de las llamas. Respiraría humo. Ardería, si hacía falta.

Oí todas las opciones en mi cabeza: «Para, espera. No podemos hacer esto». Sentí las manos de Edwina en mis tobillos. La destreza ensayada de sus gestos, su fuerza segura. Enseguida supe que ya lo había hecho antes, que volvería a hacerlo.

Vacié las últimas gotas de gasolina del bidón.

—Adelante —le dije a Gabriel.

Y así se prendió el fuego: yo vertí el líquido inflamable y él encendió la cerilla.

Gabriel no había mentido: la gasolina funcionaba. Funcionaba muy bien. Las llamas se alzaron, altas, feroces, hambrientas.

Durante unos diez segundos, me sentí bien. Tuve una sensación increíble. El despacho de Émile. Sus papeles. Sus pensamientos, en llamas.

El fuego se extendió hacia el escritorio, la silla, los libros. Comenzó a trepar por la pared, alcanzando el techo con avidez.

—Vámonos —dije, pero Gabriel ya estaba en la puerta.

Echamos a correr. No había tiempo para las dudas, ni para la tristeza.

Cuando casi habíamos alcanzado los límites del mundo de Émile, nos detuvimos para mirar atrás.

—Joder.

El fuego había cobrado vida. Indomable. No solo había alcanzado todo el despacho de Émile, sino también toda esa parte del edificio. Una gran columna de humo se elevaba en el aire. Las llamas seguían devorando la pared, hasta llegar al tejado.

Era una locura, en todos los sentidos de la palabra.

Me volví hacia Gabriel, esperando intercambiar una mirada. Creí que él también necesitaría ese entendimiento silencioso, compartir nuestras emociones.

Sin embargo, en nuestro rincón de la noche, Gabriel solo tenía ojos para el fuego. Contemplaba las llamas, absorto. Hipnotizado.

Le di un empujoncito.

—Vamos.

Parpadeó y echamos a correr.

Justo antes de la última curva, nos detuvimos de nuevo.

Todo el edificio estaba en llamas. Las paredes, el techo. A punto de derrumbarse.

Solté un grito ahogado. Gabriel se ajustó el abrigo contra el pecho.

Ya sabía que incendiar un edificio causaría un gran daño. Pero una cosa era imaginar el fuego en tu cabeza y otra muy distinta, verlo arder en la vida real. Era incontrolable. Violento.

Incluso desde la distancia, pude verlas: tres siluetas con camisones largos.

Corriendo hacia el peligro. Sacando algo del edificio.

A alguien.

La única persona a la que había que evacuar.

Émile no se movía. Una madre lo sujetaba por los hombros, y otras dos mujeres lo sostenían por las piernas. Lo alejaron de la estructura y lo depositaron en el suelo.

Esperé a que levantara la cabeza. Una mano. Un pie. Nada.

Desde lejos, Émile no parecía herido. No parecía traicionado. No parecía enfadado, ni triste, ni dolido.

Solo parecía muerto.

28

ESCALANTE, UTAH

EL SEXTO DÍA

Devuelvo el pasador del pelo a la mochila de Gabriel.

¿Lo he metido en el bolsillo correcto?

Quién sabe.

¡Qué más da!

No soy consciente de que me he dirigido al vestíbulo hasta que estoy allí. Mejor así: me olvido de preocuparme por Gabriel. Me olvido de preocuparme por William Brenner. Estoy tan aturdida que, durante unos minutos, incluso me olvido de preocuparme por los hombres.

—¿Podría pedirme un coche, por favor?

Catalina frunce el ceño desde detrás del mostrador, pero levanta el teléfono.

—Por supuesto —responde—. ¿Adónde quiere ir?

«A cualquier sitio menos aquí».

—Al pueblo más cercano.

Pulsa un botón y le dice a la persona que está al otro lado de la línea que una huésped ha pedido un transporte al centro de Escalante.

—Puede esperar en el vestíbulo de la entrada —me indica—. El conductor la recogerá allí.

El coche llega al cabo de un minuto. Está tan limpio que parece recién salido del concesionario y hay una botella de agua con el nombre del hotel en cada portavasos.

—Serán unos treinta minutos —me informa el conductor. Lleva una placa con su nombre: Leon.

—Perfecto.

Pasamos junto a una formación rocosa y un puñado de turistas que posan para hacerse fotos. Veo aparecer una gasolinera junto a la carretera.

Y luego, el pueblo.

No había visto uno en casi una semana.

Mis hombros se relajan. Es un reflejo, algo que nunca podré reprogramar: los pueblos, por pequeños que sean, son sinónimo de seguridad. De libertad.

Leon me deja en Main Street. Está flanqueada por una serie de edificios bajos: un supermercado, una tienda de segunda mano, un par de moteles y un comercio donde se vende desde material de oficina hasta souvenirs. La acera está tan caliente que me abrasa los pies a través de la suela de las sandalias.

—¿Necesitará que vuelva a recogerla? —pregunta Leon por la ventanilla.

«Buena pregunta».

—No… no lo sé aún.

Leon se me queda mirando unos segundos y me dice:

—Si lo necesita, llame al hotel y mandarán a alguien.

Asiento.

Me dedica un gesto con la mano y se marcha.

Caigo en la cuenta de que no llevo más que el móvil y unas gafas de sol.

Bueno. He sobrevivido a situaciones peores con menos.

Veo una cafetería diminuta pero cuidada. Tiene una fachada rosa en la que aparece pintado el logotipo del local (un lince al acecho). Dentro, muebles modernos y paredes decoradas con dibujos artísticos de huesos: muy Georgia O'Keeffe.

—¿Qué te pongo? —me pregunta la camarera de pelo azul, muy alegre.

—Café, por favor.

—¿Con hielo?

—Vale.

Pago con el móvil y me siento a una mesa del rincón. Solo yo, conmigo misma y mis tres posesiones: mi teléfono, mis gafas de sol, mi café.

Mis recuerdos.

De la noche en que murió Sabrina Brenner. De Gabriel, que no estaba en la suite cuando volví, que apagó la luz del techo en cuanto regresó. Nunca le han gustado las luces fuertes; es por las migrañas. Pero ¿sabéis quién más evita las luces fuertes?

La gente que tiene algo que ocultar.

Más imágenes.

De Gabriel, lavándose las manos enseguida. Diciéndome que todo iba a ir bien.

Él, que a la mañana siguiente no podía apartar la vista del cuerpo de Sabrina.

Él, que dijo: «Sabrina, nosotros dos…» y nunca terminó la frase.

«¿Sabrina, nosotros dos nos peleamos?».

«¿Sabrina, nosotros dos hicimos algo terrible?».

Tomo un sorbo de café.

Está bueno.

A quién coño le importa, ¿no?

Pero lo está.

No voy a volver al hotel.

Harris ha dejado muy claro que no vería con buenos ojos que alguien abandonara el Ara. Claro. Pero no voy a volver a la suite. A ver, ¿qué se supone que tengo que hacer?

¿Enfrentarme a Gabriel por el prendedor de pelo?

¿Hacer como si nada hubiera pasado? ¿Acostarme en la cama de al lado dentro de unas pocas horas?

Por primera vez en mi vida, no puedo imaginar compartir un espacio con él.

Es una sensación extraña, ajena a mí. Hubo un tiempo en el que solo nos teníamos el uno al otro.

Y, de algún modo, eso nos bastaba. Nos asegurábamos de que nos bastase.

Como en su boda. Annie era hija única, pero cada uno de sus padres tenía varios hermanos, y cada uno de esos hermanos, varios hijos, así que del lado de Annie vinieron un montón de tíos, tías y primos. Del lado de Gabriel, en cambio, solo estaba yo.

El período de compromiso fue breve. En tres meses organizaron toda la boda, gracias a los padres de Annie y, sobre todo, a su dinero.

La herencia de Annie estaba detrás de cada detalle: su vestido hecho a medida, el traje impecable de Gabriel, la recepción en una

antigua fábrica de ladrillos al norte del estado de Nueva York, junto al Hudson. Era impensable reservar ese lugar con menos de un año de antelación, pero la madre de Annie movió algunos hilos —posiblemente sobornó a algún organizador de bodas—, así que allí estábamos todos, una tarde preciosa y bochornosa de julio, contemplando a Annie mientras avanzaba por el pasillo.

¿No estaba Gabriel un poco callado para ser el novio feliz? Aparté esa idea de mi cabeza. ¿Qué sabía yo? Era la primera boda a la que asistía. Debía de sentirse abrumado. No podía culparlo. Tenía que mantener la compostura entre la familia bulliciosa de Annie, sus primos escandalosos, y su padre con su discurso interminable y cursi.

Cuando la cena ya estaba acabando y Annie posaba con sus damas de honor para la sesión de fotos, encontré a Gabriel mirando al Hudson, apartado de la fiesta. Le di un toquecito en el hombro y le tomé las dos manos. Él me estrechó las mías.

—¿Cómo te sientes? —pregunté.

Gabriel miró a lo lejos, hacia su mujer. Su vestido palabra de honor, sus hombros desnudos, su maquillaje profesional, el recogido bajo en la nuca.

—Muy bien —dijo.

Me pareció que era verdad. Después de dejar el mundo de Émile, casarse era el mayor acto de fe que había hecho. A la luz dorada del atardecer del Hudson, con una ligera brisa agitándole el pelo, parecía —quizá por primera vez en su vida— seguro de sí mismo.

—Me alegro por ti —repuse.

Estoy agotada. El café está bueno, pero no ayuda.

Me lo llevo y echo a andar por Main Street.

Uno de los dos moteles me llama la atención.

Una mujer de mediana edad muy amable, con una camiseta morada y el cabello teñido de rubio pero con las raíces visibles, me informa de que el Staircase Inn dispone de habitaciones libres.

—Puede que le parezca raro —digo—, pero ¿es posible pagar con el móvil?

La mujer niega con la cabeza insinuando una sonrisa.

—Pero aceptamos efectivo —dice, y me indica cómo llegar al cajero más cercano.

Resulta que en Escalante, Utah, hay un cajero que admite tecnología sin contacto. Saco trescientos dólares y vuelvo al motel. Mi nueva amiga se queda con dos de los tres billetes y me entrega una llave.

—Segundo piso.

Mientras subo las escaleras, me dice:

—Me llamo Ronda. Sin hache después de la erre. Por si necesitas algo.

—Gracias, Ronda.

No sé qué habría hecho si aquel cajero no hubiese funcionado.

En realidad, sí lo sé, y eso es lo que me aterra: habría suplicado, le habría pedido el dinero prestado a alguien, o posiblemente lo habría robado. Le habría rogado a algún desconocido que me hiciera un hueco en su sofá. Habría dormido en el desierto, al raso.

Cualquier cosa excepto volver al Ara. Cualquier cosa excepto Gabriel.

El Staircase Inn no es lujoso, pero está limpio. Tiene botellitas de gel en el baño y una cesta de bienvenida en la mesilla, con agua embotellada y dos barritas de cereales.

Me las como las dos y las hago bajar con un poco de agua. Luego me quito la ropa, me ducho y me tumbo. Estoy desnuda en una cama de hotel; las sábanas están húmedas; mi pelo gotea sobre la almohada. No me importa.

No hay tensión, estoy relajada. Ni tengo sueños interrumpidos. Ni pesadillas. En el Staircase Inn, lejos de Gabriel, duermo como si fuera la primera vez en mi vida.

29

EL ÚNICO PUEBLO QUE CONOCÍAMOS, VALLE DEL HUDSON. Y ENTONCES, EL MUNDO

QUINCE AÑOS ATRÁS

Esperamos hasta que alguien apareció tras el mostrador y pedimos dos billetes para el próximo tren.

—¿El de las cuatro treinta y seis a Nueva York? —dijo el hombre. Era calvo, con las mejillas rojas y los ojos de un azul frío, helado.

—Perfecto —respondió Gabriel.

Le di el dinero de Émile. De todo el montón de billetes, el hombre retiró solo uno y me entregó dos billetes de tren y un puñado de cambio.

—Andén uno.

Bajamos como sonámbulos por un tramo de escaleras.

En el andén soplaba el viento. Ráfagas frías me mordían las mejillas. Me hizo sentir bien, como si lo mereciera. Las manos se me entumecieron y la sensación me resultó agradable.

Cerré los ojos. Las llamas danzaban detrás de mis párpados.

Pensé en tumbarme en la hierba cercana y rendirme. Esperar a que el sueño me encontrase y no me soltara jamás.

La bilis ascendió por mi garganta. Corrí hacia una papelera, pero no la alcancé por pocos segundos.

Gabriel se quedó a mi lado, dándome palmaditas en la espalda. Cuando mi estómago dejó de convulsionar, abrí la boca, traté de encontrar las palabras.

«¿Qué hemos hecho?».

«¿En qué coño estábamos pensando?».

Me parecía imposible que hubiéramos borrado a Émile de este mundo. Que hubiera dejado de existir, sin más.

El suelo tembló bajo nuestros pies y hubo un estruendo, como una erupción volcánica.

Nuestro primer tren. Era enorme, muy rápido, y olía a motor y a orín.

Subimos al último vagón. Eran las cuatro y treinta y seis de la madrugada, y Gabriel y yo estábamos prácticamente solos.

De repente, el suelo se movió bajo nuestros pies. Una sacudida nos arrojó hacia delante.

El tren se puso en marcha.

Nos íbamos. De verdad.

En otra situación, ese habría sido el momento de nuestra gran liberación. El instante en que habríamos mirado por la ventana, asustados, pero exultantes: «¡Lo hemos conseguido!».

Pero acabábamos de matar a un hombre. Nos agarramos a la barra que teníamos sobre nuestras cabezas y caímos en los asientos más cercanos.

—¡Billetes, por favor!

Le tendí los nuestros a un joven con un sombrero curioso bajo el que asomaban unos rizos negros. Los perforó con una pequeña herramienta. He aquí lo que había aprendido del mundo hasta entonces: que estaba lleno de hombres y de herramientas.

Gabriel apoyó la cabeza en mi hombro. Su pelo me hacía cosquillas en la mejilla. Un sueño frágil nos encontró.

Me despertaba en cada parada. Por un segundo, mi mente no tenía registro del pasado reciente y me obligaba a reconstruir de nuevo nuestras circunstancias: el fuego, la huida, el tren.

Cada vez que se abrían las puertas, esperaba que alguien viniera a por nosotros. No la policía. No sabía lo suficiente sobre la policía como para temerla. Me imaginaba a las madres, a todo un ejército de madres invadiendo el tren, dispuestas a aplicarnos nuestro castigo.

No sabía nada de leyes, ni de la cárcel, ni de la pena de muerte. Aun así, cuando matas a alguien te asalta un presentimiento visceral. No necesitas que nadie te amenace con las posibles consecuencias para sentirte mal.

—Mira —dijo Gabriel, señalando por la ventana.

Fuera estaba completamente oscuro. Meses después, comprendí que habíamos entrado en un túnel. Una voz incorpórea anunció: «Nueva York, Grand Central». Nos bajamos del tren. La multitud amenazaba con arrastrarnos, como si no fuéramos más que un par de migas en el agua sucia de un fregadero. Un techo alto como el cielo se desplegaba por encima de nuestras cabezas.

Gabriel me agarró de la mano.

—Vayamos por aquí.

Siguió a la multitud. ¿De dónde sacaba aquella capacidad para orientarse, para hacer lo que había que hacer? ¿Por qué no estaba conmocionado? ¿Por qué no parecía alterado?

Fuera del tren el mundo era un entramado de túneles. Escuchamos más ruidos de trenes; vimos algunos mapas, pero no

estábamos preparados para descifrar todo un sistema nuevo. Caminamos hasta que nos azotó una ráfaga de aire. En este mundo subterráneo, viento significaba escaleras, y escaleras significaban una salida al exterior.

Evitamos las mecánicas y subimos por la escalera más cercana. Luego enfilamos otro tramo más de escalones, y allí estaba.

Nueva York.

Aún era de noche. La ciudad se alzaba a nuestro alrededor en un torbellino de luces y sonidos artificiales. Sirenas, gritos, el traqueteo de los carritos que vendían perritos calientes preparándose para el día. Antes de que tuviéramos tiempo de entender cualquiera de aquellos conceptos (¿sirenas para qué?, ¿perritos calientes para quién?), la ciudad ya nos obligaba a mirar otra cosa: alguien cuyo paso por la acera bloqueábamos, un hombre trajeado que soltaba tacos mientras derramaba el café sobre sus zapatos relucientes, vapor que salía del suelo sin ninguna razón.

En un instante vimos más gente, más mundo, que el que habíamos visto en dieciocho años.

Y había mucho barullo. Después de unos segundos, ya no eran sonidos. Solo ruido.

El hombre del traje chocó contra mí. Trastabillé hacia atrás, pero Gabriel me sujetó. No hubo tiempo para asustarme ni enfadarme, ni siquiera para sentirme ofendida. Noté el tacto frío del traje reluciente de aquel hombre, la mancha de café reciente en su manga, el intenso olor de su colonia. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Por un segundo, en mi cabeza ya no había espacio suficiente para Émile ni para las llamas. Aquella ciudad, con todo su caos, me prometía

algo: un día, ya no pensaría en el fuego. Un día, me libraría de mis fantasmas.

Gabriel me agarró de la mano y, juntos, empezamos a caminar.

Rebusqué en el interior del bolsillo de mi abrigo y lo encontré exactamente donde esperaba.

Lo envolví con los dedos. Me había acompañado hasta este nuevo mundo.

Un billete de un dólar, con el perfil de unos labios emborronados.

30

ESCALANTE, UTAH

EL SÉPTIMO DÍA

Un lejano golpeteo se abre paso entre mis sueños hasta despertarme.

Por un instante, me siento de maravilla, como si me hubieran masajeado el cerebro. Luego lo recuerdo todo: el Ara, Gabriel, el Staircase Inn.

E identifico el sonido: alguien está llamando a la puerta. Y con bastante impaciencia.

—¡Un segundo!

Mi ropa sigue hecha un ovillo en un rincón. Me pongo las bragas y el sostén, e intento desenredar el lío que forman mis pantalones cortos. Siguen llamando, ahora más deprisa y con más fuerza.

—¡Déjame entrar, por favor!

Ese «por favor» es pura formalidad: la voz —que creo reconocer como la de Ronda— parece enfadada y quizá asustada.

—¡Ya voy!

—Tengo una llave, cielo, y si me obligas a usarla, yo…

—¡Espera!

Renuncio a los pantalones cortos, me envuelvo en la sábana y entreabro la puerta.

Ronda me mira desde fuera. Lleva un periódico en una mano y un manojo de llaves en la otra.

—Tienes que irte, cielo.

—¿Qué?

—¿Me dejas pasar?

Retrocedo a regañadientes, y abro la puerta del todo mientras sujeto la sábana con una mano.

—Perdón —le digo a Ronda cuando ya está dentro—. No estoy vestida.

¿Por qué le informo de algo que es perfectamente evidente?

—Pues vístete —responde—. Y, por favor, vete.

—¿Qué es lo que pasa?

Ronda se lleva las manos a las caderas.

—Mira —me dice—, no quiero problemas. No voy a llamar a la policía. Solo te pido que te marches, ¿vale?

—¿Por qué…?

Me planta el periódico delante de la cara.

Ahí estoy, en primera página —¿en primera página, en serio?—, en una foto con Gabriel, juntos en el Ara. Estamos sentados en el comedor: yo, vuelta hacia la cámara, y Gabriel, mirando al frente. Nuestros rostros son perfectamente visibles. Y arriba, un titular que grita: EL HOMBRE CUYA MUJER MURIÓ EN «CIRCUNSTANCIAS SOSPECHOSAS» Y SU HERMANA, CONSIDERADAS PERSONAS DE INTERÉS EN UNA INVESTIGACIÓN DE ASESINATO EN UN HOTEL.

«Joder. Joder. Joder». Le arranco el periódico de las manos.

«Los investigadores han identificado a dos personas de interés en la muerte de Sabrina Brenner, acaecida en el lujoso hotel Ara, según ha revelado en exclusiva una fuente policial». Varias palabras me

llaman enseguida la atención: el nombre de Gabriel, «un hombre que fue posible sospechoso de la muerte de su mujer, un caso muy mediático que sucedió en 2014 en Nueva Jersey»; luego, mi propio nombre, y una mención a nuestra «infancia problemática» en «una secta tristemente famosa». También la parte legal, claro: Gabriel, dice el artículo, «nunca fue acusado de ningún delito y siempre ha defendido su inocencia». Habla, además, de los Brenner: se casaron hace dos años, «era el tercer matrimonio del novio». Y se describe a William como «un exitoso magnate de los medios de comunicación» que «fue detenido al comienzo de la investigación y puesto en libertad enseguida por falta de pruebas».

«La policía se ha disculpado por mi injusta detención y los investigadores están trabajando con diligencia para encontrar a quien atacara a mi mujer —afirma William—. Agradezco sus esfuerzos y confío en que no descansarán hasta que el culpable esté entre rejas».

Ronda repite que no quiere problemas y vuelve a pedirme que me marche. Encima del titular de la noticia, la primera página me informa de que estoy leyendo el *Escalante News*, el periódico local que «sirve con orgullo al condado de Garfield» desde 1982.

—Sé que he dicho que no llamaría a la policía —arguye Ronda, agitando el móvil—, pero si me obligas…

—Vale —repongo—. Me voy. Lo siento. De verdad.

Ronda baja el teléfono y también la voz. Ahora que ha ganado, parece lamentar haber ido tan lejos.

—No sé en qué lío estás metida, cariño, pero espero de verdad que se arregle.

—Yo también, Ronda.

—Deja la llave en recepción cuando estés lista. Te espero abajo dentro de… ¿diez minutos?

Asiento. Me lanza una mirada apenada antes de salir y cerrar la puerta.

Está clarísimo: William colabora con la policía. Debieron de decirle que nos señalarían como personas de interés para el caso. ¿Cómo sino habría tenido tiempo de ponerse en contacto con el periódico local, entregarles una foto y hacer unas declaraciones?

Recojo mi ropa sucia del suelo y me la pongo.

Que yo sepa, William no es dueño de ningún periódico en Utah, pero seguro que tiene contactos. Se guardó la foto, esperando el momento perfecto.

¡Qué contento debió de ponerse cuando la policía le brindó la oportunidad!

En recepción, le pido a Ronda que me preste un cargador.

—Necesito llamar a mi hotel para que vengan a recogerme.

—Usa nuestro teléfono —me dice, señalando el fijo que tiene en el mostrador.

—Necesito buscar el número.

Ronda me pide el nombre del hotel, busca algo en el ordenador y me dicta el número.

Cuando responde al otro lado, Catalina parece tensa. Veo venir que también me echará del Ara, pero me dice que Leon me recogerá dentro de media hora.

—Gracias.

Le devuelvo el teléfono a Ronda.

—Puedes esperar afuera —me dice.

El calor es tan abrasador que tengo la acera para mí sola. Me siento a esperar en el bordillo.

«Personas de interés».

Esto es lo que sé al respecto: una persona de interés no es un sospechoso. No del todo. Técnicamente, significa que la policía quiere hablar contigo. Esta es una de las muchas cosas que aprendí en la tele.

Tras la muerte de Annie, Gabriel nunca fue etiquetado así, quizá porque sabían dónde encontrarlo y porque ya estaba colaborando. Sin embargo, muchas personas de interés acaban convertidas en sospechosos. La línea entre unos y otros es muy fina. A veces, invisible.

¿Qué tiene la policía contra Gabriel y contra mí?

No saben nada del prendedor de pelo. Si lo supieran, estaría en una sala de pruebas, no dentro de la mochila de mi hermano.

Entonces ¿qué?

Tal vez alguien haya hablado. Quizá algún huésped del Ara declaró haber visto a Gabriel el día que chocó con Sabrina en el pasillo. «¿Te dijo que nunca había hablado con ella? Bueno. No es eso lo que yo recuerdo». Igual a la policía le bastó con esa contradicción, sobre todo a Harris, desesperado por encontrar a un nuevo sospechoso.

«¿Y ahora qué coño hacemos?».

Oigo crujir la grava del camino y percibo el calor del coche que se detiene a un par de pasos de mí.

Me levanto.

—Hola, Leon —digo mientras abro la puerta del copiloto—. Gracias por venir hast…

Me quedo paralizada.

Hay alguien en el asiento trasero.

—Hola —saluda.

Ahí está otra vez. Cansado, cabreado, pero, por lo que parece, también esperanzado. Percibo un rictus maníaco en su sonrisa, como si fuera un tiburón que no da crédito al ver el cubo de carnaza que le acaban de ofrecer.

—Ayudante Harris —digo.

Da unas palmaditas en el asiento, a su lado, y me dice:

—Siéntate.

Obedezco, porque no tengo otra opción: mi móvil sigue sin batería y, aunque la tuviera, tampoco sé cuánto tardaría un Uber en llegar hasta aquí.

Leon conduce hasta el final de la calle y maniobra para dar la vuelta.

—Bien —dice Harris.

Yo sigo en silencio.

—Me gustaría hablar contigo —prosigue—. En la comisaría.

—¿Y si digo que no?

Se encoge de hombros.

—Entonces vuelves al hotel.

«¿Y luego qué?».

—Hemos hecho un descubrimiento interesante —añade Harris—. Creo que querrás escuchar lo que tenemos que contarte.

—Dígamelo aquí.

Harris mueve la cabeza.

—No. En la comisaría.

No hace falta que diga nada más. Podría esperar a que Leon me dejara en el Ara, hacer el equipaje y coger un vuelo de vuelta a

Nueva York.

Pero…

Tenga Harris lo que tenga contra Gabriel o contra mí —o lo que crea tener—, no va a desaparecer como por arte de magia. Tal como dijo ayer: puede encontrarnos en casa.

Además...

La imagen del pasador de Sabrina Brenner —ese metal dorado delicadamente doblado en forma de mariposa— me arde en la cabeza.

Eso también seguirá a Gabriel hasta casa.

Joder. Necesito saberlo. Necesito meterme en el cerebro de Harris y descubrir si todo eso es un farol.

Es una estupidez intentar nada sin abogado. Lo sé. Pero se me ha acabado el tiempo.

Lo que debo tener presente es esto: no es preciso que le diga nada. Harris no tiene nada contra mí. Si lo tuviera, ahora mismo llevaría unas esposas. Puedo ir a comisaría, sentarme, escuchar, y en cualquier momento decir que quiero parar. Puedo conseguir que él hable sin darle nada a cambio.

—Vale. Iré a la comisaría.

Él sonríe.

—¿Leon? —dice.

Leon levanta el pulgar hacia arriba y vuelve a girar para enfilar la carretera en sentido contrario.

31

NUEVA YORK

QUINCE AÑOS ATRÁS

Encontré el periódico encima de un banco, en Central Park.

Llevábamos cuatro días en la ciudad. Gabriel y yo habíamos salido a buscar trabajo por separado. Yo me había pasado la mañana preguntando en todas las cafeterías que exhibían un cartel de «SE NECESITA PERSONAL» en el escaparate. Nadie quería contratarme. La versión oficial era que buscaban a gente con experiencia, pero sospecho que su rechazo tenía mucho que ver con mi falta de habilidad a la hora de mantener ese tipo de conversaciones. Estaba agotada, hambrienta, muerta de frío. Nada preparada para el mundo.

Dos días antes, después de pasar una noche en la estación Grand Central y otra en Penn Station, Gabriel y yo nos habíamos instalado en un trastero. Fue una idea descabellada que, sin embargo, nos había parecido totalmente razonable. Habíamos visto un anuncio enorme junto al Hudson: un dibujo de un hombre rodeado de sus pertenencias —una guitarra eléctrica, un sillón reclinable, zapatos de vestir, trajes, incluso una pelota de béisbol firmada—, y las palabras «ESTAMOS AQUÍ PARA SERVIRTE HASTA QUE ELLA SE OLVIDE DE ESA MARCA DE PINTALABIOS EN EL CUELLO DE LA CAMISA».

Entonces no le vimos la gracia —no sabíamos nada del matrimonio ni del adulterio—, pero esto es lo que explicaba aquella imagen: la mujer de aquel hombre lo había pillado en una situación comprometida y lo había echado de casa.

El mensaje no importaba. Lo único que sacamos en claro fue que aquel trastero parecía…, bueno, un lugar en el que cabían una persona y sus cosas.

Así que fuimos al guardamuebles. Allí, un hombre llamado Al decidió dejar que nos quedáramos en uno de los trasteros con dos condiciones: una, que no dijéramos ni una palabra a nadie; dos, que le pagáramos cien dólares en efectivo cada mes.

Cien dólares. Era muchísimo dinero. Además, Al necesitaba el primer mes por adelantado. Así que aquel día —el del periódico— Gabriel y yo corríamos el inminente peligro de quedarnos sin efectivo.

Necesitaba un descanso, pero no quería volver al trastero sin Gabriel. Así que me fui a Central Park.

El periódico —el *Daily News*— se abrió justo cuando yo pasaba. El movimiento de las páginas agitadas por el viento me llamó la atención. Cogí el diario y me senté en un banco para hojearlo.

Un hombre llamado Bernie Madoff era un «estafador confeso». Estaban investigando si ya había sido detenido en el pasado. Otro hombre llamado Paterson era el gobernador (fuera eso lo que fuera) y consideraba que Nueva York afrontaba el «mayor déficit» de su historia; la verdad es que no sonaba nada bien, pero ¿qué sabía yo?

Las piernas se me entumecieron, sentada en el banco. A mi alrededor, la gente caminaba deprisa, con la barbilla metida en el cuello del abrigo.

Y entonces lo vi.

«VÍCTIMA MORTAL EN EL INCENDIO DE UNA SECTA».

Por un segundo, mi mente fabricó la absurda esperanza de que quizá se tratara de otro incendio, de otra secta.

Pero no.

Era nuestro incendio.

Nuestra secta.

> Una persona ha muerto y otra ha resultado herida después de que el fuego devorara parte del complejo de una organización apartada que algunos han descrito como secta.
>
> Los bomberos acudieron a apagar el incendio la semana pasada a las 2:33 a. m. La noticia del fallecimiento se mantuvo oculta durante días debido a la naturaleza secreta del grupo. Sin embargo, ahora un funcionario del condado ha confirmado que esa misma noche, horas más tarde, una persona murió a consecuencia de las heridas sufridas en el incendio.

Se me cerró la garganta.

Verlo impreso sobre el papel lo hacía muy real. Émile había muerto, y ahora el mundo lo sabía. Su fantasma había viajado hasta Nueva York. Casi sentía sus manos en mis hombros, en mi espalda, cerrándose en torno a mi cuello.

Seguí leyendo.

> El funcionario del condado afirma que la víctima era una joven de veintiún años. No aparece en ningún registro público, pero, según ha informado una fuente, en la organización se la conocía con el nombre de Edwina.

La persona que sacaron del edificio no era Edwina. Estaba segura de ello. Aquella imagen se me había quedado grabada en la mente: el

cuerpo de Émile colgando de los brazos de las madres, inerte, pálido. Muerto.

No obstante, el periódico contaba una historia distinta.

Lo leí otra vez. Y otra. Y otra. Siempre con el mismo resultado: «Una joven de veintiún años… se la conocía con el nombre de Edwina».

Tenía la boca seca. Intenté tragar, y no pude.

No entendía por qué estaba conmocionada. Al fin y al cabo, no me había llevado una sorpresa: siempre había sabido que aquello era una posibilidad. Ya me imaginé a Edwina en el segundo piso cuando vacié el frasco de gasolina.

Lo había aceptado.

Incluso tal vez lo había deseado.

Y había ocurrido.

Se me nubló la visión. Me sequé las lágrimas. Vinieron más. Y luego se interrumpieron de golpe, sustituidas por un nudo en la garganta. Cerré los puños, sujetando el periódico.

> La organización ha estado durante años bajo la dirección de Émile Blanchard, una misteriosa figura que impone un estricto código de silencio a sus seguidores. El señor Blanchart emigró desde Francia cuando tenía veinte años siendo un emprendedor. Se cree que fundó el grupo en 1987. Sus miembros viven prácticamente apartados de la sociedad. El señor Blanchart mantiene contacto esporádico con el mundo exterior para conseguir comida y ocuparse de la imagen del grupo.
>
> «No hay modo de llevar a cabo la investigación —ha declarado el funcionario del condado, que ha pedido mantener el anonimato por miedo a represalias—. Una joven ha fallecido y en la organización nadie dirá una sola palabra. Si alguien dispone de información, le pedimos que la facilite de inmediato».

Me imaginé la escena: un camión de bomberos como los que había visto en la ciudad, llegando al complejo. Hombres corriendo a socorrer a Émile, ocupándose del cuerpo de Edwina.

Y luego: un coche de policía. También los había visto en la ciudad. Personas uniformadas haciendo eso de «investigar». (No sabía qué era. Aún no tenía televisor).

Émile nos había preparado para un momento como ese. Había empezado a hablarnos de la posibilidad de tener intrusos desde muy pequeños y nos había dejado muy claro que no debíamos hablar con nadie, ni tampoco enseñar nada. Hacíamos simulacros. Todos acatábamos nuestras órdenes.

Émile.

Estaba vivo. Seguía en el mundo. Recuperándose, seguramente. Ocupándose del incendio, de la destrucción de su despacho. Las madres debían de estar cuidándole las heridas, satisfaciendo sus necesidades, su vida.

Lo habían conseguido. Esas mujeres diligentes, crueles, increíblemente valientes. Habían corrido hacia un edificio en llamas para salvar a su hombre. Habían hecho exactamente lo que se les había enseñado a hacer.

Nadie hablaría con la policía. De eso, al menos, podía estar segura.

Volví caminando al trastero.

Me entraban ganas de morirme cuando pensaba en lo que le habíamos hecho a Edwina. Ya lo sé, ya lo sé. Lo había considerado, lo había deseado, y, aun así, me entraban ganas de morirme. Se me

ocurrieron todas las formas posibles: tirarme al gélido Hudson, ponerme delante de un autobús. Nueva York estaba llena de posibilidades, en ese sentido.

Esperé a Gabriel. Al cabo de un rato, la puerta del trastero se abrió con un quejido.

—Hola —me dijo—. He ido a varias obras, como acordamos, y…

—Mira —lo interrumpí con una voz que no era la mía.

Intenté que cogiera el periódico. Gabriel levantó las manos: las tenía muy sucias.

—Cógelo —insistí.

Lo hizo. Contuve la respiración mientras sus ojos saltaban de una línea a otra. Cuando se le abrieron, supe que había llegado a la parte sobre Edwina.

—¿Qué es esto? —susurró.

No habíamos hablado de Émile. Ni una sola vez desde que nos habíamos marchado. Le quité el periódico sin decir nada.

Gabriel se dejó caer al suelo y se pasó los dedos sucios por el pelo.

—No lo sabíamos —dijo por fin.

«Yo sí lo había pensado».

«Y tú también deberías haberlo sabido».

«Tenías la misma información que yo».

Gabriel debió de seguir el mismo hilo de pensamiento. Cambió de enfoque rápidamente.

—Lo que ella te hizo —dijo.

—No lo jus…

—Lo sé. Pero yo no puedo olvidarlo.

Volvió a coger el periódico y regresó al artículo.

—Simplemente no puedo —repitió.

—Fue Émile.

—Fueron los dos.

Quise gritar. Quise decirle que no era él quien tenía que dictar sentencia. Que lo que había pasado me pertenecía a mí.

Gabriel nunca lo entendería, nunca entendería lo que compartía con Edwina: una intuición oscura, confusa. La había odiado, pero también sabía que hacíamos lo que Émile nos pedía. Nosotras, las chicas, las mujeres.

Habría sido tan fácil convencerme a mí misma de que me habría comportado mejor de haber estado en su lugar... De que habría marcado un límite. De que me habría negado a sujetar a otra chica, a inmovilizarla contra la cama de Émile.

Pero lo sabía. Simplemente lo sabía.

Todo aquello de lo que Edwina pudiera ser culpable, todo lo que pudiera haber hecho…, también lo habría hecho yo si Émile me lo hubiera pedido.

32

ESCALANTE, UTAH

EL SÉPTIMO DÍA

Leon aparca delante de la comisaría. Dentro, el ambiente está cargado y apenas hay movimiento. Todo esto me recuerda a aquella serie que vi hace unos años: un detective excéntrico que investiga la muerte de una chica y una recepcionista demasiado amable que reparte dónuts a los agentes.

Sigo a Harris mientras él saluda a un par de compañeros: una mano levantada, un gesto con la barbilla. Me guía hasta una sala pequeña y lúgubre, con paredes desnudas, moqueta en el suelo, una mesa y dos sillas. No es muy distinta de aquella que compartí con los polis de Nueva Jersey, cuando encontraron el cuerpo de Annie.

Harris me indica que me siente. Él se acomoda enfrente y saca una grabadora pequeña. Dice la fecha, la hora y mi nombre.

—Bueno, ¿puedes explicarme cómo conseguiste el teléfono de Sabrina Brenner?

No creía que fuéramos a empezar por ahí, pero vale. No me importa hablar del móvil. Al fin y al cabo, me comporté como una ciudadana modelo: me enfrenté a una coyote para recuperar una prueba.

Le cuento a Harris lo del desierto, la coyote, mi zapatilla.

—Cuando volví al hotel, lo busqué a usted —digo. Alza una ceja con escepticismo—. ¡De verdad! Pero no lo encontré, así que le di el móvil a la ayudante del sheriff Calhoun.

Harris asiente. Bebe un sorbo de agua de un vaso de cartón en el que no me había fijado hasta ahora.

Tengo la boca seca.

—¿Podrían darme un poco de agua a mí también? —pregunto.

—Dentro de un momento.

Mierda. He visto bastantes series como para saber que negarle agua a un interrogado no es nunca buena señal.

—Tengo que hablar contigo —me dice— sobre Gabriel.

Hago lo único inteligente: esperar a que formule una pregunta.

—¿Qué puedes contarme sobre las interacciones de Gabriel con Sabrina Brenner?

Contengo el gesto.

¿«Interacciones»? ¿En plural?

Ayer mismo Gabriel le dijo a Harris que nunca había hablado con Sabrina. Fue una equivocación o una mentira, todavía no lo sé. Pero Harris no se lo tragó.

—¿Cómo eran cuando estaban juntos? —prosigue—. ¿Cómo se trataban? ¿Sabías si tenían relación?

¿«Relación»?

Habla con mucha seguridad.

«¿Qué sabes tú que yo no sé?».

—No tenía constancia de que se relacionaran —digo. Y es verdad.

Harris suspira. Se reclina y me observa unos segundos en silencio.

Sé muy bien lo que está haciendo. Mucha gente no aguanta el silencio. Hacen lo que sea con tal de romperlo. Hablan. Se delatan.

Sin embargo, yo crecí en el mundo de Émile, donde el silencio era una forma de culto. Podría quedarme aquí sentada todo el día.

—Escucha —dice Harris, inclinándose hacia mí, con las manos sobre la mesa—. Te voy a ser sincero.

«Ya. Claro».

—Esto podría acabar muy mal para ti. Pero si nos ayudas, nosotros también te ayudaremos. ¿Me entiendes?

«Sinceramente, no».

Harris vuelve a suspirar y niega con la cabeza. Con una sonrisita engreída, me pide que espere. Vuelve al cabo de un minuto con una carpeta marrón que deposita sobre la mesa. Cuando está a punto de abrirla, se hace el sorprendido, como si lo hubiera asaltado un pensamiento repentino.

—Voy a darte una última oportunidad para que me cuentes lo que sabes sobre Gabriel y Sabrina —dice—. En cuanto te enseñe esto, se acabó. Ya no podré ayudarte.

Guardo silencio.

—De acuerdo. Si quieres hacerlo así…

Abre la carpeta y saca un pequeño fajo de documentos. Lo hojea hasta que encuentra lo que estaba buscando. Luego lo desliza hacia mí, dándole la vuelta para que pueda leerlo.

Parece la impresión de una… ¿captura de pantalla de un teléfono?

Arriba se lee «Notas». Debajo, en letras grandes: «Diario de comidas».

Más abajo, en letra mucho más pequeña, hay un registro minucioso de todo lo que esa persona ingiere a diario.

Al pie de la captura, entre el almuerzo y la cena, unas líneas que no encajan:

Gabriel Miller
12/6
47 Jackson St.

Levanto la mirada.

—Esto, como seguramente habrás deducido, es una captura de lo que encontramos en el teléfono de Sabrina Brenner —dice.

«¿Qué?».

—El código no es difícil de descifrar. Gabriel Miller: todos sabemos quién es. Doce-seis: la fecha de nacimiento de Gabriel, ¿cierto? El doce de junio.

No digo nada. A Harris no parece importarle.

—Y Jackson, por supuesto, es la calle donde vive en Seattle.

No confirmo nada, pero tiene razón.

—Así que lo que me gustaría saber —dice— es qué hacen los datos personales de Gabriel en el teléfono de Sabrina Brenner.

—No lo sé.

Es la verdad. No tengo ni puta idea.

Ese móvil de los cojones.

De haberlo sabido, nunca se lo habría entregado a la policía.

Seguro que piensan que quise incriminar a William y que me pasé de lista.

Dios. Gabriel no tiene ni idea de lo del teléfono. No llegué a contárselo.

Harris apoya los codos en la mesa y junta las manos bajo la barbilla.

—Voy a serte muy franco —dice.

«Sería todo un detalle».

—No sé qué le pasó a Sabrina Brenner, pero no creo que tuvieras nada que ver. A ti, por ahora, no te considero sospechosa.

«Vale».

—Sin embargo —continúa—, creo que tu hermano, creo que Gabriel sí ha tenido que ver. Por supuesto, sé que me mintió sobre sus interacciones con la señora Brenner. Y también me mintió cuando me dijo dónde estuvo la última noche que se la vio con vida. Sé que se levantó de la mesa durante la cena, horas antes de su muerte.

Cierra la carpeta.

—La gente miente. O se confunde. O no recuerda. Por eso no he actuado aún contra él. Pero lo del teléfono deja claro que hay más de lo que nos contó.

Me mira fijamente.

Es muy joven. Seguro que más joven que yo. Inexperto, grandilocuente y bastante arrogante.

De todos modos, no se está echando ningún farol. Eso es lo peor: aun siendo mediocre, tiene algo sólido contra Gabriel.

—Creo que lo estás encubriendo —insiste—. Creo que llevas mucho tiempo encubriéndolo. Y creo que te pesa. ¿Es esa la razón de que estuvieras tan afectada en la piscina, hace dos días?

Su tono de voz no deja lugar a dudas: me está amenazando.

—Me gustaría marcharme —digo.

—Como te he dicho, si nos ayudas, nosotros podremos ayudarte. Pero tienes que dar tú el primer paso.

—Quiero irme.

Harris inspira hondo. Retiene el aire un par de segundos. Es evidente que se muere de ganas de que me quede, es evidente que

si cediera le facilitaría mucho la vida.

Exhala.

—Bien —dice.

Me levanto y camino hacia la puerta. Tengo las palmas sudadas y el corazón me late con fuerza en los oídos. Pero sé lo que tengo que hacer. Sé muy bien lo que se siente cuando el mundo del crimen se aproxima a los bordes de tu vida como un mechero a un papel. Es muy fácil pensar que el fuego es inevitable, imaginar tu mundo hecho cenizas incluso antes de que haya siquiera prendido la llama.

Necesito irme antes de que Harris consiga doblegarme.

—Conseguiremos una orden de registro.

Me quedo paralizada, con la mano a centímetros del pomo. Harris se levanta.

—Registraremos las cosas de Gabriel. Tus cosas. Ropa, teléfonos, ordenadores. Sea cual sea vuestro secreto, lo encontraremos.

Me vuelvo.

—Y no hablo solo de Sabrina Brenner —añade—. Son muchos los que creen que Gabriel debería haber ido a prisión por la muerte de Annie Woodward.

Me estremezco al oír su nombre en boca de Harris. De arriba abajo.

—Siempre he pensado que alguien debería reabrir ese caso —dice —. La tecnología ha avanzado muchísimo en nueve años. Quién sabe lo que saldría si el detective adecuado se pusiera con ello.

Esto sí que es un farol. Annie murió en Nueva Jersey. Eso está en otra jurisdicción, a tres mil kilómetros de aquí. Y Harris no tiene

ninguna razón para pedir una orden. Eso sí que lo sé.

Aunque no ha terminado.

—¿Sabes en qué creo que deberíamos ser mejores los cuerpos policiales? —pregunta—. En la comunicación entre departamentos. Hace unos años hubo un tipo…, un asesino en serie. Vivía en Massachusetts, pero siempre se aseguraba de cruzar varias fronteras estatales cuando cometía un crimen. Jurisdicciones mezcladas. Pasó años sin que nadie lo detectara. De lo más frustrante. Siempre pensé: «Si entro en el cuerpo, eso no me pasará. Me aseguraré de comunicar toda información relevante a mis compañeros». Y aquí estamos.

Por un segundo, considero sus palabras. Podría derrumbarme. Podría decirle a Harris todo lo que quiere saber.

Podría contarle lo del prendedor.

«No».

No he venido aquí para delatar a Gabriel a la primera de cambio. Gabriel. El chico al que elegí como hermano.

Pienso en Rómulo y Remo, y recuerdo que Gabriel nos vio reflejados en ellos.

Esto es lo que sé: cuando Rómulo y Remo no se pusieron de acuerdo, cuando no coincidieron en el lugar dónde fundar la ciudad que sería Roma, no llamaron a un tercero para decidir. Ellos mismos gestionaron su desacuerdo.

Apoyo la mano en el pomo. Al abrir la puerta, me giro hacia Harris.

—Entonces consiga esa orden judicial —digo.

Y hago lo que habría podido hacer con toda libertad desde el principio de esta entrevista.

Me voy.

Cuando Leon me deja en el Ara, el vestíbulo está a reventar de huéspedes. Arrastran maletas, increpan al personal, piden coches. Una de las influencers está al teléfono, hablando con alguna aerolínea, rogando que la pongan en lista de espera y repitiendo, más alto de lo necesario:

—Mi número de socia es nueve…, siete…, tres…

Madison, también al teléfono, grita lo que deben de ser respuestas a preguntas de seguridad:

—Guitarra acústica… Terranova… Vainilla con *cookies*.

Los empleados también están allí, pidiendo paciencia, respondiendo preguntas con ánimo tranquilizador. Está claro que la gente ha adelantado sus salidas. Quieren irse ya, no al cabo de unas horas, y mucho menos dentro de uno o dos días.

Están impacientes por alejarse… Por alejarse de nosotros, de las dos personas de interés.

—¿Disculpa?

Catalina está a mi lado.

—¿Puedo hablar contigo unos minutos? —me pide.

Sin esperar respuesta, me conduce hacia un rincón del vestíbulo.

—Siento mucho tener que hacer esto —me dice—, pero necesito pedirte que…

Le ahorro el mal trago.

—Quieres que nos vayamos.

Catalina asiente.

—Lo siento.

—Tranquila. Nos iremos.

Suspira, visiblemente aliviada.

—Pero… ¿podrías darnos una noche más? —añado, señalando el caos a nuestro alrededor—. No creo que podamos conseguir vuelo para hoy.

Le dedico la más inocente de mis miradas.

No soy sospechosa. Solo una persona de interés. Y, a fin de cuentas, sigo siendo una huésped de este hotel.

—De acuerdo —dice Catalina.

Miro el reloj que hay encima del mostrador de la recepción. Pasan unos minutos de las tres y media.

Una tarde y una noche: este es el tiempo de que dispongo para sacarle la verdad a Gabriel.

Después de eso, volverá a Seattle y yo, a Nueva York. Podríamos perdernos el uno al otro, quizá para siempre.

Y, aun así, el documental seguirá adelante. Aunque me niegue a participar, mi ausencia formará parte de la historia. Las cámaras exigirán una verdad, un «relato coherente».

¿Qué pasará si no estamos preparados para dárselo?

Vendrán a por nosotros. Los productores, el documental, los espectadores.

Quién sabe lo que dirán: qué teorías montarán, qué historias inventarán.

La gente puede ser muy creativa.

33

BLOOMFIELD, NUEVA JERSEY Y SPRING LAKE, NUEVA JERSEY

ONCE AÑOS ATRÁS

Cuando faltaba un mes para su boda con Gabriel, a Annie se le ocurrió una idea.

—¿Y si vamos a la playa este verano? ¿A Spring Lake? Yo iba muchísimo de niña.

Me fascinaba esa insistencia suya en tratarnos como si fuéramos gente normal, gente que va a la playa, que va a Spring Lake.

—Creía que ya tenías planes para este verano —le dije—. Como, por ejemplo, tu propia boda.

Annie se encogió de hombros. Estábamos en el salón de su nueva casa, bebiendo vino y comiendo aceitunas. Hacía una semana que se habían mudado y todavía había montones de cajas sin abrir. Una de ellas hacía de mesa.

—Me refería a después.

No era inconcebible que Annie y Gabriel pudieran incluirme en un viaje.

De no haber sido por mí, no estarían juntos.

Yo fui la primera en conocer a Annie, en Columbia. Fue toda una casualidad: nos sentamos una al lado de la otra durante una noche

de cine. (No acostumbraba a ir a esas proyecciones, porque el club siempre escogía películas francesas y, gracias a Émile, todo lo que viniera de Francia me producía alergia. Pero aquella noche el club se alejó de la *nouvelle vague* y proyectó la adaptación de *Revolutionary Road* de 2008).

Estábamos en 2011. Yo tenía veinte años; Annie, veintidós. Le faltaba poco para terminar la carrera de estadística y yo acababa de ingresar en la Escuela de Estudios Generales, la vía de acceso a la universidad de Columbia para estudiantes que seguían un «camino no tradicional» hacia la educación superior, una descripción que en mi caso se quedaba muy corta.

«Camino no tradicional» podía significar que eras madre soltera, o veterano de guerra, o una bailarina recién retirada… O que te habían criado en una secta, habías conseguido escapar, habías vivido dos años en un trastero, otro en un albergue, te habías sacado el examen de secundaria y habías encontrado por fin cómo acceder a una vivienda subvencionada y a la universidad.

El tiempo había pasado. Gabriel y yo vivíamos en un apartamento. Teníamos camas, ducha, un cerrojo en la puerta. Con cada día que pasaba, dejábamos más atrás nuestro pequeño delito.

Antes de que empezara la película, Annie me tocó el hombro.

—¿Puedes vigilarme el bolso? Solo voy un momento al baño.

Así de simple era hacer amigos en el mundo real.

Después de la película, me preguntó qué me parecía «Leo», y fingí que sabía de quién me hablaba. Cuando salieron los créditos, se estiró y me dijo:

—Bueno, yo no pienso casarme nunca.

Le dije que esa película le quitaba las ganas de casarse a cualquiera.

—No es por la película —dijo.

—Entonces ¿por qué?

Fuimos a por una porción de pizza, de esas que tienen el tamaño de tu cara. De camino, Annie se quejó de sus pretendientes.

—No es que tengan nada malo. Es solo que son… todos iguales.

Cuando nos sentamos a comer —pizza peperoni para mí, de queso para ella—, ya estaba todo claro: los chicos de su vida eran tan planos como su pizza. Me los imaginé: jóvenes bien educados, bien criados y aburridísimos.

—Solo quiero a alguien diferente, ¿sabes? —dijo, secando el exceso de aceite con una servilleta—. Alguien que no tenga todo su futuro planificado.

Era un patrón que luego aprendí a reconocer en series y películas. En un mundo donde siempre había tenido lo que quería, Annie ansiaba encontrar a alguien que, por fin, la necesitara a ella. Que la convirtiera en proveedora de estabilidad, de confort, de oportunidades.

Arranqué un trozo de mi pedazo de pizza peperoni y me lo metí en la boca.

—Me parece que deberías conocer a una persona —dije cuando me lo tragué.

La relación de Gabriel y Annie fue a todo trapo desde la primera cita. Esa rapidez me resultaba extraña. Cuando Gabriel y yo nos mudamos al apartamento, yo también empecé a salir con gente,

pero no tenía ningún objetivo en mente. No buscaba una pareja, ni un anillo.

Al principio, la idea de la intimidad, de las parejas, del sexo… me aterraba. Apenas sabía nada.

No obstante, de pronto tuve acceso a todo un océano de información. Convertí el sexo y las relaciones en un proyecto de investigación. Empecé a ir a la biblioteca, pedí libros prestados, leí revistas. Poco a poco, me fui imaginando en la situación: en una cita, en una cama ajena.

Mi primer ligue fue allí mismo, en la biblioteca. Los demás llegaron con más facilidad de lo que nunca habría creído posible. Las apps empezaban a ponerse de moda, pero yo las evitaba. Necesitaba ver a la gente, sentirla delante de mí: bares, universidad, trabajo.

Mis citas consistían en copas, películas, copas, películas, algún museo. Me despertaba en la cama de un desconocido, algún chico agradable al que había conocido lo suficiente para ese propósito y al que no tenía ninguna necesidad de conocer en más profundidad.

A veces todo fluía. Otras, era complicado. No todo el mundo era amable. No todo el mundo era agradable, divertido, y tampoco a todo el mundo se le daba bien. Había cosas que no me gustaban, y tenía que aprender a comunicarlas. Todo aquello suponía mucho trabajo. Exigía a alguien que escuchara, no solo las palabras (aunque también), sino todo lo demás: aquel músculo que se tensa, la respiración que se agita.

No podía soportar a las personas que pasaban de mí. Un idiota —un chico al que había conocido en un evento para estudiantes interesados en finanzas— lo descubrió de la peor manera, cuando me marché en mitad del asunto.

Pero cuando la cosa iba bien…, era como un truco de magia que me hubiera hecho a mí misma. Entonces los dos nos cuidábamos mutuamente de un montón de formas distintas, desde que quedábamos hasta la mañana siguiente. Cada vez que eso ocurría me maravillaba de que el sexo no hubiera terminado con Émile, de que no hubiera quedado encadenado a un recuerdo, a un cuarto, a un solo hombre, a una sola niña, de que fuera tan bobo o tan profundo como yo quisiera. Tener sexo podía significar estar con un desconocido atractivo, un par de cuerpos acoplándose como por telepatía y un metro de regreso a casa a medianoche. O también hablar hasta el amanecer, tortitas caseras y no volver a escribirnos nunca más.

Después de la muerte de Annie, esa actitud desenfadada se esfumó. Todavía podía quedar con alguien, pedir unas bebidas, hablar de trabajo. Pero, al final, de forma inevitable: «¿Y tu familia? Oh, ¿tienes un hermano? ¿Dónde vive? ¿Qué hace?». Y me preocupaba de que mi cita acabara sumando dos y dos: «Gabriel Miller… ¿No es ese…?». Y entonces ¿cuáles eran las siguientes preguntas?

«Bueno, ¿y cómo es él?».

«¿Crees que lo hizo?».

Por supuesto, una opción era no mencionarlo, pero entonces toda la cita se convertía en una mentira. Y la verdad es que lo que le ocurrió a Gabriel me arrancó la fe en las personas. De niña era fácil creer que la crueldad era cosa de Émile, que fuera del recinto la gente era mejor. Sin embargo, estaba equivocada. Me pasaba todas las citas esperando a que afloraran los peores instintos del otro. No conseguía relajarme. Así que dejé de salir.

Después de todo —de perder a Annie, de perder a Gabriel—, dejar de tener citas era la menor de las pérdidas. Echaba de menos lo bueno, pero no las complicaciones. No tenía un gran amor ni una pasión frustrada por los que llorar.

Eso no significa que no crea en la pareja. Hay personas a las que les pasa. Se conocen y, de repente, toda su vida cobra sentido. Supongo que estar enamorado y tener prisa son sensaciones muy parecidas.

Y Gabriel y Annie estaban enamorados. Al principio, los tres quedábamos a tomar alguna cerveza. Una vez, cuando Gabriel se levantó a pedir otra ronda, apoyó una mano en el hombro de Annie, y me di cuenta de que nunca le había visto así. Tranquilo. Cómodo en el mundo.

No podía creerse la suerte que había tenido. Que alguien como ella se hubiera fijado en él.

—Quiero decir —me dijo un día—, ¿la has visto? Es preciosa.

Y lo era. En todos los sentidos. Annie tenía una belleza natural cuidada pero no inventada: uñas arregladas, cejas perfectas, ropa impecable. No era solo elegante o guapa. Tenía algo más. Algo que no se puede fingir, ni maquillar ni fabricar con inyecciones.

Imagino que debía de ser un subidón que ella se fijara en ti.

Aunque no tengo que imaginarlo.

A mí también me eligieron una vez.

Al cabo de seis meses, en abril de 2012, Gabriel y Annie ya estaban prometidos. Aquella felicidad doméstica que habían creado de la nada era una fuerza imparable.

Fue entonces cuando la vida de Gabriel empezó por fin a encontrar su lugar. Durante un tiempo, cuando vivíamos en el trastero, había trabajado en la construcción. Aunque sin pertenecer a un sindicato, sin carné de identidad y, desde luego, sin cuenta bancaria. Lo que hacía, en realidad, era ocupar el puesto de un tío que sí estaba sindicado, pero que prefería subcontratarlo a él.

(Años después, cuando empecé a ver la serie sobre la mafia, lo entendí: aquel tipo contrataba a Gabriel para disponer de un tiempo que le permitía generar la mayor parte de sus ingresos con actividades ilegales. Muy listo. Pero le pagaba en efectivo, no hacía preguntas, y era la persona más educada que habíamos conocido nunca. Así que el arreglo nos funcionaba).

Después de eso, Gabriel cayó en una depresión y estuvo seis meses sin trabajar. Más tarde nos mudamos al albergue, y allí encontró trabajos como contratista —esta vez legales—. Era la ocupación más lógica, dada la experiencia que había acumulado en el pasado, pero no le apasionaba. No era Howard.

En el albergue (en realidad, debería decir «albergues»: uno para hombres, otro para mujeres), conseguimos carnés de la biblioteca pública. Gabriel empezó a asistir a todas las charlas que podía, sobre cualquier tema. Le gustaba aprender y, sobre todo, eran gratuitas.

Un sábado por la mañana escuchó a Howard Auster hablando de Agripina (la emperatriz romana) y de su maltrecha familia. (¿Por dónde empezar? Un hermano déspota, un tío que se convirtió en su marido, un hijo que mandó matarla).

Gabriel se quedó fascinado. Había encontrado a los romanos. O quizá fueron los romanos quienes lo encontraron a él. A partir de aquel día, les dedicó todo su tiempo libre: navegaba por internet

desde los ordenadores de la biblioteca y se pasaba tardes enteras leyendo los libros de Howard.

Siguió acudiendo a eventos. Si Howard Auster hablaba en público en cualquier lugar del área metropolitana de Nueva York, allí estaba Gabriel Miller, sentado entre el público.

Howard empezó a reconocerlo. Gabriel destacaba por sus preguntas detalladas, del tipo que solo podría hacer quien se hubiera leído sus libros varias veces.

Una noche, Gabriel volvió eufórico de una de esas charla:

—Durante el turno de preguntas, Howard ha bromeado diciendo que debería contratarme como asistente. Yo le he dicho que haría el trabajo encantado. Luego me ha invitado a un café y hemos estado hablando… ¿dos horas?

Ya vivíamos en el apartamento, un estudio en East Harlem. La vida seguía siendo frágil, pero estaba llena de posibilidades.

—¿De qué habéis hablado? —pregunté.

Gabriel dejó su bandolera en el suelo. Iba con ella a todas partes y siempre la llevaba llena de libros.

—De un poco de todo, supongo. De su trabajo, de su próximo libro y… de mi vida. Nuestra vida.

«¿Nuestra vida?».

Nosotros no hablábamos de nuestra vida. O, mejor dicho, hablábamos de ella lo justo y necesario, como cuando tuvimos que hacer papeleo o rellenar la documentación para alquilar el piso. No era precisamente una historia agradable para contar en una charla profesional y distendida.

—¿Qué le has dicho?

—Lo básico —respondió—. Émile. Cómo crecimos.

Entonces me miró, algo preocupado.

—No he entrado en detalles —añadió—. De… nada.

—Vale.

—Es que era muy fácil hablar con él. Y, por lo visto, a la gente le importa ese tipo de cosas.

«Ah, ¿sí?».

—Sea como sea, se lo va a pensar —dijo—. Lo del trabajo.

—Qué bien.

Gabriel sonrió. Estaba feliz. ¿Quién era yo para arruinarle eso?

—Lo digo en serio. Enhorabuena.

Howard le escribió un correo al día siguiente. Quería darle una oportunidad. Lo contrató a tiempo parcial durante un periodo de prueba de tres meses.

Howard estaba inspirado. Tres meses después, Gabriel pasó a jornada completa.

Así se engranaron los tres grandes amores de la vida de Gabriel: primero, los romanos; luego, Howard; y, finalmente, unos meses después, Annie.

La boda iba a ser en julio de 2012, el primer sábado del mes. Eso permitía hacer una escapada a Spring Lake algo más tarde, ese mismo verano.

—Quizá —dije aquella noche del vino y las aceitunas cuando Annie sugirió la posibilidad de ir a la playa.

—Podría ser divertido —opinó Gabriel.

Así era él por aquel entonces: accedía a todo lo que proponía su prometida. Era joven, un poco tonto y estaba coladito.

De todos modos...

—¿No queréis ir solos de luna de miel, tortolitos? —pregunté.

Annie le dio un sorbo a su rosado.

—Oh, sí, claro —dijo, dejando la copa. Annie me había enseñado a sujetarlas por el tallo, con la punta de los dedos—. Nos vamos una semana a Cabo. Esto sería… un extra.

Qué tiempos aquellos. De días memorables. Y de extras.

—Vale —dije—. Pediré unos días libres en el trabajo.

Además de estudiar, hacía de camarera en una cafetería situada en la calle 77 con Broadway. Era mi segundo empleo. El primero, a nuestra llegada a Nueva York, había sido en otra cafetería cerca de Penn Station. El jefe me vio entrar una tarde, arrastrándome, sucia, desesperada, y me contrató como ayudante de camarera. Descubrió lo verde que estaba: podía pagarme en efectivo y por debajo del salario mínimo. Los camareros, además, me vieron como una oportunidad: no sabía que debían compartir las propinas conmigo, y nadie se molestó en decírmelo.

La nueva jefa me pagaba lo que correspondía. Y me concedió los días para ir a Spring Lake.

La casa que alquilamos (pagada por Annie) estaba a quince minutos andando de la playa. No se veía el mar desde las ventanas, pero se respiraba en el aire: salado, vivo.

Spring Lake me regaló mi primer verano americano: caluroso, pegajoso, infestado de mosquitos y envuelto en el olor a velas de citronela. En aquella época aún no sabía que era el tipo de vacaciones que vivían miles de personas en la Costa Este. Creía que habíamos inventado la receta perfecta del verano: desayunos en la terraza, tardes en la playa y, por la noche, helado en una tienda

local llamada Fancy Cow; todavía recuerdo los trocitos de chocolate y turrón deshaciéndose entre mi lengua y el paladar. Aquella irresistible sensación de relax: repelente de mosquitos encima del protector solar, los cabellos recogidos en trenzas y moños descuidados, todo pegajoso por la humedad: la piel, la ropa, las puertas hinchadas de aquella casa que habíamos alquilado.

Por las mañanas, Annie y yo íbamos al pueblo a por bagels y cafés, mientras Gabriel trabajaba. Apenas se había tomado días libres para la boda y la luna de miel. Aquella semana en Spring Lake, Howard estaba revisando la primera mitad de un nuevo manuscrito y Gabriel se había comprometido a estar disponible para él.

Aun así, había venido. Allí estábamos, los tres. En la playa.

Yo nunca había visto el mar. En la ciudad, nunca llegué a ir a Coney Island: las montañas rusas no me interesaban, y estaba lejos, sin mencionar que siempre andaba corta de tiempo y de dinero. Sin embargo, Gabriel y yo sabíamos nadar. Habíamos hecho un curso especial para adultos en una piscina pública, y los dos habíamos llegado a dominar un estilo braza titubeante.

Cuando llegamos a Spring Lake, Gabriel ya conocía las playas de Cabo. Me habló del océano y de su primer zambullida en aguas que no olían a cloro.

Yo empezaba a sentirme fuera de lugar.

Pero el primer día no hubo tiempo de ir a la playa. Condujimos hasta Spring Lake, nos pasamos la salida del autopista un par de veces, deshicimos las maletas y fuimos al supermercado. («¿Tenemos que ir ahora?», pregunté, desesperada por pisar la arena. A lo que Gabriel respondió: «¿Quieres comer esta noche?»).

Después de cenar, cuando Gabriel y Annie fueron a acostarse, yo salí a caminar por nuestra calle vacía. Era tranquila, oscura, muy suburbana. La buena gente de Spring Lake tenía el césped más bonito y cuidado que había visto jamás.

Paseaba por las calles completamente sola, envuelta en un silencio absoluto que solo rompía el ruido de mis chanclas contra el suelo. Atravesé un parquecito, crucé un puente, giré a la derecha, avancé unos metros más…

Y ahí estaba. El océano.

Me acerqué. Me descalcé y pisé la arena. Sentí cómo cedía bajo mis pies, la caricia de los granitos entre mis dedos.

Tuve la sensación de estar sola en la tierra. Sola en aquella playa oscura, donde la luna brillaba solo para mí. El océano estaba en calma; apenas formaba algunas olas discretas que lamían la arena con un sonido delicado.

Caminé hasta la orilla y dejé que el mar me mojara los pies. Encogí los dedos. Y avancé un poco más, hasta que el agua me llegó a las rodillas.

De repente, la corriente tiró de mí. El mar parecía estar tranquilo; no esperaba que me arrastrara hacia delante. Enseguida retrocedí hacia la arena.

Pero aún no estaba satisfecha. En absoluto.

Quería más. Un baño de verdad, un día de playa completo. Quería olas y gaviotas. Quería dormirme al sol, leer un libro, que la arena se metiera entre las páginas.

Al día siguiente, estaba lista.

—¿Vamos a la playa? —pregunté cuando Gabriel terminó una de sus llamadas con Howard.

—Vamos —dijo Annie.

Sacamos tres sillas de playa que encontramos en el sótano, nos las colgamos a la espalda y nos las llevamos a la arena.

—Podemos sentarnos aquí —propuso Annie, señalando un hueco vacío junto a la torre de los socorristas.

De pronto me di cuenta de un problema.

Nos habíamos llevado nuestras cosas. Carteras, libros, móviles. Y si queríamos meternos en el agua, tendríamos que dejarlas ahí, sin vigilancia.

—Id vosotros —les dije—. Yo estoy pendiente de las bolsas.

—No creo que aquí debamos preocuparnos por eso, Frida —dijo Annie.

Técnicamente, sabía que tenía razón. Había observado a los otros bañistas. No hacía falta una investigación profunda para confirmar que Gabriel y yo éramos los más pobres en quince kilómetros a la redonda. Bueno, al menos yo: la situación de Gabriel había cambiado al casarse con Annie. Aun así: me costaba imaginar que nada de lo que tenía pudiera resultar tentador para alguien de aquel pueblo.

Además, hay miedos que no se superan con lógica. Antiguos reflejos que solo se abandonan cuando el mundo te ha demostrado, una y otra vez, que estás a salvo.

Yo todavía no había llegado a ese punto. Mi móvil, mi cartera, mi tarjeta de crédito, incluso mi DNI: todo me parecía infinitamente valioso.

Gabriel me miró, y luego se volvió hacia el mar.

—Tienes tu libro, ¿no? —preguntó.

Lo saqué del bolsillo de la silla. De los dos, Gabriel era el lector voraz, pero yo no me quedaba atrás. Aquel libro —todavía me acuerdo— era una novela titulada *El hombre que dijo adiós*. Trataba de un hombre con una hermana y una mujer que había muerto; entonces todavía no sabía lo premonitorio que era.

—Sí —respondí—. Estaré bien.

Gabriel le dio un suave empujoncito a su mujer, y los dos echaron a andar hacia el agua.

Cuando había leído cinco páginas, una sombra las oscureció y un par de gotas de agua las humedecieron.

—Venga —dijo Annie, jadeando—. Es divertidísimo.

—Estoy bien aquí.

—¿Ni siquiera quieres probar?

Cerré el libro. Cuando despegué los labios para responder, lo único que salió de mi boca fue un suspiro.

—Ya me quedo yo a vigilar las cosas, si tanto te preocupa —dijo ella.

¿Qué sabía Annie de nuestro pasado? No mucho. Me había asegurado de comprobarlo. Cuando me anunciaron su compromiso, esperé a que Annie fuera al baño, y le susurré a Gabriel: «¿Qué le has contado de… nosotros?».

Gabriel sabía perfectamente a qué me refería. «¿Le has hablado del incendio? ¿De Edwina? ¿Tienes intención de hacerlo?».

«Sé que a veces el amor nos lleva a cometer estupideces».

—Sabe lo de Émile —respondió—. Sabe que estuvimos sin hogar. Creo que con eso basta.

Y así era. Bastaba para que Annie entendiera que yo había vivido con casi nada. Bastaba para que entendiera que esa etapa de mi

vida me había dejado como legado el miedo elemental a perder lo que por fin había conseguido.

—Sé que es una tontería —murmuré.

—¿El qué?

Me quedé buscando una forma delicada de cerrar el tema, pero Gabriel me llamó desde el agua.

—¡Frida! ¡Vamos!

Por un segundo, mi hermano estaba imponente. Desenfadado, libre de cualquier miedo. Pletórico. Tenía mujer, trabajo. Y el mar abriéndose a su paso.

¡Mierda! Yo también quería probarlo. Tal vez nuestras cosas volaran. Tal vez lo perdiera todo. Y tal vez perderlo todo fuera mejor que quedarme en la arena mientras los demás se divertían.

Eché a correr. El agua estaba fría. Era una sensación maravillosa en todos los sentidos. No hacía falta nadar: mantenerse en pie ya era todo un reto. El agua no respetaba nada: te agarraba, te hacía girar, te escupía fuera.

¡Qué descaro! ¡Qué insolencia, la naturaleza! Me encantaba.

Algo me rozó el tobillo. Me encogí. Y todo el encanto se rompió.

Esa sensación… ¿Qué era? Una pulsera trenzada, azul y nueva, sujeta a mi muñeca. Algo para distinguirnos. Para marcarnos. Las que llevaban esas pulseras tenían más de dieciocho años. Para Émile, una chica con pulsera azul era carne disponible. Lo mismo ocurría con los dormitorios separados, de los catorce a los veinte. Estaban pensados para mantenernos aparte: solo las chicas y Émile, sin espacio para preguntas ni para los secretos que nos avergonzaba compartir. La compañía exclusiva de otras chicas, nuestros dormitorios comunitarios, también preparaban el escenario para las

disputas inevitables, nos predisponían a enfrentarnos unas con otras. A los catorce, Émile nos cerró la mente. A los dieciocho, empezó con nosotras. A los veinte, cuando ya había normalizado aquella situación, nos entregaba a la compañía de otros hombres.

Pero ya no estaba en su mundo. Estaba en Spring Lake, Nueva Jersey. Cuando metí la mano en el agua, lo único que saqué fue un alga.

Quizá no había monstruos en aquellas aguas, nada que acechara bajo la superficie.

Una ola se elevó en el horizonte. Gabriel me agarró de la mano.

—¡Tienes que zambullirte por debajo!

La ola se acercó, y me sumergí en el agua, pero no lo bastante profundo. Durante unos segundos, fui una hoja de lechuga en una centrifugadora. Mi cuerpo daba vueltas. Sabía que no debía nadar, porque había perdido la noción del arriba y el abajo. Tenía que confiar en que flotaría.

Salí a la superficie. Gabriel me miraba, preocupado.

—¡Estoy bien! —grité—. ¡Estoy bien!

Y era verdad. Ese era nuestro nuevo mundo: podíamos casi ahogarnos, casi tener problemas. El desastre ya no era inevitable.

Me acerqué a Gabriel. Nos adentramos unos pasos más en el mar. Entonces él se detuvo y volvió la cabeza hacia la arena. En mis recuerdos, aquella imagen se congela unos instantes: Gabriel y yo entre las olas, y Annie en la orilla. Separados. En mundos distintos.

Y después, todo volvió a moverse. Gabriel le gritó algo a su mujer. Ella se levantó de la silla y vino corriendo.

34

ESCALANTE, UTAH

EL SÉPTIMO DÍA

En cuanto entro en nuestra suite, siento la presencia de Gabriel.

Lo encuentro en la terraza, encorvado sobre su portátil. Cuando me ve, lo cierra de golpe.

—¿Dónde te habías metido? —pregunta.

He estado tan angustiada por él que no se me ha pasado por la cabeza que él también pudiera estarlo por mí. Ayer no regresé al hotel y tenía el móvil sin batería. Gabriel debió de entrar en pánico. Joder, a estas alturas tendría que estar poniendo una denuncia por desaparición.

Pero no. Está… un poco preocupado, por decir algo.

—¿Ahora te importa? —le digo.

—¿Qué quieres decir?

—He estado fuera toda la noche.

Frunce el ceño.

—Te busqué por todas partes —dice, a la defensiva—. Le pregunté a Catalina si sabía dónde estabas. Me dijo que te habías ido al pueblo en coche. Tus cosas seguían aquí, así que estaba claro que no te habías marchado. Y cada vez que te llamaba saltaba el buzón de voz.

—Está sin batería.

—Bueno, cuando lo cargues verás que te he llamado un montón de veces.

Su tono de voz, esa racionalidad tan fría, me saca totalmente de quicio.

—¡Toda la noche fuera! —grito—. ¿No pensaste que podía haberme pasado algo?

Se frota la frente.

—¿Por qué me gritas?

«Porque no entiendo nada de lo que estás haciendo, y todo esto está empezando a asustarme».

Gabriel me ahorra el esfuerzo de responderle.

—De todas formas, tenemos que hablar. Quiero decir… Necesito contarte una cosa.

Se levanta y deja el portátil en la silla.

—La policía —dice—. Ellos… ¿No quieres sentarte?

Niego con la cabeza.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabes?

—¿Te refieres a lo de «personas de interés»?

Asiente.

—Lo he visto en el periódico —digo.

Frunce los labios con resignación.

—Yo lo vi en internet —dice.

—Esto es una mierda —susurro.

Se adelanta un paso, con cautela. La tensión que flota en el ambiente es inevitable, como la quietud sofocante que precede a la

tormenta. Seguimos heridos por nuestra pelea, con la garganta lacerada por las palabras que nos lanzamos.

La pelea. Tengo la sensación de que fue hace cien años. Cuando mi mayor preocupación era que Gabriel le hubiera mentido a Harris.

Antes de encontrar el prendedor de Sabrina.

Antes de que el nombre de mi hermano apareciera en su móvil.

—Sentémonos un momento —digo.

No parece que me haya oído.

—¿Por qué están haciendo esto? —pregunta—. ¿Cuál es su objetivo? No tienen nada contra ti ni contra mí y…

La luz está cambiando, el sol está escalando hasta su punto más álgido, encima de nuestra terraza. Un rayo ilumina a Gabriel y su rostro queda dividido: una mitad al sol, la otra oculta en la sombra.

—Gabriel —digo—. Por favor, ¿te sientas conmigo?

Me mira como si acabara de darse cuenta de que estoy aquí.

—¿Qué?

Necesito saberlo. Necesito soltarlo ya.

—Han encontrado tu nombre en su teléfono.

Gabriel se mueve y su cara desaparece en la sombra.

—¿Qué acabas de decir?

—He hablado con Harris. Vino al pueblo y me pidió que fuera a la comisaría. Da igual. El caso es que dice que encontraron tu nombre en el teléfono de Sabrina Brenner. Y tu fecha de nacimiento. Y tu dirección.

—¿Y tú le crees?

«Francamente, sí».

—Venga ya, Frida. La policía miente para conseguir lo que le interesa. Y, aunque fuera verdad, eso no significa…

Entro de nuevo en la suite.

—¿Adónde vas?

Me sigue. Me acerco a su mochila, la cojo, desabrocho el bolsillo interior.

—Esto —digo, sacando el prendedor—. Por esto me lo creo.

Gabriel palidece. Cierra las manos con fuerza.

Esta es la situación: él es alto, y siempre —siempre— ha sido más fuerte que yo.

Y el pasador de una mujer muerta está en su mochila.

Y es una persona de interés en la investigación de su asesinato.

Igual que yo.

—Vale —dice—. Hablemos.

—Te escucho.

Levanta una mano.

—Aquí no.

Frunzo el ceño.

—Aquí… no puedo —dice, señalando alrededor.

—Entonces ¿dónde?

—Fuera —dice.

Por supuesto.

Donde no haya oídos, ni ojos.

En el desierto, donde nadie pueda oír mis gritos.

Cierro los ojos y los vuelvo a abrir, como si intentara borrar el contenido de mi cerebro para dejarlo en blanco.

Es Gabriel. La persona a la que hace más tiempo que conozco. En cierto modo, la única persona que conozco aparte de mí misma.

Crecí junto a él. Compartió mis años más duros. Yo era una cachorra salvaje, liberada, hambrienta, sin educación y preparada

para ser víctima del abuso, y él era mi compañero de camada.

—Vamos —digo.

Todavía llevo la misma ropa que ayer. Me guardo el prendedor en el bolsillo lateral de los pantalones cortos. Es lo único que me parece real ahora mismo.

Quizá estoy más preparada para esto de lo que creía.

Quizá, en algún rincón de mi mente, llevaba ya mucho tiempo preparándome.

35

SPRING LAKE, NUEVA JERSEY

ONCE AÑOS ATRÁS

En el patio trasero, había un lugar donde encender fuego.

—Deberíamos hacer *s'mores* —dijo Annie en nuestro cuarto día.

Acababa de levantar la vista de su revista, una edición especial de *People* dedicada a historias de crímenes reales que habían «conmocionado América».

—Nunca los he probado —dijo Gabriel.

Annie ladeó la cabeza, como diciendo «eso pensaba».

—¿Y tú? —preguntó volviéndose hacia mí.

Negué con la cabeza.

—La próxima vez que vayamos a la tienda —declaró Annie— compraremos lo necesario.

Le encantaba ese rollo. Probar cosas nuevas, acompañarnos en nuestras innumerables «primeras veces». Los primeros cómics, las primeras galletas de chocolate, la primera pista de patinaje sobre hielo. Creo que sentía un entusiasmo genuino.

Me había costado entender a Annie y la forma como se había criado. En nuestra noche de cine y pizza, me pareció dulce. Una chica encantadora: esa fue la idea que me formé de ella en mi cabeza.

Y lo era, sí, pero no como me había imaginado. Annie era impetuosa y tenía las cosas claras. Su padre dirigía una cadena de copisterías. Algún día, ella heredaría el negocio familiar. Incluso la había contratado a tiempo parcial para que pudiera… bueno, espiar a los otros empleados.

—Un poco repugnante —dijo, arrugando su preciosa nariz después de explicárnoslo.

Sin duda. Pero ¿quién era yo para juzgar? La gente hacía lo que fuera por amor, por dinero, por sobrevivir.

Me resultaba difícil —y creo que a Gabriel también— calibrar la riqueza de la familia de Annie. A veces parecía la persona más adinerada de América. Otras, en cambio, tenía la sensación de que en América había Annies a montones.

Materialmente, nunca le faltó de nada. Escuelas privadas, tutores, vacaciones. Cuando intentaba repasar la lista en mi cabeza —la lista de todas las cosas que Annie había tenido y yo no—, siempre debía empezar de nuevo, rebajar las expectativas: padres, un dormitorio, comida.

Pero ella quería invitarnos a entrar en su mundo. En cuanto conoció a Gabriel, deseó ser la persona que se lo enseñara todo. Alguien que compraba galletas graham, malvaviscos y chocolatinas. Alguien que, al terminar nuestra última cena en Spring Lake, le preguntó a su flamante marido:

—¿Quieres encender tú el fuego?

Me dejó sin aliento.

De verdad.

Gabriel dudó. Tragó saliva.

Y luego, como si se hubiera rendido ante algo, respondió:

—Claro.

Se volvió hacia mí.

—¿Quieres ayudarme?

«¿Te has vuelto loco?».

Pero no podía decirle eso delante de Annie, así que lo seguí hasta el patio trasero.

Apreté los dientes cuando recogimos un par de troncos del cobertizo.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Asentí. Habíamos tenido una buena semana. Una buena vida, por fin. No hacía falta arruinarlo todo con una pelea.

Aun así, estaba enfadada.

«¿Quieres ayudarme?».

Qué innecesario. Sabía muy bien que no quería. Y Gabriel era perfectamente capaz de encender un fuego él solito. ¿Por qué arrastrarme a mí?

Teníamos un acuerdo tácito: no obligarnos a procesar nada más rápido de lo necesario.

Un acuerdo al que habíamos llegado cuando aún vivíamos en el trastero. Justo después de que atraparan a Émile.

Así fue como ocurrió.

No detuvieron a Émile por las chicas.

Sabía lo que se hacía. Las chicas tenían dieciocho años. No había pruebas de lo que les había hecho. De lo que nos había hecho. Solo la palabra de unas cuantas mujeres, todas ellas testigos pésimos después de haber pasado la vida en una secta.

No. Las chicas no eran el problema.

Al final, todo se redujo a los impuestos. Émile —según se publicó en la prensa— llevaba años sin presentar la declaración. Debía cientos de miles de dólares al gobierno. Si lo condenaban por todos los cargos, decía un artículo, podría enfrentarse a hasta cincuenta años de cárcel.

Émile tenía cuarenta y nueve cuando lo detuvieron. Si lo condenaban, con toda probabilidad moriría entre rejas.

Eso no significaba nada para mí. El hecho de que Émile sufriera era solo eso: un hecho.

Y si, por algún milagro, no moría en prisión, lo deportarían a su Francia natal cuando lo liberaran.

Un pequeño premio de consolación: Gabriel y yo tuvimos algo que ver con su detención. El incendio había llevado a la policía al complejo. Había abierto de par en par las puertas del edificio de Émile —en sentido literal y figurado—. Los agentes habían encontrado documentos que constituían causa probable (me los imaginé guardados en un baúl o en un cajón, lo bastante lejos de su escritorio para sobrevivir al fuego). Consiguieron una orden de registro y, a partir de ahí, todo escaló hasta que Émile se declaró culpable.

—Al menos ahora no le hará daño a nadie más —dijo Gabriel el día que nos enteramos.

Había acabado odiando aquella parte de nosotros. Siempre tan resistentes... Unos supervivientes, pasara lo que pasara.

Me ponía de los nervios.

Una mañana, al cabo de dos días, Gabriel no pudo levantarse.

—Vamos —le dije.

—No puedo.

—¿Migraña?

A su cabeza no le pasaba nada, me dijo con un gruñido.

—Vamos, levántate —insistí.

Se giró hacia la pared. Una oleada de frustración me recorrió de arriba abajo. Pero me di cuenta a tiempo, justo antes de estallar: yo no sabía lo que le ocurría, pero, fuera lo que fuese, Gabriel no podía controlarlo.

La detención de Émile significaba que aquel mundo se había terminado. Que ya no había ningún lugar al que volver. Que la única vida posible era esta, y apenas era vida.

Gabriel estaba harto de ese mundo nuevo. Aquel al que había viajado solo por mí.

Se lo debía.

Así que trabajé. Y Gabriel no.

Compraba comida para dos con el dinero de uno. Lavaba nuestra ropa en el lavabo del trastero. Compraba ibuprofenos. Calentaba sopa en un hornillo de camping gas. Le ponía música en la radio portátil que había comprado en la tienda de «todo a un dólar».

Eso duró seis meses.

Era amor. Era, simplemente, lo que hacíamos el uno por el otro.

Entonces ¿por qué no podía darme un respiro con el fuego del patio trasero?

Quizá él tampoco podía afrontarlo sin mí.

Quizá el fuego era algo que siempre tendríamos que manejar juntos.

Gabriel dejó los troncos en el suelo. Yo hice lo mismo. Luego me mostró cómo encenderlo: la yesca primero, el resto, después. Odié cada minuto. En un rincón de mi cerebro, habíamos regresado a la

secta: Gabriel era un chico que encendía una hoguera para Émile, mientras todos los demás estábamos reunidos alrededor de las llamas.

Annie, ajena a todo aquello, seguía en la cocina, metiendo platos en el lavavajillas.

—¡Tachán! —exclamó al salir, empujando la puerta con la cadera mientras sujetaba una bandeja con las manos.

Además de lo que, según Annie, solía comerse en estos casos —galletas graham, malvaviscos y chocolate—, había preparado unos extras: tazas de mantequilla de cacahuete, fresas troceadas, pepitas de chocolate blanco.

—Disfrutemos del fuego un rato —dijo, colocando la bandeja en una mesita del patio—. Y luego, el postre.

Me senté en una de las tumbonas de madera que había colocadas alrededor del fuego, formando un semicírculo, y me quedé contemplando las llamas. Esa cosa orgánica, casi viva.

«¿Y si meto la mano? ¿Y si prende la manga del jersey? ¿Me arderá la piel, me dolerá, me saldrán ampollas, se me abrirá la carne, se…?».

—Ahora vuelvo —dijo Gabriel, levantándose.

Actuó como si se hubiera olvidado algo dentro, o como si fuera al baño. Pero yo lo sabía. Era la misma persona a la que el duelo había tumbado durante seis meses. Gabriel tampoco soportaba estar ahí sentado, mirando las llamas.

Annie, recostada en su tumbona, hacía girar la copa de rosado que no se había terminado en la cena.

—Entonces —me dijo— ¿estás… con alguien?

Solté una risita.

—Con nadie en particular —respondí—. Con todo el mundo en general.

—Bien. Muy bien.

De pronto se puso seria. Entendí que aquella pregunta sobre mi vida amorosa había sido un preámbulo, un empujoncito para entrar en confesiones más profundas.

—Mira —dijo, bajando la vista a la copa—. Sé que nunca hablamos de… cosas.

—¿De cosas?

—De la vida. De antes de conocernos.

«Ah».

Annie levantó la mirada. El fuego le iluminaba el rostro.

—¿Cómo fue? —susurró, a pesar de estar las dos solas—. ¿Después de que os fuerais?

Se impuso un silencio absoluto, apenas interrumpido por algún que otro chasquido del fuego.

Annie me puso la mano en el brazo.

—Nunca habla de eso —dijo—. Estamos casados. Va a ser mi marido el resto de mi vida. O de la suya. Y no consigo que me lo cuente.

Abrí la boca, pero me quedé atascada.

«¿Que cómo fue vivir en una secta?

»¿Huir de allí?

»¿Sobrevivir a ese trauma?

»Pues bueno…

»Te diré cómo fue vivir en la calle: cada vez que intentábamos hacer algo, nos encontrábamos con alguna complicación. Queríamos solicitar un apartado de correos, pero para eso necesitábamos una

dirección. Lo mismo para conseguir un móvil. Había duchas públicas, pero solo en otros distritos (a los que no podíamos llegar sin una tarjeta de metro), y no estaban abiertas fuera del horario laboral (en el que teníamos que trabajar para poder pagarnos las tarjetas del metro).

»Y luego estaba lo más grave: no teníamos certificados de nacimiento ni números de la Seguridad Social. Para el gobierno, no existíamos.

»Entonces Gabriel enfermó. No su cuerpo, su mente.

»Así que tuve que cuidarlo. Tuve que cuidar de los dos. En aquella época, me despertaba en plena noche, empapada en sudor, con la certeza de que aquella vida, nuestro mundo, pendía de un hilo. Yo. El hilo era yo.

»Cuando Gabriel mejoró, en diciembre de 2009, supe que las cosas tenían que cambiar.

»Necesitábamos ayuda.

»Hay cosas que no puedo contarte, Annie. Como que, para entonces, ya llevábamos un año fuera de la secta. Émile se había declarado culpable de todos los cargos. Si en algún momento sospechó que habíamos tenido algo que ver con la muerte de Edwina, no supo usarlo para negociar un buen acuerdo con la fiscalía. Eso me hizo pensar que era seguro salir de nuestro escondite.

»La muerte de Edwina: eso no pienso contártelo nunca.

»¿Me oyes?

»Ni bajo tortura lo confesaría.

»Encontré una organización. Había visto a gente haciendo cola para conseguir comida y, cuando podía, me unía a ellos. Un

domingo, alguien me dijo que podían ayudarnos.

»Era el tipo de ayuda que solo se da en dosis pequeñas e imperfectas. Requería paciencia y valentía, dos de los recursos que se me estaban agotando. Pero era ayuda, al fin y al cabo.

»Me mudé a un albergue para personas sin hogar, y Gabriel, a otro. Sobre el papel, no éramos familia, así que no podíamos estar juntos. Volvimos a los dormitorios colectivos: chicas por un lado, chicos por otro.

»Le echaba de menos.

»Costó mucho, Annie. Muchísimo trabajo construir dos vidas desde cero. Lo intentábamos, una y otra vez.

»Una trabajadora social entró en nuestras vidas. Luego, una mujer de una asociación dedicada a ayudar a personas que habían conseguido dejar una secta, o que querían dejarla. Entre las dos, localizaron a una antigua seguidora de Émile. Antes de entrar en la secta, había sido enfermera, así que Émile quería que asistiera a los partos. Ella estuvo allí cuando nació Gabriel y también seis meses después, cuando nací yo.

»Aquella mujer firmó un documento. Gabriel y yo esperamos. Rellenamos más documentos. El objetivo de ese montón de papeleo eran nuestras tarjetas de la Seguridad Social.

»Fue la primera prueba tangible de que podíamos reclamar un lugar en la sociedad.

»Nos hicimos el carné de identidad. Abrimos cuentas bancarias.

»Si en algún momento Gabriel pensó en buscar a sus padres biológicos, no me lo dijo. Yo tampoco mencioné a los míos. ¿Qué podrían haber hecho por nosotros esos completos desconocidos? Lo digo literalmente. Sí, el resentimiento y la rabia que sentíamos eran

difíciles de digerir. Aunque tampoco sabíamos cómo se suponía que debían comportarse los padres en el mundo real. De haberlo sabido, quizá habríamos llorado la infancia normal y amorosa que nos habían arrebatado. Pero no lo sabíamos, así que no había nada que echar de menos.

»Tras un año en nuestros respectivos albergues, nos mudamos a un apartamento. Pagábamos lo que podíamos y la ciudad cubría el resto.

»Teníamos camas de verdad, dos individuales que colocamos separadas, una a cada lado del salón. Comíamos y nos duchábamos con regularidad. Era como si nuestros cuerpos hubieran salido del modo supervivencia. Todos los problemas que habían aguantado durante los dos años anteriores subieron a la superficie. A mí me dolía el hombro y Gabriel tenía urticaria. Yo necesitaba gafas y él, tratarse las migrañas.

»Fuimos sanándonos, por partes.

»Compramos una tele pequeña, la más barata que encontramos. Yo me pasaba el día viéndola. Noticias, telecomedias, dramas médicos, series policíacas. La vida era más fácil de entender cuando estaba destilada en los diálogos ingeniosos de los guionistas de Hollywood.

»Además de ver la tele, empecé a fumar. Carmen, otra camarera del restaurante, siempre me preguntaba si quería salir a fumar. Yo decía que no, no, no… hasta que un día dije que sí.

»No pasa nada. Me gusta fumar.

»Y luego, bueno, esta parte ya la conoces, Annie. Me aceptaron en Columbia.

»Se me dan muy bien los números. Un día —la verdad es que lo que voy a decirte suena absurdo incluso dentro de mi cabeza, pero ahora mismo así es mi vida— creo que conseguiré un buen trabajo en algún sitio. Quizá en un banco. Entiendo ese mundo. Curioso, ¿no? Después de no haber tenido nada, entiendo el dinero. A veces pienso que, cuando eres ajeno a una realidad, la ves con mayor claridad. Tuve que averiguar por mí misma cómo funcionaba este mundo. Lo mismo con las cuentas, los tipos de interés, las acciones y los bonos. Nadie me lo explicó. No crecí con ello. Y por eso encajó en mi cerebro adulto sin las confusiones heredadas de la infancia, sin los errores o los prejuicios de quienes te crían.

»Sé un poco de eso.

»Una vez creí en un hombre que inventaba muchas fantasías inútiles.

»Aunque me enseñó matemáticas. En su despacho. Ahí fue donde resultó evidente mi afinidad por los números.

»Y ya que estamos, Annie. Ya que hablamos…

»El fuego me incomoda. A Gabriel también. No podemos contarte por qué. Pero ojalá pudiéramos compartir contigo alguna historia que te ayudara a entender que algunas actividades no están hechas para nosotros.

»Como esta, por ejemplo. Como los *s'mores*».

No le dije nada de eso a Annie.

Simplemente hice lo que me había pedido. Contemplar el fuego. Seguro que podía ver las llamas reflejadas en mis ojos. Si miraba con bastante atención, quizá incluso las vería extendiéndose hasta

mi cerebro. Tal vez vería las brasas originales en mis recuerdos, las que encendieron todas las demás.

—Es complicado —dije al fin.

Ella se encogió de hombros.

—Vale —respondió.

—No es que no quiera contártelo.

—Lo entiendo.

«No, no lo entiendes».

Annie carraspeó.

—En fin —dijo. Se levantó y, dando una palmada, añadió—: Hora de los *s'mores*.

Volvió a entrar en la casa y regresó con Gabriel.

—Mira, se hace así —dijo, clavando un malvavisco en un palo—. A mí me gustan tostados, así que los meto en el fuego y dejo que…

Se lo mostró mientras seguía hablando, hundiendo la nube en las llamas. Luego la sacó todavía ardiendo y la sopló. Estaba medio carbonizada —poco apetitosa, la verdad—, pero Annie parecía encantada.

—Luego coges una galleta y un poco de chocolate…

Nos enseñó toda la arquitectura, la extraña combinación del sándwich de galletas y chocolate. Con la otra mano, retiró la nube chamuscada del palo y la añadió al chocolate. Dejó el palo a un lado, cerró el *s'more* con otra galleta y se lo ofreció a Gabriel.

—Primer bocado —dijo.

Era un juego privado, una teoría que habían construido en el lenguaje compartido de su amor: el primer bocado de cualquier comida era, por definición, el mejor. Si alguien pedía probar el plato del otro, tenía que esperar a que el dueño diera ese primer bocado.

Y a la inversa: dejar que otra persona diera el primer bocado de tu comida era una muestra de profundo cariño, la concesión de un gran privilegio.

Gabriel probó el *s'more*. Cerró los ojos mientras lo saboreaba.

—No está mal —dijo—. Nada mal.

Me lo ofreció y yo sacudí la mano.

—Ya me prepararé el mío.

Me puse a ello. Malvavisco, palito.

—No tienes que chamuscarlo si no quieres —dijo Annie—. Puedes simplemente acercarlo al fuego y esperar.

Pero yo lo chamusqué. Oh, sí. Lo metí en el fuego, lo saqué y me quedé mirando la pequeña llama mientras tostaba la superficie blanca, mientras envolvía el cuerpo blando y gelatinoso del malvavisco.

Al cabo de unos segundos, lo apagué de un soplido. Repetí los gestos de Annie: coloqué el chocolate en la galleta, la nube derretida encima, y la segunda galleta.

«Primer bocado».

La comida me parecía de lo más sabrosa en aquella época. Después de años alimentándonos con la bazofia que nos imponía Émile, y otros más llevándonos a la boca lo más barato que podíamos conseguir, cada comida nos ofrecía infinitas posibilidades. La primera vez que probé una buena hamburguesa con queso, con carne de calidad, un panecillo tierno y aros de cebolla roja encima, mastiqué con tantas ganas que acabó doliéndome la mandíbula.

Al principio, el *s'more* me pareció una sinfonía de texturas: primero la galleta crujiente, luego el chocolate frío y sedoso, y finalmente la nube caliente y pegajosa. Aquella resistencia inicial

seguida de una rendición total resultaba hipnótica. Como un truco de magia que conjuras con los dientes, una vocecilla que enseguida repite: «Otra más, otra más». Es físicamente imposible no darle otro bocado… y otro… y otro.

Y luego estaban los sabores. Oh, sí, los sabores. Dulce, quizá demasiado, pero sin complejos. Orgulloso de ser excesivo. «¿Qué esperabas? Soy un sándwich de golosinas».

Hasta que no me hube zampado el tercer bocado, no se me ocurrió opinar.

—Caray —dije.

Annie asintió, satisfecha.

Repetimos, probando nuevas combinaciones: mantequilla de cacahuete en lugar de chocolate, fresas entre el chocolate y el malvavisco… Pero yo volvía siempre al original. No necesitaba ningún extra.

Después de mucho tiempo, el fuego podría significar esto: una galleta mezclada con chocolate, una nube derritiéndose en tu lengua. La pura magia de aquellos días.

36

ESCALANTE, UTAH

EL SÉPTIMO DÍA

Gabriel y yo nos dirigimos al límite del recinto del hotel. Caminamos con la cabeza gacha y el paso acelerado. Cada uno ha cogido una botella de agua del minibar: nuestra única precaución.

—¡Eh! —nos grita alguien.

Creo reconocer la voz de Catalina. Seguro que está indignada. Nos hemos atrevido a salir de nuestra suite: nosotros, las dos personas de interés a las que tan generosamente ha concedido una última noche en el paraíso.

Veo a un grupo de gente con el rabillo del ojo: un Fabio abatido, una Madison recelosa. También está William Brenner, todavía aquí, todavía libre.

Acelero el paso, poniendo una mano en la espalda de Gabriel. No es que la necesite. Camina tan deprisa que apenas consigo seguirlo.

El desierto se despliega ante nosotros.

—Por aquí.

Mis pies saben adónde ir. Conozco este lugar, sus pendientes, sus grietas ocultas.

Quizá mi seguridad no esté justificada. La última vez que me aventuré por aquí, el desierto me escupió el teléfono de una mujer

muerta. Me dio esperanzas, pero mira dónde he acabado: en una sala de interrogatorios, soportando la mirada impaciente de un agente de policía y las acusaciones escandalosas que salieron de su boca. El nombre de Gabriel en el teléfono de Sabrina Brenner.

Le señalo el sendero que enfilamos ayer con Ethan. Gabriel asiente. Seguimos caminando en silencio.

El calor es tan insoportable que empiezo a pensar que nunca había tenido calor de verdad. Tomo un par de tragos ansiosos a la botella de agua cuando pasamos por el lugar donde Ethan dio por terminada la caminata de ayer. Enseguida nos plantamos en lo alto de una colina, justo debajo de una especie de dosel de roca.

Miro a Gabriel por primera vez desde que hemos salido de la suite. Tiene la frente cubierta de sudor. Se la seca con el dorso de la mano. Sé que uno de sus ojos es azul, pero desde donde estoy ambos parecen negros. El efecto es inquietante, como si fuera una versión de sí mismo que no había visto nunca.

—A ver —digo—, ¿qué quieres contarme?

Gabriel vuelve a enroscar el tapón en la botella. Sus gestos son lentos, precisos.

—Hay algo que deberías saber —dice.

Habla tan bajo que apenas lo oigo. Intento mirarlo a los ojos, pero se empeña en contemplar un punto lejano situado detrás de mí.

—Sabrina y yo… —empieza.

Eso es. Lo que intentó decirme en la suite la mañana después de ver el cadáver. Tampoco entonces era capaz de mirarme a los ojos. Empezó: «Sabrina, nosotros dos…».

No llegué a saber el resto de la frase. Gabriel cambió de tema. Decidió ocultarme algo.

—Sabrina, nosotros dos… —repite ahora—. Estuvimos… Tuvimos…

—¿Qué? ¿Qué es?

—Pasó algo —dice al fin.

Tengo la boca seca. Trago con dificultad y me muerdo la lengua en el proceso.

—¿Qué pasó? —pregunto.

Me dedica una mirada incómoda.

—Entre nosotros —dice—. Pasó algo.

—¿Entre tú y… Sabrina?

—Sí.

—¿Qué? ¿Qué pasó?

—Estuvimos... —Sus mejillas se sonrojan.

—Gabriel —le digo—. ¿Qué pasó?

Deja escapar un suspiro de frustración.

—Estuvimos… viéndonos —responde.

—¿Cómo?

Y con esto quiero decir: «¿Qué coño estás diciendo?».

—¿Tú y Sabrina? ¿Qué?

Él asiente con rigidez.

Necesito asegurarme de haberlo entendido bien.

—¿Tú y ella... teníais una aventura?

—Bueno, técnicamente, yo no —precisa—. La que tenía una aventura era ella. Conmigo. Supongo. Si es que puede llamarse así.

Me llevo una mano a la frente.

—¿Cómo...? ¿Cómo es posible? —Alargo el brazo hacia el hotel—. Estabais aquí. Yo estaba aquí.

Hace una mueca.

—No siempre.

Y entonces me vienen a la cabeza esos momentos en los que perdí de vista a Gabriel. Cuando regresó a la suite mientras yo seguía en la piscina. La excursión que se perdió el tercer día. Nuestra última cena antes del asesinato: «Voy a buscar un jersey». Todas esas veces en que lo vi mirando al vacío.

No estaba mirando al vacío. La estaba mirando a ella. Admirándola desde lejos.

¿Era eso?

Le doy vueltas a la idea.

¿Debo creerlo?

¿Puedo creerlo?

Y, si lo hago…, ¿hay algo más detrás de esto?

Gabriel se sienta en el suelo.

—Ven —me dice, dando una palmada en la tierra, a su lado.

Dudo.

«¿En serio? Es Gabriel».

Me siento.

Él asiente con la cabeza, dándome un gracias silencioso.

—Empezó el primer día —dice—. No sé si te acuerdas, pero me la encontré de frente cuando iba a…

—Me acuerdo.

—Había... algo en ella. Quiero decir, era guapísima, claro. Pero no era solo eso.

Busco una postura más cómoda, sentada en el suelo. Antes de decir nada, elijo las palabras con cuidado para que Gabriel siga hablando.

—¿Y cómo pasasteis de tropezaros a... lo que fuera que ocurrió?

Gabriel suspira.

«¿La querías?».

«¿Has... llorado por ella?».

«¿O pasó algo distinto, algo más oscuro?».

«¿Cómo acaba exactamente la historia que estás a punto de contarme?».

Gabriel abre la boca, pero niega con la cabeza.

Pongo la mano sobre la suya. Es arriesgado. Está nervioso, avergonzado por razones que todavía no entiendo. Aun así, no se aparta.

—Cuéntame —digo.

Asiente. Abre la boca de nuevo. Esta vez, habla.

37

ESCALANTE, UTAH EL PRIMERO, EL SEGUNDO, EL TERCERO, EL CUARTO

Y EL SÉPTIMO DÍA

Así es como ocurre, según Gabriel.

El primer día, después de estar en la piscina, Gabriel se topa con esa mujer camino de nuestra suite. Se había fijado en ella. Todo el mundo lo había hecho. No espera que ella vaya a fijarse en él y, si lo hace, será por motivos poco halagadores. Porque es alto, tímido, torpe. Porque tiene cada ojo de un color distinto. Siempre he sospechado que Gabriel podría ser guapo, pero nunca lo he sabido con certeza. Su rostro forma parte de mi mundo desde hace tanto tiempo que, para mí, simplemente es.

Por supuesto, la gente también se fija en él. Al fin y al cabo, es Gabriel Miller, el hombre cuya mujer murió en circunstancias demasiado extrañas como para pasarlo por alto. Ocurre. Ha ocurrido ya demasiadas veces.

Sin embargo, la forma en que Sabrina Brenner lo mira lo hace sentir bien. Me jura que es así. Su mano se entretiene en el brazo de Gabriel. Y sus ojos —esos hermosos ojos verdes— buscan los suyos por encima de las gafas de sol. Le sonríe y todo su rostro se ilumina.

—No soy ningún enfermo —me dice Gabriel, bajo el dosel de roca —. No me pongo a imaginar cosas solo porque una mujer me mire. Así que al principio pensé que no era nada.

Pero entonces, aquella noche, nuestra primera noche en el hotel, Gabriel y yo salimos a tomar una última copa después de cenar. Un cóctel espresso martini para mí y uno de piña colada sin alcohol para él. Me levanto unos minutos para ir al baño. En ese lapso de tiempo, la ve, sola, sentada en un taburete al otro extremo de la barra. Ella lo identifica, levanta discretamente la mano a modo de saludo y —mirando a izquierda y a derecha, quizá comprobando que su marido no la vea— se le acerca.

Bajo el dosel, la voz de Gabriel resulta hipnótica. Al escucharlo, enseguida me imagino la escena, como si la viviera a través de él. Sé cómo habla, cómo respira. Sé cómo reacciona ante casi todo.

O al menos eso creo.

Tal vez haya otro Gabriel oculto bajo la superficie.

Pero la versión que imagino de él es la mía: Gabriel, charlando con Sabrina en el bar.

Hablan unos minutos. Ella se aloja en el Ara con su marido, que está trabajando mucho. Siempre trabaja mucho.

Al decir eso, parece un poco triste.

—Se suponía que en este viaje íbamos a pasar tiempo ocupándonos de...

Se interrumpe. Un rubor le sube por los pómulos.

Quizá no quiere aburrirlo. Quizá se ha dado cuenta de que no sería apropiado contarle a un desconocido —a ese joven desconocido— lo que se suponía que iba a hacer con el hombre

mayor que es su marido. Quizá tiene la sensación de que le ha sido desleal a William.

—¿De dónde venís? —pregunta Gabriel, para cambiar de tema.

—De Nueva York —responde ella.

Imagino que la mandíbula de Gabriel se tensa.

—Yo viví durante un tiempo en Nueva York —dice.

—Ah, ¿sí? ¿Dónde…?

Sabrina se fija en alguien que está al otro lado de la sala. Con un movimiento elegante, se separa de la barra en la que estaba apoyada. Su mano vuelve a rozar el brazo de Gabriel.

—Ha sido un placer hablar contigo —dice.

Se marcha antes de que Gabriel tenga tiempo de decirle que para él también lo ha sido.

Al cabo de unos segundos, regreso del baño.

—¿Qué me he perdido? —pregunto, ajena a todo.

Gabriel agita su cóctel sin alcohol con despreocupación.

—Nada —dice.

Al día siguiente, Gabriel y yo vamos a la piscina.

Sabrina Brenner y su marido también están allí. Gabriel los observa de vez en cuando con el rabillo del ojo. William lleva pantalones de lino y una camisa a juego, y Sabrina, un bikini blanco y un pareo rojo anudado a la cintura. Está leyendo un libro. Gabriel se inclina hacia delante para ver la portada: un retrato al óleo de una mujer melancólica. William pasa el dedo por la pantalla de su teléfono.

Al cabo de una hora, Sabrina y William empiezan una de esas discusiones silenciosas que las parejas saben cómo mantener en público. Están sentados en el borde de sus respectivas tumbonas, con los pies en el suelo y la espalda encorvada. Gesticulan con brusquedad, frunciendo el ceño. William subraya cada sílaba que articula sacudiendo el puño cerrado. Sabrina le acaricia el brazo, pero él se levanta, recoge sus cosas y se marcha.

Ella se queda atrás. Se pasa un dedo por debajo de las gafas de sol, quizá para secarse una lágrima.

Gabriel solo ha hablado dos veces con esa mujer —esa mujer hermosa y amable—, pero su tristeza lo conmueve.

—Estaba allí sentada —me dice—. Se la veía tan triste…

«Así que tú también lo notaste. Esa tensión entre los Brenner, como una cuerda deshilachada a punto de romperse. No era solo yo. No me lo estaba imaginando».

No se lo digo.

Si hablo, Gabriel podría darse cuenta. Podría dejar de sincerarse conmigo.

Y tengo que saber adónde va toda esta historia.

Al final, Sabrina también se marcha de la piscina.

Algo despierta dentro de Gabriel. No puede dejarla ir.

—Vuelvo a la suite —me dice.

—¿Estás bien?

—Es que tengo calor. Necesito un poco de aire acondicionado.

Asiento. Me molesta que Gabriel no pueda pasar un día entero a mi lado. Pero debo admitir que hace un calor infernal en la terraza de la piscina.

—¿Quieres que te acompañe?

—No. —Quizá se ha apresurado demasiado en responder, pero no lo noto—. Quiero decir, estaré bien. Disfruta.

Gabriel se pone la camiseta y se aleja a toda prisa.

No tiene ningún plan. Si espera otro encuentro con Sabrina Brenner, tendrá que ser el destino quien lo organice. No la ve en el vestíbulo. Ni en el restaurante, que está cerrado. Debe de haber vuelto a su suite, pero... ¿no estará su marido allí? ¿Volvería con él apenas terminada una pelea?

De pronto, Gabriel se da cuenta de que no sabe absolutamente nada de esa mujer.

Cuando está a punto de tirar la toalla, la ve entrando en el vestíbulo desde la zona del salón de la entrada. Tal vez solo necesitaba dar un paseo. Tal vez quería estar sola unos minutos. En cualquier caso, cuando ve a Gabriel, su rostro se ilumina.

—Hola —dice ella.

Gabriel responde al saludo. Sabrina se detiene. Le tiembla un poco la voz, pero en presencia de Gabriel parece relajarse. Empiezan a hablar, una vez más. Del desierto, del calor, del hotel. Cosas sin importancia.

—Oye —dice Gabriel, y entonces titubea. No sabe muy bien qué intenta preguntar, ni cómo hacerlo. Al final se decide—: ¿Está todo bien? ¿Estás bien?

Sabrina lo mira como si nadie le hubiera hecho nunca esa pregunta, como si hiciera meses que nadie se interesara por ella.

—Estoy... bien —responde—. Mi marido... está muy estresado. A veces le pongo de los nervios. —Fuerza una risita y, con un gesto reflejo, se arregla los cabellos, que lleva impecables—. Cosas de los matrimonios, ya sabes.

Gabriel asiente.

Sí, lo sabe.

—Si necesitas algo —dice—, mi hermana y yo nos alojamos en la suite veintinueve.

Sabrina deja caer la mano que aún tenía en el pelo.

—¿Tu hermana?

—Sí. He venido con ella.

—¿La mujer con la que estás es... tu hermana?

Gabriel asiente. No entra en más detalles. No dice: «Bueno, no exactamente. Es mi... ¿Cómo decirlo? Nos criamos juntos».

Una especie de descarga eléctrica recorre el espacio que los separa.

Y eso le da una fuerza que hacía casi una década que no sentía.

—Oye —dice—. ¿Te gustaría... sentarte conmigo o algo así? Tenemos una terraza. Es muy tranquila.

Sabrina omite algo que es obvio: que todas las suites tienen terraza, y que todas son muy tranquilas.

Asiente.

—Espera —lo interrumpo—. ¿De verdad le dijiste eso? «¿Sentarte conmigo o algo así?».

Es un detalle, lo sé, pero me parece importante. Tiene que ver con la credibilidad... ¿Puedo imaginarme esas palabras saliendo de la boca de Gabriel?

En realidad, sí.

He tenido suficientes citas como para identificar una buena estrategia de seducción, y esas palabras torpes no lo son. Y Gabriel… No creo que nunca haya sido un seductor.

Hace una mueca.

—Lo sé. Pero funcionó.

Sabrina lo sigue hasta el interior de nuestra suite. Gabriel aprieta el paso para dejar atrás nuestras camas —que, por suerte, están hechas; el servicio de limpieza ha pasado mientras estábamos fuera —. Por un segundo, la situación le parece sórdida. Pero luego, cuando salen a la terraza, todo encaja.

Mientras tanto, yo me levanto de la tumbona y me voy al desierto, con agua y galletas en la mano, para rescatar a un coyote.

—Entonces —dice Sabrina, sentándose en una de las dos sillas a la espera de que Gabriel se acomode en la otra—, ¿tú de dónde vienes?

Él le habla de Seattle. Es libre de no explicarle por qué se mudó allí; está claro que ella no lo ha reconocido. De hecho, Gabriel la ve como un lienzo en blanco en el que puede volver a dibujarse. En sus ojos, puede ser quien él quiera.

Y es una sensación tan agradable, tan liberadora...

Sabrina le hace preguntas, y él responde.

—¿A qué te dedicas?

Gabriel le habla del Imperio romano. Es una felicidad extraordinaria poder hablar del Imperio romano con una mujer hermosa.

—¿Y cómo empezaste a dedicarte a eso? —quiere saber ella.

Él le habla de los libros, de internet, de las películas.

—¿Cómo es Seattle? Nunca he estado allí.

Gabriel le habla del clima, de lo mucho que le gusta la lluvia. No todo el mundo entiende que pueda gustarle la lluvia, pero Sabrina sí.

Ella también le cuenta cosas. Nació y se crio en Nueva Jersey. Gabriel se muestra impertérrito: no le dice que él también vivió allí.

Con Annie. En realidad, no le dice que estuvo casado. Ella no se lo pregunta y él se lo calla.

¿Cuántos años debía de tener ella cuando murió Annie? Trece, catorce como mucho. No es extraño que no lo reconozca. Para Sabrina, Gabriel es simplemente el amable desconocido con el que se cruzó por casualidad en un hotel de lujo.

Sabrina le habla de su madre, de la peluquería de la que es dueña. De su retahíla de padrastros.

—Ninguno se comportó nunca como un padre implicado —dice con una risa irónica.

Gabriel le dice que lo siente.

—No pasa nada —responde ella—. Es lo que hay.

Parece valiente y fuerte. Alguien que ha escalado en la sociedad, pero que nunca ha olvidado de dónde venía.

Gabriel y Sabrina se quedan en silencio un momento.

Luego, ella dice:

—Debes de pensar que estoy loca, contándole mi vida a un completo desconocido.

—No lo pienso —responde él.

Probablemente no está pensando en nada.

Una súplica silenciosa flota entre los dos, como una neblina.

«Por favor. Por favor, sigue contándome tu vida».

—Trabajaba en un bar —dice ella—. Un bar de cócteles para gente rica. Bueno, sobre todo para hombres ricos.

Ahí fue donde conoció a William Brenner. Era uno de los clientes.

—La primera vez que vino, me dejó una propina de doscientos dólares y su número escrito en el recibo —dice, sonriendo con orgullo—. Me quedé pillada de él.

Mucha gente piensa que se casó con William por dinero, dice, pero la verdad es que se enamoró.

La llevaba a ver musicales de Broadway, a los viejos asadores de Nueva York.

—Hacía cosas extravagantes —dice—. Como de película.

Una vez, en su día libre, la invitó a la ópera. Aquella tarde, mientras se arreglaba, sonó el interfono. En aquella época, tenía alquilada una habitación en Chelsea. Su compañera la llamó y, cuando Sabrina acudió al salón, una caja enorme estaba allí esperándola, con un lazo plateado y el nombre de una firma francesa de alta costura escrito en unas elegantes letras blancas.

—Era un vestido increíble —dice—. De terciopelo negro. Y con guantes de seda, de los que llegan hasta aquí.

Sus dedos trazan una línea invisible desde las manos hasta más arriba del codo, como si intuyera que ese chico —con su bañador, sus chanclas y sus hombros encorvados— no tiene ni idea de lo que son los guantes de gala.

—¿Sabes lo que más me impactó? —dice ella—. Que se acordara de los zapatos. Negros, de tacón de aguja. Estaban en la caja, con el vestido. Fue como si se hubiera parado a pensarlo, ¿sabes?, y hubiera deducido que yo no tendría nada lo bastante bonito para combinar con aquella maravilla.

Sabrina se muerde el labio.

—Eso me dejó alucinada —dice—. Creo que fue entonces cuando supe que me casaría con él, si algún día me lo pedía.

Y lo hizo, tres meses después, en un restaurante francés llamado La Grenouille. Deslizó el anillo —un diamante del tamaño de un tomate cherri— por encima de la mesa.

—Fue una boda más bien íntima —dice—. En su casa de los Hamptons. Era su tercera vez, así que…

Gabriel asiente con cortesía.

—¿Quieres ver una foto? —pregunta ella.

La verdad es que no tiene muchas ganas de ver una foto de la hermosa Sabrina casándose con William, pero ella parece entusiasmada, así que accede.

Sabrina no es tonta. Elige una foto en la que aparece sola, sin su marido. Es la tercera mujer más radiante que el mundo haya visto jamás. Lleva un vestido discreto, pero Gabriel adivina la emoción de una novia primeriza en la cintura entallada, en la forma ligeramente abombada de la falda, en el ramo de peonías. «No quiero parecer una princesa —dice el vestido—, pero ¿cuándo voy a tener otra oportunidad?».

—Preciosa —susurra él.

Cuando se da cuenta de que lo ha dicho en voz alta, se sonroja.

—Lo siento —dice.

No sabe adónde mirar.

Con una sonrisa, Sabrina lo saca del apuro.

—No pasa nada —dice—. Gracias.

Y se guarda el teléfono.

—En fin —añade—, es un buen hombre. Solo que... un poco difícil, a veces. —Hace una pausa—. Vinimos aquí para arreglar las cosas. Fue idea mía. ¿Sabes qué pensé cuando llegamos? Nos dieron la suite número seis. Y pensé: «Seis, ese es mi número de la suerte». De verdad lo es. Pero ya ves, los números de la suerte tampoco pueden dártelo todo.

Gabriel se pregunta para sí: «¿En qué sentido es un hombre difícil?».

«¿Te pega?».

«¿Le tienes miedo?».

Y piensa, sin decirlo: «Yo sería mucho mejor, si me dieras una oportunidad».

En lugar de eso, pregunta:

—Bueno, ¿qué estabas leyendo?

Ella le habla del libro que leía junto a la piscina: *Madame Bovary*.

—Va de una mujer muy romántica —dice—. Se casa con un hombre aburridísimo. No creo que haya nada malo en soñar con alguna aventura, pero el mundo te castiga por ello.

—¿Y qué le pasa? —pregunta Gabriel—. ¿A la mujer?

—Todavía no lo sé —responde ella—. El libro se publicó en 1857, pero me las he arreglado para evitar los espóileres durante dos siglos.

Se queda un instante pensativa y añade:

—Aunque no creo que acabe bien.

Su rostro se ensombrece. Gabriel siente una necesidad urgente de cambiar de tema.

—¿Lees muchos clásicos? —pregunta.

Sabrina vuelve a animarse.

—Cuando era niña. Luego, en la adolescencia, lo dejé.

«En la época en que llegaron los padrastros».

—Volví a leerlos cuando me casé con William —añade—. Dejé el trabajo en el bar cuando nos comprometimos. Dijo que ya no necesitaba trabajar. Así que tenía mucho tiempo libre. Él tiene una biblioteca maravillosa.

Gabriel se da cuenta de que podría estar horas escuchándola. Contemplándola. No está enamorado, exactamente. No puedes estar enamorado de una mujer con la que solo has hablado tres veces. Pero sí hipnotizado. Fascinado.

Sabrina se mira el reloj —una pieza dorada, brillante, de una marca francesa que Gabriel habría reconocido si fuera tan aficionado a las series de mafiosos como yo— y se levanta.

—Debería irme.

Gabriel la acompaña a la puerta de la suite. Ella vuelve a ponerle la mano en el brazo.

—Gracias —dice—. Por tu amabilidad.

Y, en ese momento, Gabriel entiende qué la hace tan especial: Sabrina Brenner es una de las mujeres más bellas que ha visto jamás y, sin embargo, actúa como si fuera un regalo poder disfrutar de su atención. Como si llevara una eternidad esperando que alguien la viera y se sintiera profundamente agradecida de que aquel hombre la hubiera mirado de verdad.

Es un auténtico milagro.

Sabrina levanta la mano hacia el pomo de la puerta, pero, en el último segundo, parece reconsiderarlo. Recorre los cinco pasos que la separan de Gabriel. Esta vez, deposita la mano en su hombro. Se inclina hacia él y le da un beso rápido pero delicado en la mejilla.

A esas edades —ella es más joven que él, pero no tanto— un beso en la mejilla apenas significa nada. Sabrina lo olvidará en cuestión de segundos, seguro. Pero para él es un regalo que no se habría atrevido a desear, un giro del destino que jamás habría podido imaginar.

Gabriel no lo cuenta así. Lo describe como un beso fraternal.

—Me dio un besito en la mejilla —dice—. Me pilló completamente desprevenido.

Su lenguaje corporal rellena las lagunas: se le dilatan las pupilas, se seca las manos en los pantalones cortos.

La puerta se cierra tras ella.

Gabriel sabe que debería contentarse con haber vivido este momento. Debería conservarlo como un tesoro: el recuerdo de los labios de esa mujer sobre su piel.

Sin embargo, se sienta en la cama, en la suite vacía, con las rodillas flojas de deseo. Quiere más, más, más.

Lo que nos lleva al tercer día.

El tercer día, Gabriel y yo tenemos programada una excursión, pero antes desayunamos.

Por supuesto, los Brenner también están en el comedor. Esta vez no discuten. Comen en silencio. William ni siquiera mira a su mujer. Pincha los huevos revueltos con el tenedor y pasa las páginas del periódico con brusquedad. El papel cruje cada vez que cambia de sección. Cuando llega a los deportes, una de las páginas se rasga entre sus dedos.

Sabrina juguetea con los pedazos de fruta de su yogur, pero no come. Tiene la mirada fija en el plato y una actitud apagada, como si debiera disculparse por existir. Como si debiera pagarle al mundo el aire que tiene la osadía de respirar.

—Se me rompió el corazón —dice Gabriel—. Y también me enfadé. Sentí que debía hacer... algo.

—¿Así que me dejaste plantada? —le espeto.

Gabriel cierra los ojos un segundo.

—No quería... provocar nada. Solo...

—Da igual.

—No. Espera. Tengo que explicártelo.

Busca las palabras.

—¿Te haces una idea del horror que supone para mí tener una cita?

Cuando todavía nos escribíamos, cuando nos visitábamos, a veces me dejaba caer algún que otro comentario acerca de lo que podría llamarse su vida amorosa (o al menos acerca de algo que se le parecía). «Fui a tomar una copa con una mujer que trabaja en tal sitio»; «Vi esa serie con [inserta aquí el nombre de una desconocida]». No me contaba mucho, solo lo justo para que no siguiera preguntándole. Pero ahora me doy cuenta de que probablemente tuvo poca intimidad con esas mujeres, si es que tuvo alguna.

—¿Ha habido…? Quiero decir, ¿no has…?

¿Qué intento preguntarle, exactamente?

«¿No has estado con nadie en nueve años?».

«Y no me refiero solo al sexo. ¿No ha habido cariño en tu vida? ¿Ninguna compañía?».

Él agita la mano en el aire.

—Hubo una mujer… hace siete años, creo. Y un par más después de ella. Pero nada que durara. Nada bueno.

Gabriel niega con la cabeza.

—A veces sigo intentándolo. Pero nunca sé qué esperar. Quedo con una mujer y lo único de lo que quiere hablar es de Annie. O

tiene un pódcast. O solo está ahí para decirme que sabe que yo la maté.

Se pasa la mano por la cara.

—Con Sabrina… No tenía planeado buscarla ni nada de eso, pero hacía tanto tiempo que nadie me miraba así... Como si yo… valiera la pena. Esto va a sonar estúpido, pero quería estar ahí para ella. Y sabía que no me hablaría si tú estabas presente. Así que sí. Lo siento. Supongo.

—No pasa nada.

«Tú solo dime qué hiciste».

El tercer día, sentados a la mesa del desayuno, mientras reunimos fuerzas para la excursión, Gabriel me dice que empieza a tener migraña.

—¿Quieres que me quede contigo? —le pregunto.

Una vez más, me despide con un gesto.

—No, no. Ve tú. Que al menos uno de los dos vea el desierto.

—¿Seguro? —insisto.

Él asiente.

—Estaré bien.

Me voy. Gabriel se queda un rato más en el comedor hasta que los Brenner se levantan de la mesa. Cuando regresa a nuestra suite, yo ya me he marchado.

Luego deambula por el hotel. Va al vestíbulo, a la piscina, al salón de la entrada, incluso al spa. Ni rastro de Sabrina.

Vuelve a la suite.

—Me sentía tan estúpido... —dice—. ¿Qué pensaba que iba a pasar?

Tras diez minutos sumido en la autocompasión, alguien llama a la puerta.

Abre.

Es ella.

Toda la amabilidad contenida del día anterior, toda la aparente inocencia de aquel beso en la mejilla han desaparecido.

Se ha prendido un fuego en el interior de Sabrina Brenner.

—¿Puedo pasar? —pregunta.

Gabriel no dice nada. No hace falta. Retrocede un paso, y ella entra en la habitación.

—¿Te apetece tomar alg…?

—No he venido a hablar —lo ataja ella.

Levanto una mano.

Gabriel va demasiado rápido. Intento imaginarme la escena; parece sacada de una película antigua, de esas cuyos actores tenían rostros de verdad y una química real. De esas en las que la escena más banal podía derivar en el más erótico de los momentos.

¿Y Gabriel lo vivió?

¿De verdad?

—¿Te lo estás inventando? —pregunto.

Por un segundo, parece ofendido.

—Perdón —murmuro—. Sigue.

—Me volvió a besar. No en la mejilla. Y luego…

Hace una pausa.

—Una cosa llevó a la otra.

—¿Esta es tu forma educada de decir que te acostaste con ella?

—Sí.

Esto es mucho que procesar.

Intento verlo desde el punto de vista de Sabrina. ¿Por qué lo hace?

En la historia que acaba de contarme Gabriel, ¿por qué aparece ella en su puerta, impaciente, decidida, con un plan tan claro en mente?

Lleva dos años casada con William. Es un imbécil. Peor que eso: es violento, coercitivo, controlador.

Pero la decisión de acostarse con Gabriel la ha tomado por sí sola. Esa parte de su vida no tiene nada que ver con William.

Lo hace por control. Lo hace porque puede hacerlo.

—Joder —susurro.

—Lo sé.

—Así que todo este tiempo, tú has estado…

Las palabras flotan entre nosotros.

«Coqueteando. Besuqueándote. Acostándote».

«Con Sabrina Brenner».

«La víctima del asesinato».

—Me gustaba —dice—. Me gustaba de verdad. No la conocía mucho, pero no importaba.

Gabriel ha guardado el secreto durante todo ese tiempo.

Lo guardó cuando encontraron el cuerpo de Sabrina, y lo guardó durante toda la investigación. Lo guardó cuando habló con Harris. Tuvo mil oportunidades de contármelo, y las dejó pasar todas.

Me viene algo a la cabeza.

—¿Por eso le mentiste a Harris?

Gabriel asiente.

—Entré en pánico —responde—. Quiero decir, ¿qué probabilidades había? Me acuesto con una mujer, y la encuentran muerta.

No hace falta que le diga «otra vez». Está implícito.

—¿Y su teléfono? —pregunto.

Gabriel se frota la frente.

—Después de… estar juntos —dice—, me pidió mi dirección. Supongo que pensó que escribir cartas era más seguro que mandar mensajes. William podría verlos, pero nunca vería una carta.

—Y, aun así, se apuntó tus señas en el móvil.

—Pero no todas, ¿verdad? ¿Te lo dijo Harris?

Asiento.

—Sabrina me dijo que mi nombre no causaría ningún problema: diría que era un autor del que había oído hablar.

Me imagino la situación: a Sabrina escribiendo el nombre de Gabriel en su aplicación de notas, escondiéndolo entre las entradas de su calendario de comidas. «Miller —podría haber dicho—. Muy literario».

Claro que ella no sabía nada del pasado de Gabriel. No imaginaba lo que significaba su nombre para miles de personas. No tenía ni idea de que su marido —el magnate de los medios, el hombre de los tabloides— sabía perfectamente quién era Gabriel Miller.

—No le di mi número ni nada —dice Gabriel—. Creo que se apuntó mi calle y… algo más.

—Tu fecha de nacimiento.

—Exacto. Le interesaba la astrología. Quería hacerme la carta astral, o algo por el estilo. Tal vez enviarme una felicitación por mi cumpleaños.

«Y».

—Jackson Avenue número 12, ¿verdad? Esa es tu dirección.

Gabriel asiente. Muy astuta, Sabrina. El doce de la fecha de nacimiento de Gabriel hacía doble función.

Las excusas se escriben solas: si Sabrina había fingido que «Gabriel Miller» era el nombre de un escritor que le interesaba, «Jackson» podía ser el título de su libro y «12/06/1990», la fecha de publicación.

Pienso.

—¿Y el pasador del pelo?

—Ella quería que me lo quedara.

Ladeo la cabeza. «¿En serio?».

—Lo llevaba en el bolso —dice Gabriel—. Me lo dio después de… todo. Dijo que quería que tuviera algo para recordarla. Estaba segura de que William no notaría que había desaparecido. Dijo que no solía fijarse en esas cosas.

Chasqueo la lengua.

—Yo también le di algo —dice Gabriel—. Una llave de repuesto de nuestra suite. Quería que tuviera un sitio al que ir si… necesitaba estar a salvo.

«¿En serio?».

«Bueno. Siempre fuiste rápido».

—¿La policía no la encontró? —pregunto.

Él se encoge de hombros.

—Si la encontraron, no cayeron en que podía ser la llave de nuestra suite. Es solo una tarjeta. Todas son iguales.

«Sí. Claro».

Otra cosa.

—Cuando te levantaste de la mesa —digo—, la última noche antes de que muriera, ¿de verdad necesitabas…?

—No, no necesitaba un suéter —admite—. Cuando la vi salir con William justo después de los aperitivos, pensé que algo no iba bien. Los seguí a cierta distancia hasta su suite. William no me vio, pero Sabrina sí.

—¿Estás seguro?

—¿De qué?

—De que William no te vio.

—Sí.

Absolutamente seguro de sí mismo. Muy ingenuo.

«¿No lo ves, Gabriel?».

«¿No lo entiendes?».

«Si todo lo que me estás contando es cierto —si todo esto pasó de verdad—, William sabía que algo ocurría. Y te vio. Y encajó las piezas».

—En fin —prosigue él—, oí que le decía a William que había olvidado algo. Le pidió que se adelantara y le dijo que enseguida volvía. Y entonces corrió hacia mí. No fue gran cosa. Me abrazó. Me besó. Pero fue… ya sabes. Importante.

Lo sé. He visto suficientes películas. Las historias que la gente se cuenta cuando está enamorada. O tal vez no enamorada, pero sí encandilada. Cada momento, cada detalle, parece lo más importante del mundo.

—Ayer —digo—. Cuando hablamos…

Y con «hablamos» quiero decir «discutimos».

—Podrías habérmelo contado —digo.

—Sí.

—Y ¿por qué no lo hiciste?

—Era… complicado. En realidad, estuve a punto de hacerlo. De contártelo todo. Pero no sabía cómo, y luego empezamos a gritarnos y…

«Tú. Tú empezaste a gritarme. Y a tirar cosas».

—El caso —continúa— es que no sabía cómo explicarlo, no quería que pareciera lo que no era.

Todavía tengo que plantearle otro detalle incómodo.

La logística. Parece ridículo preocuparse por eso, pero en última instancia, todo se reduce a eso: quieren atraparte. En la vida todo es logística. No «sales» de una secta; caminas hasta la estación más cercana y te subes al primer tren. No «provocas» un incendio; echas gasolina y enciendes una cerilla.

No «te acuestas» con la víctima de un asesinato; la haces pasar a tu suite, le bajas la cremallera del vestido y le acaricias el muslo con la mano.

—¿Usaste preservativo?

Gabriel me lanza una mirada, como diciéndome: «¿Estás de coña?».

Lo sé, lo sé, pero: logística.

—Si no lo hiciste —digo—, encontrarán tu… eh… tu ADN en su…

—Usé preservativo.

«Bueno, al menos en eso fue inteligente».

Se hace un largo silencio.

Todo queda suspendido entre nosotros: el primer día, el segundo día, el tercer día. El romance ilícito. Todo un pequeño drama que se desarrolló justo delante de mis narices.

Supuestamente.

Suspiro.

—No me crees —dice Gabriel.

Parece abatido.

—Sí te creo.

Pero él sabe que no.

O, más bien, que no sé si creerlo. Su relato parecía tan auténtico cuando me lo ha contado... Y también tan conveniente... Una manera de explicarlo todo: las mentiras, el teléfono, el prendedor del pelo. Una narración inexpugnable: la única persona que podría rebatirla está muerta.

—Deberíamos irnos del hotel —digo.

Es la única conclusión. Me crea o no su historia, deberíamos largarnos de aquí.

—No —suelta Gabriel.

Le lanzo una mirada.

—¿Por qué demonios querrías quedarte?

Se cruza de brazos y responde:

—Porque no he hecho nada. No deberías…

—Nos quedamos para no llamar la atención de Harris —atajo—. Pero ese barco ya zarpó. Ahora somos «personas de interés», Gabriel.

—No me importa —dice a la defensiva, casi enfadado—. No soy culpable y no voy a empezar a actuar como si lo fuera.

—Pero ¡ya lo has hecho! —exploto—. Le mientes a la policía. Me ocultas cosas. Gabriel, esto es serio. William Brenner está enfadado. Es rico, es poderoso, y la policía lo ha cabreado y lo sabe. Necesitan atrapar a alguien. Y tú… tú eres la solución perfecta a todos sus problemas.

Gabriel se pone en pie.

—No me lo puedo creer —dice—. Creí que estarías de mi lado.

—¡Estoy de tu lado! —grito.

Yo también me levanto y me sacudo el polvo del pantalón corto.

—Estoy intentando mantenerte fuera de la cárcel —digo—. Gabriel, ¿no te das cuenta de lo serio que es esto?

—¿Te crees que no lo sé?

Detecto cierto desprecio en su asombro, como si Gabriel no diera crédito a la estupidez que denotaban mis palabras.

—Créeme, Frida, sé exactamente lo serio que es.

Gabriel me da la espalda y contempla el desierto. Creía que estábamos en una colina, pero, al mirar hacia el vacío que se abre a nuestros pies, me doy cuenta de que la palabra «acantilado» es más adecuada.

—Una vez dejé que la gente me apartara —dice muy despacio—. No pienso volver a huir nunca más. Que vengan a por mí. Que me acusen. Me da igual. Soy inocente.

—¿Y crees que nunca se condena a un inocente?

Es posible que me odie si le soy sincera. Que lo que estoy a punto de decirle lo destierre de mi vida para siempre. Pero necesito que me escuche. Necesito sacarlo de aquí.

Quizá para salvarlo tenga que perderlo.

—Dos mujeres —digo—. Son muchas para un solo hombre.

Él se gira de repente

—¿Qué coño acabas de decir?

—Lo siento. Yo no lo veo así, pero es como lo verán los demás. La policía…

—Vete.

Es tajante e irrevocable, como una guillotina al caer.

—¿Qué? —digo intentando apaciguarlo.

—Que me dejes en paz —suelta. Y, al ver que no me muevo, me grita—: ¡Lárgate! Antes de que digas algo más de lo que puedas arrepentirte.

Le tiembla la voz. Vuelve a apartar la mirada. Me ha ordenado que me vaya, pero no quiere ser testigo cuando lo haga.

«Ay, Gabriel».

«¿Acaso no me conoces?».

Me acerco unos pasos. Ahora estoy a su lado. A nuestros pies, un precipicio de al menos cinco metros; suficiente altura para marearme si miro hacia abajo. Suficiente para necesitar agarrarme a algo, o a alguien.

Pero no.

Hay algo que necesito hacer, y debo hacerlo sola.

—Te he dicho que te vayas —repite.

—Gabriel.

«Si te convenzo para que me creas, ¿te irás entonces del hotel?».

—Sé que no mataste a Sabrina.

Esa parte es falsa. No obstante, necesito una mentira para llegar a la verdad.

La verdad: no tengo ni idea de quién mató a Sabrina. Hasta ayer, no creía que Gabriel fuera capaz de algo así. Pero ahora ya no lo sé.

No creo que lo planeara. Eso sí puedo decirlo. Aunque esas cosas pasan. A veces se producen accidentes. Quizá no sea asesinato, pero una persona ha perdido la vida. Un homicidio. Todas esas palabras que sugieren un menor grado de intención.

La verdad:

—Y sé que no mataste a Annie.

Gabriel exhala con amargura.

—Eso ya lo dijiste.

Niego con la cabeza y elijo con cautela mis siguientes palabras.

—¡ALTO!

El ayudante del sheriff Harris nos apunta con el arma reglamentaria. No está solo. Él y sus compañeros suben por el sendero como un ejército invasor.

—¡MANOS ARRIBA!

Gabriel los mira asustado, medio aturdido, como si lo hubieran despertado de una pesadilla.

—Levanta las manos —le susurro, alzando yo también las mías.

Antes de que Gabriel me haga caso, ya tiene a Harris encima, retorciéndole los brazos a la espalda. Yo trastabillo demasiado cerca del borde del acantilado.

—No te muevas —gruñe Harris. Gabriel tiene el cuerpo relajado, pero Harris redobla la presión de todos modos—. He dicho que no te muevas, hijo de puta.

Le coloca las esposas y sus compañeros —Calhoun, otro policía que vi en el Ara y cuatro más que deben de haber llegado como refuerzo— se agrupan a las espaldas de Gabriel, formando una barrera humana, como si temieran que fuera a escaparse.

—Quedas detenido por asesinato —le suelta Harris al oído, empujándolo con brusquedad. Espero las advertencias de rigor. «Tiene derecho a guardar silencio», «cualquier cosa que diga podrá ser usada en su contra», «tiene derecho a un abogado».

Pero Harris está furioso.

—¿De verdad intentabas matarla a ella también, desgraciado de mierda?

Me señala con la barbilla. Ah. Se refiere a mí. Me doy cuenta de la interpretación que ha hecho de la escena: Gabriel, su presunto asesino, con otra mujer, al borde de un acantilado. A segundos de ser víctima de un empujón fatal.

—No sé a qué se refiere —alcanza a decir Gabriel entre dientes.

—¡CÁLLATE!

Harris hace un esfuerzo por contenerse.

—Quedas detenido —recita de nuevo— por el asesinato de Sabrina Brenner. Cualquier cosa que digas podrá…

—Espere —lo interrumpo.

Sé que es una estupidez pensar que puedo hacerlo entrar en razón, pero ¿qué otra opción me queda? ¿Contemplar cómo se llevan a Gabriel?

—Él no lo hizo —digo en un intento patético, ridículo—. Se están equivoc…

Harris suelta una de las manos con que sujetaba a Gabriel para apartarme de un empujón.

—Y tú —me dice— mantente al margen, o te vienes con nosotros también.

—¿Tienen alguna prueba?

Mi pregunta no hace más que avivar la ira de Harris. Todavía sujetando a Gabriel por las muñecas, acerca su cara a la mía.

—¿Tratabas de protegerlo? ¿Eh? ¿Te creías muy lista, verdad, inventándote todo eso sobre William Brenner?

Es evidente que espera una disculpa o una súplica: «No, no, lo juro, no fue así, yo no intentaba nada». Pero está tan furioso que ni siquiera espera mi respuesta. Alarga la mano libre para arrebatarle una bolsa de plástico al colega que tiene más cerca.

—¿Te convence esto? —me pregunta mientras me la estampa en el pecho. No veo el contenido de la bolsa, pero oigo el crujido del plástico—. ¿El arma homicida?

—Kenneth —dice la ayudante Calhoun—. Ya está bien.

Cuando le quita la bolsa a Harris, veo lo que hay dentro: una piedra metida en una funda transparente de pruebas. Una piedra que antes era blanca y ahora está teñida de sangre.

Parpadeo.

«Cantos de mármol blanco procedente de Italia», dijo Catalina el primer día, cuando nos hizo el tour. Estaba de pie, junto a una de las macetas decorativas, pasando la yema de los dedos por las piedras. «No los encontraréis en ningún otro sitio de la región».

Esta piedra blanca es una bandera roja: solo puede venir del hotel. Con el tiempo, la analizarán, pero tengo bastante claro de dónde procede la sangre.

Harris vuelve a cebarse con Gabriel.

—¿De verdad creías que no la encontraríamos en tu puta mochila?

«Espera».

«Espera».

¿En su mochila?

La registré ayer mismo y lo único que encontré dentro fue el prendedor de la mariposa: el mismo que sigo llevando ahora en el bolsillo lateral de mis pantalones cortos.

No vi ninguna piedra.

—Vámonos —dice Harris, llevándose a Gabriel.

38

NUEVA YORK

ONCE AÑOS ATRÁS / Y LUEGO DIEZ

Y LUEGO NUEVE

Gabriel, Annie y yo pasamos muy buenos momentos.

Con el tiempo, el jardín de las delicias terrenales hizo lo que siempre: empezó a estropearse.

¿Puedo ser sincera?

Cuando los presenté, nunca imaginé que acabarían casándose. Pensé que tendrían algo y luego seguirían con sus vidas.

Gabriel acababa de cumplir veintidós años cuando se casaron. Annie tenía veintitrés. En cierto sentido, la edad no importa, pero ninguno de los dos estaba realmente preparado.

Una noche, cuando llevaban un año de matrimonio, Gabriel apareció en la puerta de mi casa. En cuanto se fue a vivir con Annie, yo alquilé un estudio nuevo en el 133 de West Street, entre un parque y un asador.

Gabriel estaba plantado en mi rellano, con el dedo en el timbre y la cara enrojecida. Llevaba su bandolera.

—¿Puedo quedarme aquí esta noche?

No tuve tiempo de preguntarle qué había pasado. Iryna, la nueva encargada de la cafetería donde trabajaba, acababa de llamarme

para pedirme que cubriera media jornada: Carmen no podía hacer su turno de noche porque su hijo tenía varicela.

—Estás vacunada, ¿verdad? —me había preguntado Iryna.

Sí, desde hacía tres años.

—Me voy a trabajar —le dije a Gabriel—. Aquí tienes una llave. ¿Hablamos luego?

Asintió, con una expresión ausente.

Cuando regresé a las tres de la madrugada, me lo encontré tumbado en el sofá, con las luces encendidas. Me duché y me cambié. Compartir espacio con él seguía resultándome la cosa más natural del mundo.

Me senté en el suelo, con la espalda apoyada en el sofá. Gabriel empezó a moverse para dejarme sitio, pero lo detuve.

—¿Por qué no me cuentas qué ha pasado? —le dije.

Sabía que le resultaría más fácil hablar si no lo miraba directamente a la cara. Suspiró.

—Hemos tenido una pelea.

—¿Por qué?

—Es complicado.

—Intenta explicármelo.

Se quedó en silencio, y luego accedió:

—Por dinero.

«¿Dinero?».

«Bueno, no puedo decir que me sorprenda».

Cuando Gabriel y Annie se fueron a vivir juntos, yo tenía…, ¿cómo decirlo?, ciertas reservas. Vale, está bien: no me parecía buena idea. Ni siquiera en aquel encantador barrio de Bloomfield, Nueva Jersey, en esa casita de dos dormitorios. Ya sé: el enamoramiento, el

subidón, la juventud. Pero yo era muy pragmática. No entendía cómo iban a apañárselas, económicamente. Gabriel trabajaba de ayudante para un escritor. Annie acababa de empezar como gerente regional en la empresa de su padre. No podía pagarle demasiado si no quería que los demás empleados se le amotinaran. La familia de Annie les echaba una mano, pero aun así…

Parecía realmente precaria esa vida suburbana en la que se habían lanzado a ciegas. Como una idea infantil de lo que era la vida real.

—Es que…, de algún modo, nunca nos alcanza —dijo Gabriel—. No lo sé. Supongo que se nos da mal ese tema.

—Ya. Puede pasar.

No supe qué más decir. En las series de la tele, las parejas siempre discutían por dinero. Por lo visto, formaba parte de la vida.

Lo que no entendía era que la discusión hubiera escalado hasta el punto de que Gabriel se hubiera plantado delante de mi puerta.

—¿Annie sabe dónde estás?

Suspiró otra vez. Con el rabillo del ojo, lo vi juguetear con el móvil hasta que lo dejó boca abajo encima del sofá.

—No pasa nada —dijo—. Hace unas horas que le he mandado un mensaje. No ha contestado.

—Quizá deberías volver con ella.

Se incorporó.

—¿Quieres que me vaya?

Volví la cabeza para mirarlo.

—No —dije—. No es eso lo que estoy diciendo.

Gabriel volvió a recostarse.

—No ha sido solo por el dinero —dijo.

«Ah».

—El otro día olvidé que teníamos planes. Estuvo dos horas esperándome en un restaurante. También intentó llamarme.

—¿Dónde estabas?

—En la biblioteca. Investigando.

—¿Sobre qué?

—Los emperadores romanos de la dinastía Flavia.

No era experta en esos temas, pero imaginé que no me habría gustado aparecer por debajo de Tito o Domiciano en la lista de prioridades de mi marido.

—Y luego hace un par de semanas —continuó Gabriel, como si se estuviera confesando—. Por su cumpleaños. Estábamos tratando de planear algo y le dije que le prepararía un banquete. Ella me malinterpretó. Lo dije como una broma.

—¿Una broma? ¿Sobre prepararle una cena?

Gabriel levantó la mano.

—Tendrías que haber estado allí para entenderlo —dijo.

«Aun así —pensé—, ¿qué diablos puede tener de gracioso eso, idiota?».

—Cuando volvió a casa, yo estaba… sentado en el sofá, leyendo y comiendo galletas saladas directamente de la caja.

No pude contener una carcajada.

—Ya lo solucionaréis —le dije.

Y lo creía de verdad. Sí, sabía que tenían problemas, económicos y de otros tipos. Y sabía que discutían. De todos modos, no podía imaginar que la cosa fuera tan grave. No podía imaginarlos gritándose el uno al otro, golpeando una mesa, lanzando cosas.

Solo los había visto enamorados. Sus peleas existían en un lugar desconocido e invisible de su mundo. De ahí que fueran tan fáciles de ignorar.

Yo quería a Annie. Es más: había llegado a conocerla como a una persona real, no solo como a esa joven encantadora que había irrumpido en mi vida en un torbellino de planes de boda, vacaciones en la playa y *s'mores*.

Era una persona completa. Divertida, espontánea, inteligente.

Y también tenía defectos.

Quizá Annie se sintiera juzgada por haberse casado tan joven. Quizá no estaba del todo segura de sus propias decisiones, y por eso necesitaba justificarlas constantemente. No obstante, su comportamiento cambió después de casarse con Gabriel. Empezó a hacer observaciones duras, categóricas, sobre sus amigas. «Miro a todas las que no están casadas y pienso: "¿De qué les sirve esta vida? Yendo de una persona a otra; ¿no les apetece construir algo?"». O: «Qué alivio haber dejado atrás todo ese circo de las citas, eso de andar acostándome con desconocidos, decirme a mí misma que está bien, que no me estoy entregando a quien no lo merece. Me gusta tener los pies en la tierra, ¿sabes?».

Oh, sí. Lo sabía. Pero como era de las que estaba muy ocupada yendo de una persona a otra, de las que jamás había pisado nada parecido a tierra firme, no podía identificarme del todo.

Nunca le recriminé su falta de sensibilidad. Porque era familia. Porque necesitábamos llevarnos bien. Porque la quería.

Aun así, me sacaba de quicio.

Vale, era más que eso. Sus comentarios me herían. Me sentía juzgada. No quería tener que defender mi vida ni mis decisiones.

Cada salida con ella se convertía en un desafío. Volvía a casa atragantada con todas las réplicas que me había tragado, como espinas de pescado.

En otra situación, nada de eso habría tenido importancia. Las parejas discuten. La gente cambia.

Pero a veces las cosas se complican.

En cuanto Annie se enteró de que Gabriel se había quedado una noche en mi casa, empezó a desahogarse conmigo cada vez que tenían una pelea. Supongo que pensó: «Si está dispuesta a escuchar la versión de él, que escuche también la mía».

—¿Te ha contado que no preparó nada para mi cumpleaños? —me dijo un día por teléfono.

—Sí. Me pareció fatal.

—Dijo que iba a prepararme una cena y luego resultó que era una broma.

—En eso la cagó, la verdad.

También estaban los mensajes: «Tu hermano ha vuelto a llegar tarde otra vez», o: «¿Puedes decirle a tu hermano que deje de MENTIR?», o: «Sé que crecisteis con pocas cosas [gracias, Annie, qué observadora], pero se le da FATAL compartir y eso tiene que mejorarlo».

De nuevo, yo estaba de acuerdo. Siempre había dudado de que Gabriel estuviera preparado para el papel de novio, y mucho menos el de marido.

Empezaron a ir a terapia de pareja, algo de lo que me informaron por separado, cada uno por su lado.

Si sirvió de algo, yo no lo noté.

«Tu hermano ha vuelto a desaparecer —me escribió Annie una noche—. ¿Sabes dónde puede haberse metido?».

«Probablemente en la biblioteca», le contesté.

«Anoche tu hermano llegó borracho».

«Annie, en su defensa debo decir que no probamos una gota de alcohol hasta los veinte. Y tampoco tuvimos nunca una etapa fiestera. Nuestra tolerancia es pésima».

«Tu hermano tiene que ponerse las pilas».

«Seguro que sí».

Etcétera, etcétera, etcétera. En los mensajes airados de Annie, Gabriel era siempre «tu hermano», nunca lo mencionaba por su nombre.

Mi hermano no se puso las pilas.

De hecho, una noche la cagó a lo grande.

Y ni siquiera se dio cuenta.

Fue Annie quien me lo contó.

39

ESCALANTE, UTAH

EL SÉPTIMO DÍA

Sé lo que vi. Ayer no había ninguna piedra en la mochila de Gabriel.

Lo cual significa que alguien ha querido incriminarlo. Alguien entró en nuestra suite, encontró su mochila y metió la piedra dentro.

No es difícil adivinar quién fue.

William.

Pero ¿cómo?

Se me ocurre mientras enfilo el sendero detrás de Harris, Gabriel y los otros agentes.

«Yo también le di algo», me ha dicho Gabriel.

«Una llave de repuesto de nuestra suite».

Para la policía, no habría significado nada, en caso de que la hubieran encontrado. En cambio, para William Brenner lo habría significado todo.

William debió de notar que Sabrina empezaba a alejarse de él. Siempre la observaba de cerca. Todo el que rodeaba a su mujer estaba bajo su control. Pese a lo que Gabriel acaba de contarme, estoy segura de que William lo vio. Lo vio desde lejos, cuando el matrimonio se levantó presuroso de la mesa de su última cena.

Y cuando los vi discutiendo en los últimos momentos de Sabrina, ¿qué es lo que dijo William?

«Deja de mentirme».

Sabía la verdad. William. Ese hombre orgulloso y cruel. Descubrió que su mujer le era infiel, se enfrentó a ella… y luego la mató. Y entonces centró su atención en el otro hombre.

William decidió acabar también con la vida de Gabriel, pero de otra manera.

Por eso nos hizo una foto durante la cena. Por eso filtró la noticia al *Escalante News*.

Por eso —ahora lo veo— dejó el teléfono de Sabrina en el desierto para que yo lo encontrara.

Claro, joder. Lo tenía él. Revisó el contenido, apartó lo que no le convenía, eliminó todo lo que pudiera incriminarle. Y entonces puso en marcha su plan.

No podía entregarle el móvil a la policía directamente: de hacerlo así, la prueba perdería toda credibilidad y William tendría que responder preguntas demasiado incómodas: «¿Cómo encontró el teléfono? ¿Desde cuándo lo tenía? ¿Por qué entregarlo justo ahora?». Era mucho más limpio que lo encontrara otra persona.

Y William sabía que, si esa persona era yo, lo llevaría directo a comisaría. Así que lo colocó en el único rincón del desierto donde solo me aventuraba yo: la guarida de la coyote.

Sabrina se equivocaba con su marido. No era que no se fijara en las pequeñas cosas. En realidad solo veía lo que le interesaba, lo que podía serle útil. Como aquella mujer que se aventuraba sola en el desierto, rondando la madriguera de una coyote. La misma que lo

miraba con desconfianza en la terraza de la piscina o en el comedor. Una mujer que esperaba hallar alguna prueba de sus abusos.

Y por eso —cuando llegó el momento adecuado— metió el arma homicida en la mochila de Gabriel.

Me lo imagino con total claridad, como si lo estuviera viendo: William espera a que Gabriel y yo nos vayamos al desierto, y se acerca a nuestra suite en cuanto nos hemos ido. Apoya la tarjeta contra el lector. Tal vez duda unos segundos de que la puerta vaya a abrirse. Pero lo hace y entonces se siente resarcido.

Solo tiene que comprobar las etiquetas del equipaje, confirmar que la mochila es de Gabriel Miller y meter dentro la piedra ensangrentada tratando de no dejar huellas, quizá con la ayuda de un pañuelo o una camiseta.

Mientras, Gabriel y yo hablamos en el desierto. Sobre Sabrina, los desconocidos y las cosas que hace la gente cuando nadie la observa.

¿Y después? La policía necesita una orden judicial para entrar en una habitación. William debía de saberlo. Así que…

Ha sacado la mochila de la suite. Sabía que no estábamos allí: acababa de vernos salir.

¿Y luego? ¿Qué ha hecho?

Quizá la haya dejado en el vestíbulo, o frente la puerta.

O tal vez haya sido todavía más descarado: se la ha llevado directamente a Harris. Casi puedo oírlo. «Mire, agente. Mire lo que he encontrado».

Si la cosa ha ido así, cuando Harris le ha preguntado por qué estaba en posesión de la mochila de Gabriel, ¿qué explicación le habrá dado William?

Fácil. Opción uno: jugar la carta del marido herido. Admitir un pequeño pecado para ocultar uno mayor. «Mi mujer… me engañaba con este tipo. Usted mismo me lo dijo, agente. Su nombre está en su teléfono. La echo tanto de menos… Solo quería saber si él tenía algo suyo. Algo que me la recordara. Le he pedido a un empleado que me dejara entrar. Ha sido tan amable…».

Puede que, en efecto, le haya pedido a alguien del hotel que lo dejara entrar, por si Harris necesitaba confirmar su historia. Así es como el mundo trata a William Brenner, sobre todo el mundo servil de los hoteles de lujo, donde el dinero compra favores y abre puertas.

Todo eso en caso de que Harris preguntara algo. Cuando un policía recibe una prueba clave en bandeja de plata no siempre cuestiona su procedencia.

Así que Harris ha metido la mano en la mochila y ha sacado la piedra manchada de sangre. «Acaba de irse al desierto —habrá dicho William, quizá señalando el camino—. En esa dirección».

Y *voilà*.

Ya hemos recorrido casi todo el sendero. Dentro de unos minutos, meterán a Gabriel en el coche patrulla. Pondrán en marcha la sirena, aunque apenas hay tráfico en estas carreteras.

Gabriel camina un paso por delante de Harris. Con la cabeza gacha. Actitud obediente. El ayudante del sheriff lo agarra con fuerza por las muñecas.

Mi hermano. El que lo hizo casi todo bien. El que se escapó de una secta. El que dejó de beber cuando descubrió que, en efecto, tenía un problema. El que se acuerda de tomarse las pastillas —las de la migraña, las de la depresión—. El que se cuida. El que lucha por

calmar su mente, aunque eso signifique escribir un diario que no logra rellenar. Se lleva el diario de vacaciones. Lo guarda en el cajón de la mesilla de noche.

Ese es él: alguien que sufre, que se enfrenta a sí mismo y vuelve a intentarlo una y otra vez.

Pero no es un asesino.

Llegamos al coche patrulla. Harris le pone una mano en la cabeza mientras Gabriel se dobla hacia delante para acomodarse en el asiento trasero. Intento atrapar su mirada, pero la puerta se cierra de golpe.

Harris rodea el vehículo. Mientras, los otros policías suben a sus coches y se alejan. Casi puedo sentirlo: el desgarro en el tejido de mi vida mientras se llevan a Gabriel.

Mi hermano. Perdido para el mundo.

En mi mano está salvarlo.

Sé lo que debo hacer.

«No. No».

«Por favor, no me hagas volver allí».

Mi mente es como un avispero.

Me he pasado casi nueve años tratando de evitar esa parte de mí.

La parte que maquina. La que sabe cómo salirse con la suya en situaciones horribles.

La odio.

Pero ahora la necesito.

Un avispero como cualquier otro: acércate bajo tu propia responsabilidad. Mete la mano. Siente el escozor de…

Y ahí están. Mil aguijones. Mil recuerdos, cada uno regresando con una ardiente punzada.

¿Qué sé yo sobre asesinatos?

Bueno.

Probablemente todo lo que hay que saber.

Al menos, todo lo útil.

Es un saber despojado de suposiciones. Afilado en el mundo traicionero y meticuloso de la logística.

El tipo de conocimiento que solo se adquiere con la experiencia.

40

NUEVA YORK Y NUEVA JERSEY

CASI NUEVE AÑOS ATRÁS

El teléfono vibró a las ocho de la mañana de un sábado y yo contesté todavía medio dormida. Me había sacado la licenciatura en mayo y hacía apenas cinco meses que había empezado a trabajar en el banco, lo que significaba que el día anterior había salido de allí hacia las dos de la madrugada.

—¿Annie? ¿Todo bien?

—¡No! —gritó. Me alejé el auricular del oído. Levantaba tanto la voz que no hacía falta poner el manos libres—. Voy de camino a la ciudad. Tenemos que hablar. Esta vez se ha pasado. He terminado con él. ¡terminado!

—¿Qué ha…?

Colgó.

Me llevé los dedos al entrecejo. Se había acabado el dormir. Me arrastré hasta la ducha y, luego, me puse unos vaqueros y una camiseta negra. (Me habría encantado tener estilo. Después de los trapos que llevábamos en el mundo de Émile, después de años lavándome la ropa en un lavabo, deseaba aprender a tener ese atrevimiento, ese gusto artístico con el que algunas personas

consiguen combinar prendas y crear conjuntos con ce mayúscula. Pero nunca lo logré).

Había platos en el fregadero, polvo en las estanterías, huellas en el espejo. Tenía que lavar las sábanas. Y en la encimera de la cocina se había acumulado un montón de cartas sin abrir.

Le escribí un mensaje a Annie: «¿Podríamos quedar para tomar un café o algo así?».

Sin embargo, estaba segura de que me respondería con una negativa. Annie hacía lo que quería, como quería. Borré el mensaje antes de enviarlo.

No haberlo mandado fue mi primer golpe de suerte. ¿Qué me habría contestado? Algo que me dejara en evidencia, como «No. Preferirás que te lo cuente en privado. Por el bien de todos».

Intenté ordenar el estudio lo mejor que pude, pero Annie debió de conducir como una loca, porque llamó a mi puerta cuando todavía estaba peleándome con el edredón.

—¡Voy!

Abrí la puerta y me la encontré allí plantada, desaliñada, visiblemente alterada, vestida con unas mallas, una camiseta ancha y unos zuecos. No llevaba nada de maquillaje. Estaba casi segura de que era la primera vez que la veía sin pizca de corrector.

Fue directa al sofá. En cuanto se sentó, se tapó la cara con las manos. Era como si no me viera; de hecho, diría que no veía ni el desorden que imperaba en mi estudio, ni nada que no tuviera directamente delante de las narices.

—¿Quieres un poco de agua? —pregunté—. ¿O café, quizá?

—Tu hermano —dijo.

Alzó la vista.

—Creo que deberías sentarte —añadió.

Así que lo hice, en el taburete que tenía delante del sofá.

—Anoche —dijo—, Gabriel llegó borracho. Otra vez.

«Mierda».

—¿Tiene un… problema?

Annie asintió.

—Probablemente —respondió—. Y es justo lo que dijiste. Tolerancia nula. Va al bar pensando que se tomará un par de cervezas para relajarse. Lo que no entiende es que, para él, dos cervezas son como siete vodkas para mí.

«Bueno, a Gabriel nunca se le han dado bien las matemáticas».

—Pero eso ya da igual —dijo Annie, con voz temblorosa—. Ahora mismo eso me importa una mierda. Perdón.

Inspiró profundamente, contuvo la respiración unos segundos y espiró.

—Anoche, cuando volvió, hablaba... Al principio lo que decía no tenía ningún sentido.

—Vale…

—Y entonces empezó a repetir una cosa. No le oía bien; estaba en la cama, murmurando con la almohada pegada a la cara. Al principio pensé que le había oído mal. Pero no.

Annie tenía la mirada perdida. Había algo de desesperado en la expresión de su rostro, como si buscara algún punto de referencia que pudiera guiarla en ese mar de desorientación.

—Decía... Parecía decir... No, no solo lo parecía, lo decía: «La maté... La maté…».

Dejé de respirar. Dejé de pensar. Solo me quedé ahí, escuchándola.

«La maté».

«¿La maté?».

—Bueno, debía de estar muy borracho —balbuceé.

—No —dijo Annie—. Quiero decir, sí, lo estaba, pero sonaba tan... real. Como si saliera de un sitio muy profundo, ¿sabes?

Alzó un dedo.

—Y luego empezó a decir otra cosa. Un nombre. «Edwina, Edwina…». Una y otra vez.

«Gabriel».

«Joder».

«¿Acaso no lo sabes? ¡La gente como nosotros no puede emborracharse! ¡Tenemos que ser siempre conscientes de lo que decimos, y a quién se lo decimos!».

Sin embargo, ese pensamiento era injusto. No sabía a ciencia cierta qué le pasaba a Gabriel, pero, fuera lo que fuera, no lo había elegido. Probablemente era Edwina la razón por la que bebía tanto.

Annie metió la mano en su bolso, uno precioso, de piel verde oliva con herrajes dorados.

—No conocemos a ninguna Edwina —dijo, revolviendo entre sus cosas—. Es un nombre muy raro. Me dio que pensar.

Sacó una hoja impresa de dentro del bolso.

—Recordé que había leído algo, hace años —dijo—. Fue en un periódico, pero encontré el artículo en internet.

Me tendió la hoja, esperando que la cogiera.

Me levanté del taburete.

No recuerdo haberme acercado a ella, ni tampoco haber cogido el papel.

Lo que sí recuerdo es lo que sentí: como si cayera desde mucha altura.

En la parte superior de la hoja había un titular, un grito procedente del pasado.

«VÍCTIMA MORTAL EN EL INCENDIO DE UNA SECTA».

Y, justo debajo, cada palabra, cada signo de puntuación, exactamente como los recordaba:

> Una persona ha muerto y otra ha resultado herida después de que el fuego devorara parte del complejo de una organización apartada que algunos han descrito como secta.

Mis ojos recorrieron el resto del texto. No quería mirar a Annie. No quería que aquel momento —el momento en que tenía ese papel en mis manos— terminara. No quería formar parte de lo que viniera después.

> Un funcionario del condado ha confirmado que esa misma noche, horas más tarde, una persona murió a consecuencia de las heridas sufridas en el incendio. […] una joven de veintiún años. […] en la organización se la conocía con el nombre de Edwina.

Dos dedos asomaron por el borde superior de la hoja. Annie la dobló por la mitad y volvió a guardársela en el bolso.

—Sé que parece un disparate —dijo—. Créeme, al principio pensé que me estaba volviendo loca. Intenté calmarme. Luego me enfadé otra vez. Fue entonces cuando te llamé. Pero…

Se frotó la sien con la punta del dedo índice.

—Diciembre de 2008 —dijo—. Fue cuando os marchasteis, ¿no?

No dije nada. Ni siquiera me moví.

—Y es la secta correcta, ¿verdad? Gabriel mencionó a un tipo llamado Émile.

Annie me lanzó una mirada triste.

—Lo siento, Frida. ¿Tú… tú lo sabías? ¿Lo del incendio?

Intenté que mi rostro no expresara nada.

—Sí —dije al cabo de un segundo—. Sabía que había habido un incendio. Pero…

—¿Y os fuisteis poco después?

«Vaya…».

Gabriel no le había contado los detalles de nuestra huida, ni el momento exacto.

—Al principio no quería creerlo. No quería pensar que Gabriel pudiera ser... responsable de algo así. Pero ¿qué otra cosa puede ser?

—Bueno…

Me ahorró tener que buscar una respuesta.

—Nunca quiere hablar de esa etapa de su vida —continuó—. Y yo no sé cómo preguntarle. Es tan hermético... Supongo que ahora entiendo por qué.

Siguió murmurando. La sensata de Annie. La justa. Con la información que tenía, había escrito una nueva historia en su cabeza: en su versión, Gabriel había provocado el incendio él solo. Luego, al darse cuenta de que había matado a Edwina, decidió huir y llevarme con él.

Dejó escapar un suspiro y dijo:

—Tengo que contárselo a alguien.

«¿Qué?».

—¿No quieres hablar antes con él?

—No puedo —dijo—. No me sentiría... segura.

—Pero…

—Pero ¿qué?

«Pero nada». Tenía toda la lógica del mundo. Si sospechas que alguien ha cometido un asesinato, o un homicidio, o lo que sea, y acabas de descubrir que estás en lo cierto, lo último que quieres es hablar con esa persona.

—Es tu marido —dije tratando de persuadirla.

Annie contempló el anillo que llevaba en la mano izquierda. Era una alianza muy sencilla, chapada en oro. El único diseño que Gabriel había podido permitirse, y para el que tuvo que ahorrar. Annie podría haber comprado algo más lujoso con el dinero de su familia, pero se había quedado con aquel.

—Lo sé —dijo—. Pero si…, quiero decir, si lo hizo, se acabó el juego.

Por supuesto.

Así funcionaban las cosas en el mundo impecable y sin matices de Annie. Si hacías algo malo, ibas a la cárcel. Si alguien te hacía daño, ibas a la policía, y el sistema reconocía esa injusticia. Había gente que hacía cosas malas y gente que no. Gabriel pertenecía al primer grupo; Annie, al segundo. Y asunto resuelto.

—Lo entiendo.

Y lo entendía, de verdad. Como también comprendía que Gabriel la había decepcionado de mil maneras distintas. No la había tratado como se merecía. Su historia de amor relámpago, la boda precipitada, aquella carrera supersónica hacia la felicidad doméstica,

debía culminar en un cuento de hadas. Y él no había estado a la altura. Y ahora resultaba que tal vez había matado a una mujer.

Quizá Annie, en algún rincón de su corazón, esperaba estar equivocada. Pero mi palabra no le bastaría. Necesitaba oírlo de la policía. Necesitaba que los agentes investigaran y se lo confirmaran.

—¿Has hablado con alguien más? —pregunté—. ¿Sobre esto?

Negó con la cabeza.

—He acudido a ti primero. Eres su... Bueno, tenéis una relación muy estrecha —dijo—. Creo que eres la persona más cercana que tiene. Lo conoces mejor que yo.

Una confesión de mujer derrotada. Le dolía porque era verdad. Y nunca había dejado de serlo.

Annie sentada en mi sofá, con toda su soledad. Incapaz de hablar con su propio marido. Incapaz de contárselo a sus amigas. Me las imaginé: jóvenes, despreocupadas, doradas. Ajenas a las complicaciones de la vida. Tal vez le hubieran advertido sobre Gabriel. «¿Ese tío, en serio?». Sabían que podría haber aspirado a algo mejor: a alguien más mundano, más estable, más asentado.

Annie no habría querido reconocerles que tenían razón. Que el torbellino había sido solo eso, un torbellino. Al fin y al cabo, «torbellino» no deja de ser otro nombre para tornado.

Se levantó.

—Creía que tú lo entenderías —dijo.

«Oh, Annie».

—¿Por qué?

—Porque tú eres siempre tan... buena.

—¿Yo?

—Dios mío, Frida —dijo, llevándose las manos a la cabeza, en un gesto exagerado de exasperación—. Eres la persona más íntegra que conozco. De verdad, a veces resulta irritante.

Negué con la cabeza, incapaz de mirarla a los ojos. «¿Íntegra, yo?».

—Lo entiendo —continuó—. Yo procedo de una familia adinerada, estoy mimada, y todo lo que tengo te resulta ofensivo.

—No es eso…

—Pero ahora mi marido, el tipo con el que me casé, ha confesado en sueños haber cometido un asesinato y ¿quieres que mantenga la boca cerrada?

Me levanté también. Una luz roja empezó a parpadear en mi cabeza.

—No te estoy diciendo lo que tienes que hacer —dije—. Solo te pido que te tomes un momento para pensarlo.

Cogió el bolso del sofá y se dirigió a la puerta.

—No me lo puedo creer —soltó—. De verdad. Me has decepcionado. Creía que eras mejor… que él.

Pero no lo era.

Nunca fui mejor que Gabriel.

No habíamos matado a nadie a propósito. Eso lo sabía.

Habían pasado casi seis años del incendio. Era muy posible que no quedara ninguna prueba de peso, pero no tenía forma de saberlo con seguridad. (El bidón de gasolina: esa era la imagen a la que volvía una y otra vez. Recordaba haberlo tirado. ¿Ardió? ¿O seguía

en algún lugar, entre la hierba alta, medio enterrado en un bosque cercano, esperando a arruinarnos la vida?).

Y aunque no quedara rastro material de nuestras acciones, estaban las pruebas indirectas: los testigos. No solo los de antiguos miembros de la secta, sino también los del empleado que nos vendió los billetes de tren, el revisor que los validó. Los hombres de la secta podían testificar que Gabriel sabía dónde conseguir la gasolina. Y las mujeres... Ellas sabían lo que Émile hacía con las chicas. Sabían el papel que había desempeñado Edwina. ¿Y si presentaban todos esos hechos como el posible móvil?

No habíamos matado a nadie a propósito, pero no sería difícil convencer a un jurado de lo contrario.

¿Y entonces qué?

Pasaríamos el resto de nuestras vidas en prisión. Separados.

Después de todo lo ocurrido. Justo cuando las cosas empezaban a encajar.

Yo me había esforzado tanto…

Quizá me estaba preocupando por nada. Quizá el sistema judicial no iría nunca detrás de nosotros.

Aun así, alguien lo sabría. Annie.

Ella y Gabriel iban a divorciarse, eso seguro. Annie se lo contaría a alguien. Hablaría del incendio. Hablaría de él. Y habría preguntas. Investigaciones. Suposiciones. La idea que se había formado Annie de que Gabriel había actuado solo no aguantaría mucho.

La gente acabaría sabiendo la verdad.

Gente a la que conocíamos. Y también desconocidos. Periodistas. Quizá se escribirían artículos. Un libro. Se haría una película.

Sabrían que yo había estado allí, con el bidón de gasolina en la mano, consciente de que Edwina podía estar arriba. Aceptando esa posibilidad. Vertiendo el combustible de todos modos.

Esa parte de mí quedaría al descubierto ante el mundo.

La parte que eligió la destrucción. Que la abrazó.

¿Cómo se saca un secreto de la cabeza de alguien?

No se puede.

No, en serio. Lo he pensado de todas las maneras posibles.

Había un lugar que le encantaba.

La cascada de Paterson, en Nueva Jersey, donde sus padres la llevaban de niña. Los fines de semana, sobre todo cuando Gabriel estaba fuera, Annie se iba en coche hasta Paterson y corría por el parque cercano. Subía hasta el puente que dominaba la cascada y se quedaba allí unos minutos, contemplando el agua espumosa; luego regresaba. Fue ella quien me lo recordó.

—No puedo creer que estés de su parte —dijo Annie, saliendo de mi apartamento—. Da igual.

—No estoy de su parte —insistí de nuevo—. Es solo que, Annie... estás muy alterada.

Se llevó los dedos a las sienes y dijo:

—Mañana.

—¿Qué?

—Tienes razón. Estoy alterada. Nadie me creería si fuera a la policía ahora. Así que voy a irme a casa. Voy a dormir. Mañana saldré a correr. Y después, iré a la policía.

Su tono de voz se endurecía con cada palabra que pronunciaba. Como si necesitara oírse a sí misma. Como si anunciar su plan en voz alta lo hiciera más real.

Abrí la boca, pero me interrumpió:

—Ya lo he decidido. No te estoy pidiendo permiso. Solo quería avisarte. No quería que te enteraras por la prensa o algo así.

Puso la mano en el pomo de la puerta.

—Piénsalo —dijo—. Piensa en lo que hizo.

Y luego repitió aquella frase:

—Se acabó el juego. Al menos para mí. Y también debería acabarse para ti.

Annie creía que todo era cosa de Gabriel. En su mente, nada de eso tenía que ver conmigo.

Tuvimos otro tira y afloja, pero todo era inútil. Había tomado la decisión. Iba a contárselo a las autoridades. Iba a contárselo a todo el mundo.

Y no me dejaba tiempo para pensar en una solución.

Como con las migrañas de Gabriel, cuando le robé dinero a Émile para comprar las pastillas.

Mi hermano estaba en peligro.

(Yo estaba en peligro).

Tenía que solucionarlo.

Era así de simple.

A la mañana siguiente alquilé un coche. Si bien esa parte del plan no era perfecta, no tenía otra opción. Aún no había comprado mi pequeño Fiat 500. Podría haber ido en tren, pero entonces habría

pasado por delante de cámaras de seguridad, por no hablar de multitud de posibles testigos. Además, no quería que nadie me viera. No pensaba darle a la policía ningún motivo para llevar a cabo una investigación que acabara conduciéndolos hasta el coche de alquiler.

He aquí la gran verdad sobre los asesinatos: no existen los crímenes perfectos. Solo algunos crímenes afortunados. Solo un centenar de estrellas malditas bien alineadas.

Conduje hasta la cascada de Paterson. Como siempre, iba vestida con discreción, con una chaqueta anodina y una gorra de béisbol.

Y entonces la esperé.

Dicen que el suicidio ocurre en un instante. Que si alguien está pensando en quitarse la vida y logras que retrase el impulso tan solo cinco minutos, la probabilidad de que lo haga disminuye drásticamente.

He descubierto que con el asesinato pasa lo mismo.

Todo sucede en el momento presente.

Aquella mañana, en lo alto de la cascada, no estaba segura de llegar hasta el final. Estaba dividida, sesenta-cuarenta. Entonces apareció Annie, y recordé por qué había ido hasta allí. Todo ocurrió como en fotogramas aislados, sin que mi mente estuviera conectada a mi cuerpo: corrí por el puente, me detuve detrás de ella, apoyé las palmas en su espalda, justo bajo los omóplatos, y la empujé al vacío.

Si no hubiera funcionado a la primera, no lo habría intentado de nuevo.

Pero funcionó.

Mi cuerpo menudo, de repente absurdamente fuerte. Siempre había sido así, desde niña. Las piernas delgadas y fibrosas, los hombros firmes.

Fue más fácil de lo que había imaginado. El acto en sí. Durante aquellos segundos impetuosos, mi mente estaba despejada: tenía un plan, y lo había ejecutado. Era un lenguaje que hablaba con fluidez.

Sin embargo, nunca me sentí bien. En ningún momento me produjo ningún placer.

De hecho, estuve a punto de seguir a Annie, de arrojarme a las cataratas.

La idea pasó por mi mente como un pájaro que atraviesa una ventana.

Lo pensé durante un segundo, luego dos, luego tres... y entonces no salté, y el impulso se desvaneció.

Solo quedaba una cosa por hacer: volver a casa.

Solo quedaba vivir con lo que había hecho.

41

ESCALANTE, UTAH

EL SÉPTIMO DÍA

Lo que le hice a Annie se coló en mi mente como el agua que llena el casco de un barco condenado a hundirse.

El olor de aquella mañana en la cascada, en el bosque, sigue atrapado en mi nariz. La tierra mojada, las hojas amarillentas. El dulce aroma de la descomposición que anuncia el apogeo del otoño. Todavía puedo sentir las gotas en la cara, las diminutas partículas de espuma que me salpicaron por todas partes, incluso en la boca, cuando la empujé al vacío.

No se oyó ningún chapoteo, ningún ruido delator. Las cascadas emiten un sonido propio, el tipo de sonido que se traga a una persona.

Otra cosa que la cascada se tragó: mi capacidad para dormir. Aquella noche ni siquiera me acosté. Estuve días esperando que me venciera el agotamiento.

Pero nunca ocurrió. Me he pasado casi nueve años durmiendo a ratos, sin llegar a encadenar más de tres horas seguidas, salvo en contadas excepciones.

Y me ha parecido justo. Me lo merezco.

Perdí partes de mi mente. Las que conocían la paz. Me convertí en una persona que ve una pesadilla en cada sombra. Que tuvo un ataque de pánico cuando fue testigo de la detención de William Brenner; me vi a mí misma en su lugar, con las esposas en las muñecas y un agente llevándome a rastras.

Incluso lo de mi obsesión con las series sobre la mafia. Ya me gustaban antes de la muerte de Annie. Pero después… las necesitaba. Todos aquellos mafiosos bien vestidos, carismáticos, humanos. Muchos de ellos asesinos. Se mataban unos a otros. Mataban a gente a la que amaban. A sus amigos. A sus familiares. Enterraban cuerpos. Los descuartizaban. ¿Y después?

Seguían adelante. Volvían a casa con sus familias. Reían. Lloraban. Vivían.

Tenía la sensación de que me entendían.

Ellos también habían hecho lo que debían.

¿Cómo salí airosa de aquello?

Logística. Todo es cuestión de logística.

No cometes un asesinato; completas una serie de pasos en un momento y un lugar determinados.

Cada escenario tiene un punto débil. Al menos el mío lo tuvo. Y también debe de tenerlo el de William Brenner.

Si pienso en lo que hice mal —y en lo que hice bien—, quizá también pueda descifrar su mente. Tal vez pueda salvar a Gabriel.

Mis golpes de suerte y los suyos me parecen dos líneas paralelas.

Los míos: lo mucho que jugó a mi favor el lugar donde murió Annie, aun sin haberlo previsto. Resulta que es difícil y costoso

rastrear un cadáver en el agua. Los detectives inspeccionaron las cataratas después de que Gabriel denunciara la desaparición de Annie, pero en aquel momento ella todavía seguía en el agua. La encontraron dos semanas más tarde, cuando salió a flote varios kilómetros más abajo. El agua ya había hecho su trabajo: era imposible determinar la causa de la muerte.

Los de William: el hecho de que Sabrina le fuera infiel con un hombre que había sido acusado de asesinato. El sospechoso perfecto para deslumbrar a la policía.

A veces, sin embargo, lo inesperado es precisamente eso: un factor clave que pasas por alto, porque no sabes lo que no sabes.

En mi caso: no esperaba que la gente se abalanzara sobre Gabriel, lo considerara sospechoso.

Eso fue culpa mía.

Había estado casi seis años alejada del mundo. Me estaba poniendo al día tan deprisa como podía, pero todavía no sabía que «siempre es el marido». No se me había ocurrido imaginar un mundo en el que la persona con más probabilidades de matar a una mujer fuera el hombre al que había elegido como marido.

Cuando caí en la cuenta, ya era demasiado tarde.

Y lo comprendí. No era el caso de Gabriel, pero sí el de muchos maridos. La suposición de que él había matado a Annie no era injusta. Solo equivocada.

Y luego estaba aquel pequeño hueso roto en la parte posterior de la garganta de Annie. El hioides. Cuando se fractura, suele indicar estrangulamiento. Pero no fue eso lo que le sucedió. No la agarré por el cuello. Fue la caída, el agua, los peces. Fue lo que le ocurrió después de que yo la dejara allí.

Aquel detalle, sin embargo, reforzaba la hipótesis de la culpabilidad de Gabriel en la mente de los demás.

A William también se le pasó algo por alto.

«Yo».

Me subestimó, subestimó mi tendencia a meterme donde no me llaman. Y, claro, dio por supuesto que el asesino de Annie era Gabriel.

No sabe que ayer registré la mochila de Gabriel. No sabe que sé que fue él quien metió dentro la piedra.

William no tiene ni idea de la cantidad de horas que me he pasado pensando en pruebas, y en formas de hacerlas desaparecer.

Cuando volví de la cascada, me cambié de ropa. También de zapatos. No creía que nadie me hubiera visto, pero prefería no correr riesgos. No quería que la policía registrara mi armario y encontrara un conjunto que coincidiera con la descripción de algún testigo. No quería que examinaran la suela de mis zapatos y descubrieran restos de un tipo de tierra que coincide con el de la zona de la cascada de Paterson.

Metí la ropa y los zapatos en un contenedor situado a más de ciento sesenta kilómetros. Luego llevé el coche de alquiler a un túnel de lavado y lo devolví.

Y eso fue todo.

Cuando Gabriel me llamó para decirme que Annie había desaparecido, tuve que seguirle el juego.

No soportaba tener que mentirle. Pero eso también formaba parte del castigo.

Cuando la policía quiso hablar conmigo, acepté. Me preguntaron por Gabriel y Annie. ¿Discutían? ¿Gabriel me había dicho algo? ¿Tenía yo algún motivo para pensar que estaba implicado?

A veces. No. No.

No mentí. No di información que no me pidieran. Respondí las preguntas y me marché de la comisaría.

Había tenido tiempo —no mucho, pero el suficiente— para prepararme, para trazar un plan.

¿William Brenner? No vino a este hotel con la idea de matar a su mujer.

Eso no tendría ningún sentido. ¿Aquí? ¿En un sitio público y a la vez aislado?

No. El asesinato de Sabrina fue impulsivo.

Discutieron. Sabrina se defendió. Eso debió de pillar a William por sorpresa. Quizá conocer a Gabriel la había espoleado. Quizá mi hermano le recordó que no estaba sola en el mundo.

Esa fue la parte de la discusión de la que fui testigo. Luego me marché. La pelea debió de continuar.

Tal vez Sabrina amenazara con divorciarse.

Después de haber visto el arma homicida, no cuesta nada de imaginar. La piedra me lo cuenta todo.

—Voy a dejarte —dice Sabrina, en esta versión de los hechos—. En cuanto volvamos a casa. Buscaré un abogado y me divorciaré.

William abre la boca, pero Sabrina sigue, imperturbable:

—Oh, ya lo sé. Me arruinarás. Me quitarás todo lo que tengo. No me quedará nada cuando termines conmigo. Pero ¿sabes qué? Valdrá la pena. Prefiero dormir bajo un puente que tener que pasar otra noche en tu cama.

Se aleja.

Tal vez acelera el paso. Tal vez, al final, intenta huir de él.

No lo ve venir.

No ve a su marido, atónito, hecho una furia. No ve el interior de su mente mientras William imagina lo que vendrá: el acuerdo de divorcio, que en cierto punto siempre acaba trascendiendo. La gente hablará. Los documentos saldrán a la luz. Él lo sabe mejor que nadie. Ha construido su carrera exhibiendo la basura de los demás.

Sabrina no ve que William entra en pánico. No lo ve renqueando tras ella, dándose cuenta de que no podrá alcanzarla. No se ve a sí misma como la ve él: escapándose de sus manos, con sus secretos a punto de caerle de los bolsillos.

Sabrina no ve que William se agacha para coger una de las piedras decorativas de una jardinera de la terraza de la piscina. Un trozo de mármol blanco procedente de Italia.

Quizá William no crea que vaya a hacerle mucho daño. Quizá piense que solo la dejará inconsciente. Que la inmovilizará el tiempo suficiente para llevarla de vuelta a la suite, para ayudarla a recuperarse, para ganarse su afecto de nuevo.

Quizá se haya olvidado de que una vez fue un jugador de béisbol prometedor. Quizá se haya olvidado de que hay algo llamado «memoria muscular», de que su cuerpo estuvo horas aprendiendo a lanzar.

Sabrina no lo ve arrojar la piedra, apuntar a la parte posterior de su cabeza.

En esta versión —y quizá por eso quiero creer en ella—, Sabrina no lo sabe hasta el último segundo.

No muere asustada. Este es su último pensamiento: cuando sus seres queridos reciban la noticia —su madre, tal vez, y sus amigos de su antigua vida—, sabrán que no tuvo miedo.

En mi cabeza, muere esperanzada.

Muere corriendo hacia una vida mejor.

Ya veo el Ara, este inquietante valle de belleza. Gabriel ya habrá llegado a la comisaría. ¿Le estarán tomando la foto? ¿Las huellas? ¿Estará sentado en la misma sala de interrogatorios en la que estuve yo ayer?

Necesita que yo piense más rápido. Que sea mejor.

Esta es la imagen: Sabrina se desploma. William no entiende qué acaba de pasar. Espera a que se mueva. Cuando no reacciona, se acerca a ella. Tal vez le susurra: «Cariño?». Le pone una mano en el brazo. La sacude, primero con suavidad, luego más fuerte. Se asusta. Sabrina sangra, sangra, sangra.

Las heridas en la cabeza sangran muchísimo. Cuando éramos niños, una chica se abrió la cabeza con la esquina de una mesa del comedor. Mientras una madre le cosía la piel, los demás teníamos que limpiar. El comedor parecía, bueno, la escena de un crimen: había sangre en la mesa, en las sillas cercanas, en el suelo.

Quizá William fue listo y no tocó el cuerpo de su mujer. Puede que levantara el arma del crimen con cuidado, cogiéndola con dos dedos, se la llevara a la suite, la escondiera y se lavara las manos.

Pero no lo creo. Porque no es de los que planifican. No es como yo.

Es colérico, desmedido, caótico.

Así que me imagino más bien que, presa del pánico, tocó al menos parte de la sangre. Tal vez puso los dedos en la herida que se había abierto en la cabeza de su mujer. Quizá su mano pasó del cuerpo de Sabrina al suyo. Tal vez pisó la sangre con los zapatos. Tal vez se manchó la ropa que llevaba aquella noche: el traje de la cena, su camisa blanca.

¿Dónde los puso? ¿Dónde está la ropa que llevaba durante el asesinato?

Aquí no hay contenedores. Y no podía entregarla al servicio de lavandería del hotel.

William escondió el arma del crimen en algún sitio. La guardó hasta poder usarla en su favor, en el momento perfecto. Tal como hizo con el teléfono.

Eso es lo que me dicen esos dos objetos: William Brenner encontró un escondite.

¿Dónde?

En algún lugar al que la policía no pudiera acceder sin una orden judicial. Obviamente.

¿Su suite del hotel?

Tal vez. Pero los policías habrían necesitado un permiso para registrarla, salvo que William les hubiera dado su consentimiento. Sin duda se lo habrían pedido al principio de la investigación. Y él habría tenido que acceder, si quería parecer dispuesto a ayudar. Colaborativo. Inocente.

Eso es lo que ocurrió con Gabriel. Yo estaba allí cuando la policía apareció para hacer el primer registro en Nueva Jersey. «¿Le importa si echamos un vistazo?», dijo un agente con despreocupación, pero

la pregunta era una prueba: «Y si le importa, ¿puedo preguntar por qué?».

Gabriel los dejó pasar. No tenía nada que ocultar.

Por supuesto, los agentes no encontraron nada. Regresaron más adelante, después de que apareciera el cuerpo de Annie, esta vez con una orden judicial.

Le pidieron a Gabriel que esperara fuera. Estuvieron tres horas registrando la casa: metieron en una bolsa el cepillo de pelo de Annie, recogieron las huellas de los pomos y los alféizares, y también muestras de ADN. En cuanto terminaron, lo dejaron volver a entrar.

Esta es la parte que la gente no consigue superar. Supongo que es comprensible.

«Nunca le prohibieron el acceso a la casa —escribió alguien en Reddit hace un año—. Dos semanas son una eternidad cuando hablamos de pruebas. Pensad en todo lo que pudo eliminar. Es como si ni siquiera hubieran hecho el registro».

«No es solo la casa —añadió otro—. Pensad en los dispositivos, en el garaje, en el coche».

Me detengo en seco.

«Su garaje».

«Su coche».

Dios mío.

La parte más floja de mi propio plan.

Lo que podría haberme delatado.

Si alguien me hubiera visto. Si alguien le hubiera dicho a la policía la marca, el modelo o el color.

Mi coche de alquiler.

En los papeles estaba toda la información que necesitaban: mi nombre, mi dirección, mi firma.

«Mierda».

Su coche.

Ese precioso coche rojo de alquiler, brillando bajo el calor del desierto, ronroneando cuando William se detuvo frente al vestíbulo. Un coche digno del hombre que había conquistado a su mujer con un vestido de alta costura y unos guantes de princesa. Un recordatorio de lo encantador que podía ser cuando la cortejaba. Cuando la bombardeaba con sus halagos y su cariño fingido.

A la policía se le debió de haber pasado por alto, y ahora ya era demasiado tarde: el ejército de abogados de William ya había bloqueado cualquier posibilidad de obtener una orden de registro.

¿Dónde está su coche?

El Ara solo ofrece servicio de aparcacoches. Por supuesto, el hotel debe de tener su propia flota de vehículos cerca. Cuando ayer le pedí a Catalina que avisara a uno, apareció al cabo de un minuto, bien climatizado y con las botellas de agua listas.

Así que hay un garaje.

¿Dónde?

Me he paseado lo suficiente por este complejo como para tener el mapa en la cabeza: el vestíbulo, el edificio principal con la recepción y el comedor, la hilera de suites. Y alrededor, el desierto.

Solo queda una opción: el suelo bajo mis pies.

El coche de William Brenner debe de estar escondido bajo este mismo hotel.

Pero ¿dónde está la entrada? No la he visto.

Rodeo la propiedad desde cierta distancia.

Nada.

«Piensa».

El Ara nunca se rebajaría a la estética funcional de los aparcamientos corrientes, con una barrera y un gran cartel de dirección prohibida.

No. Las mentes brillantes que diseñaron este hotel habrán encontrado la manera de ocultarlo. De hecho, incluso puede que hayan presumido de ello en internet. Una entrada secreta al garaje, exactamente el tipo de novedad que un lugar como el Ara querría destacar. Exactamente el tipo de detalle que mostrarían a un grupo de influencers invitados al hotel a cambio de publicidad.

«Por favor, que tenga razón».

Busco «Ara hotel entrada de parking oculta». Nada. Quizá deba precisar más la búsqueda. «Ara hotel Madison».

Y aparece el canal de YouTube de la cabecilla de nuestras influencers. Por desgracia, no tiene ningún vídeo titulado «ALUCINANTE entrada de garaje» o «Fijaos en la puerta de garaje INVISIBLE de este hotel de lujo». En cambio, sí encuentro: «Tour Ara hotel parte1», «parte 2» y, por supuesto, «parte 3».

«Madre mía, Madison».

Pruebo con el primer vídeo. Cuarenta minutos. «¿Estás de coña?». No tengo tiempo para verlo entero. Hago avanzar el cursor y sigo el recorrido de Madison a toda velocidad en la vista previa. Nada que se parezca a un garaje. El segundo vídeo se centra casi por completo en el spa.

Algo me llama la atención en el último tercio del «Tour Ara hotel parte 3». ¿Eso era un coche?

«Sí».

Retrocedo un minuto y lo reproduzco a velocidad normal.

«Y mirad esto, chicos. ¡Qué pasada!».

Madison gira la cámara. En la pantalla, Catalina acerca una tarjeta —una llave electrónica— a una de las farolas que jalonan los caminos del Ara: dentro tiene oculto un lector.

¿Dónde están?

Imposible saberlo solo por la farola; las hay a docenas. Sigo con el vídeo. En la grabación de Madison, el suelo se mueve. Un trozo del desierto —una trampilla oculta— se eleva formando una rampa. Madison finge una exclamación y ajusta el ángulo de la cámara.

Entonces localizo el lugar.

El magnolio.

El árbol curiosamente hermoso que consigue sobrevivir en medio de este desierto. El mismo que he admirado más de una vez desde la piscina.

Sus ramas asoman por la esquina superior izquierda del encuadre. Catalina y Madison no están exactamente junto a la piscina, pero es un punto de referencia. Están en el límite del recinto. Creo que podría acceder desde el desierto, sin pasar por el corazón del hotel.

En el vídeo, Catalina conduce a Madison hacia el garaje, rampa abajo.

Cuando guardo el móvil en el bolsillo, ya estoy corriendo.

42

ESCALANTE, UTAH

EL SÉPTIMO DÍA

Me aproximo, con los hombros encogidos. «No estoy aquí. No estoy aquí». Ahí veo la copa del magnolio.

Corro hacia la farola que me parece haber visto en el vídeo y presiono mi tarjeta contra el lector. Me mueve una esperanza frenética. Espero, espero y espero hasta que…

Nada.

Vuelvo a intentarlo.

Nada.

«Mierda».

Este es un establecimiento de primera. Los coches de los huéspedes se guardan bajo llave. Seguro que se necesita algún tipo de tarjeta de acceso especial para abrir el garaje.

Tengo que conseguirla. Tengo que conseguir la misma tarjeta que usó Catalina en el vídeo de Madison.

Aprieto el paso hacia el vestíbulo, con la vista fija en el suelo. Apenas soy consciente de los huéspedes que me rodean, pero todos se apartan de mi camino. Una especie de escudo de infamia los separa de mí: soy la persona de interés cuyo hermano acaba de ser detenido por asesinato.

¿Saben siquiera lo de la detención de Gabriel?

No hay tiempo para especular. La puerta que busco está en un lateral, con un discreto cartelito con las palabras «SOLO PERSONAL». Es la puerta tras la que ayer desapareció Calhoun cuando fue a buscar un guante.

La empujo para abrirla. Al otro lado, hay una sala de descanso con una mesa y algunas sillas, una hilera de taquillas, un microondas y una máquina de café con un montoncito de cápsulas usadas.

Me reciben las miradas atónitas de Catalina y de dos de sus compañeras, entre ellas la que encontró el cadáver de Sabrina.

«¿Qué coño haces aquí?», parece decir su silencio ofendido.

Estoy acostumbrada a esto. A pensar deprisa, a inventar excusas.

—Lo siento —digo—. Pero… —Lo primero que me viene a la cabeza es—: William Brenner está en apuros.

Vale, no es verdad.

Aún no.

—Quiero decir, tiene problemas. Para respirar. Está en el salón de entrada, pidiendo ayuda.

La cara de Catalina se desencaja. Se levanta de un salto. «Otra vez los Brenner», debe de pensar.

—Ha soportado mucho estrés —suelto cuando las tres empleadas salen corriendo—. Ojalá esté bien.

Ni siquiera me oyen.

Entro de nuevo en la sala de descanso.

Tardarán a lo sumo un minuto en darse cuenta de que William Brenner no está en el salón de la entrada pidiendo ayuda.

«Deprisa».

Registro la mesa, rebusco entre las servilletas arrugadas, bajo una fiambrera abandonada. Hay un bolígrafo y un cuaderno. Le doy la vuelta esperando que caiga la tarjeta que busco.

Nada.

«Vamos, vamos».

Las taquillas. Intento abrir varias puertas. Todas cerradas.

Oigo pasos. ¿Cuánto llevo aquí?

Más importante aún: ¿qué me estoy dejando?

Detrás de una puerta, colgada de un gancho que no había visto al entrar, hay una chaqueta.

La agarro por el cuello con manos ávidas. Hay una placa prendida delante, a la altura del pecho. Un nombre que ya conozco figura escrito en la tipografía del hotel: Catalina.

«Sí».

«Sí».

Rebusco en los bolsillos. Nada en el derecho. Pruebo en el izquierdo. Tampoco. Cuando estoy a punto de volver a colgar la chaqueta, lo noto: algo rígido, escondido en un bolsillo interior. «Por favor, por favor, por favor». Meto los dedos, acaricio un rectángulo de plástico y tiro de él…

Exacto: un rectángulo de plástico. Completamente en blanco. No pone «Llave maestra 1» ni «Llave Planta -3» ni nada.

Devuelvo la chaqueta al gancho y salgo dando un portazo.

Catalina y sus dos compañeras no están en el vestíbulo. Lo más probable es que hayan ido al salón de la entrada a buscar a William,

o quizá estén en su suite. Mantengo la cabeza agachada, evitando a un huésped aquí, otro allá, y salgo.

Vuelvo al magnolio.

Presiono la tarjeta contra la farola. Lo hago con tanta fuerza que temo que el cristal se rompa.

Pero no. En lugar de eso, oigo retumbar el suelo.

«Sí».

La puerta secreta se eleva en el aire.

Despacio.

Muy despacio.

«Vamos, vamos».

Catalina aparecerá en cualquier momento.

Recojo una piedra. Si voy a hacer lo que creo que voy a hacer, probablemente la necesitaré.

La puerta todavía se mueve cuando me cuelo en el garaje.

El interior está oscuro. Parpadeo y espero a que mis ojos se acostumbren. Ni siquiera el Ara puede hacer nada contra el olor a gasolina y aceite que impregna todos los parkings del mundo. La estructura que me rodea es subterránea, con paredes de cemento y el mismo suelo chirriante que tenía el trastero de mis primeros años.

—¿Hola?

Nadie.

Ni siquiera el Ara habría enterrado a un guardia en el subsuelo las veinticuatro horas del día. Además, los coches están seguros en este garaje cerrado. Estamos en el desierto y lo único que nos conecta

con la civilización es una carretera. No es que alguien pueda aparecer y robar un vehículo sin ser visto.

«Vamos, sigue».

Inspecciono el perímetro con la linterna del móvil. Filas de coches a ambos lados. A la derecha, cinco todoterrenos negros idénticos, supuestamente del hotel. Al lado, un jeep blanco aparcado en la plaza número veinte.

Vale. Vale. Los coches están organizados según el número de la suite. Si pudiera recordar…

Seis.

El número de la suerte de Sabrina.

Recorro las plazas: veinte, diecinueve, dieciocho… Siguiente fila. Giro, otro giro, hasta que…

«Mierda».

Debo de haber rozado uno de los coches. Un deportivo italiano blanco con un par de franjas verdes en el capó empieza a pitar tan fuerte que siento la vibración en los dientes.

«Por Dios, cállate».

La alarma sigue sonando con furia. Debe de haber cámaras de seguridad por todas partes. Puede que no hubiera nadie supervisándolas, pero ahora seguro que sí.

Dentro de uno o dos minutos me pillarán.

Recorro la última fila de coches.

Por fin, a pocos metros de la pared, lo veo.

El coche de alquiler de William Brenner. Tan rojo. Tan reconocible.

Trato de abrir la puerta: cerrada, obviamente. Las llaves no están; seguro que se guardan en una caja fuerte dentro del hotel. Lo que explica la ausencia del guardia.

Retrocedo un paso. Levanto la piedra a la altura del hombro. Tenso todos los músculos y la lanzo hacia delante.

Y me agacho.

La alarma del coche de alquiler se suma al claxon del deportivo italiano en un coro frenético.

Cuando me pongo en pie, la piedra está en el suelo. Ha rebotado. Apenas hay una muesca en la ventanilla.

Las lunas de los coches son bastante resistentes hoy en día. Lo intento otra vez.

Nada.

«Joder».

Se me está cansando el brazo. Se me está cansando la mente. Las alarmas chillan. Le echo un vistazo a la entrada. De momento, nada. Más vehículos, una pared, y…

«Sí».

Me alejo del coche de William un segundo, corro hacia el extintor y lo arranco de su soporte.

«Probemos de nuevo».

Levanto el extintor. El hombro me arde. Cierro los ojos y lo arrojo contra la ventanilla de William.

Al abrirlos de nuevo, el extintor está dentro. La ventanilla ha quedado hecha añicos: me envuelvo la mano con la camiseta y arranco unos cuantos pedazos grandes.

Introduzco el brazo como puedo, abro la puerta, quito los cristales del asiento y me subo.

Vale. Vale.

No hay tantos escondites en un coche. Reviso la guantera. Nada. Me meto en el asiento trasero. Nada. Levanto las alfombrillas. Nada.

Vuelvo al asiento delantero, paso la mano por el salpicadero, busco huecos, rendijas, palancas ocultas.

Nada, nada, nada.

El maletero.

El puto maletero.

Corro a toda prisa hacia la parte de atrás. «Piensa»: todo lo que sé del mundo lo he aprendido viendo la tele. De pronto, me viene a la cabeza una escena cómica de una telecomedia, en la que una mujer encerraba por accidente a su bebé en el coche. Su problema era justo el opuesto al mío: el maletero estaba abierto, y necesitaba volver a entrar en el coche. Me reí viéndola deslizarse por una abertura diminuta que conectaba el interior del vehículo con el maletero a través del asiento trasero.

Inclino hacia abajo la sección central del asiento de detrás y, a continuación, reproduzco la escena al revés: meto la mano por la abertura y, ladeándome en un ángulo imposible, también medio hombro.

Mi mano tantea el aire. Es un coche moderno; debería tener una palanca interior para abrir el maletero. (Otra cosa que aprendí en la tele —¡gracias, *Ley y orden*!—: desde 2001, todos los coches fabricados para venderse en Estados Unidos tienen un tirador de emergencia dentro del maletero).

Busco a ciegas, incapaz de encontrar nada. Sigo tanteando, golpeo con los dedos la parte superior del maletero, hasta que por fin…

Encuentro una pieza de plástico, con la forma de un DIU. Cierro los dedos alrededor y tiro.

El maletero se abre de golpe.

Es como si todos los milagros del mundo ocurrieran a la vez.

Salgo de las entrañas del coche y corro hacia la parte trasera. El maletero está completamente vacío.

«Joder».

Golpeo el coche con los puños cerrados. Las lágrimas —de rabia, de agotamiento— recorren mis mejillas. Gabriel. Paso las manos por todo el interior del maletero, como si le exigiera más, como si no pudiera creer que, después de tanto esfuerzo, de tanto planear, el coche me esté fallando.

El coche de alquiler.

Tiene que ser este coche.

«Espera».

Noto algo.

Debajo de la moqueta que reviste el maletero hay un surco. Un surco rectangular, el contorno de un… compartimento.

Mi Fiat es viejo. Pero los coches modernos tienen eso, ¿no? Un espacio de almacenamiento extra bajo el maletero. El sitio ideal para esconder…

Levanto los bordes de la moqueta y la arrojo a mis espaldas.

Y aquí está. En el centro de la tierra. Bajo el hotel, en las entrañas del desierto.

Aquí, en el compartimento del maletero de William Brenner, hay una de sus camisas blancas de vestir.

Cubierta de sangre.

—¡ARRIBA LAS MANOS!

Sonrío. La ayudante del sheriff Calhoun ha vuelto. Catalina, por supuesto, la sigue a pocos pasos.

Están furiosas. Me reconocen por lo que soy: una mentirosa y una ladrona.

Me he cansado de luchar.

Hago exactamente lo que me ordena Calhoun.

Levanto las manos. Una, la izquierda, está vacía.

La otra —la derecha— sujeta la camisa de William Brenner, manchada con la sangre de su mujer muerta.

43

ESCALANTE, UTAH

EL SÉPTIMO DÍA

Catalina está muy avergonzada.

Me pide disculpas por primera vez mientras Calhoun acompaña a William hasta uno de los coches patrulla. Por lo que parece, no ha opuesto resistencia: no lleva esposas y la agente no tiene que ponerle la mano en la cabeza para meterlo en el coche. No es una detención formal. Sin embargo, puedo imaginarme a Calhoun en la puerta de su suite, sosteniendo en alto la camisa manchada de sangre. Me imagino el rostro de William, desencajado: la estructura que tan bien había construido en su cabeza acaba de derrumbarse.

Debe de saber que ha llegado al final del camino. Que presentarán cargos contra él. Que es momento de empezar a contarlo todo y negociar un acuerdo con la fiscalía.

Siempre hay posibilidad de acuerdo para los hombres como William Brenner.

Catalina se disculpa de nuevo.

—Tranquila —le digo.

Lo digo de verdad. Le aseguro que no tenía modo de saberlo. Que William se había esforzado mucho para que Gabriel y yo —por añadidura— pareciéramos culpables.

Por supuesto, no le digo que, en el fondo, no me ha tomado por nada que no sea.

Todos se han quedado petrificados cuando le he entregado la camisa de William a la ayudante del sheriff Calhoun. Es completamente incriminatoria: tiene su monograma en el puño, y manchas oscuras de salpicaduras en la parte del pecho y las mangas. La agente ha fruncido el ceño y ha empezado a articular un par de frases que no ha llegado a terminar.

—Tendremos que llevarla a analizar —ha dicho—. Pero, mientras tanto…

El final de esta frase se sobrentendía: «Mientras tanto, reabriremos el caso de William Brenner».

«Mientras tanto, está bastante claro lo que dirá el análisis».

Vuelvo a nuestra suite.

—¿Quiere que le ayude a reservar un vuelo de regreso? —pregunta Catalina.

Niego con la cabeza.

—Esperaré —respondo—. Esperaré a mi hermano.

Asiente y me deja sola.

Empiezo a hacer la maleta. Cuando termino, la única huella de mi paso por la habitación es el pasador dorado con forma de mariposa que hay sobre la mesilla de Gabriel.

Sabrina quería que él lo tuviera. No voy a entregárselo a la policía.

La mariposa es suya.

Y entonces me siento a esperar.

Al cabo de unas horas, la puerta se abre.

Es él.

—¿Qué...? Quiero decir, ¿cómo...?

Alza una mano.

—Ha confesado —dice—. William ha confesado.

Tengo tantas preguntas..., pero todas mueren en algún lugar entre mi garganta y mis labios. Solo una consigue alcanzar mi boca.

—¿Y su abogado?

Gabriel se encoge de hombros.

—Su abogado estaba en un avión a Salt Lake cuando ha pasado.

«Caray».

«Debe de haberse sentido acorralado. Había jugado todas sus cartas. Sabía lo que había hecho».

«Lo entiendo».

Cuando Gabriel se me acerca más, descubro en su mirada una expresión que vi una vez en un reportaje: un hombre demacrado sujetaba a su gato jadeante, pocos segundos después de que lo hubieran rescatado de una casa en llamas; había una especie de alivio desesperado en su rostro.

—Frida —me dice desplegando los brazos. Antes de que pueda abrazarme, antes de que se venga abajo, retrocedo un paso atrás.

Me asalta un recuerdo.

Aquellos seis meses en que estuvo enfermo. Los dos, en el trastero. Gabriel metido en el saco de dormir, de cara a la pared. Me daba la espalda. Me había imaginado acariciándole la columna vertebral con la mano y, al mismo tiempo, hundiéndole un cuchillo entre las costillas.

En ese momento, era mío. Para cuidarlo. Para mantenerlo con vida. Un animal herido al que podía reanimar o rematar.

—Hay algo que tengo que contarte —le digo.

Y, antes de perder el valor, lo hago.

Se lo cuento todo.

Cuando termino, inspira profundamente. Luego vuelve a inspirar, esta vez aún más hondo. Está descontrolado. Las respiraciones son la única respuesta que puede dar: es como si su cuerpo tratara de exorcizar algo.

—Lárgate —dice, al fin.

Guardo silencio, pero Gabriel sigue hablando como si yo hubiera tratado de justificarme, como si no me hubiera limitado a coger la maleta y dirigirme hacia la puerta.

—Lárgate —repite—, o no respondo.

Me retiro al vestíbulo.

Pasan quince minutos. Luego, treinta. Luego, una hora.

Quizá no vuelva a verlo nunca más.

Y estaría bien. Sería doloroso, claro. Pero me merezco sufrir.

Y entonces aparece.

Por lo que veo, se ha duchado y se ha cambiado de ropa. Yo también lo hice antes de que llegara él. Ahora los dos llevamos vaqueros: Gabriel, con una camiseta blanca, yo, con una blusa negra. Se ha colgado al hombro su enorme mochila de viaje —esa puta mochila.

Casi espero que finja que no me ve, pero se acerca al puf donde estoy sentada.

Su expresión es inescrutable.

—Ven conmigo —dice.

Y yo lo sigo.

Dejamos las maletas en el vestíbulo. Gabriel me conduce afuera, hasta el salón de la entrada. Donde hablé con Harris el quinto día. Donde intenté que se centrara en William Brenner, antes de que el hotel se cerrara sobre nosotros como una trampa.

Nos sentamos en un banco, a la sombra de un toldo en forma de vela.

Gabriel me mira. No puedo sostenerle la mirada más de un segundo.

—No sé qué decirte —susurra.

El vacío queda suspendido entre nosotros. Tal vez ya no quede nada por decir, nada por hacer.

A menos que…

—Lo confesaré —afirmo—. Les diré que fui yo.

Después de todo este tiempo.

Después de haberme salido con la mía.

Pero es lo único decente que puedo hacer.

Gabriel niega con la cabeza.

—No —dice.

—Pero…

—Ya he perdido a demasiada gente.

Mira hacia el infinito. Creo que ve a todos sus fantasmas. El mundo que dejamos atrás. A Simon. A Edwina. A Annie. A los padres que nunca conocimos. A Émile.

—No puedes arrebatarme a la única persona que me queda solo para tranquilizar tu conciencia —dice—. No puedes.

Sus palabras me dejan muda, como si me hubiera golpeado en la cabeza.

—Lo sé —continúa—. Sé que probablemente William me vio aquella noche. Sé que fue eso lo que inició la discusión.

Traga saliva con dificultad.

—Oí voces cuando se peleaban. Sí. Y tomé la dirección contraria.

Vuelve a mirarme. Me obligo a no apartar la vista.

—Murió por algo que hice yo —dice—. Lo sé.

—No fue cul…

Gabriel niega con la cabeza.

«No lo digas».

44

NUEVA YORK

EL RESULTADO

Llevo tres meses sin saber de él.

Gabriel ha vuelto a Seattle y yo, a Nueva York.

Me levanto. Me tomo el café. Paseo a Charlie. Hago algunas operaciones.

No voy a escalar. No voy al taller de cerámica. No veo a las pocas personas a las que puedo llamar amigas de verdad.

Dejo el coche en el garaje. Se acabaron las carreteras rurales para mí.

Los productores del documental me escriben. Quieren que concretemos una fecha para grabar mi entrevista. Los ignoro.

Lo pienso a todas horas: puede que haya llegado el momento en que Gabriel decida ir a la policía y contarles todo lo que sabe.

Me parece tan real... Que Gabriel vaya a denunciarme, que una ola me arrolle y se trague mi vida. Creo que la policía se presentará en mi apartamento, me estará esperando en Central Park.

Antes de que sea demasiado tarde, y también porque necesito saberlo, llamo a la ayudante del sheriff Calhoun. Me debe una. Tengo derecho a hacer preguntas.

—Los coyotes —le digo por teléfono—. ¿Alguien fue a ayudarlos?

Silencio al otro lado de la línea. Puedo imaginar su cara de perplejidad.

—Es importante —insisto.

—Los coyotes están bien —responde—. Rescataron a la madre y a sus crías. Se están recuperando. Con el tiempo, irán a un refugio.

—Me alegro de oírlo.

Cuelgo.

El cachorro salvaje que llevo dentro se calma un poco.

Camino por la calle y paso por delante de las cafeterías en las que trabajé. La primera, la segunda. Cruzo la estación Grand Central. Y luego Penn Station.

Incluso paso por delante del guardamuebles.

Una mañana, temprano, camino hasta el río.

Estoy en una misión.

El billete de un dólar. Aquel que le cogí —que le robé— a Émile, hace ya media vida. El que he guardado todo este tiempo.

Apenas es nada. Pero está aquí, en mi cartera, siguiéndome adonde vaya. Un diminuto fragmento de mi vida que se niega a soltarme.

Tiene que ser al amanecer, antes de que las calles se llenen de gente. Tiene que ser a unos pocos metros de mi apartamento, en el punto del Hudson que me quede más cerca a pie.

Ya hay algunas personas corriendo. No me molestan; yo tampoco a ellas. La mayoría ni siquiera me ven: una mujer anónima, con vaqueros y camiseta, la cara lavada, el pelo recogido en una coleta, está arrodillada junto al agua, con algo en la mano.

He pensado en quemarlo. En cortarlo con unas tijeras. En enterrarlo en algún bosque, al norte, en pisotearlo, en ahogarlo en

escupitajos.

Ninguna de esas opciones me parecía correcta.

Arrugo el billete y meto el puño en el agua. Está fría, y asquerosa, y tendré que lavarme la mano dos o tres veces al llegar a casa.

Por ahora, lo sostengo. El pequeño secreto de Émile.

Pienso en una cita que leí en un libro de Kerouac, aquel sobre la carretera, sobre su amigo. (Un amigo que —no pude evitar reparar en ello— se rompe el pulgar contra la cara de su novia en algún punto de la historia). Si arrojas una rosa al río Hudson, reflexiona el libro, imagina los lugares por los que pasará, imagina su viaje hasta el océano, «piensa en ese maravilloso valle del Hudson».

Pienso en ese maravilloso valle del Hudson. Y, poco a poco, despliego los dedos. El agua no espera. Se precipita, me arrebata el billete de la palma y lo arrastra con ella.

El billete se aleja despacio.

No.

No se aleja: después de un par de segundos, se detiene.

El billete se mece arriba y abajo. Flota.

Espero a que el Hudson se lo lleve, pero el agua no se encarga de ello. Así que me siento en la orilla y me quedo observando: ese diminuto pedazo de papel con la marca de carmín desvaída pero aún visible bajo la luz de la mañana.

Con el tiempo, el papel se desintegrará. El agua lo reducirá a la nada. El billete de Émile dejará de existir. La marca del pintalabios desaparecerá para siempre.

Pero no será hoy.

Hoy, vuelvo a casa.

Me preparo para el final. Pronuncio cien despedidas, pero nadie viene a buscarme.

Entonces, llega un correo electrónico.

De: millerg61290@gmail.com
Para: fridanilsen126@gmail.com

Deberíamos volver.

No entiendo. Iré adonde él quiera, pero no entiendo.

De: fridanilsen126@gmail.com
Para: millerg61290@gmail.com

¿Adónde? ¿A Utah?

De: millerg61290@gmail.com
Para: fridanilsen126@gmail.com

Al centro de Émile. O lo que quede de él. Deberíamos volver.

No le pregunto por qué. Solo cuándo. Gabriel coge un vuelo la semana siguiente. Nos encontramos en la estación Grand Central y subimos al tren sin mediar una palabra.

Nunca habíamos vuelto allí. No había nada a lo que regresar.

Cuando nos apeamos del tren, creo ver a nuestros yoes más jóvenes en el andén. Yo tengo dieciocho años y vomito en una papelera, mareada por la imagen del hombre que creo que acabamos de matar.

Tengo muchas preguntas para Gabriel.

«¿Recuerdas el camino?».

«¿Qué plan tienes?».

«¿Por qué demonios quieres volver allí?».

Pero no digo nada. No soy yo la que debe romper el silencio.

Nuestros pies encuentran el camino. Paseamos por el pueblo. El bar de Joan ha desaparecido. La farmacia sigue allí, aquella tienda anodina, antaño el lugar más desconcertante que habíamos visto.

Han mantenido la carretera. De hecho, parece recién asfaltada.

Caminamos en silencio.

Es otoño. Los árboles que flanquean el camino han adquirido un tono amarillo. El olor a tierra húmeda flota en el aire, envolviéndonos. Por un instante, regreso al día de la muerte de Annie. Siento el rocío de la cascada en el rostro y la tensión de los músculos de los brazos cuando la arrojé al agua, cuando la empujé puente abajo.

La bilis me sube por la garganta. Me la trago.

Esto no va de mí.

Va de Gabriel, y de lo que necesite encontrar al final de este camino.

Me toma por sorpresa. El recinto. El tiempo pasa más rápido para los adultos que para los niños; las distancias, al parecer, también son más cortas.

De algún modo, la mayoría de los edificios siguen en pie.

La vieja iglesia. El comedor. Los dormitorios. La huella del abandono está por todas partes: muros derrumbados; el techo de la iglesia medio hundido; la hiedra encaramándose por cada estructura, el suelo cubierto de maleza.

Recorremos el lugar. Detrás de aquella decadencia, el mundo de Émile sigue ahí, congelado en el tiempo. En el comedor todavía hay algunos cuencos, sucios, oxidados. Algunas camas en los dormitorios. Los animales han hecho agujeros en los colchones y han anidado dentro. Huele a tienda de mascotas y, en algunos rincones, a muerte.

Lo encontramos en el fondo del comedor. El Lugar Secreto.

Un armario de la limpieza.

La puerta se ha descolgado de sus bisagras. Dentro, el armario está cubierto de polvo, tierra y excrementos de animales.

Aquí fue donde nos conocimos.

No entramos.

Me asombran las historias que llegamos a contarnos. Los miedos que inventamos en la oscuridad.

Ya no somos niños.

Nos dirigimos al edificio de Émile.

Todavía sigue aquí.

Casi del todo carbonizado.

A juzgar por el estado en que se encuentra, nunca trataron de reconstruirlo. Después del incendio, Émile debió de haberse instalado en otro lugar hasta que lo detuvieron.

Nos detenemos a unos pasos de la entrada. Aún me parece respirar el humo y el olor extrañamente salado de la madera y el plástico quemados.

¿Fue aquí donde empezó todo?

¿Acaso nuestras vidas se fundieron en una en ese fuego? ¿Siguieron ardiendo las brasas bajo las cenizas? Aquella noche, ¿avivó una fuerza nuestras vidas, una fuerza que nunca se llegará a extinguir, por mucho que esperemos?

¿O estaba todo escrito, de algún modo?

Hay una fábula que detesto.

La del escorpión y la rana. Un escorpión le pide a una rana que lo lleve al otro lado del río; la rana acepta. El escorpión se sube a su espalda. Una vez en el agua, el escorpión la pica, condenándolos a ambos. Cuando la rana le pregunta por qué lo ha hecho, el escorpión le responde algo así: «Porque soy un escorpión y esto es lo que hacen los escorpiones».

Qué superficial. El escorpión no tiene moral; el escorpión no tiene elección; el escorpión pica.

No.

Yo nunca he sido un escorpión.

Sea lo que sea, me he convertido en ello.

Oigo algo a mi lado, un sonido suave, ahogado. Gabriel tiene el rostro hundido en sus manos. Los hombros le tiemblan.

Está llorando.

No se lo impido.

Y entonces, con un movimiento tan rápido que no percibo, me envuelve entre sus brazos. Es un gesto violento, desesperado, crudo. Mi labio choca contra su hombro. Sus brazos me rodean, oprimiéndome la caja torácica. Puedo respirar, pero apenas. Inspiro el aire justo para echarme también a llorar.

«Si me estrecha un poco más —pienso—, será el final». Mi columna está a punto de partirse como una rama seca.

Pero no aprieta más. Llora. Primero casi en silencio, luego desatando su voz. Y allí estamos, Gabriel dejándose caer sobre mí, empujándome contra el suelo con la gran fuerza de su pena, de su dolor.

Lloramos juntos.

Poco a poco, sus sonidos incoherentes se separan en palabras. No las entiendo.

—Hecho... hoo —balbucea.

Me aparto ligeramente, lo justo para que pueda hablar. Todavía me sostiene, todavía demasiado cerca como para mirarlo a los ojos.

—Yo también lo habría hecho —dice.

Me quedo inmóvil.

—Habría hecho lo mismo —repite entre sollozos—. Si me lo hubiera contado a mí en lugar de a ti. Yo también lo habría hecho.

Mi mente abandona ese momento y se entrega a la cadena alternativa de acontecimientos. En otro mundo, Annie le desvela a Gabriel su descubrimiento sobre el incendio, sobre Edwina. Él decide matarla. La espera en la cascada de Paterson. Cuando llega el momento, la empuja para que caiga al otro lado de la barandilla.

Sin embargo, ese no es el mundo en el que existimos. Annie vino a mí. Fui yo quien lo hizo.

Y siempre lo seré.

—Lo habría hecho —repite Gabriel, con la voz entrecortada por sus sollozos desesperados—. Lo habría hecho.

No intento discutir. Gabriel se conoce a sí mismo. Sabe de lo que es capaz. Lleva años luchando contra su propia mente.

Por eso no podía creerme cuando le decía, una y otra vez, que estaba convencida de su inocencia. Que sabía —lo sabía de verdad—

que no había matado a Annie.

Ni él mismo podía creérselo. En algún rincón de su mente, Gabriel siempre contempló la posibilidad de ser culpable.

Lo que cada uno de nosotros identificara en el otro durante todos esos años sigue aquí. Grabado a fuego en la tierra que tenemos bajo los pies. Está en las raíces de los árboles. En el aire que nos rodea.

Es una fuerza capaz de doblegar el tiempo: dos niños aferrándose al futuro, dos adultos enredados en las lianas de su pasado.

Al final, es amor.

El amor es el escorpión.

Epílogo

NUEVA YORK

DICIEMBRE

Gabriel y yo nos encontramos delante del estudio.

Es un espacio pequeño que los productores han alquilado por un día. Yo he venido desde el Upper West Side; Gabriel, desde el Village.

Se mudó hace un mes. No me lo dijo hasta que ya estaba instalado en su nuevo apartamento, rodeado de cajas.

No creo que lo hiciera por mí.

Supongo que, después de nueve años, ya no tenía nada de lo que esconderse.

Nos vemos de vez en cuando. Lo suficiente como para que no tema que se haya ido de verdad, aunque a veces transcurra demasiado tiempo entre nuestros encuentros.

Ahora ya duermo por la noche. No con tanta placidez como en el Staircase Inn. Pero, para bien o para mal, me duermo y me despierto más o menos a las mismas horas que el resto de la sociedad educada.

Hace dos semanas, mientras tomábamos un café, Gabriel me dijo que había llegado el momento.

—Les diré que estamos listos —decidió—. A los del documental.

—De acuerdo.

No se lo pregunté entonces, ni tampoco lo he hecho después.

«¿Qué vas a decir?».

No lo sé.

En absoluto.

El estudio está en la planta baja de un edificio con grandes ventanales y un vestíbulo de mármol. Nos reciben dos mujeres: una alta, la otra baja; una vestida de negro, la otra con un jersey rojo de cuello cisne y unos vaqueros. Nuestras maravillosas cineastas: Nicky y Sandra. Han sido pacientes, meticulosas, profesionales. No han flaqueado en su propósito de contar la historia desde el punto de vista de Annie, de apartar el foco del morbo y devolver la mirada colectiva hacia la mujer que murió.

—Tomad asiento —nos dice Nicky—. Ya casi estamos listos.

Gabriel y yo nos sentamos en una pequeña sala de espera. Por alguna razón, hay una televisión en una esquina, emitiendo una reposición de *Jerry Springer Show* a todo volumen.

Esperamos. Un chico joven, también vestido de negro —desde sus botas de charol hasta el chaleco sin mangas—, nos viene a buscar, primero a Gabriel y luego a mí. Nos empolvan el rostro, nos peinan y nos rocían con laca.

—¡Por aquí!

Con un gesto, Sandra nos pide que la sigamos a la parte trasera.

Nos dirigimos al área de grabación, con nuestro aspecto mejorado: somos la mejor versión de nosotros mismos.

—Tú siéntate a la izquierda —le dice Sandra a Gabriel. Luego, volviéndose hacia mí, añade—: Y tú a la derecha, ¿vale?

Ocupamos nuestros asientos.

—Bien —dice Nicky, acomodándose detrás de la cámara—. Yo estaré filmando, y Sandra os hará las preguntas fuera de plano. Si hay algo que no queráis responder o si necesitáis una pausa, nos avisáis.

Gabriel y yo asentimos.

Fue él quien insistió en que la hiciéramos juntos. La entrevista. Nicky y Sandra habrían preferido hablarnos por separado, pero Gabriel dijo que no. Que hablaríamos juntos o no hablaríamos.

No le pregunté por qué era tan importante para él. Simplemente, me presenté allí.

Gabriel podía hacerlo. Si quería. Contar a Nicky y a Sandra todo lo que le confesé en el desierto.

Ellas no podrían resistirse, claro. Nuestras cineastas responsables. Son profesionales, pero también humanas. Lo emitirían, y se convertiría en el *true crime* del año.

Una luz roja se enciende en la cámara de Nicky; Sandra se sienta en un taburete, con las preguntas impresas en la mano, y me doy cuenta de que ya no tengo el control. Al final, después de una década, lo he dejado todo en manos de Gabriel.

Si habla, no me opondré. Así lo pacté conmigo misma el día que se lo conté. Si Gabriel decide no guardarme el secreto, lo aceptaré. Confesaré a la policía. Les diré todo lo que sucedió.

Aunque no creo que vaya a hacerlo.

Es una intuición. Algo parecido a la confianza, pero más profundo. Más esencial. Gabriel no ha venido aquí para delatarme.

Esto representa justo lo que somos. Dos personas que se sientan juntas y hablan. Personas que provocan un fuego. Yo vierto el combustible; él enciende la cerilla. Nos marchamos en plena la oscuridad. Encontramos un hogar. Volvemos a empezar. Una y otra vez.

Aprendemos a nadar. Nos lanzamos al agua. Nos ocultamos cosas. Entre los dos, sostenemos las mayores verdades del mundo.

Nos damos la mano en una boda. Vemos cómo un ataúd desaparece bajo tierra. Sobrevivimos al invierno, a la depresión, a veintitrés años. Nos decimos adiós, pasamos una eternidad sin vernos, y luego volvemos a encontrarnos. Nos aferramos el uno al otro.

Esto es lo que somos. Lo que siempre hemos sido.

La única cosa que sabemos ser. Una familia.

Agradecimientos

Cuando termino el primer borrador de una novela, nunca escribo «fin» al final del manuscrito. Esa etapa no me parece un final. Al contrario: es un comienzo, el inicio de una nueva fase en la que abro las páginas a otras personas, después de meses recorriéndolas sola.

Cuando muestras una obra que todavía está en proceso, te expones. Y, sin embargo, es mi parte favorita. He tenido la suerte de trabajar con personas muy talentosas, que me han hecho sentir muy a gusto en la escritura, y que han obrado milagros para ayudar a que mi trabajo llegue a los lectores.

Por eso, quiero expresar mi agradecimiento más sincero a:

Mi editora, Jennifer Barth. Gracias por tener siempre la razón. Por tu paciencia, tu amabilidad, tu fe en mi trabajo y tu increíble agudeza.

Mi agente, Stephen Barbara. Gracias por ser un lector tan atento, por tu entusiasmo y por tu compromiso. Cuando digo que eres el mejor del sector, lo digo literalmente.

Reagan Arthur, gracias por creer en esta novela y por inspirarme a hacer algunos cambios importantes.

Mi amiga Abby Endler, enciclopedia viviente de la ficción criminal y apoyo inagotable para sus autores. Gracias por todo.

El fantástico equipo de los sellos Knopf y Vintage: Jordan Pavlin, Elora Weil, Brian Etling, Ellen Whitaker, Micah Kelsey, Gabrielle

Brooks, Beth Lamb, Erinn Hartman, Laura Keefe, Dan Zitt, Katie Punia, Heather Dalton.

El maravilloso equipo de InkWell Management: Sidney Boker, Alexis Hurley, Laura Hill, Jessie Thorsted, Hannah Lehmkuhl y Lyndsey Blessing.

Kathleen Carter, por su trabajo como relaciones públicas. Y a los *scouts* literarios que han apoyado mi obra.

Mi marido, Tyler Daniels, por cumplir su promesa de leer todos mis borradores y por responder a mis numerosas (numerosísimas) preguntas de tipo legal. ¿A que te alegra haber ido a la facultad de Derecho?

Mis padres, por su apoyo constante y su amor por los libros. Es un verdadero privilegio poder compartir todo esto con vosotros.

Mis suegros, que siempre me animan y me perdonan cuando me olvido de contarles las noticias importantes.

Mi abuela, que sabe todo lo que hay que saber sobre la edición estadounidense y espera con paciencia a que mis libros se traduzcan a nuestro francés natal.

Mi amiga Holly Baxter, que liberó a la escritora que yo llevaba dentro. (¡Mira lo que has hecho!).

Mis amigos franceses —que siguen siendo brillantes, ingeniosos, generosos e increíblemente atractivos—: Morgane Giuliani, Clara Chevassut, Lucie Ronfaut-Hazard, Ines Zallouz, Camille Jacques, Xavier Eutrope, Geoffroy Husson, Swann Ménage y Baptiste Thiéry.

Mis amigos Christine y Zak Opperman, por su apoyo y su excelente compañía. Mi amigo Nathan McDermott, también por su apoyo, su compañía… y por las películas de terror.

Mi terapeuta, que sigue manteniéndome cuerda.

Los autores que escribieron comentarios para mi primera novela, *La inquilina silenciosa*: Megan Abbott, Alafair Burke, Kimberly McCreight, James Patterson, Alex Segura, Brad Thor y Paul Tremblay. Y, en general, a todos los escritores que me han hecho sentir bienvenida al mundo de la ficción criminal. Gracias por vuestra amabilidad y vuestra generosidad.

A los bookstagrammers, booktokers, podcasters y lectores de todo tipo: muchísimas gracias a todos.

Una vez, cuando estaba empezando, un hombre sabio me dijo que se supone que esto debe ser divertido. Pienso en ello varias veces a la semana. Gracias, Tim O'Connell.

Esto quizá sobre, pero la «serie sobre la mafia» mencionada en este libro es *Los Soprano*. Me encanta *Los Soprano* (por razones completamente inocentes).

La escena de una telecomedia que recuerda Frida, aquella en la que un personaje se cuela dentro de un coche cerrado, pertenece a *Mom*, interpretada con maestría por Allison Janney.

La traducción de la novela italiana que Frida lee junto a la piscina es *La soledad de los números primos*, de Paolo Giordano. La leí hace tiempo, en un hotel precioso, en pleno desierto.

CONSULTE OTROS TÍTULOS DEL CATÁLOGO EN:
www.rbalibros.com